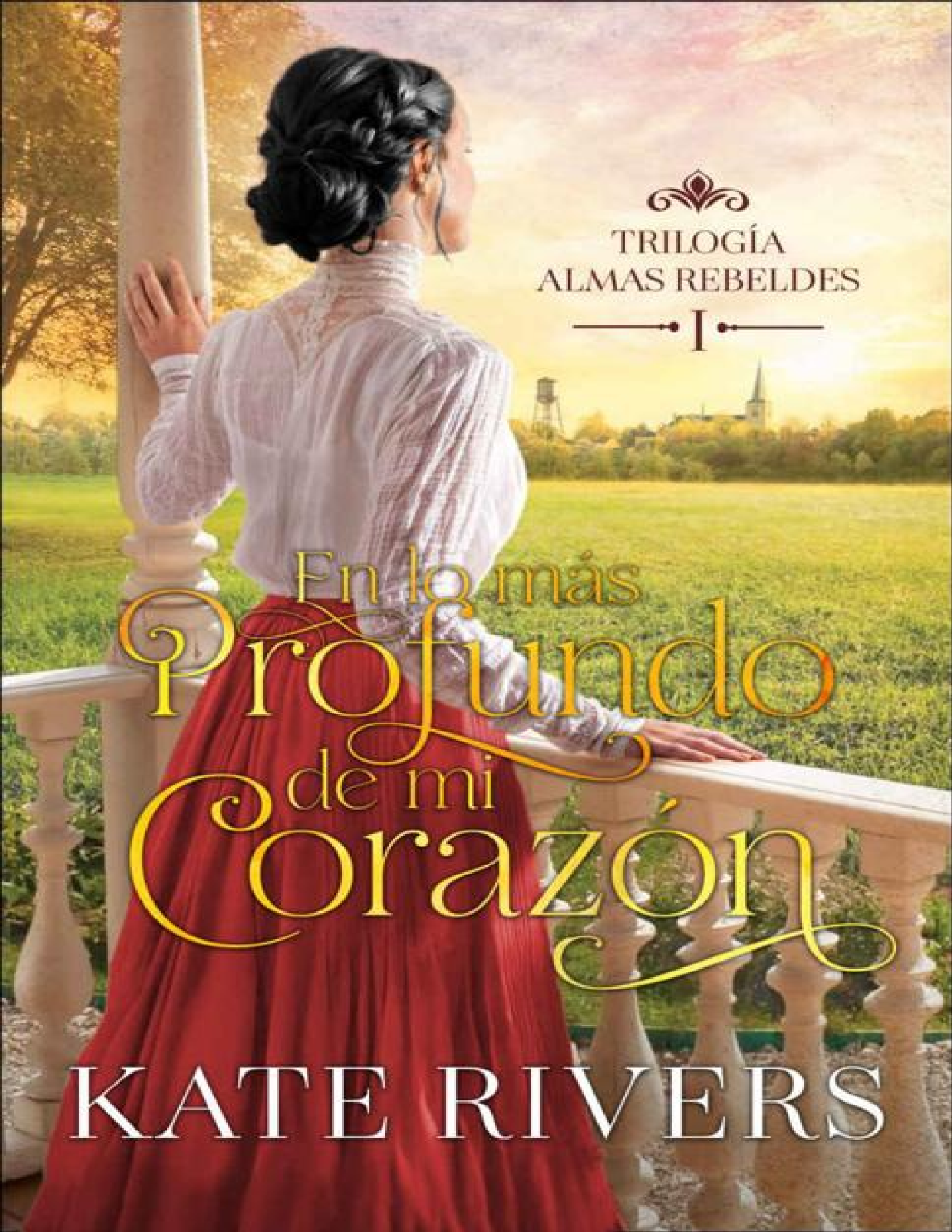

TRILOGÍA
ALMAS REBELDES
I
En lo más
Profundo
de mi
Corazón
KATE RIVERS

En lo más Profundo de mi Corazón

KATE RIVERS



©KATE RIVERS

Título original – En lo más profundo de mi corazón

Primera edición, 2024

Todos los derechos reservados.



Sinopsis

Ella solo quería olvidarlo, pero como hacerlo, si con solo una mirada él le hacía evocar cada instante entre los brazos de su gemelo.

El mundo de Emma parece ir cuesta abajo desde aquella noche, hace ya un año, en que se entregó a un desconocido y él acabó rompiéndole el corazón. Pero con cinco hermanos menores que cuidar y una vieja propiedad que sacar a delante, no tiene tiempo para el romance ni el recuerdo.

Hasta que aparece ante ella el hombre que la abandonó.

Dustin no ha podido dejar de pensar en Emma. Pero cuando se presenta ante ella y le recibe con un disparo, no le queda más remedio que mentir y decir que es su hermano gemelo Desmond.

Ahora él se da cuenta de que la quiere, pero las mentiras entre ellos se harán tan grandes, que pondrán en peligro el profundo amor que surge entre ellos.

 Aunque esta novela pertenece a una serie se puede leer de forma independiente.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Notas

Capítulo 1

Este de Texas, 1880

Era una idea condenadamente tonta. Dustin Sanders estaba más seguro de ello con cada milla que recorría hacia la pequeña ciudad de Apple Springs. Incluso antes de salir de Orange, había empezado a sospechar que el viaje acabaría, si no en desgracia, desde luego en futilidad.

Las decisiones urdidas en una borrachera o engendradas por la desesperación generalmente lo eran.

—Por el amor de Dios —había gemido el tío Luke sobre su vaso de whisky—, cabalga de vuelta a esos y echa un vistazo a la chica, a ver qué pasa cuando te vea.

—Maldita sea, Luke. Seguramente saldría corriendo gritando al verme.

—Hay una manera de saberlo —había respondió Desmond, el hermano gemelo de Dustin —. Acepta mi trabajo en L&M de Apple Springs. Puedes acabar con los ladrones de madera igual que yo y el alojamiento será en la Casa Travis.

—Su madre probablemente ni siquiera me hospede —meditó Dustin.

—Convéncela —argumentó el tío Luke—. Se te dan bien las patrañas. A menos, claro, que te guste quejarte.

Dustin, que nunca se echaba atrás ante un desafío, especialmente cuando tenía las tripas el corazón roto, había aceptado adentrarse en los profundos Piney Woods del este de Texas en busca de los ladrones que estaban causando estragos en las finanzas de la empresa maderera Lutcher & Moore. En el proceso comprobaría por sí mismo si Emma Jones era tan dulce y sensual como le había parecido aquella calurosa noche de verano que pasó entre sus brazos.

—*Moonlight in the Pines*. —Esa era la canción que sonaba cuando él y Emma se escabulleron de la pensión de la madre de ella hacia el final de un baile de sábado por la noche y se dirigieron al granero, con nada más que pasión en sus mentes.

Rodeado por todos lados por densos bosques, Apple Springs se encontraba aquella noche iluminado por cientos de estrellas. La luna brillaba sobre el cabello negro de Emma, mientras Dustin la guiaba -¿o lo había guiado ella?- por el lateral de la grandiosa y antigua mansión antebellum hasta el granero situado en la parte trasera de la propiedad.

No habían hablado de lo que estaban haciendo. Simplemente ocurrió. Antes, por la noche, alguien había pinchado el ponche de frutas con alcohol ilegal, y probablemente eso tuviera algo que ver.

Pero definitivamente no todo. En el momento en que Dustin y Luke entraron en el vestíbulo iluminado por la luz de las lámparas de la Casa Travis, los brillantes ojos azules de Emma habían encontrado los suyos y él había estado perdido.



Días más tarde, al llegar al claro donde la pequeña comunidad de Apple Springs había surgido junto a un aserradero en el río Angelina, Dustin ya no sabía que pensar. Minutos antes se había detenido junto a un arroyo y se había acicalado como si fuera domingo, pero no estaba seguro de

su apariencia. ¿Se acordaría Emma de él?

La anticipación se había ido acumulando en su interior durante días y ahora que estaba frente a Apple Springs, le costaba mantener una sonrisa en su rostro.

Las visiones de Emma Jones tal y como la había visto por última vez le atormentaban: el pelo negro y rizado revoloteando alrededor de su cara pixelada, un par de mechones pegados a sus mejillas húmedas y a sus labios bien besados, algunos trozos de paja en el pelo. Pero eran sus ojos los que habían atormentado a Dustin este último año: unos ojos azules chispeantes, unos ojos azules sensuales y soñadores.

Ojos azules, que le hacían señas, que le enredaban, como sus manos se habían enredado en sus rizos negros. Ojos azules que le habían hecho saltar y correr. Correr tan rápido como pudiera, lejos de la Casa Travis, lejos de Apple Springs, lejos de Emma Jones, de un miedo animal a ser atrapado, capturado, atado en un nudo de matrimonio e hijos y responsabilidades que él creía que cualquier hombre cuerdo rehuiría.

Pero no había podido eludir las visiones de los ojos azules de Emma. Desde hacía un año, le atormentaban. No podía ahogarlos en whisky, ahuyentarlos con putas o sudarlos en un largo viaje por carretera.

Porque en algún punto del camino los ojos azules de Emma habían dejado de ser soñadores para convertirse en acusadores. Acusándole de huir, de arrebatarle su inocencia y dejarla sola.

Intentó consolarse diciendo que ella había participado con entusiasmo en sus escarceos amorosos; intentó asegurarse de que una chica tan encantadora como Emma tenía su ración de pretendientes, incluso en un lugar apartado como Apple Springs; intentó convencerse de que ella no se había sentado en casa a suspirar por él.

Pero por alguna razón ninguno de sus argumentos funcionó. Su familia se había burló de él desde el principio. Finalmente, perdieron la paciencia con sus insufribles quejas. Desmond intentó hacerle entrar en razón:

—Diablos, Dustin, el tío Luke también estaba allí. Podría haber sido él. ¿No dijiste que el ponche estaba alterado? Cualquiera de los presentes podría haber llevado a esa chica al granero.

De algún modo, la idea de que cualquier otro se llevara a Emma al granero no le había sentado demasiado bien a Dustin. Hasta el día de hoy, se irritaba sólo de pensar en ella huyendo al granero en los estertores de la pasión con cualquiera que no fuera él.

Lo cual no tenía mucho sentido. ¿Qué esperaba él, que ella permaneciera solterona el resto de su vida? La sola idea era ridícula, dado el hecho de que era la chica más guapa en la que había puesto los ojos. Su naturaleza enérgica y su pasión desinhibida podrían volver loco a un hombre sólo de pensar en ella.

Para cuando entró en el pueblo ya no sabía que pensar.

El pueblo no había cambiado mucho en un año. Una carretera de arcilla roja de doble calzada, intersectada por caminos sencillos aquí y allá. El lado comercial de la calle se alzaba al este sobre una loma de arcilla roja sin hierba; al oeste, el lado residencial se asentaba sobre un terreno más bajo. La mayoría de los negocios tenían un aspecto envejecido. Sus letreros estaban descoloridos, sus fachadas erosionadas. La herrería y la caballeriza de la primera manzana ni siquiera tenían un letrero, pero, por supuesto, no hacía falta ninguno. El Mercantil Osborne y la Carnicería Crockett compartían una manzana y un extenso paseo marítimo. Los dos edificios más nuevos estaban separados de los demás, calle arriba, detrás del Dew Drop Inn Saloon: la officina L&M Timber y, junto a ella, el Apple Springs Bank. Otra manzana más abajo, Dustin vislumbró el campanario de una iglesia de tablillas blancas, austera y acogedora contra el telón de fondo de pinos verdes.

El lado oeste de la calle principal sin nombre estaba formado por una hilera de casas de tablones. Pulcramente cuidadas en su mayor parte, cada casa tenía su propio perro ladrador y su solemne ocupante, que permanecía de pie en el porche delantero y miraba, impertérrito, al forastero que cabalgaba por su calle.

A su derecha, los comerciantes, llamados por los aullidos de los perros, detenían su trabajo para ver pasar a Dustin por delante de sus malecones. Algunos de los perros rompieron con la costumbre local y salieron corriendo a saludarle con pellizcos en los talones. El coyote les advirtió con un movimiento de su negra cola.

Aparte de eso, nadie habló ni le saludó. La falta de una fiesta de bienvenida no fue una sorpresa. El aislamiento de los pueblos de los Piney Woods daba a la gente el derecho a sentarse y entrecerrar mucho los ojos ante un extraño, cualquier extraño. Nadie pasaba a caballo por Apple Springs. Cualquiera que llegara al pueblo lo hacía con un propósito. Y hasta que se conociera ese propósito, la sabiduría local sostenía que lo mejor era mantener las distancias.

Sin embargo, por comprensible que fuera su distanciamiento, combinado con la soledad de estar completamente rodeado por un denso bosque, mientras Dustin cabalgaba por el pueblo, le asaltó la incómoda sensación de haberse dejado caer en una guarida de cascabeles furiosos. Su cuerpo se tensó involuntariamente contra la infundada, aunque percibida, amenaza. De repente tuvo la incómoda idea de que todo el mundo en este pueblo le reconocía como el canalla que las ama y las deja, que había tonteado con una de sus doncellas y la había abandonado, como un ladrón en la noche. Por absurdo que fuera, no dejaba de aumentar la creciente indecisión de Dustin a la hora de enfrentarse a Emma tras un año de ausencia.

Entonces llegó, aunque a primera vista no reconoció la Casa Travis. La antigua casa, antaño grandiosa, se encontraba en el extremo más alejado del pueblo, encaramada en la loma más alta en kilómetros a la redonda. Dustin cabalgó hacia ella, su ansiedad aumentando poco a poco.

Era una casa grande, de dos pisos y pilares que enmarcaban un profundo porche en tres de sus lados. Si la memoria no le fallaba, el abuelo de Emma construyó la casa antes de la Guerra entre los Estados. Le parecía recordarla diciendo que el terreno sobre el que se había construido había sido un campo de algodón de su abuelo. La falta de mano de obra esclava tras la guerra

redujo el mercado del algodón hasta el punto de que la gente apenas podía ganarse la vida cultivando. Los acres de tierra algodonera de los Piney Woods ya habían sido reclamados por los bosques que los rodeaban. En sus finales, la abuela de Emma había convertido su espaciosa casa en una pensión. Su hija, la madre de Emma, aprendió a limpiar la casa y a cocinar. Emma siempre había sabido trabajar.

Tirando de la rienda en la barra de enganche, la inquietud de Dustin dio paso a la incredulidad. ¿Se había imaginado la grandeza del lugar? ¿O la música, el licor y la pasión en los ojos de Emma habían oscurecido los suyos hasta el estado de deterioro general? Detuvo su caballo, boquiabierto ante los signos de abandono: La casa necesitaba urgentemente un encalado; varias contraventanas colgaban de una sola bisagra; el patio delantero estaba cubierto de maleza y enredaderas; la mitad del escalón superior del porche había desaparecido, y cuando la puerta de mosquitera se abrió de golpe, graznó tan fuerte que Dustin saltó en su silla de montar.

Un hombre alto salió por la puerta. Más o menos de la edad y la estatura de Dustin, iba vestido para la ciudad -al menos a los ojos de Dustin- con pantalones negros, camisa blanca de cuello rígido y chaleco elegante. Llevaba una chaqueta negra colgada del hombro. Llevaba un bombín de ala estrecha que no hacía absolutamente nada por proteger a su portador de los elementos, que era de lo que Dustin siempre había figurado que se trataba el sombrero de un hombre.

Una mujer delgada vestida con percal gris desteñido y un gran delantal blanco siguió al hombre enfadado hasta el porche. Dustin entrecerró los ojos, intentando decidir si la mujer podía ser Emma. Si era así, le había dado por trenzarse severamente el pelo: apretadas trenzas negras que envolvían la parte superior de su cabeza como una corona. Como el peinado de una anciana mujer, corrigió. Si esta lavandera era Emma Jones, Dustin figuró que sus sueños le habían atado el cerebro.

El hombre bordeó el escalón roto, llamando por encima del hombro.

—Te estás haciendo la tonta, Emma. No tiene sentido aferrarte a esa tierra maderera y lo sabes. No vale nada. —Volviéndose, se sacudió el sombrero—. Si sabes lo que te conviene, dejarás que L&M te lo quite de las manos mientras esté dispuesto a hacerlo.

Emma se apoyó los puños en las caderas, acentuando su pequeña cintura. Dustin exhaló el aliento contenido, aliviado, aunque con una especie de alivio sin alegría. La discrepancia entre la forma de vestir del hombre y el aspecto destartalado tanto de Emma como de la Casa Travis desconcertó a Dustin.

—No voy a vender, Terence —gritaba Emma.

Gritando, pensó Dustin, cuando durante un año su suave voz había susurrado sensualmente a través de sus sueños.

—Esa tierra es mía —seguía gritando—, y de mis hermanos.

Dustin observó cómo el hombre llamado cuadraba los hombros. El tipo debió de bajar la voz, porque Dustin no pudo oír sus palabras. La respuesta de Emma, sin embargo, llegó clara como una campana de cena.

—Puedes decirle a Gertrude Larson que no se meta en mis asuntos.

—Mi madre quería lo mejor para ti, Emma. El mejor interés de ambas...

—Tu mejor interés, tal vez. Ciertamente no el mío. Ni el de mis hermanos o hermana.

—¡Humph! —Girando sobre una bota de suela fina, el hombre pisó fuerte por la pasarela de tierra compactada, con la boca puesta en una mueca furiosa, el pelo castaño lacio volaba a cada lado, hasta que se sujetó el bombín por encima. Pasó junto a Dustin con sólo fruncir el ceño.

Dustin se volvió hacia Emma. Ella miró fijamente a Terence. Dustin desmontó y enganchó las riendas sobre el gastado poste, preguntándose si no se habría despertado en medio de un sueño. De ser así, éste era definidamente una pesadilla. Atrapados en su discusión, ni Terence ni

Emma se habían percatado de su llegada. Bien podría haber sido un espectro.

Justo cuando llegaba a la puerta abierta, la puerta mosquitera chirrió y volvió a cerrarse de golpe. Esta vez, un muchacho desgarbado y rubio de unos doce años cruzó corriendo el porche, saltó hábilmente el escalón roto, sólo para ser alcanzado en seco por Emma, que extendió una mano y le agarró de la manga de la camisa.

—No tan rápido, David. Aún no has cortado leña para la cena.

—Voy a barrer la escuela. —David se retorció para escapar del agarre de Emma, pero ella tiró de él hacia el porche. Se quedó frente a ella, mirándola, retorciendo impaciente una gorra marrón en sus manos—. Lo haré más tarde.

—Más tarde tienes que ordeñar a la Vieja Bertha.

Las manos de David se aquietaron. Miró a Emma un momento más, luego se apartó bruscamente, saltando de nuevo el escalón roto. A una distancia segura se volvió y gritó.

—Deberías escuchar a Terence, Emma. Deja que el señor Holden me adopte.

Emma había hecho un intento por recuperar al muchacho, pero ante sus palabras, se detuvo en seco. Una mano voló a su pecho. Dustin observó cómo su rostro se endurecía por la emoción. Desde la distancia no podía saber si estaba enfadada o dolida. Él se figuró que probablemente era una combinación de las dos cosas.

Por lo que parecía, había llegado en un momento inoportuno. Sin conocer los detalles, las diversas discusiones no tenían mucho sentido. Reconoció al chico, David de su última visita a la Casa Travis: uno de los hermanos de Emma. Pero, ¿quién demonios era Terence? ¿Y qué asunto le incumbía a él si Emma vendía sus tierras madereras? ¿O qué asunto tendría el señor Holden adoptando a David?

Eso no era todo lo que no tenía sentido. La casa se estaba cayendo a pedazos y Emma parecía y sonaba como si también lo estuviera.

David echó a correr por el patio en un ángulo que esquivó a Dustin, quien volvió a albergar la idea de que podría haber caído en Apple Springs desde lo alto. Nadie parecía capaz de verle. David saltó la valla sin romper el paso, con la cola de la camisa fluyendo por los lados.

Perdido en sus pensamientos, la mirada de Dustin siguió al muchacho en su carrera calle abajo. Cuando volvió la vista hacia Emma, estaba sentada en el porche, con la cara hundida en el delantal. Sus hombros temblaban. El corazón se le subió a la garganta.

Dando un paso adelante, avanzó por el sendero, donde la maleza se había abierto paso por los bordes de la tierra empacada. Unos cuantos rosales desgreñados confirmaban su recuerdo, pero se estaban muriendo por falta de cuidados. ¿Qué demonios había pasado por aquí en el año transcurrido desde que había bailado con Emma... y la había amado? ¿Y la abandonó?

Emma no le vio hasta que él se detuvo en el camino, justo delante de ella. Mientras él permanecía allí, buscando torpemente palabras de saludo, ella levantó la vista. El reconocimiento, seguido de una expresión de absoluta conmoción, aquietó aún más sus labios.

Sus ojos azules se abrieron de par en par. Las lágrimas brillaron en su superficie. Quiso tocarla, consolarla, o al menos ofrecerle una sonrisa, pero ella parecía estar mirando a un fantasma.

Hizo un gesto sin rumbo con su Stetson, lo golpeó contra su muslo.

—Hola... eh... —carraspeó, lo intentó de nuevo—. Hola.

—¡Tú! —El tono de Emma era el que él reservaba para el avistamiento de una serpiente de cascabel. La ira contorsionó su rostro. Antes de que él pudiera pensar en una respuesta, ella se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta. Cuando regresó, lo hizo con una escopeta de dos cañones apuntándole al medio cuerpo. Su anterior abatimiento se había endurecido hasta convertirse en una expresión de furia. Recordó haberse quejado al tío Luke de que Emma podría dar media vuelta y huir al verle. Dada la bienvenida, él pensó que prefería esa opción.

—Fuera de mi propiedad —le ordenó Emma en un tono serio que estuvo tentado de obedecer. Como si atacara, presionó hacia delante, con la escopeta en ristre.

Aturdido por este recibimiento, Dustin retrocedió fuera del porche, acordándose justo a tiempo de saltar por encima del escalón roto. Aterrizó en el sendero sobre ambos pies, tambaleante pero erguido. Su consternación aumentó.

Sin palabras, Emma le siguió, todavía agitando la escopeta hacia él. Dio otro paso hacia atrás, levantando ambas manos para rechazar su ataque.

—¿Pero qué...? —¿No le reconocía, por el amor de Dios?

Sus siguientes palabras respondieron a esa pregunta.

—¡Se enfriará el infierno antes de que vuelva a meterme en la cama contigo, Dustin Sanders! ¡Ahora lárgate! ¡Fuera de mi propiedad y no vuelvas nunca más!

Dustin puso un poco más de distancia entre ellos.

Sus ojos azules podrían haber sido forjados en hielo. Había desaparecido cualquier rastro de sus lágrimas anteriores y cualquier signo de abatimiento. Emma Jones estaba loca. Loca de remate. Y le había ganado la partida.

—Vamos, vete. No tengo todo el día. Hay trabajo que hacer por aquí.

Miró a un lado y a otro, observando la casa y los terrenos. Sin duda lo había. Podía ayudarla a arreglar las cosas... si ella le dejaba quedarse. Pero ella estaba furiosa, y él se dio cuenta enseguida de que no tenía intención de darle ni la hora, y mucho menos la oportunidad de explicarse... o de arreglar las cosas.

Si ella le echaba nunca tendría la oportunidad de ninguna de las dos cosas. Se encogió pensando en lo que Desmond y el tío Luke tendrían que decir al respecto. Nunca superaría la idea de ser corrido por una antigua amante armada con una escopeta. Esa idea disparó la vena testaruda de Dustin.

—Espere un momento, señora. Ha habido algún error.

Emma le fulminó con la mirada, sin interesarle lo más mínimo nada de lo que tenía que decir. Empujó la escopeta una muesca más cerca.

—Soy Desmond Sanders —explicó rápidamente—. No el otro hermano gemelo.

Amartilló el primer cañón del arma. Para ser tan pequeña como ella, seguro que podía mantener firme esa gran pistola.

—Dustin me habría mencionado —se ofreció—. Siendo gemelos y todo eso.

—Te mencionó a ti y a todos tus otros parientes. Ninguno de vosotros sois bienvenido en la Casa Travis. Ahora fuera de aquí —repitió ella. Su voz no tembló ni un poco cuando lo dijo.

—Espere un momento. Déjeme explicarle. Estoy aquí por negocios. Para L&M. Necesito alquilar una habitación por unos días. —Volvió a mirar a su alrededor—. Supongo que no está lleno.

Los ojos entrecerrados de Emma no se relajaron ni un ápice, ni tampoco su agarre a la escopeta.

—No alquilamos a leñadores… o a Sanderss —añadió.

Dustin se pasó los dedos por el pelo.

—Caramba, señora. Veo que mi hermano se habrá comportado como el tonto de siempre y habrá causado una pésima impresión a la familia. —Hizo una pausa para ver cómo se lo tomaba ella—. Por favor, acepte mis disculpas por cualquier cosa que ese canalla de Dustin haya podido hacer. Estaría muy orgulloso si me dejara quedarme y enmendar el nombre de la familia.

—No podrías remendar el nombre de tu familia ni con una aguja de oro e hilo de plata. —Volvió a hacer un gesto con la escopeta antes de amartillar el segundo cañón. Dustin sintió que su sección media se estremecía—. Fuera —le ordenó ella de nuevo, como si él no fuera más que

un sarnoso perro callejero, comparación que él empezaba a sospechar que podría tener más de verdad que de mentira—. Fuera.

—El hecho es, señora, que estoy buscando un lugar donde quedarme. Y no soy leñador, soy…

—Eres un Sanders.

Se enderezó un poco. Tal vez debería tomar otra táctica.

—Y orgulloso de ello, señora. Usted tampoco es una santa, juzgando a toda una legión de hombres por las acciones de uno que está loco.

Vio cómo su ira se nublaba con la duda.

—¿Enloquecida

La palabra fue pronunciada en un tono más suave que antes, dando a Dustin suficiente motivo de esperanza como para dejar caer las manos a los lados. Solemnemente, asintió para confirmar su evaluación de Dustin Sanders. Maldita sea si no se estaba convenciendo más por momentos de la veracidad de la misma.

—Si le hiciera sentir más seguro, estaría dispuesto a acostarme en el granero.

En el instante en que la palabra «granero» salió de su boca, Dustin supo que había dicho algo equivocado. Lo vio en sus ojos. Mencionar el granero trajo a la mente de ella lo mismo que a la de él. Pero no había ningún indicio de que ella recordara aquella noche con algún tipo de añoranza, aparte del anhelo de clavar su piel en la puerta del granero.

—Estoy aquí por asuntos oficiales para el Sr. Lutcher y el Sr. Moore —explicó, contento de tener algún pequeño trozo de verdad que impartir después de aquella mentira descarada—. Explorando una línea de ferrocarril. —Se preguntó dónde caían las mentiras oficiales en el esquema de decir la verdad—. Cuanto antes lo haga, antes traerá el ferrocarril a la gente por aquí. —Se detuvo bruscamente, dándose cuenta de que no debía delatar el hecho de que había pisado

este lugar antes.

—Claro que siempre podría acampar en el bosque. — Hizo un gesto sin rumbo—. Pero podría no parecer lo bastante digno, un representante de la oficina principal de L&M, durmiendo en su silla de montar y todo eso. Podría retrasar los raíles.

La observó atentamente mientras divagaba y pudo darse cuenta de que sólo le escuchaba a medias. Verle la había estremecido, eso era evidente. Y aunque verla a ella había hecho lo mismo con él, él era plenamente consciente de que sus dos reacciones eran tan opuestas como la luz del día y la oscuridad.

Incluso con el pelo tirante, el vestido desteñido y los ojos fijados en él, Emma Jones era tan guapa como la recordaba. Y Dustin decidió entonces que, aunque no hiciera nada más en su vida, iba a compensarla.

Recordaba como él y Luke habían venido desde Lufkin, donde habían conducido un rebaño de ganado para una explotación maderera, para asistir a un baile de sábado por la noche en la Casa Travis. Dustin y Emma se habían sentido atraídos el uno por el otro desde el momento en que él cruzó la puerta y la vio a ella llevando una ponchera de su tamaño hacia la mesa adornada con encajes.

Sin esperar a ser tímido, se había acercado directamente y le había quitado la carga, presentándose al otro lado del cuenco de ponche amarillo que chapoteaba. Después bailaron toda la noche. Cada vez que alguien se colaba, antes de que terminara la melodía, Dustin se las arreglaba para volver a tomarla. Algo instantáneo y mágico había surgido entre ellos; algo más embriagador que el licor que algún tipo había utilizado para aderezar el ponche. Maldita sea si aún no podía sentirla, esa chispa. Movió los pies sobre la tierra empedrada.

Obviamente, a Emma no le había gustado el rollo de una noche. ¿Y por qué, en nombre del cielo, había esperado que lo hiciera? Aunque ella había sido una compañera más que dispuesta, él tenía veintisiete años y tenía más experiencia. No debería haber dejado que las cosas se le

fueran de las manos. Viéndola ahora, con más aspecto de cuarentona que de la veintiuno que él sabía que tenía, le dolía el corazón por el daño que le había causado. Al mismo tiempo, sabía que le costaría mucho no volver a cometer el mismo dulce error, dada la oportunidad.

Cosa que no parecía estar en las estrellas por el momento. Maldiciéndose a sí mismo por tonto mentiroso, Dustin rebuscó en su bolsillo y sacó un trozo de papel doblado que llevaba la impresión de su grupa, ya que llevaba cuatro días sentado sobre él. Se lo ofreció, agradeciendo en silencio a sus estrellas de la suerte por ésta, la primera pizca de suerte que había tenido en todo el viaje.

Los pedidos de L&M la convencieron, por supuesto. Estaban a nombre de su hermano, Desmond, y ni él ni Desmond habían tenido tiempo de informar a la empresa del cambio antes de salir de la ciudad. Desmond aceptó ocuparse de esa pequeña tarea después de que Dustin se marchara a Apple Springs.

Sin embargo, incluso viendo el nombre «Desmond Sanders» en la orden de trabajo, Emma seguía sin estar convencida de aceptarlo como huésped.

—Tengo dinero en efectivo —añadió, rebuscando de nuevo. Esta vez sacó un fajo de billetes—. L&M pagó por adelantado los gastos.

Fue el dinero lo que la conquistó, no su encanto, ni siquiera sus mentiras, Dustin lo sabía. Siguiéndola hasta el vestíbulo de la gran casa antigua, con la que había soñado con todo lujo de detalles desde hacía un año, se preguntó si alguna vez sería capaz de llevar a cabo semejante treta.

La idea le dejó tan nervioso como un mapache cazado con una jauría de sabuesos aullando por su cadáver. Cuando Emma descubriera su engaño, tendría una mancha negra más en su contra. Pero había sido lo mejor que se le había ocurrido de improviso. Aparte de volver a montar y abandonar la ciudad.

Y marcharse no había sido una opción, no desde el momento en que Emma salió por esa

puerta gritando tras ese tipo llamado Terence. Dustin supo entonces que no podía marcharse hasta que descubriera lo que había ocurrido en la Casa Travis el año pasado, mientras él cabalgaba ligero de equipaje, soñando sensuales sueños con una chica apasionada y despreocupada llamada Emma Jones, cuyos labios eran tan dulces como la miel de Piney Woods.

Capítulo 2

—Tres dólares a la semana y las comidas. Comes lo que preparamos, cuando lo preparamos.

Emma estaba de pie en la puerta de la segunda planta al que había conducido a Dustin. Emma se reprendió a sí misma todo el camino por haberle permitido quedarse. Pero el dinero la había convencido.

Le observó cruzar la habitación. Tanteó el colchón con una mano, se detuvo ante la ventana, levantó la cortina de muselina y se quedó mirando al patio trasero. Era definidamente un Sanders: alto y larguirucho, espeso pelo castaño y piel tostada por el sol, excepto por la franja de blanco que le llegaba hasta la mitad de la frente, donde cabalgaba su Stetson. Camisa de chambray y vaqueros ajustados... Dustin o Desmond, hacía que su corazón latiera tan rápido como el motor de un aserradero. Dustin o Desmond, su cerebro parecía incapaz de hacer la distinción.

—El desayuno es a las seis, la comida al mediodía, la cena a las seis —continuó—. La campana de la cena suena a las menos cuarto. Si no estás en la mesa antes de que se den las gracias, no comes.

—Bien —murmuró sin darse la vuelta.

—Limpiamos las habitaciones todos los días; cambiamos las sábanas cada dos...

—¿Es su marido el que se fue con tanta prisa?

Emma se quedó mirando la espalda de Dustin. Con el brazo apoyado sobre la cabeza, la mano agarrada al marco de la ventana, sus músculos se tensaban bajo la camisa azul. Su pregunta la sobresaltó.

—¿Terence? —Su ira volvió con fuerza—. No es que sea asunto suyo, pero Terence es mi prometido.

—¿Prometido? —Dustin se volvió pero, afortunadamente, no se encontró con su mirada. Sus ojos la recorrieron sin siquiera una pausa. Eso le pareció bien. Sus ojos se parecían tanto a los de su hermano que no tenía ningún deseo de mirarlos. Se quedó mirando la pequeña cicatriz blanca de su sien izquierda y se sorprendió pensando: sí, éste debe de ser Desmond. No recordaba una cicatriz así en Dustin la noche de... aquella horrible noche. Por supuesto, ella había estado tan embriagada esa noche, que podría haberle faltado la oreja izquierda y ella podría no haberse dado cuenta.

—No es que sea asunto suyo —espetó de nuevo, agitada por la reacción de su cuerpo ante aquel hombre, aquel extraño. Pero no era un extraño. Y ella no debería haberle alquilado una habitación—. Tengo trabajo que hacer. Si tiene más preguntas... eh, sobre nuestro reglamento, quiero decir, tráigalas a la mesa de la cena.

Le dejó de pie, con las manos en las caderas en medio de la habitación. Cuando llegó a la escalera le temblaban tanto las rodillas que tuvo que agarrarse al pasamanos. Había ido en contra de su promesa más ardiente: no permitir nunca que otro Sanders cruzara su umbral. Ahora no sólo había permitido que el canalla entrara en la casa, sino que le había alquilado una habitación.

Una habitación, por el amor de Dios. Él entraría y saldría. Estaría comiendo en su mesa.

Estaría durmiendo bajo su techo. Que Dios la ayudara, la idea la dejó mareada... y furiosa. Su ira, sin embargo, se dividía a partes iguales entre ella misma, Desmond Sanders y la empresa maderera por enviarle. Y todo ello era injusto, ella lo sabía.

Él tenía razón. ¿Cómo se atrevía a juzgar a toda una familia por las acciones de uno de sus

miembros? Ella no conocía una familia que no tuviera al menos una oveja negra entre los suyos. Y había dicho que Dustin estaba loco. Viniendo de un hermano gemelo, ésa era una condena bastante dura. ¿Cómo podía juzgar a Desmond por Dustin?

Fácilmente, contraatacó. Salvo por la pequeña cicatriz de la sien izquierda, Desmond era exactamente igual que su despreciable gemelo, hasta donde ella recordaba. Y ella recordaba. Ése era el problema. Los recuerdos la atormentaban-recuerdos a la vez conmovedores y despreciables.

Al llegar al vestíbulo, se apoyó en un poste, abrazándose a sí misma, apretando los ojos, intentando en vano despejar su cabeza del espantoso hecho de que no había olvidado a Dustin Sanders.

Había aprendido a odiarle, sí. Su cerebro le conocía como el canalla que era, pero su cuerpo no había olvidado la magia. Ver a su hermano se la devolvió con tanta fuerza que se le erizó la piel. Juntó los labios, sintiendo los de Dustin sobre los suyos, sin querer recordar, incapaz de olvidar.

De repente, la pantalla trasera se cerró de golpe. La voz espesa como la melaza de Sugar retumbó a través de las paredes de la cocina.

—¿Qué haces entrando en mi limpia cocina con los pies embarrados?

Un niño pequeño salió corriendo de la cocina hacia el vestíbulo. Emma lo miró exasperada.

—Pequeño Peter…

—No soy el Pequeño Peter. Soy Billy Joe.

—Sé quién eres y estás dejando huellas de barro por todas partes. Y tu mono… —Agarró a su hermano pequeño por un brazo frágil, haciendo que se detuviera. —¿Qué le ha pasado a esa correa? —Sus ojos se clavaron en el desgarrón donde debería haber estado un botón.

—¿Has estado usando tus botones para pescar con ellos, otra vez?

Sus ojos brillaron y Emma pudo darse cuenta de que estaba pensando en alguna excusa.

—¿Dónde está ese botón, Billy Joe?

—Lo cogió un pez —explicó en tono lastimero—. Y me caí dentro. No era mi intención, Emma. —Su voz ganó volumen, y con ella, excitación. Sus ojos azules se abrieron de par en par —. Era el pez amarillo más grande que he visto nunca. De verdad. Me arrastró adentro antes de que pudiera salvarme.

—Oh, Billy Joe. ¿Qué voy a hacer contigo?

Una serie de fuertes golpes llegaron a la puerta principal.

—¡Emma! ¡Oh, Emma!

Emma reconoció la voz incluso antes de volverse para mirar a la matrona vestida con primor y demacrada que entraba por la puerta mosquitera sin invitación. Se le hizo un nudo en el estómago. La flor de la cofia de paja de su visitante no invitada se balanceaba como si fuera una batuta empuñada por un director de orquesta. Lo cual, en esencia, pensó Emma, era lo que Henrietta Winston se consideraba a sí misma: una directora de orquesta, dirigiendo las vidas de los menos afortunados.

Emma empujó a Billy Joe hacia la puerta trasera.

—Corre que no te vea —susurró—. Rápido.

—Espera un momento, William. —Henrietta Winston lo llamó con voz áspera.

Billy Joe se detuvo en seco. Girándose agarró la falda de Emma con una mano embarrada, medio escondiéndose detrás de su hermana.

—He quedado en traer al señor y la señora Rau esta tarde, Emma. Están ansiosos por conocer al joven William. Límpialo y...

Emma se tragó la réplica que le vino a la mente.

—Creí que entendías…

—Emma, querida, no hagas las cosas más difíciles de lo que son…

—Nos quedamos juntos —interrumpió Emma—. Tengo veintiún años. Es edad suficiente para criar a los niños.

Henrietta Winston lanzó una mirada despectiva por el vestíbulo. Se asomó con agudeza al salón.

—Han pasado seis meses desde que murió tu madre, Emma. Aún no has podido establecer un hogar apropiado.

—He...

La voz de la persistente mujer se suavizó.

—Ya sabes lo que pensamos los de la sociedad sobre que los niños permanezcan con sus familias, Emma. Pero tú simplemente no eres capaz de mantener a los cinco. Vaya, niña, apenas eres capaz de mantenerte a ti misma. Tus intenciones son loables, querida, pero no puedes seguir así. No es justo para ninguno de vosotros.

Emma respondió mecánicamente, con la energía mermada por la continua prueba de convencer a la Sociedad de Ayuda a las Damas de Apple Springs de que era capaz de criar a sus cuatro hermanos. Su cruzada ganaba fuerza con cada encuentro, y no tenía intención de rendirse. Eso, ella lo sabía. El hecho de que sus objetivos fueran bienintencionados, de que tuvieran en mente el interés superior de los niños angustiaba aún más a Emma. ¿Y si tenían razón? ¿Estarían los niños mejor en los hogares que la Sociedad de Damas de Socorro había elegido cuidadosamente para ellos?

¿Y por qué, cuando su corazón y su mente estaban ocupados en asuntos de tanta importancia, la llegada de un doble de Dustin Sanders la había puesto tan nerviosa? ¿Por qué, en la verde tierra de Dios, le había permitido quedarse?

—Hemos discutido la situación, Sra. Winston. Hemos acordado no separar a nuestra familia.

Henrietta Winston frunció sus finos labios. Había habido un tiempo en que Emma había tomado esa expresión por simpatía. Ahora sabía que era más bien desconfianza. A la presidenta de la Sociedad de Damas de Socorro no le gustaba que la desafiaran.

—Me doy cuenta de que no hemos encontrado la solución perfecta —decía la mujer—, pero no hay alternativas. Ninguna familia puede acoger a cuatro huérfanos.

Emma se erizó.

—Los niños de esta casa no son huérfanos. Y a pesar de lo que crea la sociedad, soy capaz de criar a mis hermanos y a Fanny.

Henrietta Winston movió la cabeza, poniendo de nuevo su arco en movimiento.

—¿Es así, Emma? A David se le ha ofrecido la oportunidad de irse a la escuela. ¿Supongo que tienes los medios para pagar sus honorarios? Y Fanny, esa niña necesita las manos firmes tanto de una madre como de un padre. Las niñas de esa edad pueden meterse en problemas si se les permite vivir en... situaciones insatisfactorias. Mi marido y yo podemos hacer algo con Fanny, si la cogemos antes…

—Sra. Winston, no quiero ser grosera, pero ha venido en un momento inoportuno. Tendremos que discutir esto más tarde. Por favor, discúlpeme.

—¿Estarás lista para los Raus?

Emma sintió que el agarre de Billy Joe se tensaba. A medida que la conversación había avanzado, el suyo había pasado de agarrarle la falda, a rodearle la pierna con los brazos, como si se aferrara a ella para salvar su vida.

—Hoy no.

Henrietta Winston resopló, acercando unas pequeñas bolsas redondas a su rostro demacrado.

—Si no es hoy, ¿cuándo? ¿Después de que estos pobres niños desventurados se hayan arruinado viviendo en una pensión que atiende a tamborileros y leñadores y…?

—No alojamos a leñadores.

—Un soltero es un soltero, Emma. Eres mayor de edad, siento decirlo. Si quieres vivir en una casa llena de hombres solteros, es tu desafortunada elección. Pero los niños...

—Buenos días, Sra. Winston. — Los brazos de Emma temblaban. Las lágrimas rebosaban en sus ojos. Luchó valientemente para evitar que Henrietta Winston las viera—. Si nos disculpan, Billy Joe y yo tenemos trabajo que hacer.

Henrietta Winston volvió a resoplar, pero se dio la vuelta y se marchó, lanzando una pulla de despedida.

—Los Raus serían unos padres perfectos para el joven William, Emma. Tienen el dinero para enviarlo a la escuela, en caso de que resulte tan brillante como David. Son ciudadanos cristianos decentes y honrados.

La puerta mosquitera chirrió, cerrándose de golpe sobre las palabras decentes y honrados, como si reprendiera el derecho de Emma a mantener unida a su familia.

—No quiero vivir en ningún otro sitio, Emma.

—En cualquier otro sitio, Billy Joe. —Súbitamente superada por su miríada de emociones, Emma se arrodilló y abrazó a su embarrado hermanito contra su pecho. Olía a sudor, a gusanos y a tierra limpia.

—Quiero quedarme aquí contigo, Emma. Y con David, Fanny y el Pequeño Peter.

—Lo harás, cariño. Todos lo haréis. Te lo prometo. —Ella enterró la cara en su pelo casi

blanco. La posibilidad de que pudiera mantener esa promesa se volvía más dudosa cada día que pasaba.



Dustin oyó el intercambio desde su habitación, cerca de la escalera delantera. Ya estaba enfadado consigo mismo por haber mentido a Emma, e inquieto por la afirmación de ella de estar prometida con el hombre de evidente éxito al que había visto discutir con ella antes. Escuchando la conversación que tenía lugar en el vestíbulo de abajo, empezó a atar cabos.

La madre de Emma había muerto desde la última vez que él estuvo aquí, y a los buenos ciudadanos de Apple Springs no les hacía mucha gracia que Emma criara a sus hermanos pequeños en una pensión que atendía a solteros. Lo que significaba que su propia presencia tampoco ayudaría a su reputación.

El hecho era que cada vez parecía estar más atrasado con las deudas que tenía con Emma. Tomar su inocencia y huir como lo había hecho... nunca podría compensarlo. Mentirle sobre su identidad seguro que le traería muchos problemas. Ahora, si la conversación que oyó por casualidad era un indicio, su presencia como huésped en esta casa podría ser la gota final que separara a su familia.

Cuando llegó a las escaleras, la viperina señora Winston se había marchado con un portazo acusador. Dustin observó cómo Emma caía de rodillas y abrazaba a su hermano pequeño. Oyó sus promesas, notó el miedo en su voz y supo que si pretendía compensar a Emma Jones por el mal que le había hecho, más le valía ponerse en marcha.

Al oír sus pasos en la escalera, ella levantó la vista. Sus miradas se sostuvieron el tiempo suficiente para que él leyera el miedo en su expresión.

Entonces sus ojos, rebosantes de lágrimas, se volvieron fríos. Levantándose apresuradamente, se dio la vuelta, cerrándole el paso, como había hecho en el porche.

Él sabía lo que ella estaba pensando: se parecía mucho a su hermano. Si lograba que dejara de pensar en Dustin cada vez que lo veía, tal vez podría ganarse su confianza.

Esa idea era tan contradictoria con la realidad que le dejó estupefacto de haberla pensado. Sin embargo, sabía que tenía que convencerla de que pensara en él como alguien distinto al canalla que la amaba y la abandonó.

Billy Joe siguió el descenso de Dustin con los ojos azules muy abiertos.

—¿Quién es, Emma?

Dustin lo interpretó como que los huéspedes escaseaban como dientes de gallina, lo que no le sorprendió, dado que ella afirmaba no atender a leñadores. Eso explicaría sin duda el estado ruinoso de la Casa Travis... y de sus habitantes. Demasiado poco dinero y bocas que alimentar.

—¿Quién es este joven? —preguntó al llegar al escalón inferior.

Emma evitó los ojos de Dustin. Él la vio agarrar el hombro de su hermano pequeño.

—Billy Joe, saluda al Sr. Sanders.

—Hola, Sr. Sanders. ¿Es usted un huésped?

—Así es. —Dustin extendió una mano, que el niño agarró con avidez.

—¡Billy Joe! Le mancharás de barro.

Dustin le guiñó un ojo al chico.

—No sería la primera vez que me mancho de barro. —Observó cómo Emma se ponía seria.

—Vete, Billy Joe. Seguro que el Sr. Sanders necesita ir a trabajar.

—Hoy no. —Dustin intentó mirar de nuevo a los ojos de Emma, sosteniendo su mirada sólo un momento, antes de que ella se diera la vuelta. Pero en ese instante prácticamente pudo leer sus pensamientos, y eran para el canalla que ella pensaba que era.

La culpa flotó a través de él, perseguida por su natural, aunque a veces injustificado, sentido del optimismo. Puede que sus recuerdos fueran dolorosos, pero al menos no se había olvidado de él ni de su noche en el granero.

—Hoy es sábado —le dijo—. No creo que demasiados propietarios de aserraderos o leñadores apreciarían que les quitara tiempo el sábado. Probablemente estén listos para volver a casa con sus esposas y sus familias. —La idea le produjo una punzada de soledad. Dustin nunca se había planteado sentar la cabeza, pero no había parecido perjudicar a aquellos de su familia que habían sido lo bastante valientes para intentarlo.

—Subiré mi caballo, si me dice...

—Oh, lo siento. Yo... eh...

—Ha estado ocupada, señora. No necesita disculparse. Puedo buscar el establo... eh, quiero decir, si me indica la dirección correcta. —Para cuando Dustin terminó, sabía que había hecho algo más que meter la pata. Para ser tan poca cosa, Emma Jones era una experta en mantenerlo con la lengua trabada.

—Ese es el trabajo de David —decía Emma.

—¿David? ¿El chico que vi antes?

Emma aún parecía dispuesta a echarse a llorar de un momento a otro.

—En el poco tiempo que lleva aquí —dijo—, se ha enterado de nuestros problemas. David preferiría barrer la escuela que cortar leña.

—Probablemente cualquier niño preferiría barrer, si le dieran a elegir.

—No le di a elegir.

—No, bueno. — Repentinamente pensativo, Dustin despeinó la cabeza de estopa de Billy Joe—. ¿Cuántos años tienes, Billy Joe?

—Siete, señor.

—¿Ya cortas leña?

Los ojos de Billy Joe se redondearon de nuevo. Sacudió la cabeza.

—Vamos, entonces. Después de encerrar al viejo Coyote, te daré una lección.

—No puedes hacer eso —objetó Emma.

Dustin hizo una mueca.

—Lo siento. Debería haber pedido permiso…

—No es eso. Es un invitado de pago, Sr. Sanders.

—Nunca me ha gustado mucho quedarme sentado.

Billy Joe sacó una pequeña mano y agarró el pequeño dedo de Dustin. Cuando Dustin bajó la vista, se encontró con un par de ojos azules llenos de adoración. El hecho de que fueran del mismo azul claro que los de la hermana mayor del niño no hizo mucho por calmar los agitados sentidos de Dustin. Se figuró que cortaría la mitad de la madera del este de Texas, si Emma Jones le mirara como lo estaba haciendo su hermano pequeño.

—¿He oído algo de pescado para cenar? —le preguntó al chico.

Billy Joe suspiró expansivamente.

—Lo perdí.

—No creo que el pez haya llegado muy lejos, Billy Joe —consoló Emma.

Echando una mirada a Emma, Dustin sonrió. Ella sonrió. Sus esperanzas aumentaron.

—Después de cortar la madera, ¿te importaría si intentamos pescarlo de nuevo?

—¿Podemos, Emma?

—Sr. Sanders, usted no...

—Desmond —corrigió Dustin.

Emma tragó saliva.

—Es un invitado de pago, Sr. Sanders. No hay necesidad…

—Es puro egoísmo, señora. La mención de cenar pescado me hizo la boca agua.

—¿Podemos, Emma? ¿Eh? ¿Podemos?

Mientras Billy Joe suplicaba, Dustin observaba a Emma vacilar. Se mordió la lengua, y finalmente el entusiasmo del chico se impuso al mejor juicio de su hermana.

—Si el Sr. Sanders está seguro de que no es una imposición.

—Desmond —repitió—. Y estoy seguro.

Billy Joe ya estaba saltando de un pie desnudo y embarrado al otro.

—¡Bien! ¿Podemos llevarnos al Pequeño Peter?

—¿El Pequeño Peter?

—Mi hermano.

—¿Cómo... eh, de pequeño?

Emma realmente se rio.

—Él es el quinto, pero no tienes que…

—Lo sé, Emma. —Sus ojos sostuvieron los de ella, lo que esta vez fue quizá un segundo más, antes de que ella agachara la cabeza—. Quiero hacerlo.

Emma los miró irse, Desmond alto y larguirucho y demasiado guapo, pareciéndose a su hermano malo. Y Billy Joe, agarrando el dedo del nuevo huésped, sus cortas piernas haciendo doble tiempo para seguir el ritmo de su compañero de largas piernas.

No debería haberle dejado quedarse. Todo en su interior gritaba la advertencia. Él traería problemas, y más problemas que ella no necesitaba. No debería haberle dejado quedarse.



En la cocina, Sugar estaba sentada en una silla con base de caña, justo dentro de la puerta trasera, con una vasija sobre la mesa a su lado y una fanega de guisantes del huerto sobre el suelo a sus pies. Negra como la melaza de fleje, vieja como Matusalén, Sugar había trabajado para la familia de Emma desde antes de la guerra. Cuando la mayoría de los esclavos de la familia, tanto los de la casa como los del campo, se marcharon a buscar fortuna, Sugar se quedó.

—Mi lugar está aquí —respondía siempre que alguien le preguntaba—. Con la única familia que he conocido. —Por supuesto, ya nadie preguntaba. Sugar formaba parte de la Casa Travis tanto como su pintura desconchada, sus persianas caídas y sus conocidas recetas.

—Tendremos uno más para comer durante unos días —comentó Emma, entrando en la cocina. Con una mesa de pino extralarga extendida por el centro, ésta era la habitación más cómoda de la casa. Lo cual era una suerte, decidió Emma hacía tiempo, pues era donde pasaban la mayor parte del tiempo: cocinando, enlatando, limpiando.

Su madre había añadido una segunda cocina para acomodar a los numerosos comensales atraídos a la Casa Travis por la amplia pensión y la renombrada comida. En tiempos de su madre y de su abuela, la gente venía de lugares tan lejanos como Lufkin para probar los platos preparados con las viejas recetas familiares, que se guardaban como si hubieran sido transmitidas

desde lo alto.

—Un día de estos —le gustaba decir a la madre de Emma—, las recopilaremos en un libro de cocina. —Por supuesto, nunca lo hicieron. Y ahora la mayoría de la gente había olvidado no sólo las recetas de la Casa Travis, sino la propia Casa Travis. La enfermedad de su madre había hecho mella en los recursos de la familia, tanto emocionales como financieros.

La cocina era el dominio de Sugar y lo había sido desde antes de que Emma naciera. Ella insistía en mantener todas las ventanas y las dos puertas exteriores abiertas al sol. Y lo que Sugar insistía, Sugar normalmente lo conseguía. Cuando la madre de Emma estaba bien, Sugar se encargaba de la cocina y Shannon, la madre de Emma, del resto de la casa. Ahora Emma y Fanny compartían las tareas a partes iguales con Sugar.

Emma vigilaba a su antigua cocinera, ama de casa y confidente. Sugar se cernía sobre su operación de descascarado como si eso fuera lo único en lo que pensaba. Sin embargo, por la forma en que torcía la cabeza para mirar por la puerta trasera, Emma supo que no era así.

La anciana se inclinó hacia delante en la silla con respaldo de caña para mirar a través del biombo.

—He visto a ese nuevo huésped —admitió Sugar—. Un tipo muy guapo, y también muy agradable. Les cogió cariño a los niños enseguida.

Emma siguió la línea de visión de Sugar. Dustin guiaba a su caballo y Billy Joe lo seguía, todavía sujetando el dedo del nuevo huésped, con sus cortas piernas corriendo para seguirle el ritmo. Se les había unido el Pequeño Peter, la viva imagen de Billy Joe, excepto por ser una cabeza y unos hombros más bajo. En lugar de coger la mano de Dustin, el Pequeño Peter se agarró a la de Billy Joe. Su otra mano estaba en su lugar habitual, en la boca, donde se chupaba el dedo índice. Aunque Dustin miraba al frente, aparentando no dar importancia a los chicos, ése no debía ser el caso, decidió Emma. Se daba cuenta de que estaban enzarzados en una conversación de tipo bromista.

Se dio la vuelta. Si no se pareciera tanto a su hermano, tal vez ella también podría disfrutar de su compañía.

—¡Humph!

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada. Sólo humph.

—¿Humph qué? No es guapo, no es sociable o no se llevó bien con los pequeños.

—Oh, se lleva bien con ellos.

Tras unos segundos de silencio continuó hablando.

—Espero que se quede un tiempo. A esos jovencitos les viene bien un poco de atención de un hombre.

Sugar no continuó, pero Emma captó su mensaje. A Sugar no le convencía Terence Larson, ni un ápice. Ella creía que no le gustaban los niños. No era cierto, pero Emma no había podido convencer a Sugar de lo contrario.

—Vino Henrietta Winston —comentó, cambiando de tema.

—La oí despejarse por aquí.

—Ella no se rinde, Sugar.

—Ella está decidida a alejar a los jóvenes de su hogar.

—Ella tiene el apoyo de las otras mujeres de la comunidad. Y del señor Holden. Y del reverendo Callicott. Y de la madre adoptiva de Terence. —Emma se envolvió en sus brazos—. Tengo miedo, Sugar.

La anciana levantó la vista de sus guisantes.

—Yo también lo tengo, señorita, pero eso no significa que sea hora de dejarlo.

El sonido de la leña siendo cortada llegó desde detrás del granero. Emma intentó apartar la imagen de Desmond, que se parecía tanto a Dustin, cortando leña. Intentó no preguntarse si se había quitado su limpia camisa azul y la había colgado en una rama. Intentó no visualizarlo desnudo de cintura para arriba, haciendo fuerza con el hacha.

Lo intentó, y el esfuerzo hizo aflorar su ira. No debería haberle alquilado una habitación. Ya tenía suficientes problemas como para que llegara otro Sanders y causara estragos en su vida.

—Será mejor que no nos abandones. —La voz pertenecía a Fanny, de quince años, una versión más joven de Emma con su complexión esbelta y su abundante pelo negro, que le colgaba en dos gruesas trenzas sobre los hombros. Fanny, sin embargo, tenía los ojos marrones de su propio padre. Entró en la cocina, metió la mano en los guisantes desgranados y dejó que cayeran en una lluvia de gotas verdes de nuevo en la vasija. Sugar apartó el cuenco de un tirón.

—No te acerques a mis guisantes, señorita, o te encontrarás viviendo con esa vieja señora Winston más rápido de lo que a una mula le salen orejas.

Fanny se acercó a la ventana donde estaba Emma.

—¿He oído a alguien decir que tenemos un huésped?

Emma miró hacia la pila de leña, que estaba oculta por el lateral del granero.

—¿Un leñador?

—Por supuesto que no.

—Si alquilaras a leñadores, Emma, las cosas podrían mejorar por aquí.

Emma se puso rígida ante el reproche. Pero, ¿no había pensado ella lo mismo una y otra vez?

—Alquilar a leñadores traería más dinero, sí, pero…

—¿Más? ¿Qué tal un poco? Incluso podríamos permitirnos adecentar el lugar. Colgar las

contraventanas, pintar la casa, comprar ropa nueva.

—Alquilar a leñadores no mantendría unida a la familia, Fanny. Probablemente sería el último clavo en el ataúd que Henrietta Winston está construyendo para nosotros. Ella considera que una pensión es un lugar poco adecuado para criar niños, ya que atendemos a trotamundos. Alquilar a leñadores se sumaría a su lista de acusaciones.

—Entonces, ¿por qué le alquilaste a este hombre? ¿Es viejo como el abuelo bereber? ¿O feo como el viejo Nevershed?

Emma curvó los labios, escuchando el rítmico cortar de la madera. Sintió de nuevo el vuelco en su corazón cuando levantó la vista y vio a Desmond de pie ante ella en el sendero, sombrero en mano, el pelo castaño pegado a la cabeza, los ojos marrones sondeando, preocupados...

¿Preocupados? Eso debería haberle dicho de inmediato que no era ese ruin hermano suyo.

—¿Por qué, Emma?

Emma volvió los ojos angustiados hacia su hermana menor. Vio de nuevo la ansiosa respuesta de Billy Joe a Desmond.

Vio los billetes doblados que sacó de su bolsillo.

—Tenía dinero. —Pero ella sabía, incluso cuando lo decía, que por mucho que necesitaran el dinero, ésa no era la razón por la que había alquilado una habitación a Desmond Sanders.

Cogiendo dos pañuelos de sol de una percha junto a la puerta trasera, le entregó uno a Fanny.

—Ya basta. Ya hemos perdido demasiado tiempo. —En el porche trasero cogió dos azadas y dos pares de guantes blancos de algodón.

—Emma, hoy no quiero trabajar el jardín. ¿Por qué no cogemos…?

Sugar cortó la protesta de Fanny con un golpe en el trasero de la niña. Aunque el golpe no podía haberle hecho daño a través de las enaguas, los pantalones y el vestido de percal, Fanny saltó a un lado, agitándose fuera del alcance de Sugar. Sugar no dejó que eso la detuviera.

—Haz caso a tu hermana, ¿me oyes? O te las verás conmigo.



El sol era ardiente para el comienzo de la primavera y pronto la transpiración resbaló por el nacimiento del pelo de Emma, mojando el bavolet extra largo de su bonete, diseñado para proteger del sol el cuello de la usuaria. Incluso su ropa interior pronto estuvo húmeda y pegajosa. Una profunda V de transpiración se extendió por su pecho, bajando entre sus pechos y subiendo por su garganta.

Fanny blandía su azada con ferocidad.

—Odio deshierbar los jardines.

Emma limpió la tierra alrededor de sus arbustos de judías, ignorando la hosquedad de su hermana. Oyó el áspero chop, chop mientras Fanny atacaba la tierra con su azada.

—Trabaja en esas nuevas plantas de calabaza —le ordenó—. Asegúrate de quitar todas las malas hierbas. Si no tenemos cuidado ahogarán las plantas antes de que empiecen a crecer.

—Ojalá aún tuviéramos esclavos.

De nuevo Emma la ignoró. Ella sabía lo que era tener quince años. Ella tampoco había querido trabajar en el jardín entonces, pero había trabajado. Y Fanny también lo haría.

—Deberíamos contratar a un par de esos borrachos de la posada Dew Drop. Azadonearían el huerto y no tendríamos que hacerlo nosotras.

Emma se dirigió a los nabos.

—¿Contratarlos con qué?

—¡Emma! Tendremos el dinero del alquiler del nuevo huésped.

—Eso sirve para la comida. Y ropa escolar. Y…

—¿No sobrará nada?

Emma oyó la angustia de Fanny, la sintió ella misma. Oteó el jardín, miró hacia la casa, sus tablas grises, algunas podridas. Sugar la amonestó para que no abandonara, para que no se rindiera. Ella tenía una solución. Una.

—Cuando me case con Terence, Fanny, las cosas mejorarán.

Fanny tiró su azada.

—Cuando te cases con Terence, tendré que irme a vivir con la vieja señora Winston.

—No, no lo harás.

—Terence me odia. Nos odia a todos. Y yo también le odio. No viviría en la misma casa con él ni aunque me pagaras para ello.

—Eso no es justo, Fanny. Terence no está acostumbrado a los niños, eso es todo. Lo pasó mal mientras crecía…

—¿Cómo llamas a esto? —Fanny abrió sus brazos en un amplio gesto—. Nosotros también lo pasamos mal.

—Fanny…

—Sólo porque el presidente de un banco adoptó a Terence, piensa que todos en el mundo debería ser tan afortunado. —Las lágrimas rebosaban en los ojos de la chica. Movió la cabeza de un lado a otro, oscilando sus coletas—. No voy a vivir con la vieja señora Winston, Emma. Primero me escaparé.

Emma saltó por encima de dos filas de judías, cogiendo a Fanny en brazos.

—Ya, ya, cariño. No llores. Las cosas se arreglarán.

Fanny se apartó de un tirón. Las lágrimas brotaban sin cuidado de sus ojos marrones.

—Lo haré. Ya lo verás. Me escaparé.

—No habrá necesidad de huir, Fanny. No tendrás que vivir en ningún sitio excepto aquí, en esta vieja casa destartalada, sin cosas bonitas durante un tiempo, pero con tu familia. Te lo prometo.

Fanny se mordió el labio, luchando visiblemente por controlar sus emociones.

—¿Por qué no corres a la casa? —sugirió Emma—. Limpia para la cena. Terence no tardará en llegar.

Fanny levantó las manos.

—¡Terence! ¿Cómo puedes estar tan ciega? Terence no es mejor que la señora Winston, el señor Holden o el reverendo. Todos están contra nosotros. Nadie quiere que permanezcamos juntos.

Emma recogió la azada que se le había caído y luego la de Fanny.

—Creo que ya hemos hecho bastante por hoy. Vamos a limpiar y a echarle una mano a Sugar con la cena. —Pasando un brazo por los hombros de Fanny, Emma la empujó hacia la casa.

Caminaron en silencio, cada una absorta en sus miedos individuales: a los hogares de acogida y a Terence Larson... y a estar separada de su familia.

—¡Mira, Emma, mira! ¡Emma!

La voz de Billy Joe sacó a Emma de su estupor. Él, el Pequeño Peter y Desmond Sanders se acercaban a la casa, llevando entre ellos un cordel ensartado con tres grandes peces amarillos.

El deleite en los rostros de los muchachos provocó una sonrisa en el de Emma, que Dustin devolvió de inmediato.

—¿Hay alguna posibilidad de que los cocinemos para la cena, una vez que terminemos de limpiarlos, por supuesto?

Emma lo miró, momentáneamente sorprendida por lo mucho que Desmond Sanders se parecía a su hermano.

—Ya le dije, Sr. Sanders, los invitados comen lo que ponemos en la mesa.

Ella vio cómo se desvanecía su sonrisa. Sus ojos se desviaron hacia los chicos, que la miraron con el ceño fruncido. Intercambiaron encogimientos de hombros, como si hubieran sido sorprendidos en medio de alguna transgresión.

Dustin volvió a mirar a Emma.

—Sí, me lo dijo. Supongo que lo olvidé.

—Por favor, Emma —suplicó Billy Joe. Miró a Dustin y luego de nuevo a Emma.

—Emma, estos peces van a saber dee… liciosos.

Inmediatamente se arrepintió de su arrebato. Miró al Pequeño Peter. Normalmente tímido con los extraños, se apoyó en la pierna del nuevo huésped, chupándose tranquilamente el dedo.

—Oh, de acuerdo —aceptó—. Pero asegúrese de limpiarlos bien y…

—Lo haremos, Emma —le aseguró Dustin—. Gracias.

Hasta que no se volvió hacia el porche trasero, Emma no reparó en Fanny. Sus ojos se clavaron en la chica, que estaba de pie, con la boca abierta, mirando fijamente al nuevo huésped.

Un rápido vistazo le mostró que él ya se había vuelto hacia el granero, con la limpieza de los peces como único pensamiento.

Antes de que Emma pudiera detenerla, Fanny se precipitó tras ellas.

—Hola, soy Fanny.

Dustin se volvió con una sonrisa para la chica que le tendió la mano. La cogió, la estrechó y luego la soltó.

—Yo soy... eh, Desmond.

Emma llegó hasta ellos y cogió a Fanny del brazo.

—El Sr. Sanders para ti, Fanny.

—¿Eres nuestro nuevo huésped? —La voz de Fanny había perdido todo rastro de abatimiento.

—Sí, señorita.

—Vamos, Fanny —animó Emma—. Si vamos a cocinar esos peces, será mejor que los limpien.

—Nos alegramos mucho de tenerte, Desmond.

Los ojos de Dustin se desviaron hacia Emma, que lo consideraba con el asesinato en su mente.

—Gracias. Me alegro mucho de estar aquí. —Dándose la vuelta guio a los chicos y a sus peces hacia el granero.

Emma acompañó a Fanny a la casa. Cuando llegaron al porche trasero, donde se había instalado una bomba manual sobre un fregadero de hojalata, Fanny se detuvo.

—Adelante, ayuda a Sugar, Emma. Necesito lavarme el pelo antes de cenar.

Capítulo 3

Dustin ayudó a los pequeños a lavarse en la bomba que había fuera de la casa. Cuando llevó el pescado desollado y limpio a la cocina, Emma estaba ocupada preparando la capa de harina de maíz.

Levantó la vista sin dar la bienvenida.

—Ésta es Sugar —presentó en tono cortante—. Sugar, el Sr. Sanders es nuestro nuevo huésped.

La gran mujer negra sonrió.

—Bienvenido, señor. ¡Vaya, pero si son peces de buen tamaño! La mayoría tan grandes como las sonrisas de esos jovencitos. Muy amable de su parte llevarlos a pescar.

Emma había vuelto a su trabajo como si Dustin ni siquiera estuviera en la habitación.

—No me lo agradezcas demasiado —le dijo a Sugar—. Lo he disfrutado. —Echando un vistazo a la reluciente y limpia, aunque destartalada, cocina, se dio cuenta de que había un cubo de leche vacío sobre uno de los dos hornillos. Otro trabajo que David había eludido, según recordaba.

—Ya que estoy aquí... —Recogió el cubo sin más explicaciones. La voz de Emma le detuvo en el umbral.

—Es usted un huésped de pago, Sr. Sanders.

Respondió encogiéndose de hombros y se dirigió hacia el granero, donde había visto a una vaca Jersey metiendo la cabeza en un saco de pienso.

La vieja Bertha, como Emma llamó a la vaca lechera de la familia, era dócil y el ordeño no llevó mucho tiempo. La cara de Sugar se iluminó como un cielo tachonado de estrellas cuando regresó a la cocina con un cubo de leche espumosa y fresca. Emma no estaba por ninguna parte.

Tras lavarse en el porche trasero, Dustin regresó a la habitación que Emma le había asignado. Se puso una camisa limpia y pensó que después de la cena tendría que hablar con Sugar sobre la colada. Sentado en la cama, pulió distraídamente la pala de sus botas y reflexionó sobre los acontecimientos del último día.

Ciertamente no se había imaginado que las cosas saldrían como habían salido, aunque mirando hacia atrás, se maldijo por tonto por pensar que podía llegar hasta la puerta de Emma después de haberla abandonado como lo había hecho, y esperar que ella saliera corriendo con los brazos abiertos.

No había tenido intención de mentirle; fue una de esas decisiones impulsivas; una de la que se arrepintió en el momento en que las palabras salieron de sus labios. Un sentimiento enfermizo en sus entrañas le decía que probablemente viviría para arrepentirse de aquellas descuidadas palabras antes de aclarar las cosas.

Pero, ¿qué otra opción tenía? ¿Aparte de volver a montar y alejarse? Y eso no habría resuelto nada. Seguiría soñando con ella. Seguiría preocupándose por lo que podría haber sido.

Interrogando a los muchachos mientras estaban sentados en la orilla del arroyo rubicundo, se había enterado de que el único comensal habitual de la cena era el prometido de Emma, Terence Larson. Dustin se preguntó si Terence pagaba sus comidas en la pensión como si fuera un huésped o si era un simple invitado, ya que alguien tenía que poner algo de dinero en el lugar.

Cuando oyó la campana de Sugar para la cena -aunque en realidad era un triángulo de

hierro que golpeaba con una fuerza inusual- se preparó para el momento en que se encontraría con la competencia.

El primer impulso de Dustin fue preparar su arma, pero en realidad era a él quien Emma no lo quería allí. Eso estaba claro como el agua. Segundos después, la puerta frontal graznó. Una voz masculina llamó:

—¡Emma! ¡Estoy aquí!

El sonido de la voz de Terence fue todo lo que hizo falta para activar la vena competitiva de Dustin; eso, y el recuerdo del rostro apuesto y la ropa limpia del hombre. El prometido de Emma era definidamente un hombre que atraería a las mujeres.

Consciente de la advertencia de Emma de que a los rezagados se les negaba la cena, Dustin se agachó para mirarse en el pequeño espejo de la cómoda, se alisó el pelo hacia atrás con los dedos abiertos y se dirigió a las escaleras.

Justo cuando llegaba al final de la escalera, Terence volvió a llamar.

—¡Emma!

Dustin enderezó los hombros, no muy dispuesto a encontrarse con el tipo, sabiendo que no sería un momento agradable, dada su propia condición en esta casa.

Desde la escalera, vio a Emma salir por las puertas abiertas que conducían del vestíbulo al comedor, secándose las manos en el delantal. Dustin vaciló a mitad de la escalera, preparado para verla precipitarse a los brazos de Terence. Pero se sintió decepcionado.

O aliviado, más bien. Porque Emma se detuvo ante el hombre alto y bien parecido que no se había cambiado de ropa, sino que aún vestía su traje de antes. Colgó su sombrero inútil en un gancho de la combinación paragüero y perchero del vestíbulo. Volviéndose hacia Emma, se quedó un momento parado, obviamente esperando a que ella se acercara a él. Cuando quedó claro que ella no iba a precipitarse sin que le animara, extendió los brazos.

—Aw, cariño, vamos. Dame un beso. Te pido disculpas.

Al igual que Terence, Dustin esperó, aunque seguro que con emociones opuestas. Pero Emma sólo alargó los brazos y cogió la mano de Terence.

—A decir verdad, Terence, lo había olvidado. Esta tarde he estado bastante ocupada.

David se apresuró a cruzar la puerta principal, y luego, se movió rápidamente alrededor de Terence hacia la escalera. Al ver a Dustin, se detuvo.

—¿Un huésped? —David miró a Dustin con el ceño fruncido—. ¿Qué significa esto?

Emma se fijó entonces en él. En lugar de ablandarse, sus ojos se pusieron vidriosos, duros como un viejo clavo de herradura.

—El Sr. Sanders trabaja para Lutcher & Moore. —Presentó a David a Dustin.

—¿Un leñador? —acusó el chico.

—Explorador de una línea de ferrocarril —corrigió Dustin. Dando los pasos restantes, ofreció su mano a David.

—Y éste es Terence Larson. —La voz de Emma era quebradiza, su tono brusco—. Trabaja en el Banco Apple Springs. Terence, lleva al Sr. Sanders al porche y háblale sobre Apple Springs, mientras yo ayudo a Sugar a poner comida en la mesa. —Llamó tras David, que desaparecía rápidamente por la escalera—. Cámbiate de camisa y lávate las manos, David. Y cuando bajes, dale las gracias al Sr. Sanders por cortar tu leña. Y por ordeñar a la vieja Bertha.

Si David seguía el ejemplo de Emma, decidió Dustin, siguiendo a Terence hasta el porche, no recibiría ningún agradecimiento. Su tono no contenía ni rastro de gratitud. Lo cual no venía al caso. No había hecho esas tareas por gratitud.

Dustin dirigió su atención al perturbado prometido de la señorita Jones. Un banquero, ¿verdad? Se preguntó qué lugar ocupaba ese hombre en la lista de empleados del banco.

Presidente, probablemente, o aspirando a ello, por la forma en que iba vestido.

Se acomodaron en un par de la media docena de mecedoras alineadas a lo largo del amplio porche delantero. El sol se hundía tras ellos, ensombreciendo el patio delantero y el pueblo de abajo.

Terence abrió la conversación con facilidad.

—¿Así que Lutcher & Moore planea realmente construir una línea aquí?

—Eso parece. Debo explorar el mejor camino; hablar con aserraderos, contratistas, ver si podemos llegar a una ubicación que sea justa para todos.

—Buena suerte —respondió Terence con una risa corta y cínica—. Con tantos aserraderos pequeños como tenemos en esta zona del bosque, es probable que obtenga tantas respuestas.

—Eso me figuré.

—Si puedo serle de ayuda, hágamelo saber. Como trabajo en el banco, conozco la jerarquía de L&M. Puedo ayudarle a localizar a casi cualquiera en el negocio.

—Gracias. Puede que le tome la palabra.

Se mecieron en silencio un rato, y Dustin se encontró gratamente sorprendido con Terence Larson. El nombre del hombre le había prevenido. Eso y su ropa, por no mencionar el hecho de que estaba comprometido para casarse con Emma.

—He oído que usted y Mol-uh, la señorita Jones planean atar el nudo.

—Uno de estos días —respondió Terence, dejando que Dustin se preguntara cuán ansioso estaba realmente este posible novio. Si fuera él…

Vaya, vaya. Si fuera él quien estuviera contemplando el matrimonio, saldría corriendo de este bosque más rápido que un sabueso tras el rastro de una cena de conejos. Dustin volvió la conversación a los negocios.

—Un viaje interesante desde Orange —comentó—. Oí muchos cotilleos por el camino.

—¿Cotilleos?

—O cuentos chinos. No pude decidirme. —Prosiguió Dustin.

—¿Sobre qué?

—Robo de madera.

—¿Robo de madera? Oh, eso es bastante real, si eres el terrateniente cuyos árboles son talados —comentó Terence.

—¿Conoce casos?

—Unos pocos. Como usted ha dicho, rumores. Pero si suma dos y dos, probablemente no haría falta ser muy listo para descubrir a los autores.

—¿Qué haría?

—Bueno, veamos. Primero, tendría que buscar terrenos propiedad de varias partes, todas o la mayoría de ellas viviendo fuera de la zona. Luego tendría que ir a Lufkin, al juzgado, buscar las escrituras, los metros y los límites. Las utilizaría para redactar una escritura a su nombre, volvería al juzgado y la archivaría. De esa manera, cuando contratara a un contratista para sacar los troncos, tendría una escritura a mi nombre.

—¿Qué diferencia habría?

—Los contratos de tala no pueden adjudicarse sin una prueba de propiedad.

—¿Y los recibos del aserradero?

—¿Qué pasa con ellos?

—Enumeran el origen de la madera y el nombre del maderero. ¿No llevarían a un hombre hasta el ladrón?

—Si tuviera tiempo de revisarlos, seguro. ¿Quién tiene tiempo para revisar todos los aserraderos de la zona? Como dije, hay un montón de ellos. Si las escrituras son falsas, sin embargo, tendría una tarea en sus manos. No veo cómo le beneficiaría a un hombre pasar tanto tiempo. Debería haber vendido la tierra en primer lugar.

Dustin recordó la discusión que había oído antes entre Terence y Emma.

—¿Merecería la pena cortar la madera de otro hombre?

Terence se volvió hacia Dustin con el ceño fruncido.

—Para ser alguien nuevo en la zona, siente mucha curiosidad por este asunto.

Dustin retrocedió.

—No es curiosidad, sólo interés. Igual que todo el mundo, desde Orange Clear hasta Apple Springs. —Antes de que se le ocurriera otro tema de conversación, Emma les llamó a cenar.

Como los niños habían indicado antes, Dustin y Terence eran los únicos invitados a la cena. No estaba claro exactamente qué había ahuyentado a los huéspedes de pago de la Casa Travis, pero el anuncio anterior de Emma de que no hospedaba a leñadores podía tener algo que ver.

En esta parte del país, los leñadores eran tan abundantes como pulgas en un perro de caza, y los que trabajaban para L&M necesitaban lugares donde alojarse. A diferencia de otras empresas madereras, Lutcher & Moore no obligaba a sus empleados a vivir en pueblos de la empresa ni a comprar en tiendas de la empresa, ni L&M pagaba con fichas de la empresa. Dinero en efectivo todos los sábados por la noche. Dinero en efectivo al que la señorita Emma Jones podía obviamente dar buen uso.

La gran mesa de nogal estaba puesta con mantelería blanca y se había colocado al estilo familiar, con platos a cada lado, cuencos y fuentes de humeante, aunque sencilla, comida en el centro: cazuela de patatas dulces, guisantes, cebollas fritas, dos fuentes de pan de maíz y uno con

los tres pescados que él y los chicos habían pescado, fritos hasta alcanzar un dorado crujiente.

Todos, excepto Dustin, parecían conocer su lugar, pero Emma lo remedió rápidamente, indicándole que se sentara en una silla a la derecha de Terence, que ya estaba en la cabecera de la mesa.

Emma se situó en el extremo opuesto, cerca de la cocina, con el Pequeño Peter oculto tras las barandillas de su silla a su derecha y la cabeza de Billy Joe asomándose por encima de su silla a la izquierda de Emma. David entró corriendo, reclamando rápidamente el lugar a la izquierda del banquero. La silla entre David y el Pequeño Peter permaneció sin ocupar.

Terence frunció el ceño ante el lugar vacante.

—¿Dónde está Fanny?

—Llega tarde.

Dustin recordó la penalización por llegar tarde a la mesa.

Sin embargo, Terence dudó un momento más y fueron recompensados con la presencia de Fanny. Un susurro de faldas la precedió por la escalera, incluso antes de que hiciera su gran entrada.

Al verla, las cejas de Dustin se alzaron. Hacía sólo un par de horas Fanny había sido una niña torpe con coletas. Ahora su pelo negro enmarcaba su cara en tirabuzones, un lado sujeto por una elaborada peineta ribeteada de perlas. Su vestido era tan azul como el cielo, pasado de moda incluso a los ojos de Dustin. Dustin tragó saliva. Sus ojos bajaron por el pecho de ella y luego volvieron rápidamente a sus ojos castaños, que se centraron en él como si fuera la única otra persona de la habitación.

—¡FANNY! —El grito ahogado de Emma resonó en la habitación repentinamente silenciosa—. Siento llegar tarde, Emma. —Sin apartar los ojos de Dustin, ella reclamó la silla entre sus dos hermanos, poniéndose a su altura, directamente frente a él.

—Huelo pescado —dijo entusiasmada—. Hace mucho que no comemos pescado, Desmond.

—Sr. Sanders, Fanny.

Dustin lanzó una mirada incómoda a Emma, que estaba de pie, con las manos en las caderas, fulminando con la mirada a su hermana. Donde sus ojos habían temido aventurarse, los de Emma viajaron sin problemas.

Terence se aclaró la garganta.

—Recemos.

Dustin inclinó rápidamente la cabeza, esperando que la ansiosa joven del otro lado de la mesa hubiera inclinado también la suya. Ya tenía una indigestión. Le sorprendió de nuevo la disparidad entre el curso que había imaginado que tomaría esta velada y los acontecimientos reales.

La oración de Terence fue breve y directa. Todos se sentaron. Dustin mantuvo su atención en la mesa: su plato, sus cubiertos, las fuentes que tenía inmediatamente delante. No se atrevía a levantar la vista por miedo a la atención que atraía desde el otro lado de la mesa.

Desde el extremo opuesto, Emma empezó a pasar la comida. Sirvió el plato del Pequeño Peter, luego el suyo y el de Billy Joe, antes de pasar las fuentes. Por dentro estaba ardiendo. ¿Qué debía hacer? ¿Enviar a Fanny a cambiarse? Eso era lo que ella quería hacer. Pero avergonzaría a la chica. Si pudiera ignorarla, tal vez…

Pero ignorar a Fanny era imposible. Llevaba uno de los últimos grandes vestidos de fiesta que hizo su madre antes de que sus vidas se desmoronaran; Emma no había pensado en ese vestido en años... bueno, en un año, al menos. Una vez, ella había planeado…

Sin proponérselo, lanzó una mirada melancólica a Desmond Sanders, que se parecía a su hermano gemelo en muchos aspectos, no siendo el menor de ellos el efecto que causaba en las

mujeres. Especialmente, al parecer, en las mujeres de su familia.

Estaba comiendo en silencio, afortunadamente, y escuchando a Terence, que, como hacía en cada comida, repetía la historia de su propia vida. Por el bien de los niños, ella lo sabía. Pero eso no lo hacía menos aburrido.

—Fui adoptado por Albert y Gertrude Larson cuando tenía diez años. —Inclinó la cabeza y añadió para beneficio de Dustin—: Albert Larson, presidente del Banco Apple Springs.

—Enhorabuena —comentó Dustin, con un intento de última hora de disimular su sarcasmo. Terence Larson, sin embargo, no pareció darse cuenta.

—Mis padres eran muy pobres —decía—, no pudieron proporcionarme la educación necesaria.

—Debes de haber echado de menos a tu familia —le ofreció Dustin.

Emma se sabía el recitado de memoria:

—Ni una pizca. Fue lo mejor que le me pasó en la vida. Me levantó y me sacó de la pobreza. Ahora los Larson son mi familia. Me dieron su nombre, su prestigio, y me convirtieron en su heredero.

Cuando el banquero hizo una pausa para tomar aliento, David cambió de tema.

—El señor Holden recibió la información de la matrícula de la Academia San Agustín.

Una sonrisa genuina iluminó el rostro blanco de banquero de Terence.

—Ah, eso sí que es bueno, David. Realmente bueno. Supongo que él y la Sra. Holden siguen ansiosos por ayudarte a conseguir tu educación.

David lanzó una mirada a Emma. Enderezando los hombros, volvió a mirar audazmente a Terence.

—Sí, señor. El señor Holden está decidido a facilitarme una forma de ir a la escuela. Al ser

el maestro, me contrató para barrer la escuela y mantener las cosas en orden por allí. Dice que la matrícula de otoño...

—David —interrumpió Emma desde el extremo opuesto de la mesa—. Le debes al Sr. Sanders un agradecimiento por cortar leña y por ordeñar a la vieja Bertha.

David miró a Dustin, y murmuró:

—Gracias —luego continuó hablando de las perspectivas de irse a la escuela en otoño.

Dustin comía en silencio, receloso de levantar la vista, no fuera a ser que descubriera a la chica del otro lado de la mesa mirándole. Billy Joe llamó su atención.

—Hola, Sr. Sanders, ¿qué le han parecido nuestros peces?

Emma notó el alivio en la cara de Dustin cuando dirigió su atención a Billy Joe. Le echarían, pensó de repente. Seguro que lo echarían. Si no su propia hosquedad, entonces el descaro de Fanny, o las tediosas conversaciones de Terence.

—No está mal —respondía Dustin—. —No está nada mal. —Levantó los ojos hacia Emma —. Aunque el mérito es de tu hermana, por cocinarlos así.

—Yo no —objetó Emma—. Fue Sugar.

—¿Sugar?

Por un momento sus miradas se sostuvieron, y la gente a su alrededor desapareció. Sin embargo, Emma no tardó en recordar que no estaba mirando los sensuales ojos castaños de Dustin Sanders, sino los de su hermano. Vaya, él la consideraría tan lasciva como afirmaba Henrietta Winston, o como Fanny intentaba hacer creer que era.

—Oh, sí, Sugar —reconoció Dustin, mirando hacia la cocina.

Inquieta por el intercambio, Emma se volvió hacia el aparador que tenía detrás. Cogió la tarta de chocolate y la cortó en trozos, explicando sin levantar la vista de su tarea:

—Sugar ha estado con nuestra familia desde antes de la guerra.

Puso el primer trozo delante del Pequeño Peter.

—Aquí tienes, Will…

—¡Yo soy el Pequeño Peter, Emma!

Emma miró fijamente al niño un momento y luego murmuró:

—Lo sé, cariño.

Billy Joe cogió el segundo trozo, tras lo cual Emma le pasó el pastel a Dustin.

Éste lo cogió, sabiendo que era mejor no volver a intentar captar su atención.

—Sugar también hizo este pastel —ofreció Billy Joe.

—Es la mejor cocinera que hemos tenido —añadió el Pequeño Peter.

—No seas tonto —replicó Billy Joe—. Sugar es la única cocinera que hemos tenido.

Dustin se concentró en pasar una porción del pastel de chocolate a su boca.

—Por el sabor de las cosas, ésta es una familia afortunada.

El silencio acogió esa afirmación, y él levantó la vista para ver a Terence y Emma intercambiando mensajes silenciosos, mientras los niños miraban fijamente con los ojos muy abiertos ante la evidente mala interpretación del estado de sus asuntos.

—Podría ser una familia muy afortunada —proclamó Terence con énfasis.

—Terence… —empezó Emma.

El Pequeño Peter rompió la tensión.

—¿Podemos volver a pescar mañana, señor?

Dustin estudió el rostro de Emma.

—Depende de tu hermana. Si ell…

—Calla, Pequeño Peter —interrumpió Fanny—. A Desmond no le interesa pasar todo su tiempo en ese viejo agujero pescando. Ya no es un niño.

Dustin la miró directamente a los ojos por primera vez desde que entró en el comedor con intención de seducirla.

—De hecho, Fanny, tus hermanos y yo lo hemos pasado muy bien hoy. No he pasado suficiente tiempo últimamente, pescando. Tal y como yo lo veo, una persona debe intentar aferrarse un poco a su infancia; no debe olvidar cómo disfrutar de las cosas sencillas.

Fanny encogió sus cremosos hombros y sonrió.

—Tal vez debería intentarlo, entonces. Si te acompaño, ¿pondrás cebo en mi anzuelo, Desmond? Odio los gusanos que se retuercen.

—¡Fanny! —amonestó Emma.

—Yo cebaré tu anzuelo, Fanny —ofreció Billy Joe en un tono tan serio que Dustin dejó escapar un suspiro de alivio. Miró a Emma. Tenía los labios fruncidos y el rostro severo. Prácticamente podía leer sus pensamientos. Lamentaba haberle permitido quedarse. Si las cosas seguían así, él también lo lamentaría.

Emma echó hacia atrás su silla, señalando el fin de la comida. Cuando intentó levantarse, tuvo que agarrarse al borde de la mesa para disimular su temblor. No sabía qué le molestaba más: los coqueteos de Fanny, la insensatez de David, las incansables estratagemas de Terence para dirigir su vida o la presencia de Desmond Sanders.

Desmond: un recuerdo de lo mejor que le había pasado en la vida. Y había durado unas tres horas. El dolor subsiguiente, sin embargo, parecía destinado a durar toda la vida.

—Terence, lleva al Sr. Sanders al porche, mientras Fanny y yo ayudamos a Sugar con los platos.

Fanny, ya de pie, se sacudió las faldas, quitando el polvo de las migas.

—Realmente no podría, Emma. No en este…

—Te diré una cosa. —Dustin palmeó el hombro de Billy Joe. Sonrió al Pequeño Peter, luego miró a través de Fanny a David—. Ya que somos nosotros los que nos divertimos hoy, ¿por qué no hacemos lo más varonil y ayudamos?

Su sugerencia fue recibida con los ojos muy abiertos por parte de Billy Joe, una sonrisa ansiosa por parte del Pequeño Peter y el ceño fruncido por parte de David. Dustin no se permitió comprobar la respuesta de Fanny. Se encontró con la expresión sorprendida de Emma.

—Tú y Terence disfrutad del porche —le dijo—. No tardaremos.

—¿Estás sugiriendo que lavemos los platos? —cuestionó David como si no pudiera haber oído bien—. Eso es trabajo de mujeres.

Dustin sonrió, aunque tenía más ganas de sacudir las orejas del chico o de darle un azote en el trasero.

—Cuando un hombre está solo, David, descubre muy rápido que cualquier cosa que considere estrictamente trabajo de mujer no se hace a menos que esté dispuesto a hacerlo él mismo. —Miró a Terence—. ¿No es así, Terence? —La cara del banquero se congeló en algún lugar entre una sonrisa y una mueca.

—Ya lo creo —aceptó a medias.

Dustin se dio la vuelta, ocultando una sonrisa. El entusiasmo de Terence era obviamente de doble filo. Le gustaría pasar tiempo con Emma, pero, por otro lado, Dustin podía ver al banquero preguntándose si la próxima vez le tocaría a él trabajar en la cocina.

—Los Larson tienen criada —le devolvió David.

—Suerte para ellos. —Dustin se volvió hacia Emma, que permanecía congelada junto a su

silla, con la consternación escrita en el rostro.

—Vamos, chicos —dijo Dustin y con un brazo cargado de platos, se dirigió hacia la puerta de la cocina.

—Sr. Sanders —objetó Emma—. Usted es un invitado de pago.

Dustin le sonrió por encima de los platos sucios.

—Lo sé, no deja de recordármelo.

—Pero insisto. No puedo permitir que...

—Terence —le llamó, sin dejar de mirar a Emma. Esto era lo más cerca que había estado de ella desde su llegada. Su corazón latía con fuerza; vio palpitar la vena de su cuello y supo que ella también sentía su presencia. Con gran desgana, volvió a llamar—: Terence, ven a buscar a esta intratable mujer tuya.

Emma se apartó y Dustin dio un codazo a Billy Joe.

—Trae esos platos. Y tú, Pequeño Peter, trae los cubiertos.

Fanny empezó a cargar desde su lado de la mesa.

—Yo ayudaré.

—Ni por tu vida —respondió Dustin con ligereza, sabiendo que probablemente sería su vida, si se encontraba a solas con ella—. Tu hermana me echaría seguro si dejo que te manches ese vestido con agua de fregar. Corre arriba y cámbiate, como una buena chica.

No había querido bajar las expectativas a Fanny, pero tal como él veía las cosas, era ahora o más tarde... después de que las cosas se le fueran de las manos. Como él había esperado, Fanny no se tomó su escarmiento a la ligera.

La vergüenza floreció en manchas rojas en su cara y tan abajo en su cremosa garganta como él se atrevió a mirar. Salió a toda prisa de la habitación, volviéndose en el umbral de la

puerta con una réplica acalorada.

—Usted no es mi padre.

Antes de que él pudiera responder, ella subió las escaleras, dejándole que se sintiera un tonto por haber vuelto a este lugar.

Sugar se reunió con ellos en la cocina, de pie junto a la bomba de agua, las manos regordetas sobre las caderas regordetas. Sus ojos bailaban. Sacudió la cabeza con asombro.

—Siempre supe que el Señor había hecho un buen hombre. Pero nunca pensé que viviría lo suficiente para conocerlo.

Dustin guiñó un ojo a la sonriente anciana.

—No vayas a darme crédito por nada que no sea lavar unos cuantos platos. Le garantizo que no lo merezco.

Ansiosos por emular a su último héroe, los chiquillos arrimaron el hombro, riendo, burlándose, soltando risitas cuando Dustin les secaba con el extremo de una toalla de taza. David permaneció solemne, resentido. Secó estoicamente un plato, lo llevó por la habitación hasta el armario y luego se tomó su tiempo para secar otro.

Cuando guardó el último plato, Sugar los echó de su cocina.

—Vosotros, chicos, preparaos para ir a la cama ahora, y usted, señor Sanders, vaya corriendo a ver qué travesura puede prepararnos mañana.

Dustin se rio.

—Quizá hagamos de esto un ritual nocturno. Después de todo, si nos pasamos las tardes sentados a la orilla de un río, deberíamos compensarlo de alguna manera.

—No tendré que hacer nada de esto mucho más —declaró David. Dustin enarcó una ceja.

—Cuando me vaya a vivir con el señor Holden, su mujer nos hará la comida y la limpieza

y…

—¿Y cortar leña? —inquirió Dustin.

David fulminó con la mirada al nuevo huésped.

—El señor Holden dice que soy demasiado listo para no tener una educación. El señor Holden dice que un cerebro es algo lamentable de desperdiciar.

Dustin sabía que se necesitaban veinticuatro horas de duro trabajo día tras día para poner un buen cerebro en uso.

—Dile al señor Holden que estoy de acuerdo, hijo. Tal como yo lo veo, el lugar más rápido para que un cerebro se desperdicie es un cuerpo ocioso.

Lanzando un resoplido indignado, David se dirigió arriba por la escalera trasera. Sin saber qué hacer a continuación, Dustin dudó en volver al porche delantero. Probablemente su presencia no sería bien recibida; sabía con certeza que si estuviera a solas con Emma no vería con buenos ojos una intrusión. Pero tampoco le gustaba la idea de dejarla sola con Terence después de que los niños se fueran a la cama, fuera su prometido o no.

Al llegar al vestíbulo oyó voces que se alzaban discutiendo. Se paró un momento para darles tiempo.

—Estás exagerando, Emma, como siempre —decía Terence—. ¿Exagerando? Gertrude Larson no tenía derecho a ponerse en contacto con mi tía acerca de acoger a los niños.

—Mamá y tu tía Charlotte han sido amigas desde que eran niñas, Emma. Crecieron juntas, por el amor de Dios. Se mantienen en contacto. No fue como si ella le escribiera a tu tía de la nada.

—Ella no tenía derecho a mencionar a los niños- o... o nuestra situación personal.

—Ella lo hizo por nosotros, Emma. ¿No lo entiendes?

—No. —La voz de Emma sonaba tensa—. No toleraré su interferencia, Terence. No más de lo que toleraré la interferencia de Henrietta Winston y su Sociedad de Ayuda a las Damas. Están decididas a separar a esta familia. No lo conseguirán. ¡Quieren poner a los niños en hogares de acogida separados!

—Sé justa, Emma. No puedes esperar que una familia acoja a cuatro huérfanos.

—No son huérfanos.

—Sus padres están muertos.

—Me tienen a mí. Nos tenemos los unos a los otros. Somos una familia.

—No estás siendo razonable. Mira a tu alrededor. ¿Qué puedes darles a estos niños? No sabes llevar un negocio, Emma. Nadie espera que lo hagas. Pero no puedes negarte obstinadamente a hacer lo que es mejor para los niños. Oíste a David hablar de irse a la escuela. ¿Quieres privarle de eso?

—Por supuesto que no.

—Y Fanny. Una desgracia. Viste cómo coqueteaba delante de Sanders. Y no hiciste nada para controlarla.

—¿Qué podría haber hecho?

—Mi punto, exactamente. No puedes hacer nada con ellos. Están desbocados. Necesitan una guía fuerte y firme.

—Cuando nos casemos…

—Emma, escúchame. Escucha lo que te digo. Sé que no puedes entender el lado financiero de las cosas. No espero que lo hagas. Me ocuparé de tus asuntos. Pero no puedo mantener una familia tan grande. Nunca tendríamos nada propio. Nunca podríamos tener hijos propios. Quieres tener hijos, ¿verdad, Emma?

—Tengo hijos.

—Hermanos y hermanas. Me refiero a hijos propios.

Emma no volvió a hablar durante mucho tiempo, y cuando lo hizo, Dustin pudo oír el dolor en su voz.

—No puedo discutir esto esta noche, Terence. Ha sido un día duro.

—Lo sé, Emma. Lo entiendo, mejor que nadie. Yo también he pasado por eso.

Las cuerdas del columpio crujieron en el silencio que siguió.

Por fin volvió a oírse la voz de Terence:

—¿Te das cuenta de que ésta es la primera tarde que hemos pasado a solas, los dos solos, sin los niños lloriqueando y quejándose...?

El crujido se detuvo bruscamente.

—Terence… —La voz de Emma protestó.

La ropa crujió. La voz de Terence sonaba amortiguada. Dustin comenzó a pensar en los dulces labios de Emma.

—Me va a gustar tener aquí a ese tal Sanders —decía Terence—, si nos da tiempo para nosotros.

—Terence, esta noche no…

Un suspiro.

—Está bien. Lo entiendo. Has tenido un día duro. ¿Por qué no duermes un poco, te levantas por la mañana, te pones tu vestido más bonito y me dejas llevarte a la iglesia?

—¿Y los niños?

Otro suspiro.

—Emma, te lo he pedido a ti, no a toda la casa. Me caso contigo. Deja que Sugar lleve a los niños a la iglesia. A los de color les gusta que los niños blancos asistan a sus servicios.

El columpio crujió de nuevo, esta vez el sonido fue seguido por pasos que cruzaban el porche. Dustin oyó a Emma pisar fuerte hacia la puerta. Retrocedió rápidamente hacia el vestíbulo ensombrecido, pero ella se detuvo justo al otro lado de la puerta de mosquitera. La luz de la luna atravesaba el porche y se filtraba a través de la mosquitera.

—Será mejor que te vayas, Terence —decía ella—. Es tarde.

Las cuerdas del columpio volvieron a crujir. Más pasos. Manos sobre la ropa. Dustin trató de no imaginar lo que estaba ocurriendo.

Pero sabía lo que haría, si él le diera las buenas noches a Emma. Con una rapidez nacida de la perversión, Dustin empujó la puerta mosquitera. El graznido chirrió a través del tenso silencio. Terence se apartó de Emma. Incluso con la luna en la cara, Dustin no podía decir si Terence la había besado o no.

Si hubiera sido él, se habría dado cuenta. La habría besado tan a fondo que la solterona más seca del pueblo habría reconocido las señales.

Emma le fulminó con la mirada, sobresaltada.

—Sr. Sanders... eh, nos estábamos dando las buenas noches.

—Lo siento. No quería entrometerme. —Otra mentira. Una que estaba seguro de que ambos reconocían como tal.

Terence cogió su abrigo y su sombrero de una de las mecedoras.

—Ya me iba. ¿Seguro que no cambiarás de opinión sobre la iglesia, Emma?

—No bajo tus condiciones.

Exasperado, Terence le ofreció la mano a Dustin con un encogimiento de hombros que

parecía decir, ¿quién entiende a las mujeres?

Emma no se movió mientras Terence avanzaba por el sendero y salía por la puerta abierta. Dustin cruzó y se sentó en el columpio que estaba rodeado en dos lados por enrejados de madreselva en flor, en el tercero por la pared del salón. La luz de las lámparas entraba por las ventanas del salón, rociándole las rodillas. Cuando Terence estuvo fuera del alcance de sus oídos, le invitó:

—Descansa un poco.

Ella volvió los ojos furiosos hacia él. Incluso en la penumbra pudo darse cuenta de que estaba enfadada. Herida, más bien, pensó.

Sin mediar palabra, cruzó el porche y abrió de un tirón la puerta mosquitera.

—¿Qué tal si nos levantamos temprano y llevamos a los niños a la iglesia? —Había mantenido la voz baja, pero aun así le levantó los pelos de punta.

—Estaba escuchando a escondidas.

Su tono cambió sutilmente después de eso, de la ira a la angustia. Dustin sintió una oleada de lástima. Deseó poder tomarla en sus brazos, aliviar sus problemas.

—Hoy ha escuchado mucho —dijo—. Probablemente lamente haber parado aquí.

—Y tú probablemente lamentes haberme permitido quedarme —añadió él, haciéndole saber que leía la situación con claridad.

Ella se volvió hacia la puerta, con el reconocimiento escrito en el rostro.

—Buenas noches, Sr. Sanders.

—Emma —la llamó.

Ella se detuvo en el umbral, sujetando la pantalla con una mano.

—No has respondido a mi pregunta

—¿Qué pregunta?

—Sobre la iglesia.

—No.

—No, ¿a qué? No, a no contestarme. O no, a no irás.

—No, no iré.

—Sería bueno para los niños.

—Sería un infierno para mí. —Aseguró ella.

—Irás contigo.

—No entiende ni la mitad de lo que cree.

—Explícamelo.

Volvió a asomar la cabeza por la pantalla.

—No es que sea asunto suyo, pero las entrometidas de esta ciudad no creen que sea mejor que una... que...una….

Incluso en su enfado, su voz le gritaba. Le dolían los brazos por responder. Cerró los ojos contra un torrente de emoción ante su herida, su dolor, su vulnerabilidad, dándose cuenta de que probablemente él mismo había causado parte de ello.

—Entonces vayamos y demostrémosles que se equivocan —le retó.

Capítulo 4

Emma no durmió mucho esa noche, con todo lo que había ocurrido durante el día, de lo cual lo más significativo había sido la visita de Henrietta Winston. Lo más inquietante, sin embargo, había sido la aparición de Desmond Sanders en la puerta de su casa. Había puesto patas arriba a todos en la Casa Travis.

Billy Joe y el Pequeño Peter habían encontrado un nuevo compañero de juegos; David, un adversario; Fanny, de repente agresivamente precoz, veía obviamente a Desmond como un pretendiente; Terence había encontrado una niñera.

¿Y ella misma? Un corazón lleno de dolor, eso es lo que le trajo. Desmond Sanders era un doloroso recordatorio del mayor error que había cometido. Había pasado un año desde su indiscreción con el hermano de él, y todavía se ruborizaba al pensar en Dustin. Sentía aún el regocijo de dar vueltas por el salón de abajo en sus brazos, el hombre más apuesto de la habitación. Se calentó aun recordando sus ojos, sólo para ella, ojos sensuales que acariciaban su rostro, se detenían en sus labios. Le hizo el amor con los ojos mucho antes de que escaparan del abarrotado salón y se encontraran, sin haberlo planeado, en el granero, en el heno, en los brazos del otro, entrelazados, enredados, al fin enredados, cuerpo con cuerpo cálido y palpitante.

Ella tampoco había dormido aquella noche. Se había tumbado en esta misma cama, regocijándose en el dulce éxtasis del amor, sólo para levantarse al amanecer y darse cuenta de que no había sido ni amor ni éxtasis, sino agonía. Dustin Sanders se había ido.

Por la noche, como un ladrón, se había marchado, robándole su cuerpo y su amor, dejándola vacía de todo excepto de desesperación -desesperación que poco a poco se convirtió en odio.

Al menos se había convencido a sí misma de que era odio, hasta ayer, cuando por un momento su corazón pensó que Dustin había regresado. Por supuesto, ella le habría echado. Pero nunca más habría podido engañar a su corazón.

Miserable, Emma se levantó al amanecer, se vistió y bajó las escaleras para encontrar a Sugar friendo alegremente tocino y contando huevos.

Al verla, Sugar señaló con la cabeza un barril de cinco galones.

—Tráigame un poco de esa harina de trigo, señorita.

Emma miró a la anciana con suspicacia.

—¿Qué estás haciendo? —Sugar parecía un zorro al que hubieran pillado asaltando el gallinero.

—El Sr. Sanders dijo que alimentara bien a los jóvenes esta mañana para que no se portaran mal en la iglesia.

—¿El Sr. Sanders dijo qué?

—Los va a llevar a todos a la iglesia, y ya es hora de que vayan, si me permite decirlo.

—No va a hacer tal…

El sonido de un silbido detuvo las palabras de Emma. A través de la puerta mosquitera trasera, vio a Desmond caminar hacia la casa, llevando un cubo que chapoteaba con leche. Pateaba una piedra delante de él como lo habrían hecho Billy Joe o el Pequeño Peter, y silbaba una melodía que se perdía en la brisa, excepto por su alegría. Emma recordó su observación en la cena sobre las virtudes de seguir siendo un niño, y una sonrisa inclinó sus labios. Pero antes de

permitir que su ánimo levantara el suyo, se dio la vuelta.

La mosquitera trasera chirrió. Le oyó pisar el porche trasero, oyó sus botas detenerse en el umbral de la cocina.

—Buenos días, Emma. ¿Has dormido bien?

Ella giró para mirarle.

—Le dije que no íbamos a ir a la iglesia.

—Pensé que tal vez cambiarías de opinión durante la noche.

—Pues no he cambio de opinión. Le agradeceré que no me complique la vida.

Le sostuvo la mirada desafiante y directa, sin emoción.

—¿Dónde quieres esta leche? —le preguntó a Sugar.

Sugar frunció el ceño mirando a Emma, pero sus palabras eran dulces como la melaza.

—Póngala en el desagüe, señor Sanders. Y le agradezco que haga las tareas que por derecho pertenecen a otros.

Pero cuando Dustin se acercó a la estufa donde procedió a darle la vuelta al tocino de Sugar, ella le apartó la mano de un manotazo.

—Nadie entra en mi cocina y le da vueltas a mi tocino —regañó la anciana en tono jovial —. Sírvase otra taza de café y a ver si puede servirle una también a la señorita Emma.

Dustin le guiñó un ojo a Sugar.

—¿Quieres decir que siempre se despierta en el lado equivocado de la cama? —Atrajo la mirada de Emma antes de que consiguiera apartar la vista—. Aunque seguro que es una cosita bonita, ¿no crees, Sugar? No me extrañaría que esas viejas ciruelas secas de este pueblo estuvieran un poco celosas. Ahora, si se pusiera un vestido apropiado y los saludara en los escalones de la iglesia con esa bonita sonrisa suya, no puedo evitar pensar que cambiarían su

opinión.

—¿Cómo lo sabes? —espetó Emma, sirviéndose una taza de café—. ¿Lo has hecho alguna vez?

—Una vez. —La palabra se perdió cuando ella le dio la espalda.

—¿Una vez?

—¿Encontró algo e harina de trigo, señorita? —llamó Sugar.

Contenta de tener algo que hacer con sus manos temblorosas, Emma sacudió la tapa del barril de harina. Tras la muerte de su madre, había llevado a los niños a la iglesia. Una vez. Y las murmuraciones de los que se hacían llamar cristianos habían bastado para que se le revolviera el estómago cada vez que pensaba en volver.

—Hay un poco —dijo a Sugar.

—Tráelo aquí para que pueda preparar unas galletas. Date prisa, niña, no tenemos todo el día.

Emma llevó una medida de lata de harina al escurridor.

—Sugar. Yo prepararé el desayuno. Sabes que no espero que cocines los domingos por la mañana.

—Mientras dormía arriba, señorita, el Sr. Sanders y yo, cocinamos un plan que podría ayudarle a mantener las cosas por aquí durante un tiempo. Ahora, siéntese y escuche hasta que termine de hablar.

Dustin sonrió a pesar de la seriedad de la situación. Sugar ciertamente hacía honor a su nombre, siendo tan estricta como cualquier vieja cocinera de senderos con la que se hubiera topado. Cogiendo la taza de Emma, la rellenó, la puso de nuevo sobre la mesa y le hizo un gesto para que se sentara.

—No tienes ningún derecho a entrar aquí...

—Sólo intento ayudar, Emma. Deja que te explique. Sugar dice que has tenido una desaceleración en los negocios últimamente. No hospedar leñadores probablemente perjudica tu comercio, pero hay otras formas de traer clientes. Sugar es casi la mejor cocinera de Texas, y me contó que la Casa Travis ha destacado por sus comidas desde los tiempos de tu abuela.

—¿Qué tiene eso que ver con ir a la iglesia?

—Estoy llegando a eso. Llevamos a los niños a la iglesia esta mañana, todos escupidos y pulidos como si estuvieran bien cuidados…

—¡Están bien cuidados!

—Lo sé, lo sé. Lo que quiero decir es que muestre a las señoras de Apple Springs lo bien que están cuidados. Puede que lleve unos cuantos domingos hacerlas entrar en razón, pero…

Emma se estremeció como si la hubiera golpeado, y Dustin dejó de hablar. Quiso alcanzarla, tomarla en sus brazos y consolarla, pero no se atrevió.

—Iré contigo —añadió—. El hecho es que yo tampoco he hecho de mí mismo un ciudadano modelo. No me vendría mal asistir a unos cuantos sermones de dos horas.

Emma lo miró, con recelo.

—¿Se supone que vernos en la iglesia les aliviará la idea de que los solteros se alojen en la Casa Travis? Está loco. Usted eres uno de ellos. Es...

Sus palabras se interrumpieron cuando su mirada se intensificó, enviando rayos de puro miedo rozando la superficie de su piel.

—No. —Ella se apartó—. Nunca funcionaría.

—No si no lo intentas —convino él—. En cuanto a mí, iré con Billy Joe y el Pequeño Peter.

—¿Y Fanny?

—Ella es una niña, Emma, No te preocupes por ella.

—¿Que no me preocupe? Ella se lanzó a usted anoche en su propia casa. ¿Qué cree que hará en la iglesia?

—La esquivaré. David puede escoltarte a ti y a Fanny, yo llevaré a los niños detrás.

—David va a la iglesia con el maestro de escuela y su esposa.

Dustin dejó de golpe su taza sobre la mesa.

—¿Por qué tengo la sensación de que no quieres arreglar las cosas? —Volvió a llenar la taza y bebió un trago de café hirviendo. El dolor de Emma se convirtió en ira.

—Si fueras la mitad de lista de lo que te crees, el señor Holden estaría intentando adoptarte y enviarte a la escuela —replicó. Por muy enfadada que estuviera, las lágrimas seguían acudiendo a sus ojos. Se dio la vuelta rápidamente.

Lo cierto era que ella había tenido la misma idea sobre ir a la iglesia al principio. Un mes después de la muerte de su madre, la Sociedad de Damas de Socorro empezó a acosarla por no criar bien a los niños. En ese momento ella le había rogado a Terence que los llevara a la iglesia. Verla con el hijo adoptivo del presidente del banco habría contribuido mucho a acallar las lenguas de la gente del pueblo. Pero después de un servicio, durante el cual el Pequeño Peter dejó caer el penique que ella le había dado y lo persiguió rodando por el pasillo, y Billy Joe se arrastró bajo el banco delante de ellos y ató los cordones de los zapatos de la señora Bott, casi haciendo tropezar a la mujer cuando se levantó para cantar el siguiente himno, Terence declaró que los niños eran ingobernables. Dijo que ella no podía controlarlos.

Obviamente, tenía razón.

—No ha explicado cómo esta gran idea traerá comensales a la Casa Travis.

Dustin miró a Sugar en busca de ayuda. Ella le ofreció su sonrisa más amplia y brillante, se limpió las manos en el delantal y le dio una palmada en el hombro.

—Dígale a la señorita Emma lo que hemos cocinado, señor Sanders. Cuénteselo.

Emma suspiró. Desmond Sanders había hecho tabla rasa en esta casa; Sugar había caído tan duro como un pino virgen centenario.

—Dígamelo, Sr. Sanders —lo animó — . Pero no espere que sea tan pusilánime como el resto de la familia.

Dustin sonrió. Sus ojos sostuvieron los de ella un minuto, durante el cual deseó tenerla en esta habitación sólo para él, y que ella no pensara que era su hermano, y que él mismo no se hubiera ganado su odio de una forma que probablemente sería irredimible.

—Sugar está cocinando una tanda de pollo con albóndigas para cenar.

—Sugar no tiene tiempo para preparar la cena. Tiene que atender su propio servicio.

—Hoy no —intervino Sugar—. Hoy rezaré al Señor mientras les retuerzo el cuello a esas viejas gallinas. Si no conseguimos algún negocio por aquí, ninguno de nosotros tendrá ganas de ir a la iglesia. —Sugar hizo un gesto a Dustin para que continuara.

—Sugar y yo, pensamos, bueno, pensamos que sería un bonito gesto invitar... —Miró a Sugar en busca de ayuda—. ¿Cómo se llama?

Sugar sonrió, en silencio.

—Cómo se llama... su predicador y su mujer....

—¿El reverendo Callicott? —Emma se puso en pie—. No lo haré. Su esposa es una de las peores entrometidas.

—Tanto mejor…

—Preferiría invitar a Henrietta Winston.

—No es mala idea.

Exasperada, Emma levantó las manos, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta trasera, donde se quedó mirando a las gallinas escarbar en la tierra más allá de un gran pino del que colgaba un columpio de cuerda deshilachada.

—No lo entiendes.

Ella se quedó mirando la puerta, en silencio.

—No funcionará.

—Por lo que he visto, tampoco funciona nada más.

La vio curvar los labios, observó sus hombros tensos. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, las manos apretadas, los nudillos blancos. Él se quedó de pie, observándola en silencio, deseando tanto abrazarla que sus músculos se tensaron bajo sus mangas de chambray.

Ella se volvió largamente, sus ojos azules tristes, desesperados, suplicantes.

—Simplemente no puedo Dust… Desmond. —El color subió rápidamente a sus mejillas. Se alejó, regañada por su lapsus lingüístico.

Consciente de que Sugar estaba de pie detrás de ellos, Dustin, no obstante, tomó los brazos de Emma entre sus manos, volviéndola hacia él contra su voluntad.

—Emma. —Ella se negó a mirarle a los ojos—. Emma, mírame.

Él la vio fruncir los labios, negándose aún.

—Deja que te ayude. —Sus manos se deslizaron hasta los hombros de ella. Con esfuerzo evitó tirar de ella hacia su pecho—. Estás intentando llevar demasiado sobre estos hombros. Necesitas a alguien que te ayude a llevar la carga. Por favor, déjame ayudarte.

Ella negó con la cabeza, inmóvil bajo su tacto, pero negándose a mirarle a los ojos. Le dolía el corazón por ella. Había envejecido veinte años desde la noche en que él bailó con ella y

la amó... y la abandonó. Estaba derrotada y agotada. Pero él recordaba cómo era ella aquella noche.

—Tienes agallas, Emma. Y espíritu. Puedes volver a luchar.

Finalmente ella levantó la vista. La observó examinar su rostro, rasgo por rasgo, evitando sus ojos, posándose al final en el costado de su rostro. Se preguntó si ella recordaba la cicatriz de su sien izquierda. Si era así, ¿consideraría ella inusual que dos hermanos tuvieran una cicatriz idéntica? ¿Qué diría él si ella lo desafiara?

No lo hizo, pero él pudo leer la incomodidad en sus ojos. Quiso decirle que no se equivocaba, que él era Dustin, el hombre que había huido de ella. Que ahora había vuelto, y que la ayudaría a luchar contra el mismísimo diablo, si con ello compensaba el daño que le había causado. Pero él sabía que ella no podía aceptar todo eso ahora.

—¿De verdad crees que servirá de algo? —preguntó ella.

Sin soltarla, él se encogió de hombros.

—No lo sabremos a menos que lo intentemos.

Sin mirarle a los ojos, ella preguntó:

—¿Por qué haces esto?

Él tragó saliva. Los ojos de ella estaban clavados en su nuez de Adán. Estaba tan cerca, observándole tan atentamente, ¿sabría ella cuándo mentía? Él sabía que no debía decir la verdad. Al menos la verdad que más importaba. Así que se conformó con un tipo de verdad más general.

—No me gusta ver familias destrozadas. Mi hermano, Benjamín, me crio a mí y a mis hermanos y hermanas. Ocho de nosotros en total. Fue una penuria, de eso no hay duda. Benjamín dio lo mejor de su vida por nosotros, los niños. No teníamos mucho en cuanto a cosas materiales, pero nunca nos faltó el amor, el tipo de amor que realmente cuenta, el que sólo puede dar una familia. Y apostaría a que podría preguntarnos hoy a cualquiera de nosotros y todos le diríamos

lo mismo: no cambiaríamos ni un minuto de nuestras vidas. —Excepto por una noche hace un año, pensó él, observándola relajarse.

Ella le miró a los ojos, luego a otro lado.

—¿Crees que funcionará?

—No puedo decirlo. Pero estoy dispuesta a ayudar. Podemos dar lo mejor de nosotros.

Lo que siguió fueron dos horas de caos. Los niños fueron despertados, avisados de los planes y vestidos para ir a la iglesia. Emma tuvo que hacer que Fanny se cambiara de ropa dos veces y finalmente Dustin la llevó aparte.

—Eres una joven muy guapa, Fanny. Uno de estos días algún chico afortunado se enamorará perdidamente de ti. —La miró directamente a los ojos, hablando con solemnidad—. Pero si entras en esa casa de la iglesia y flirteas con cualquier hombre de allí, y eso incluye a Terence, a mí o incluso al reverendo, las señoras de este pueblo os sacarán a cada uno de vosotros de esta casa. ¿Entendido?

Ella no respondió, pero al menos no le acusó de intentar actuar como su padre otra vez, que era lo que él esperaba.

—Eso vale también para la cena. Queremos causar la mejor impresión posible. Así que haz el papel de niña dulce. Emma depende de ti. Ahora corre a la cocina. Sugar ha preparado un buen desayuno.

Dustin se dirigió a su propia habitación, sólo para ser casi atropellado por David que pasó rozando de camino a la escalera. En lugar de mono, llevaba unos calzones hechos de arpillera y una camisa áspera, antaño blanca. Llevaba el pelo engominado y en las manos llevaba su gorro de lana marrón.

—¿Dónde está el fuego, David?

El muchacho escupió una respuesta.

—Voy a la iglesia con el señor Holden.

—Hoy no.

Sin responder, David se dio la vuelta, sólo para quedarse corto cuando Dustin le agarró por el hombro.

—Espera un momento. Déjame explicarte algo.

Con un suspiro de impaciencia, David esperó.

—Tanto si acabas viviendo en esta casa como si no, los otros niños quieren hacerlo. Dependen de ti para que les ayudes a mantener las cosas en orden. Como varón mayor de la familia, tienes que acompañar a Emma y a Fanny a la iglesia.

Los ojos de David se entrecerraron.

—Escóltalas tú. El señor Holden está esperando...

—No soy de la familia, David. No me corresponde…

—Entonces deja de entrometerte.

Dustin se encogió ante la válida acusación, pero no cedió.

—Emma te necesita, David. Los demás también.

—Me voy a vivir con el señor Holden. Iré a San Agustín a la escuela...

—Espero que lo hagas... que te vayas a la escuela, quiero decir. Donde vivas es entre tú y Emma. Eso no tiene nada que ver con hoy.

Sonidos de gritos surgieron de las lejanas habitaciones familiares. Dustin miró por el pasillo hacia la habitación que compartían David y los dos niños pequeños.

—Corre abajo y come para que no te gruña el estómago en la iglesia. Yo me ocuparé de los pequeños.

Al final Dustin se apresuró a ponerse su propia ropa, se anudó la corbata de cordón, se puso un chaleco de cuero negro sobre la última camisa fresca y se pasó una mano por el pelo. Llegó abajo sin aliento, sabiendo que así debía de sentirse Benjamín muchas mañanas. Los recuerdos de Benjamín y su familia se habían reavivado, desde que llegó a la Casa Travis, con una potencia que Dustin no había experimentado en años. Contando su propio pasado a Emma esta mañana, había visto la obligación que sentía de ayudar a Emma a mantener unida a su familia bajo una luz diferente. Parte de su urgencia provenía probablemente de la necesidad de devolver algo al mundo -o al menos a una familia- como pago por el sacrificio insensible de Benjamín.

Le había dicho a Emma la verdad sobre eso. Su familia estaba muy unida. Pero estaban tan atados que ya rara vez se reunían todos. La última vez que podía recordar fue cuando se reunieron en el Valle del Verano para enterrar a Benjamín. Desde entonces, dos de sus hermanos y su hermana menor Delta se habían casado. Y él no había estado presente para besar a la novia ni una sola vez.

Para cuando los chicos habían acabado el desayuno, se habían limpiado la cara y se habían reunido en el salón, guiados por Dustin, la campana de la iglesia empezó a sonar.

Dustin había empezado a sospechar que Emma se había echado atrás, cuando ella y Fanny aparecieron en lo alto de la escalera. Fanny iba vestida como una señorita, y sólo en parte resignada a ello por el ceño fruncido de su rostro, con un pichi a rayas, un lazo rosa en el pelo, medias negras y el ceño fruncido. Observando los diversos lugares en los que su vestido se tensaba en las costuras, se figuró que Emma no tendría que volver a engatusarla para que se pusiera este vestido en particular.

Y Emma. Dustin estaba de pie, con las manos en las caderas, viéndola bajar las escaleras con un vestido de algodón desteñido pero recién lavado. Aunque su pelo negro no colgaba suelto como él anhelaba verlo, tampoco lo llevaba trenzado. Lo había recogido bajo una cofia de paja

decorada con ramitas de cornejo de seda. Varios rizos asomaban, suavizando las líneas de preocupación alrededor de sus ojos y las ojeras bajo ellos.

—Vaya, ¿no sois las dos señoritas más guapas de Apple Springs?

El ceño de Fanny se frunció.

—¿Cómo lo sabes? Somos las únicas damas que has visto.

Dustin se encogió de hombros, cogiendo despreocupadamente la mano de Emma para guiarla hasta el suelo. Ella le sorprendió colocando sus finales en la palma de su mano. Incluso a través de sus manoplas de ganchillo pudo sentirla temblar. Apretó sus dedos en busca de apoyo e intentó responder con ligereza a la reprimenda de Fanny.

—Vi a esa anciana que vino ayer a casa. ¿Cómo se llama, la vieja señora Winston?

—Ella no cuenta —resopló Fanny.

Dustin sonrió a Emma. Podía leer el terror en sus labios apretados y su expresión aturdida.

—Creo que ella cuenta mucho.

La iglesia metodista de Apple Springs se encontraba a dos manzanas de distancia y a la vuelta de una esquina. El pequeño grupo se puso en marcha, con la campana de la iglesia sonando a lo lejos y los pájaros cantando en lo alto. Dustin envió por delante a Emma y Fanny con David escoltándolas. Él les siguió con Billy Joe y el Pequeño Peter, cada uno a una mano. Observando cómo la falda de ramitas verdes de Emma se balanceaba con el movimiento de sus caderas, deseó estar caminando a su lado. Deseó que ella pudiera oír a los pájaros, pero sabía que estaba demasiado asustada. Deseó poder cogerla de la mano y tranquilizarla.

La iglesia de tablones blancos apareció a la vista. El alto campanario que había visto ayer al llegar al pueblo se elevaba desde el tejado de tejas partidas. Una valla de piquetes cercaba el cuidado patio. Rosas de varios tonos florecían bajo las ventanas empinadas. Un nudo de fieles ya se había reunido en el patio de la iglesia y estaban ocupados saludándose unos a otros. Otros bajaban de carretas y carruajes, mientras que rezagados como ellos llegaban a pie. Observando a la congregación, Dustin vio que varias cabezas giraban en su dirección; varias damas miraban con descarada curiosidad. Se adelantó un paso para ponerse a su altura y susurró detrás de Emma.

—Que no se te olvide sonreír.

—Que no se me olvide estrangularte —murmuró ella. Entonces llegaron.

—Vaya, pero si es Emma Jones. Buenos días, Emma.

—Buenos días, Sra. Griggs.

—Sra. Rau.

—Sra. Winston.

—Sra. Callicott.

Dustin reconoció el nombre del reverendo. Aclarándose la garganta, susurró.

—Invítalos a cenar.

Emma caminaba como quien no tiene articulaciones. Al oír el recordatorio de Dustin, ella se detuvo en seco.

—¿Sra. Callicott?

La menuda esposa del reverendo estaba frente a frente con Emma. Llevaba el pelo castaño recogido en un moño severo y rematado por una cofia de paja negra sin adornos. Le dedicó una sonrisa de labios apretados a Emma y luego observó al resto del grupo, miembro por miembro.

Al llegar a Dustin, su sonrisa se desvaneció. Su atención se detuvo en él un momento más, mientras él la observaba intentando determinar quién era y qué hacía en su pueblo... y con Emma Jones.

—Señora. —Dustin inclinó la cabeza, que afortunadamente estaba descubierta, ya que los chicos le sujetaban los dedos en puños tan apretados que nunca habría podido soltarse y quitarse el sombrero.

—La Casa Travis va a poner hoy una mesa especial —decía Emma—. Nos gustaría mucho que usted y el reverendo vinieran a cenar como nuestros invitados, directamente después del servicio.

La Sra. Callicott se quedó desconcertada.

—¿Por qué, no sé... yo... a cenar, dice? Realmente debo consultar al reverendo.

—Por supuesto. Puede decírmelo después del servicio.

Llegaron a la escalinata a través de un canal de fieles boquiabiertos que se separaba como el Mar Rojo, llegando al final a la entrada de la pequeña iglesia blanca. Allí, de pie en la puerta abierta como si hubiera sido nombrado recibidor oficial, estaba Terence Larson.

Dustin, sintiéndose tan fuera de lugar como un cordero nuevo en una convención de coyotes, tomó nota sombríamente del prometido de Emma. Guapo y urbanita, Larson tenía toda la pinta de ser el hijo del banquero, adoptado o no. Su traje negro, si es que era el mismo traje que el hombre había llevado el día anterior, había sido cepillado y planchado por la criada de los Larson, sin duda. Dustin se maldijo de repente por tonto. Estaba claro como el sol en el cielo cuál de los dos haría de Emma la mejor presa.

Observó cómo Terence saludaba a Emma y luego se volvía hacia los niños. La expresión del banquero se endureció perceptivamente hasta que notó que Dustin estaba de pie detrás de la familia. Sus rasgos se relajaron.

—Sanders, amigo, muy amable por acompañar a los niños a la iglesia. —Torció un codo para Emma. Ella vaciló, reacia a coger el brazo de Terence, pensó Dustin... o lo deseó. Finalmente, puso una mano en la manga de lana negra de él y le permitió que la llevara por delante de David y Fanny.

—Demuestra lo mucho que sabes de las cosas, Sanders —bromeó David. Antes de que Dustin pudiera detenerlo, el muchacho se había escabullido por la puerta y se había encontrado con una joven pareja de aspecto piadoso, que le habló y luego frunció el ceño mirando a Dustin. Girándose al unísono, condujeron a David a la nave de la iglesia, uno a cada lado, como para protegerlo de alguna amenaza invisible. Invisible para Dustin, en cualquier caso.

Dustin empujó a Fanny hacia Emma.

—No me sentaré con ese hombre. —Se apresuró a decir Fanny.

—Siéntate en el lado opuesto al de tu hermana. —Insistió él.

—No. —La chica sacudió la cabeza tan vigorosamente que el moño rosa se le cayó sobre los ojos. Lo echó hacia atrás con un golpe que casi le arranca la cofia de la cabeza.

Así las cosas, Dustin, el Pequeño Peter, Billy Joe y Fanny se vieron obligados a ocupar la fila de detrás de Emma y Terence, y durante todo el servicio, Dustin deseó estar de vuelta en la Casa Travis, retorciendo el cuello a las gallinas y rezando al Señor con Sugar. El servicio no duró dos horas, pero Dustin lo sintió así.

Consiguió sentar a Billy Joe entre él y Fanny, con el Pequeño Peter a su otro lado. Y Emma frente a él, sentada hombro con hombro con Terence, compartiendo el himnario, sus manos tocándose de vez en cuando.

Después, Dustin no se sintió mejor que antes de que comenzara el servicio. Por la escena en el patio de la iglesia, se figuró que el resto de la congregación tampoco había aprendido mucho sobre la caridad en la última hora. Vio a Terence saludar a la gente, y vio a esa misma

gente ignorar a Emma.

No es que la gente fuera más amable con él. Bien podría haber sido una aparición, con tanta atención como atraía. Dirigiéndose a la calle donde los chiquillos jugaban al pilla-pilla, escudriñó la reunión en busca de David y encontró al muchacho hablando con la misma joven pareja que lo había capturado antes del servicio. El señor Holden y su esposa, Dustin supuso. Consideró la posibilidad de acercarse y presentarse, pero decidió no hacerlo.

Más o menos en ese momento, Terence dio una vuelta completa, volviendo hacia donde estaba Dustin. Su mano aún agarraba el codo de Emma. Los ojos de Dustin encontraron los suyos, los sostuvo, leyó su ansiedad. Le ofreció una sonrisa alentadora. Habló con la esposa del reverendo; Emma le presentó a varias jóvenes de más o menos su edad. Sin embargo, actuaban más bien como de la edad de Fanny. Entonces Terence llamó su atención.

—Sanders, ven a conocer a Oscar Petersen.

Dustin estrechó la mano del caballero de aspecto más distinguido de la reunión. Tan alto como Dustin, el escaso pelo gris del hombre le caía por la parte superior de la cabeza desde una profunda raya lateral. Lucía un poblado bigote gris.

—El señor Petersen es el superintendente de L&M para esta zona —explicó Terence.

Dustin estrechó la mano del hombre. Su apretón de manos era firme, su sonrisa amable.

—Sanders está explorando una línea ferroviaria para L&M, pero supongo que usted ya lo sabía.

—No puedo decir que lo supiera. —Oscar Petersen se pasó un dedo índice por un lado del bigote y luego por el otro—. Sin embargo, me gustaría saber más sobre ello. Quizá podamos reunirnos mientras esté en la ciudad.

—Será un placer. —Dustin consideró su impulso, luego siguió adelante—. ¿Por qué no vienen usted y la Sra. Petersen a cenar a casa de los Travis una noche de esta semana? —Al

hablar, se volvió para incluir a Emma en la conversación—. ¿Conoce a la señorita Jones?

El superintendente de L&M asintió, inclinando la cabeza en señal de cortesía.

—Puedo dar fe de la comida —presumió Dustin—. La mejor cocina que he probado desde que dejé la mesa de mi madre. —A su lado Emma resopló, pero sólo para sus oídos. Durante la conversación, Etta Petersen se había mantenido apartada, pero ante el comentario de Dustin, se inclinó hacia Emma—. Creía que habías cerrado, querida.

—No, señora.

La Sra. Petersen estudió a Dustin con descarada curiosidad. Era una mujer regordeta a la que obviamente le gustaba la buena comida. Él esperaba que ella comentara la invitación a cenar, pero en lugar de eso preguntó:

—¿Señor Sanders? ¿Cuánto tiempo se quedarán usted y la señora Sanders en la Casa Travis?

Por un momento Dustin se sintió como si se hubiera perdido una línea de diálogo en una obra teatral, luego reconoció la mirada astuta en los ojos de Etta Petersen por lo que era. Una cotilla.

—La Sra. Sanders no está conmigo —respondió, con la esperanza de disipar las sospechas sin mentir realmente, una práctica que cada vez le resultaba más repugnante. Después de todo, había una Sra. Sanders, varias. El hecho de que ninguna de ellas le perteneciera no era asunto de nadie más.

Excepto de Emma, descubrió pronto. Las palabras no habían salido bien de su boca, cuando sintió que ella se ponía rígida a su lado. Antes de que pudiera decidir cómo manejar su último y torpe esfuerzo por ayudarla, ella se dio la vuelta y se alejó a paso ligero.

Capítulo 5

¡Casado! Desmond Sanders estaba casado. Se preguntaba si su mujer sabía cómo iba por el país engatusando a propietarias de pensiones desprevenidas.

Ella había odiado desde el principio su idea de ir a la iglesia, y más aún invitar al reverendo y a su chismosa esposa a la cena del domingo. Pero él había sonado tan convincente, hablándole de su propia familia, criada por un hermano mayor, lo mismo que Emma estaba intentando con Fanny y los chicos.

Ella había mordido el anzuelo, sin duda. Y todo porque se había pasado el último año anhelando alguna palabra, por insignificante que fuera, de su hermano Dustin. Sí, y odiándose a sí misma con cada ensoñación. Y ahora mira adónde la había llevado.

¡Casada! Desmond Sanders estaba casado.

Se había sentado en la iglesia, escuchando su barítono ligeramente desafinado cantar los himnos. Mientras sostenía un lado del himnario de Terence, su mente estaba en el hombre del banco de detrás de ellos, el hombre que se sentaba con su familia, animándoles a cantar, a callarse, a levantarse, a sentarse.

Una vez, durante el sermón aparentemente interminable del reverendo, oyó un alboroto y se volvió para ver a Desmond subiendo al pequeño Peter a su regazo. Después, extendió un brazo a lo largo de la parte superior del banco de una manera que hizo que algo en lo más profundo de Emma se enganchara. Cuando ella le miró a la cara, él le guiñó un ojo, amonestándola -con

aquellos cálidos ojos marrones- a que no fuera tan gallina vieja; eran buenos niños y no había nada malo en echarse una siestecita en la iglesia.

Después de eso, su confianza en él, un hombre que le recordaba tanto a una parte despreciable de su pasado, había aumentado. Al salir de la iglesia con la campana sonando triunfante desde la torre en lo alto, Emma sonrió al círculo de cielo que miraba a Apple Springs como un escudo azul rodeado de altísimos pinos verdes. Por primera vez en un año, se sentía bien. Realmente bien. Incluso la mujer del reverendo se había ablandado.

—Bonito día, ¿verdad, Emma?

—Mucho.

—El reverendo dice que estaría encantado de venir a cenar. ¿A qué hora nos quiere?

—Enseguida. Sugar debería tener las cosas listas para cuando lleguemos a casa.

—¿Sugar? ¿Esa vieja negra aún puede moverse?

Emma inhaló bruscamente, pero donde un día antes el comentario de Martha Callicott habría cosechado una réplica, hoy lo dejó pasar.

—El Sr. Sanders dice que Sugar es la mejor cocinera de Texas.

—Seguro que sí, señora. —Desmond estrechó la mano del reverendo y luego se acercó al hombro de Emma a tiempo para ser presentado a la esposa del reverendo.

No era que Emma no tuviera amigos. Después de todo, había vivido en Apple Springs toda su vida, y era extrovertida y amistosa por naturaleza. Pero durante el último año había evitado el contacto social con cualquiera que no fuera Terence.

Los seis meses anteriores a la muerte de su madre habían sido miserables para Emma. Mortificada por su conducta con Dustin Sanders y su posterior desaparición, había evitado los contactos sociales, no fuera que alguien sospechara de su indiscreción.

Cuando murió su madre, había evitado a sus amigos hasta el punto de que, aunque al funeral asistió mucha gente, pocos vinieron a visitarla en los meses siguientes. No es que hubiera tenido tiempo para una vida social, con los niños, intentando dirigir la Casa Travis y esquivando los ataques de la Sociedad de Ayuda a las Damas.

Después del servicio, sin embargo, se acercaron varias de sus viejas amigas.

La rubia y escultural Cynthia Newman fue la primera.

—¡Emma! ¡Estás estupenda!

Una mentira en sí misma, pensó Emma. Los ojos avellana de Cynthia estaban clavados, no en Emma, sino en Desmond Sanders, nuevo en la ciudad y casi el hombre más guapo que había pisado estos lares desde la última ronda de tamborileros.

—Preséntanos, Emma —susurró Jimmie Sue Baker. Así lo hizo.

Dustin se mostró cordial, incluso con la curvilínea Betty Sparks, a la que nunca le habían faltado palabras para expresar sus sentimientos. Cuando Betty sugirió audazmente que le gustaría verle más, Dustin respondió con una invitación.

—Venga a cenar alguna noche a la Casa Travis, señorita Sparks. Puedo dar fe de la comida, y estoy seguro de que los precios de la señorita Jones están en línea con lo que cobran los demás.

Emma se encogió ante eso, preguntándose qué pensaba él que ella daría de comer a toda la gente a la que estaba ocupado invitando a cenar. Los invitados de pago no apreciarían su comida ordinaria de tocino frito y pan de maíz y una ardilla ocasional matada por David. Pero la sonrisa de Dustin era genuina y su entusiasmo contagioso.

Luego había admitido que estaba casado. El vértigo en el estómago de Emma se había hecho un nudo apretado como una estera de enredaderas de madreselva cuando Dustin respondió alegremente al comentario de la entrometida Sra. Petersen.

¡La Sra. Sanders no está conmigo! Ahora sí que se moverían las lenguas. No era un hombre soltero; estaba casado. Y su mujer no aparecía por ninguna parte.

Emma observó a Etta Petersen dirigirse hacia el pequeño y apretado grupo de líderes de la Ayuda Femenina. Al escucharla, no hicieron ademán de discutir otra cosa que no fuera el estilo de vida inmoral de Emma Jones. Todas las miradas giraron en torno a Emma, fijándose a su vez en Terence y Dustin. La boca de Henrietta Winston se pellizcó; las cejas de la señora Rau se alzaron; Anna Holden, esposa del señor Holden, se llevó una mano al pecho; y todas las lenguas se agitaron.

Y lo peor de todo es que a Emma ni siquiera le importó. Dejó que Terence la ayudara a sentarse en el asiento del carromato, sombríamente decidida a enfrentarse al reverendo y a su esposa con la gentileza que su madre habría esperado, antes de enviar al señor Sanders de vuelta con su esposa, dondequiera que estuviera en el infierno.

—¿Qué te ha poseído para invitar al reverendo a cenar? —se quejó Terence, subiendo a su lado en el asiento del carromato.

Los ojos de Emma se desviaron involuntariamente hacia Dustin, que estaba ocupado escuchando a Billy Joe presentar a su mejor amigo Tom. Junto a ellos, el pequeño Peter se aferraba al dedo índice de Dustin, chupando todo el tiempo el suyo. Le gustan los niños, pensó. Y la razón por la que se había llevado tan bien con estos niños le vino de repente a la cabeza: Echaba de menos a los suyos.

¿Sus propios hijos?

En un hosco silencio, Terence cacareó al equipo y se dirigieron colina arriba. Por el rabillo del ojo, Emma observó a Dustin y a los chicos que iban detrás de ellos.

—Me pareció una buena idea, Terence —espetó—. Tengo que hacer algo para mejorar mi posición en la comunidad, o perderé a los niños.

A su lado, Terence exhaló.

—Es cosa de Sanders, ¿no?

—¿Qué?

—Él es quien ha preparado todo esto.

—Él y Sugar —admitió ella.

—¿Qué le importa a él? —Silencio.

—Empiezo a preguntarme qué es lo que realmente persigue...

—Está explorando una línea de ferrocarril, Terence.

—Además de eso. Viene aquí mimando a esos niños, lavando platos, yendo a la iglesia. Eso no me parece explorar una línea ferroviaria. ¿Qué quiere realmente, Emma... a ti?

—¡Terence! —Ella volvió los ojos horrorizados hacia él, aún más sorprendida por la posible verdad de su afirmación.

—Esto no me gusta, Emma. Sanders debería quedarse un lugar que atienda a solteros.

No es soltero, gritó su corazón.

—Necesito el dinero, Terence. —Después de un rato añadió—: Hablas como las damas de la sociedad. ¿Tampoco confías en mí?

—No tiene nada que ver con la confianza, ni contigo, Emma. No conoces las costumbres de los hombres. Pero las damas tienen razón. Uno de estos días, puede que lo descubras por las malas.

—Puedo cuidarme sola —replicó ella. Pero el oscuro secreto de su pasado la acosaba. A Terence le horrorizaría saber cuánto había descubierto ya sobre hombres como Desmond Sanders.

Un hombre. Exactamente como Desmond Sanders. ¿Por qué le había permitido quedarse? Dándose la vuelta en el asiento de la carreta, volvió la vista hacia ellos, incapaz de calmar la angustia de su corazón. Dustin levantó sus manos y las de Billy Joe entrelazadas en un gesto. Ella empezó a responder, luego se apartó bruscamente.

—Al menos podrías apoyarme, Terence. No necesito tus reproches; necesito tu apoyo.

Con un suspiro, Terence transfirió las riendas a su mano izquierda y le agarró la rodilla con la derecha, en una inquietante muestra de intimidad pública.

—Tienes mi apoyo, Emma. Deberías saberlo. También tienes mi amor, pero ahora no pareces muy contenta por ello.

—Lo estoy, Terence. Es sólo que... bueno, últimamente me han golpeado por demasiados lados. Necesito que me defiendas.

—Lo haré, cariño. Diablos, si te hace sentir mejor, echaré a ese bastardo en cuanto lleguemos a casa.

Ella sonrió ante su actitud protectora, complacida de algún modo de que él ofreciera tal cosa.

—Puedo correrlo yo misma. Todo lo que necesito de ti hoy es tu ayuda para entretener al reverendo y a su esposa.

Mientras Emma y su prole asistían a la iglesia, Sugar mató tres gallinas, las desplumó y chamuscó, y las puso a hervir. Después de colocar dos cacerolas de panecillos cerca del fuego para que subieran, se dedicó a acicalar el comedor. Tarareando himnos todo el tiempo, añadió dos hojas a la ornamentada mesa de nogal, luego planchó un paño de lino con bordes de encaje y colocó un par de docenas de servilletas a juego. Sacó la vajilla Haviland de la madre de la señora Shannon con el dibujo de la rosa del té y sacó brillo a la cubertería de plata alemana que la abuela de la señora Shannon le había regalado con motivo de su segundo matrimonio con el

señor James Travis, el padre de los Winstonuns.

Al llegar a casa Emma dejó a Terence en el vestíbulo con instrucciones de saludar al Reverendo y a la Sra. Callicott, coger sus abrigos y sombreros y charlar mientras ella ayudaba a Sugar a poner la cena en la mesa.

Subió corriendo las escaleras, se quitó el sombrero, se alisó los mechones sueltos de pelo, empezó a pellizcarse las mejillas, pero las encontró manchadas con dos manchas carmesí. Tomó una gran bocanada de aire y fluyó por la escalera trasera. Justo cuando llegaba a la cocina, la pantalla frontal chirrió.

Una sonrisa pintó una reluciente media luna en el rostro nocturno de Sugar.

—¿Están de acuerdo en venir?

—Ya están aquí. —La mirada de Emma recorrió la cocina. Cuando cogió un delantal, Sugar la detuvo.

—Salga y salude a sus invitados, señorita. Yo serviré la cena.

—No puedo. —La puerta volvió a chirriar. Oyó la voz chillona de Billy Joe. Se imaginó la cara de Desmond—. No son mis invitados —replicó, apelando a la rabia como apoyo—. Son tuyos y... suyos.

Ignorándola, Sugar levantó una pesada tapa. El sabroso aroma provocó una sonrisa involuntaria en los labios de Emma, alimentándola con una miríada de emociones contradictorias. Observó cómo Sugar vertía el pollo y las albóndigas en la sopera más grande del lugar.

—¿Cuántos pollos has matado para esto?

—Tres, pero me figuro que el tiempo aún es lo bastante fresco, si ponemos lo que queda en la fuente, se conservará hasta mañana.

—Lo necesitaremos. Ese hombre invitó a todo el pueblo a venir a cenar esta semana.

Sugar dirigió unos ojos divertidos a Emma.

—Lo hizo, ¿verdad? Seguro que él va a cambiar las cosas por aquí.

—No después de hoy. —Emma sacó una sartén de panecillos ligeros como plumas del horno. Lo último de la harina de trigo, pensó—. En cuanto acabe la cena, le echaré.

Excepto por el tintineo de una cuchara de servir contra la sopera, el silencio siguió a este pronunciamiento. Emma dejó la sartén de los panecillos en el suelo, sólo para que la sopera humeante se clavara en sus manos.

Los ojos de Sugar se entrecerraron.

— Lleve esto al comedor, señorita. Tocaré la campana, pero tiene que entretener a sus invitados.

Emma obedeció, refugiándose en su creciente enfado con Sugar. Pero cuando entró en el comedor, unas voces procedentes del vestíbulo llamaron su atención. Levantó la vista e hizo una mueca.

Dustin miraba fijamente hacia la puerta de la cocina, como esperando a que ella saliera. Agarró la sopera con más fuerza; el calor surgía de las almohadillas con las que la sujetaba. Pero era incapaz de moverse hasta que él lo hiciera.

Con una palabra dirigida al reverendo, se excusó y entró en el comedor. Antes de que Emma pudiera llegar a la mesa, él llegó hasta ella.

—Déjame coger eso.

Ella agarró la sopera con más fuerza. Él tiró.

Se negaba a renunciar a ella, como si sujetándola pudiera conservar cierta medida de control sobre su vida.

—No estoy casado, Emma.

Su voz era baja, sólo para sus oídos, lo que la hacía aún más amenazadora. Ella apretó los dientes, tiró de la sopera, pero él se negó a soltarla.

—¿Debería importarme?

—Lo dije así para que no... Quiero decir que están tan en contra de que alquiles a solteros, que pensé...

De repente ella aflojó su agarre sobre la sopera.

—Llévese sus mentiras a otra parte, Sr. Sanders. No me interesan.

En la mesa, colocó una trébede delante de su puesta, desde donde podía servir raciones de pollo y albóndigas. Dustin la siguió. Puso la sopera directamente sobre la trébede.

—No es mentira, Emma. —Inhaló, hinchando el pecho—. Hay varias señoras Sanders.

Se detuvo ante la mesa, con los ojos puestos en la pila de platos que tenía delante, los dedos recolocando los cubiertos.

—Resulta que ninguna me pertenece, eso es todo. —No hubo respuesta.

—Las esposas de mis hermanos.

Ella levantó la cabeza. La mirada que le dirigió estaba llena de crudo dolor. Él sabía lo que ella estaba pensando. En algún lugar de su interior la alegría saltó a la vida. Pero tantas capas de mentiras cubrían esa alegría que quizá nunca viera la luz del día.

Cuando ella intentó apartarse, él la agarró de la muñeca.

—Dos, en realidad. Sólo dos de mis hermanos están casados. Kale y Carson. El resto estamos... solteros.

Aunque ella no le miró, ni siquiera respondió, él sintió que se relajaba. Cuando ella tiró de su mano, él la soltó, viéndola volver a la cocina.

Sugar hizo sonar la campana de la cena. Emma se recompuso, o lo intentó, y regresó al comedor. David estaba ausente, en casa de los Holden, supuso. Pero Fanny estaba aquí, con el vestido, el moño y el ceño fruncido en su sitio.

—¿Sería tan amable de dar las gracias antes de que comencemos, reverendo Callicott? —pidió Emma.

Obviamente, el reverendo esperaba que le llamaran, pues su oración estaba hecha especialmente para los comensales.

—Pedimos tu bendición sobre este hogar, oh Señor. Guía a la señorita Jones en todas sus elecciones. Mantenla casta y pura, como has decretado que sean nuestras mujeres. Te pedimos una bendición especial sobre estos pobres niños huérfanos, oh Señor. En Tu Sabiduría, ayuda a cada uno de ellos a buscar hogares permanentes, respetables y cristianos antes de que acabe el año.

Cuando terminó la oración, Emma echaba humo y Dustin se sentía culpable. Ella le había advertido sobre la gente demasiado entusiasta de este pueblo. Y él se había adelantado y la había hecho pasar por la tortura de entretenerlos. Echando un vistazo a la mesa, la vio servir con una cuchara generosas raciones de pollo y albóndigas en un plato, pasarlo, luego otro, y otro, sirviendo a los comensales uno a uno. Su rostro había perdido el color. Tenía los labios fuertemente apretados.

Dustin fulminó con la mirada al reverendo que no había esperado a que se sirviera el último plato antes de zambullirse en la sabrosa comida. Dustin quería tirar al piadoso bastardo de su silla y echarlo por la puerta.

Se volvió hacia Emma que había terminado de servir al Pequeño Peter y a Billy Joe y estaba en proceso de servir su propio plato. El pequeño Peter cogió su cuchara con fuerza y se metió un buen bocado en la boca.

—Pequeño Peter —llamó Dustin—. Espera a que se sirva tu hermana. No es de buena

educación empezar a comer hasta que tu anfitriona se haya servido.

El pequeño Peter sostenía la cuchara congelada en el aire, con la comida aún en la boca, como si no estuviera seguro de qué hacer. Sus ojos encontraron los de Dustin y la mirada de traición dejó a Dustin sintiéndose más tonto e entrometido que nunca. Además de los modales en la mesa que Benjamín inculcaba a sus hermanos, también les había enseñado la Regla de Oro, o lo había intentado. Dustin empezó a preguntarse si la mayoría de las enseñanzas de su hermano no se le habían escapado.

Al otro lado de la mesa, el reverendo dejó tranquilamente su cuchara y se limpió la boca con la servilleta. Emma clavó en Dustin una mirada que decía que no toleraría más intromisiones suyas.

Terence salvó el día, o al menos la comida, dirigiendo su típica conversación unilateral desde su lugar en la cabecera de la mesa, un hecho que de por sí irritaba a Dustin. Aunque sabía que no tenía motivos para estar celoso, lo estaba. En cualquier otro momento, azotaría al tipo y acabaría con él. Pero aquí él era el desvalido. Y parecía estar haciendo todos los movimientos equivocados.

Martha Callicott ignoraba la tensión o era ajena a ella. A mitad de la comida, apartó la conversación de Terence preguntando a Emma:

—¿Cuándo has dicho que Terence y tú planeáis casaros, querida?

Emma se tragó la comida que tenía en la boca, se limpió los labios y dirigió una sonrisa dolida a su invitada.

—No lo dije.

—Pronto —llegó la respuesta desde la cabecera de la mesa—. De hecho tengo planeada una pequeña sorpresa para Emma esta tarde. —Favoreció a Dustin con una sonrisa conspiradora —. Mientras Sanders lleva a los chicos a pescar, voy a llevar a la señorita Jones a su propiedad

en el campo para que podamos decidir el emplazamiento de nuestra casa. Quiero empezar la construcción antes de que llegue el verano.

Aquel anuncio golpeó a Dustin como una rápida patada en las tripas. Miró hacia la mesa a tiempo de ver cómo Emma fulminando a Terence con la mirada en señal de advertencia.

—Bueno, esa sí que es una buena noticia —dijo Martha Callicott.

Emma ignoró el comentario y preguntó al reverendo:

—¿Puedo servirle más pollo y albóndigas?

Le pasó su plato.

Billy Joe y el Pequeño Peter, que ya se habían recuperado del escarmiento de Dustin, se retorcieron en sus asientos y soltaron risitas entre ellos al otro lado de la mesa.

Sirviendo el plato del reverendo, Emma lo volvió a pasar a lo largo de la fila.

—Debo pedirle un favor, señora Callicott. Como Terence y yo no estamos listos para hacer un anuncio, todavía, consideraríamos un favor si no mencionara lo que ha oído hoy aquí.

—Vaya, no se me ocurriría estropearte la sorpresa, Emma, querida. Pero no debes perder el tiempo. —Levantó los ojos piadosos hacia Dustin, luego sonrió a Terence, devolviendo su atención a Emma con preocupación en su voz—. Ya sabes cómo habla la gente, Emma. Cuanto antes os caséis Terence y tú, mejor, eso es lo que decimos.

Dustin fulminó a la mujer con la mirada. ¿Nosotros, quién? se preguntó. ¿Nosotros, el reverendo y yo? ¿O Nosotros, los cotillas del pueblo? Pero se contuvo. Ya le había causado suficiente pena a Emma por hoy. Además, conocía la respuesta.

El reverendo y su dama se excusaron en cuanto terminó la cena, diciendo que tenían una llamada que hacer en el campo y que necesitaban tiempo para regresar a casa antes del anochecer. Dustin se quedó en el umbral entre el comedor y el vestíbulo, mientras Terence y

Emma se despedían de los Callicott.

—Una comida muy buena, Emma —felicitó el reverendo—. Desde luego —asintió su esposa—. ¿No cree que podría darme la receta de esa tarta?

—Bueno, yo...

—La señorita Jones está preparando un libro de recetas de la Casa Travis —intervino Dustin—. Piensa tenerlas listas para las fiestas, ¿verdad, señorita Jones? —Su mirada le dijo que nada le gustaría más que abofetearle, a menos que fuera para estrangularle.

Se volvió hacia la esposa del reverendo, haciendo un valiente intento de amabilidad.

—Yo…

—Una gran idea —interrumpió Martha Callicott—. Si lo de hoy ha sido un indicio del tipo de recetas que incluirá, debería ser un éxito. Quizás podamos persuadirte de que dones algunos ejemplares para venderlos en el bazar.

—Yo... eh...

—Es probable que acabe con más invitados en su mesa de los que esperaba —decía el reverendo.

—No por mucho tiempo —juró Terence—. Estas tonterías se acabarán cuando Emma y yo estemos casados. —Y añadió apresuradamente—: No es que no le invitemos a usted y a la señora a la cena del domingo, reverendo.

Dustin esperó a que los Callicott se marcharan para poder disculparse con Emma por haberla hecho pasar por semejante calvario. Terence, sin embargo, no le dio ninguna oportunidad. Emma apenas tuvo tiempo de lanzarle a Dustin una fulminante mirada de «te lo dije», antes de que Terence la cogiera por el codo.

—Coge tu gorro, Emma. El sol se está ocultando.

Los chiquillos tiraron de Dustin hacia la parte trasera de la casa.

—Esperad a que ayude a Sugar con los platos —oyó objetar a Emma.

Terence le llamó.

—No te importaría volver a ocuparte de la cocina hoy, ¿verdad, Sanders? Como dijo el reverendo, es mejor volver al pueblo antes del anochecer. Lobos, osos.

Pasando a su lado, Emma desapareció en la cocina, mientras Terence hablaba. Fanny la siguió. Los niños pequeños clamaban alrededor de Dustin, listos para ir a pescar. Antes de que pudiera desenredarse, Terence volvió a hablar.

—¿Cuánto tiempo crees que durará tu trabajo, Sanders?

Dustin estudió al hombre, viendo a través de la línea de interrogatorio, incluso antes de que comenzara.

—Eso dependerá de lo cooperativos que sean los propietarios de los aserraderos y los contratistas madereros.

—La oferta sigue en pie.

—¿La oferta?

—Ayudarle, en todo lo que pueda. De hecho, si pasa por el banco mañana temprano, tendré una lista de aserraderos y contratistas lista para usted.

Dustin consideró el transparente intento del hombre de mandarle a paseo. A decir verdad, no podía culpar a Terence. En su lugar, Dustin también se habría visto presionado para deshacerse de la competencia. Cuando Emma regresó de la cocina, Terence le cogió del brazo de una manera posesiva que a Dustin le sentó fatal.

—Claro —respondió a la oferta de Terence—. Estaré en el banco, bien temprano.

Terence acompañó a Emma al otro lado del vestíbulo. Cuando abrió la puerta mosquitera,

Dustin oyó el ya familiar graznido. Estudió a Emma, queriendo rogarle que se quedara aquí; que no se fuera al campo con este banquero que obviamente era mucho más adecuado para ella que él.

No parecía muy entusiasmada con la idea de dar un paseo en coche con Terence, o de elegir un sitio para su nueva casa. Y Dustin seguro que tampoco estaba entusiasmado. Justo antes de que salieran de la casa, la llamó.

—Emma.

Ella se giró en el umbral con Terence sosteniendo la puerta mosquitera por encima de su cabeza, enmarcándola por un lado con su cuerpo, una postura protectora que disparó los celos directamente a través de Dustin. Emma curvó los labios, esperando.

—Lo siento.

Su expresión cambió de la angustia a la ira.

—Vete al infierno.

Fanny, que había ignorado estudiadamente a todo el mundo, incluido Dustin, durante la cena, no estaba a la vista cuando Dustin y los niños entraron en la cocina.

—La señorita Fanny está en su salsa —explicó Sugar—. Se ha ido a su habitación enfadada.

Lo cual le vino muy bien a Dustin. Lamentaba herir sus sentimientos, pero estaba seguro de que no quería que le acompañara en un viaje de pesca.

Aunque al final, no llevó a los chicos a pescar. Después de consultarlo con Sugar durante las tareas de fregado, decidió que lo mejor era cazar.

—¿Cuánta carne calculas que necesitarás para la semana? —le preguntó a Sugar.

—Depende de a quién le hayas pedido de comer.

—A bastantes —admitió—. Pensé que ayudaría, Sugar. Maldita sea si no le vendría bien un poco de dinero para arreglar las cosas por aquí.

—Y para mantener las cosas en marcha, y para mantener a los jóvenes en la escuela, y enviar a David fuera.

—Supongo que no le hice ningún favor hoy.

Sugar no estuvo de acuerdo.

—Cada vez que uno de esos pueblerinos sube a la colina y ve cómo llevamos realmente las cosas, seguro que le ayuda. Poco a poco ella puede desgastarlos.

—¿Por qué no recogen y se mueven?

—¿Mudarnos? ¿Lejos de Apple Springs? Porqué la familia de la señorita Emma fue la primera en establecerse en este lugar. Ellos le dieron su nombre, y su comienzo. No hay otro lugar donde ella quisiera vivir.

—Esa no es razón para quedarse donde la gente te trata como basura.

—No todo es culpa de ellos —concedió Sugar—. La Srta. Emma les ha dado la espalda más de una vez.

—¿No estarás diciendo que ella les ha dado motivos para dudar de su decencia? —enfureció Dustin—. No me tragaré eso. Ni por un maldito minuto.

Sugar sonrió.

—No, señor. No es eso. Pero desde que su mamá murió, ella ha tenido mucho sobre sus hombros. E incluso antes de eso, perdió las agallas. Medio año o así antes de que la señora Shannon enfermara, Emma se convirtió en una hurón. No sé qué le pasó, pero antes de que acabara, había ofendido a casi todo el mundo en el pueblo.

La culpa punzó la espina dorsal de Dustin. Puso el plato que había secado sobre la mesa,

esperando que Sugar no hubiera visto temblar su mano.

—Eso no les da derecho a rehuirla de esta manera. Incluso yo, que acabo de llegar, puedo decir que es una mujer decente y honrada. Probablemente hay más espíritu cristiano en ella que en todos los demás juntos, incluido el reverendo. —Fue a pararse en la puerta trasera, observando a los dos chiquillos correr por el patio, Billy Joe persiguiendo a un chucho de cola tupida al que llamaban Ardilla; el pequeño Peter persiguiendo a Billy Joe, con el dedo en la boca.

—Voy a ver si cazo unos conejos o algo más grande.

—Nos vendría bien para empezar —respondió Sugar.



Resultó que mató dos pavos y un gamo. Tuvo la oportunidad de conseguir un venado de cola blanca, pero eta se perdió cuando el pequeño Peter cayó en un matorral de zarzas y lo espantó con sus gritos.

Pero tampoco era justo culpar de su desastre al niño, pues su mente estaba más sobre Emma que en la caza. A todo momento se preguntaba dónde estaba su propiedad. Se la imaginaba caminando por ella con su vestido de domingo, cogida de la mano de Terence, besando a Terence, eligiendo el lugar para su hogar.

A última hora del día, Dustin y los niños regresaron a la casa. Dustin llevaba el gamo sobre los hombros; los chicos llevaban los pavos -que había atado juntos- arrastrándolos de vez en cuando por la tierra roja.

Para cuando hubieron limpiado los pavos y descuartizado el ciervo, había anochecido en el claro, y Emma y Terence aún no habían regresado. Sugar se hizo cargo después de la cena, enviando a los chicos a la cama y a Fanny muy cerca de ellos.

Dustin salió al porche, sabiendo que debía subir a su habitación, meterse en la cama y dejar de pensar en Emma Jones y su prometido-y sus ciento un problemas. Pero ahora sabía que él había causado algunos de sus problemas, y se dijo que ésa era la razón por la que sentía tanta urgencia por ayudarla.



La propiedad de Emma constaba de mil acres, comenzando por el lugar donde se alzaba la casa Travis en la colina que dominaba Apple Springs, y extendiéndose en un rectángulo alargado de tres millas hacia el oeste, adentrándose en el bosque del este de Texas. Terence llevó el carro por un camino paralelo a su propiedad, llegando a detenerse en un pequeño claro en el extremo oeste. Un arroyo corría por la propiedad, bajo una ligera elevación sobre la que se asentaba una antigua cabaña de troncos para perros. Un denso bosque de pinos vírgenes y maderas duras dispersas rodeaba la zona.

Emma recorrió el claro, mientras Terence la bajaba de la carreta. La pequeña loma estaba menos arbolada que el país que habían atravesado para llegar hasta aquí, uno de los claros naturales que se encuentran en los Piney Woods. El bisabuelo de Emma, Maybray, eligió este trozo de propiedad en particular, porque el suelo, a diferencia de la arcilla roja de los alrededores de Apple Springs, era de un color gris intenso. Afirmaba que el suelo gris era más fértil.

Emma caminó hacia la cabaña, sosteniendo sus faldas por encima de la cubierta del suelo. Siempre le había gustado este lugar. Le recordaba sus raíces, hoy con más patetismo que nunca, reafirmándola en que sus antepasados habían sobrevivido a tiempos peores que los que ella estaba viviendo ahora. Si ellos pudieron hacerlo, ella también. De algún modo.

El camino la había relajado: tres millas de árboles, los pájaros cantando desde el bosque a

ambos lados, el aire perfumado de madreselva... y la primavera. El lado oeste de la carretera pertenecía a ella y a los niños-las tres millas de ella. Mil acres de la propiedad original de Maybray, algunos concedidos a su bisabuelo, el resto comprados a lo largo de los años. La casa del pueblo había sido construida antes de la guerra por su abuelo Maybray, y más tarde fue rebautizada como la Casa Travis, por el segundo marido de su madre, James Travis.

Después de la guerra, sin más esclavos para cuidar el algodón, las cosas empezaron a decaer. Su abuelo murió pronto; el propio padre de Emma fue asesinado por un cerdo salvaje en el bosque, y la abuela Maybray, con la ayuda de su hija, Shannon, la madre de Emma, convirtió la casa del pueblo en una pensión.

James Travis siguió el negocio maderero hasta la zona, se casó con la madre de Emma y se quedó. Después de que Travis muriera en un accidente maderero, la madre de Emma se negó a dejar habitaciones a los madereros. Pero Desmond tenía razón; no tenía sentido continuar con esa práctica cuando necesitaban el dinero tan desesperadamente.

Emma probó con un pie en el escalón podrido del porche y luego retrocedió.

Terence se colocó a su lado, pero de espaldas a la cabaña.

—Una vez que derribemos esta vieja choza, tendremos el sitio perfecto para la casa —decía Terence. Inspeccionaba la zona, como si fuera el rey de todo lo que contemplaba.

—Todos los hombres que pasen por aquí me envidiarán. La esposa más bonita y la propiedad más bonita de todo Texas.

Emma no estaba segura de haber oído bien.

—No puedo derribar la casa del abuelo Maybray.

Lanzó una mirada fulminante hacia la cabaña.

—No queda mucho que derribar, cariño. —La atrajo hacia su pecho y la estrechó contra él sin apretarla. Ella se quedó mirando el botón de su cuello, preguntándose qué haría de sí misma.

Pero él inclinó su barbilla hacia arriba; sus labios descendieron, y antes de que ella pudiera objetar, la besó.

No fue su habitual beso casto, sino un ataque apasionado en toda regla. Tras un suave roce, sus labios se deslizaron por los de ella, exigiendo reciprocidad.

Cuando ella suspiró, él lo tomó como un estímulo y estrechó su abrazo. Su lengua encontró la costura en los labios cerrados de ella. La frotó con insistencia hasta que por fin ella se abrió a él. Su beso se hizo más profundo. Sus manos recorrieron su espalda, agarraron sus nalgas a través de la falda y las enaguas, tirando de ella contra él.

Terence nunca la había besado con tanta pasión. Cuando ella intentaba encontrar una forma educada de retirarse, él aumentaba su asalto. El talón de su mano rozó el costado de su pecho. Ella se retorció, pero su mano prosiguió. Le ahuecó el pecho en una palma caliente.

Terence la amaba; Emma lo sabía. Y era uno de los mejores partidos de Apple Springs. Podría haber tenido a Betty Sparks o a Cynthia Newman o a Jimmie Sue Baker. Pero la eligió a ella. Desde que regresó de la escuela en el Este, hacía tres años, Emma nunca había sabido que cortejara a otra mujer.

Los dos primeros años, ella evitó sus insinuaciones, pero él nunca se dio por vencido. Seis meses atrás, tras la muerte de su madre, él se volvió más persistente, y ella cedió y le permitió que la visitara... o se rindió, pensaba a veces.

Los últimos y desesperados meses habían demostrado una cosa: para vivir en paz en Apple Springs, necesitaba un marido. De lo contrario, los entrometidos bienintencionados de la Sociedad de Ayuda a las Damas no le darían paz. El matrimonio con Terence Larson, hijo adoptivo y heredero legal del banquero local, pondría fin a sus lenguas afiladas. La idea era extrañamente inquietante. Ella le empujó el pecho con las palmas sudorosas.

—Terence. ¿Qué te pasa?

Sus brazos se tensaron ante la resistencia de ella. Él tiró de ella más cerca, hasta que ella sintió su excitación sondear contra su vientre. Una descarga de repulsión la sacudió. Hacía un año que no sentía algo así. Ni en un año la habían abrazado tan fuerte, la habían besado tan posesivamente. Gracias a Dios, ya había pasado la edad de dejarse arrastrar por emociones lujuriosas.

—Terence, por favor. —Ella empujó contra su pecho, abriendo un espacio entre ellos, que él intentó acortar.

—¡Terence! Me tratas como si no fuera mejor de lo que los entrometidos de esta ciudad dicen que soy.

Él relajó su agarre ante eso.

—Lo siento, Emma. Yo sólo... bueno, quería estar seguro de que sabías cuánto te quiero.

—¿Amor? Eso se llama lujuria.

—Lujuria, también —confesó—. No me avergüenza admitirlo. Te haré feliz, Emma. Juntos crearemos una vida que será la envidia de cada persona en Apple Springs.

Aunque lo dudaba, también sabía que no tenía ningún deseo de competir con los ciudadanos de Apple Springs. Apartándose, se puso en marcha hacia la carreta.

—Un lugar perfecto —llamó desde detrás de ella—. ¿Qué te parece si me ocupo de empezar los planos esta semana?

Como si estuviera siendo refrenada por un severo capataz, los pies de Emma se detuvieron. Terence estaba presionando demasiado, cuando ella necesitaba tiempo, espacio. Pero, ¿cómo podía ella decirle eso? Su vida temprana había sido tan difícil que a menudo la malinterpretaba cuando contradecía sus ideas, pensando que lo rechazaba como persona.

—Terence, no estoy de acuerdo en derribar la casa de mi bisabuelo.

—Emma, cariño, no merece la pena salvar esa vieja cabaña de troncos. Y éste es el sitio más bonito de toda tu propiedad.

Desesperadamente, Emma trató de mantener la calma. Pensar en el lado positivo de las cosas. Terence la quería. Él cuidaría de ella. Y tenía sus mejores intereses en mente. Puede que ahora se resistiera a criar a los niños, pero eso no significaba que ella no pudiera persuadirle. Cuando ella le dijera que era o todos o ninguno, él estaría de acuerdo, estaba segura.

—Lo que yo veo —le estaba explicando—, es una casa de dos pisos con tablones blancos, porches envolventes, pilares...

—Exactamente lo que tengo en Apple Springs.

—Lo que tienes en Apple Springs es una casa vieja y destartalada. Dios mío, se construyó antes de la guerra. Te mereces una casa nueva.

—No quiero una casa nueva. Mi abuelo construyó la casa Travis. Además, sería demasiado cara construirnos una nueva. No podemos permitírnoslo.

—Sí podemos. Voy a darte la mejor casa que el dinero puede comprar.

—¿Qué dinero? ¿Planeas robar el banco de tu padre? —El sarcasmo de ella se perdió en la seriedad de él.

—No hará falta. —Miró a su alrededor, al bosque que los rodeaban—. Venderé suficientes árboles para conseguir el capital para construirla.

De nuevo, Emma estaba segura de haber entendido mal. O esperaba haberlo hecho.

—¿Vender mis árboles? ¿Para una casa? Esta tierra maderera es todo lo que tenemos. Es nuestro futuro, el de los niños y…

—Emma, sé razonable. No hay suficiente madera en estos mil acres para que le sirva a nadie, no a largo plazo. Está demasiado lejos tierra adentro. Según mis cuentas, tenemos lo justo

para reunir dinero para una buena casa.

Emma contempló los hermosos pinos de hoja larga, los majestuosos robles rojos, los nogales. La propuesta de Terence la asombró.

—Mis árboles no. No para una casa.

—Emma, cariño, no preocupes tu bonita cabeza por esta madera sin valor. Yo me ocuparé del negocio…

—¿Sin valor? La madera es lo que mantiene vivo a Apple Springs.

—Esa no es la cuestión. O, tal vez lo sea —reconsideró—. Los árbols tardan años en madurar. Sólo hay una cantidad limitada disponible…

—¿Entonces por qué L&M planea construir un ferrocarril por aquí?

—Son madereros del norte, Emma. El Sr. Lutcher y el Sr. Moore vinieron ambos del norte, donde hacen las cosas de otra manera. El hecho es que... —extendió los brazos para abarcar los enormes bosques a ambos lados—, ...en cuanto se agote la selva virgen, Apple Springs se secará.

—¿Se secará?

—A menos que podamos traer nuevos negocios o volver a los antiguos... como la agricultura.

—¿La agricultura? ¿Tú?

Se rio, cogiéndola por la cintura en una rara muestra de exuberancia.

—Seré granjero O, debería decir, nosotros. Construiremos aquí atrás y guardaremos suficiente terreno para una granja de buen tamaño. Una vez que los árboles estén despejados…

—¿Salvar suficiente tierra? ¿Para qué? ¿De qué estás hablando?

Sus ojos bailaban como lo habían hecho los de Billy Joe cuando entró corriendo en casa con los pies llenos de barro para contarle lo del gran pez amarillo que le había arrastrado en el

río.

—Me he tomado la libertad de hablar con un comprador que está interesado en adquirir las propiedades de tu pueblo, Emma. Incluida la Casa Travis.

—¿Qué

—Yo…

—Has arreglado la venta de la Casa Travis, y de mi tierra…

—Nada está arreglado todavía.

—¿Sin consultarme? Terence, ¿cómo pudiste? —Volviéndose rápidamente, ella empezó a correr hacia la carreta. Él la detuvo de un tirón, apretando un puño alrededor de la parte superior de su brazo.

—Lo hice por nosotros, Emma. Por nosotros.

—¿Encontraste un comprador para la Casa Travis? No quiero vender...

—Cariño, tienes muchas cosas en la cabeza. Sólo pensé...

Ella detuvo sus palabras con una mirada de furia.

—Hay dos cosas que será mejor que tengas claras ahora mismo, Terence Larson. Nunca venderé mi tierra, y nunca daré a los niños en adopción. Si quieres casarte conmigo, esas son las condiciones.

Parecía avergonzado, se recuperó mansamente.

—Pero Emma, sólo pienso en lo que es mejor para ti.

—Yo decidiré lo que es mejor para mí. —Sacudiéndoselo de encima, subió al asiento de la carreta sin ayuda. El sol ya empezaba a ponerse. Estaría oscuro para cuando regresaran a la casa Travis. Se preguntó por los niños.

¿Habrían pescado algo los chicos? ¿Se había portado bien Fanny? ¿Habría regresado David de casa de los Holden? Se preguntó, pero de pronto se dio cuenta de que no se había preocupado por ellos en toda la tarde.

Desmond estaba allí.

Desmond Sanders, que la enfurecía por su sola apariencia, por su nombre, por la forma en que había entrado y se había hecho cargo de todo. Había entrado en su vida hacía poco más de veinticuatro horas y, sin embargo, ya le había causado más dolor y angustia y le había aportado más tranquilidad y esperanza de las que había experimentado desde que murió su madre. O desde que el canalla de su hermano la abandonó.

Terence acudió las riendas y dio la vuelta al equipo. Cabalgaron en furioso silencio a través del crepúsculo.



Dustin se consideraba un maldito tonto. No tenía ninguna gana de ver a Terence dar zarpazos a Emma cuando le diera las buenas noches. Pero, a pesar de todo, esperó en las sombras del porche. Le debía una disculpa y, maldita sea, ella iba a quedarse quieta y dejar que se disculpara.

El columpio, fuera de las ventanas del salón, estaba envuelto en profundas sombras. Él mismo se había encargado de ello, apagando las lámparas del vestíbulo y del salón. Cuando por fin oyó el clip-clop de los caballos y el crujir de las ruedas de las carretas por el surcado lecho del camino, aquietó los pies en el porche para que unas cuerdas chirriantes no les alertaran de su presencia.

Se había prometido a sí mismo que miraría hacia otro lado cuando Terence le diera el beso de buenas noches, de lo contrario probablemente haría alguna tontería y ella se metería dentro

como la noche anterior.

La carreta se detuvo. Alguien saltó al suelo. Parecía Emma; no era lo bastante pesado para Terence. Dustin escuchó, escudriñando en vano la espesa alfombra de enredaderas de madreselva que rodeaba el columpio por dos lados.

Un caballo resopló. El asiento del carro crujió. La voz de Emma llegó alta y clara.

— Hay otra condición, Terence. —Dustin notó que su tono no era demasiado ligero. A su pesar, sonrió—. Nunca viviré en ningún sitio excepto aquí. Aquí, en esta vieja casa destartalada, con mis hermanos y mi hermana. —Dustin se la imaginó señalando con aquel encantador brazo extendido hacia esta reliquia de casa. Se imaginó su corpiño ceñido sobre los pechos, como cuando se estiraba para subir a la carreta después de la iglesia.

—No te bajes, Terence —le advirtió su voz—. Me niego a discutir esto esta noche.

—¿Entonces mañana?

—Está bien mañana.

Dustin oyó sus pasos en el sendero, escuchó a Terence cacarear al equipo y alejarse. Enfadada como estaba, entraría corriendo por esa puerta, si él no la detenía. Eso lo había aprendido en veinticuatro horas.

Emma atravesó el suelo del porche, taconeando. Alcanzó la pantalla. La puerta mosquitera chirrió. Dustin se movió, deslizándose por el porche. Para cuando sintió el brazo de ella en su agarre, oyó alejarse la carreta.

—¿Qué...?

—No grites, Emma. Soy yo... eh, Desmond.

Ella se relajó un poco, luego dio un tirón para liberarse. Él la sujetó.

—Quiero hablar contigo.

—Esta noche no.

—Mírame, Emma. Deja que me disculpe.

—Ya lo has hecho. —Señor, estaba cansada. Tan cansada. De nuevo, ella intentó liberarse, pero él fue más fuerte y tiró de ella para que se pusiera frente a él. La cogió por ambos brazos.

—Ni de lejos.

La luz de la luna brillaba en su pelo y hacía resplandecer la preocupación en sus ojos. Le sostuvo la mirada con toda la concentración que pudo reunir. Observó sus ojos, ella intentó apartar la mirada, pero no lo consiguió. Su mirada se dirigió a sus labios, preparado para encontrarlos hinchados y magullados por los besos de otro hombre. No lo estaban, pero esa sola mirada fue su perdición. Aquellos labios, ligeramente entreabiertos, suaves y suplicantes...

—Sí, lo hiciste, te disculpaste —decía ella.

—No, no lo hice. Te causé dolor. Esa gente te trató como basura. Incluso la oración del reverendo fue una abominación. Y las preguntas indiscretas de su esposa. Todo fue culpa mía. Debería haberte escuchado. No debería haberme entrometido.

De repente no pudo resistirse. Rompiendo todas las promesas que se había hecho a sí mismo mientras esperaba a que ella regresara, tiró de ella, la apretó contra la pared de la casa y la besó. Cuando sus labios tocaron los de ella sintió como si su mundo hubiera vuelto a girar de repente.

Intentó detenerle. Oyó, o fue lo que sintió, su «no» murmurado justo cuando sus labios se abrían sobre los de ella y su lengua cortaba todo sonido. La besó más fuerte de lo que pretendía, más profundo de lo que pretendía, más apasionadamente de lo que pretendía.

Pero no habría cambiado nada si hubiera podido. Excepto quizá para rodearle el cuello con los brazos y apretar su cuerpo contra el suyo. Sin embargo, para ser un beso, le sacudió de la forma más inesperada.

Cuando despegó los labios, medio esperaba que ella intentara escapar, pero no lo hizo. En lugar de eso, se quedó inmóvil, mientras él le trazaba besos por la cara. El pulso palpitaba en su sien con la misma cadencia que el suyo, una señal alentadora. Intentó leer su expresión a la luz de la luna, pero ella agachó la cabeza, rozando su cara contra su cuello. Sintió humedad: ¿lágrimas?

—Emma, lo siento. Irrumpí aquí, haciéndome cargo, sin considerar que podría estar haciendo más mal que bien.

Él sintió que se le cortaba la respiración. Ella lo contuvo, luego lo expulsó, soplándolo, cálido y tentador, contra su cuello. Soltando tímidamente uno de sus brazos, tiró de su barbilla y finalmente acercó su cara a la de él, revelando dos regueros de lágrimas deslizándose por sus mejillas. Él las besó, saboreando su salinidad, preguntándose sin quererlo si Terence había besado este rostro.

Antes de que pudiera contenerse, había reclamado sus labios. La besó con urgencia. Desesperadamente. Decidido a besar para borrar todo rastro de otra persona; decidido a borrar todos los pensamientos de otro hombre de su mente; decidido a ser el único hombre en sus sueños esta noche.

Sus brazos subieron por el pecho de él, se detuvieron en sus hombros, como si no pudiera llegar más alto. Cuando no pudo soportarlo más, la soltó con todo menos con sus labios. Cogiéndole las manos, le echó los brazos al cuello.

Ella se acomodó en su sitio como si le perteneciera. La acercó, la abrazó con fuerza, la amoldó a él con audacia. Atrevidamente.

Demasiado audazmente.

Sin previo aviso, ella se apartó de un tirón.

—¿Qué...?

Su respiración se agitó. La de él también. Él la alcanzó, pero ella se apartó.

—¿Qué pasa, Emma? ¿Fui demasiado rápido? ¿He...

Como respuesta, ella sólo sacudió la cabeza, negándose de nuevo a mirarle.

La agarró suavemente por los hombros y la guio hasta el columpio, donde la empujó hacia abajo y se acomodó a su lado. Cuando ella siguió negándose a mirarle o a dejar que la abrazara, él le cogió las manos, aferrándose a ellas cuando ella intentó apartarse.

—Dime qué te pasa, Emma. ¿Te he asustado? No era mi intención. —Le apartó los mechones sueltos de pelo de la cara. Brevemente se permitió recordarlo como había sido aquella noche hacía un año, largo y espeso y enroscándose sensualmente entre sus dedos. Como si ella también lo recordara, apartó su mano y se alisó su propio pelo hacia atrás, recogiéndoselo detrás de la oreja. Llevó la otra mano de ella a su corazón.

—¿Ves lo que me hizo ese beso, Emma? —Ella suspiró ante la rápida cadencia. Él colocó la otra mano sobre su propio corazón—. Tú también lo sentiste.

Ella se quedó extrañamente quieta, sin negar lo que él decía ni estar de acuerdo. Miró fijamente a la negrura más allá de su hombro derecho.

Desconcertado, su paciencia empezó a menguar.

—No hay nada malo en esos sentimientos, Emma. Si no los has sentido antes, entonces deberías pensártelo mucho antes de casarte con Terence.

Ella levantó la cabeza. En la oscuridad que rodeaba el columpio no pudo verle la cara, pero la sintió tensa.

—Los he sentido antes. —Ella apartó la mano de su corazón y la estrechó con la otra en su regazo. Se dio cuenta de que estaba temblando; cuando intentó acercarla a él, ella se apartó más.

—Las señoras de Apple Springs tienen razón —susurró ella—. Soy tan mala como dicen.

—No hables así.

—No lo sabes, Desmond. No sabes nada de mí. Sí, sentí algo cuando me besaste. Me sentí mareada y aturdida, como si estuviera volando a la luna o alguna tontería. Me puse nerviosa por dentro y mi corazón se aceleró, igual que el tuyo. Pero sabías que eso pasaría, ¿verdad?

—Emma, maldita sea si pretendía...

—¿Convertirme en una libertina, como dicen las señoras? Bueno, no te preocupes, no lo hiciste. Yo ya era así.

—Emma, no digas tonterías. —Él la alcanzó, pero ella saltó del columpio.

—Lo soy. Ya me sentí así una vez. —Haciendo una pausa, la oyó respirar entrecortadamente—. Vosotros los Sanders sois buenos convirtiendo a las mujeres decentes en libertinas.

No pudo ver las lágrimas en sus ojos, pero las oyó en su voz. Cuando ella continuó, él deseó con todas sus fuerzas poder detener sus palabras. Porque sabía, con tanta certeza como sabía que la madreselva olía dulce, lo que ella diría.

—La única otra vez que me sentí así... así... fue con tu hermano. —Ella giró hacia la puerta, alcanzando la mampara antes de que él la atrapara y la llevara contra la pared de nuevo. Esta vez, sin embargo, en lugar de besarla, se limitó a mirarla fijamente a la cara enfadada, dolida y desilusionada.

—Suéltame.

—No hasta que te explique algunos hechos de la vida.

—Tú tampoco eres mi padre —imitó a Fanny.

—Dios, Emma, no quiero ser tu padre. Tú no entiendes…

—Lo entiendo demasiado bien.

—No entiendes nada —replicó él con más amargura de la que pretendía—. Has tomado algo que te ocurrió hace mucho tiempo, algo bueno… maravilloso, incluso, y has dejado que esos viejos entrometidos que se ríen de la Biblia te convencieran de que era malo. Pues no lo era.

—¿Tengo que creer en su palabra? Darte lo que quieres, y dejar que sigas tu alegre camino, dejándome aquí sola, vacía y sin esperanza.

Empleando toda la fuerza que hizo falta, que era más de la que había esperado, Dustin la atrajo hacia su pecho. La acunó como antes, sólo que esta vez tuvo cuidado de mantener a distancia su torturado cuerpo.

—¿Quieres contarme qué... eh, qué hizo Dustin? —Ella apretó los labios.

Su voz se suavizó.

—Te escucharé. Puede que no me guste lo que oiga, pero escucharé. De hecho, puedo trazarte un esbozo por la forma en que me saludaste ayer.

Silencio.

—Vino aquí hace algún tiempo, por una razón u otra, y vosotros dos congeniaron. No lo dudo. Eres una mujer hermosa, Emma. Si Dustin se sentía la mitad de atraído por ti que yo, estaba prendado, te lo aseguro. Pero luego te dejó. No sé qué razón dio, pero apuesto a que puedo dar con la correcta. Le diste un susto de muerte. Los hombres son así la primera vez que se sienten caer. Ven su libertad fluyendo por una ventana, y como si nada, salen corriendo por la otra.

Ella se quedó mortalmente quieta, más tranquila ahora. Incluso permitió que él la guiara de vuelta al columpio. Él podía ver que ella estaba pensando en lo que él había dicho. Éste era el momento, pensó. El momento de decirle la verdad.

—Emma, tengo algo que decirte. Algunas explicaciones que dar…

—Ahorra saliva, Desmond. Nada de lo que digas hará que le perdone. Nada. Le odiaré

hasta el día de mi muerte. Así que ahórrate el aliento.

Dustin se desplomó contra el columpio, haciendo que se balanceara. Emma atrapó sus pies contra el suelo, deteniendo el movimiento. Él creyó que ella saltaría y saldría corriendo, pero no lo hizo.

Al menos, ella había detenido su confesión a tiempo. Ahora tenía que recargar y esperar otra oportunidad para confesar su malvada acción.

—¿Emma?

Ella no contestó, pero mantuvo los ojos fijos en el suelo.

—Siéntate, Emma, quiero hablar contigo.

Silencio.

—Siéntate. Prometo no tocarte.

Estudió la curva de su espalda. Le picaban los dedos de ir en contra de su última promesa, de pasarle la mano por la columna, de masajearle los hombros, de frotarle el cuello. Maldita sea si ella se merecía el trato injusto que el mundo le había dado, empezando por él mismo.

Finalmente se relajó. El columpio se balanceó con facilidad. Dustin lo mantuvo en marcha.

—Emma, lo que sentías por... por Dustin no estaba mal. —Ella no habló.

—¿Alguna vez sentiste eso con Terence? —Silencio.

—¿Alguna vez Terence te ha besado como yo lo hice?

La oyó jadear. Sentándose, se acurrucó frente a ella.

—Mírame, Emma. Esto es importante. No entiendes lo que está pasando.

—Lo entiendo perfectamente.

—Entonces no entiendes lo que significa.

La oyó resoplar. Desesperado, buscó alguna forma de llegar a ella. Cuando le tocó el pelo, ella se tensó.

—Sólo tu pelo, Emma.

Ella se sentó en un silencio estoico, mientras él tiraba de mechones de pelo de detrás de su oreja, frotando sus dedos a lo largo, luego hacia atrás, luego hacia fuera otra vez, sintiendo que la deseaba a pesar de su reticencia, a pesar de su propio mejor juicio. Su pelo era largo, y él se llevó un mechón a la cara, se lo pasó entre los labios, sintió que su cuerpo reaccionaba.

—¿Alguna vez Terence te ha besado el pelo, Emma?

Imperceptiblemente, ella sacudió la cabeza. Él no podía ver sus ojos aquí en la oscuridad, pero se los imaginó rebosantes de lágrimas. Quiso besarlos, saborear su salinidad, secarle los ojos. En lugar de eso, le llevó la mano al hombro.

—Lo prometiste.

—Lo sé. —Lentamente, con delicadeza, le pasó un dedo por el cuello, trazando el contorno de su cuello bien alto. Finalmente sus dedos encontraron la vena en la base de su cuello, sintió su pulso acelerarse. Arrastró sus dedos ligeramente por su pecho, esperando que ella se opusiera en cualquier momento, preparado para detenerse si lo hacía.

Pero no lo hizo. Cuando su mano se posó sobre el corazón de ella, le costó mucho no llenarlo con su pecho, pero se resistió. Mantuvo su tacto ligero, fingiendo concentrarse en los latidos de su corazón.

La respiración de ella se hizo más profunda. Mantener su mano quieta se convirtió en una tarea. Aunque ella se mantuvo rígida bajo su tacto, él pudo darse cuenta por su respiración errática de que estaba afectada.

—¿Alguna vez Terence ha hecho que tu corazón lata así, Emma?

Él sintió su respiración entrecortada. Finalmente ella susurró:

—No. —Él oyó la desesperación en su voz, sabía que su caso era tan bueno como inútil; sin embargo, el hecho de que Terence no la hubiera excitado, le dio un pequeño destello, una pequeña medida de esperanza.

—¿Pero Dustin sí? —preguntó en voz baja.

Sintió, más que vio, que ella asentía con la cabeza.

—¿Y yo lo hice?

Ella jadeó, expandiendo el pecho, llenando la palma de él con su pecho.

—Ves —respondió ella en tono lúgubre—, eso lo demuestra. No me consideraba ansiosa después de... después de Dustin... Pero esta noche... Sentirme de esa manera con dos hombres diferentes...

La atrajo resistiéndose hacia su pecho. Podía decirle la verdad en ese mismo instante y aliviar su dolor.

Podía decirle la verdad y perderla para siempre.

El egoísmo se impuso, bajo la apariencia de lo que él consideraba mejor para ambos.

—Emma, eso no tiene sentido. Piensa en tu madre. Su corazón debió de acelerarse por dos hombres.

Por la forma en que Emma frotó la cabeza contra su pecho, supo que probablemente nunca había considerado a su madre y la pasión carnal en la misma frase.

—Bueno, esperemos que así fuera —continuó—. Se habría perdido muchas cosas si no hubiera sido así. Tu padre murió cuando ella aún era joven y se casó con tu padrastro. ¿No crees que besarle le afectó?

De nuevo, sintió que había abordado un tema que Emma había sido una chica demasiado buena para considerar jamás. La atrajo hacia sí y le pasó besos ligeramente por la cara.

—Creo que sí, de lo contrario no podría haber engendrado una hija capaz de sentir tanta pasión.

Ella se puso rígida.

—Ya estás otra vez. Pensando como esos viejos entrometidos de la Sociedad de Ayuda a las Damas de Apple Springs. Eres buena, Emma. Muy buena. Y lo siento... más de lo que nunca podré decir, por el daño que Dustin te hizo.

Ella no contestó, y él volvió a besarla ligeramente.

—Pero me alegro de estar aquí esta noche. Muy, muy contenta.

Ella se quedó inmóvil en su abrazo. Él se preguntó qué estaría pensando ella, temió preguntárselo.

—Está bien —susurró él cuando ella no respondió—. Tómate tu tiempo; decídete. Hasta que lo hagas, yo también pensaré que te alegras de que esté aquí.

Cuando ella se apartó, él la soltó.

Se levantó y cruzó el porche. Iluminada por la luna, alcanzó la mosquitera. Él la oyó graznar, la vio desaparecer dentro de la casa. Y todo el tiempo su corazón martilleaba. Le había hecho mal.

Le había hecho mal, le había causado un dolor incontable. En realidad parecía amar a Dustin Sanders, pero, innegablemente, también le odiaba. Y ése era el problema. ¿Cómo iba a reconocer que era él mismo?

Una cosa sabía con certeza, no podría alejarse de Apple Springs hasta que enmendara el mal que le había hecho.

Capítulo 6

Emma dio vueltas en la cama toda la noche. Como un insecto de junio en un caluroso día de verano, sus pensamientos saltaban de una preocupación a otra: de Dustin a Desmond, a Terence, a la Sociedad de Ayuda a las Damas, al reverendo Callicott y su irritable esposa. Y de nuevo a Desmond.

Tan cansada como había estado después de su encuentro con Terence, no podía dormir. Pero no le cabía duda de que Desmond Sanders estaba roncando las horas que le quedaban. Debería entrar allí ahora mismo y echarle. Ahora mismo, en mitad de la noche. Ella nunca debería haberle permitido quedarse.

Era tan entrometido como cualquier de este pueblo, pero en el fondo ella quería creerle. Las razones que dio para la precipitada marcha de su hermano tenían sentido. No excusaban a Dustin, pero por primera vez en un año, se dio cuenta de que Dustin podría haber tenido una razón, aparte de rechazarla, para marcharse tan abruptamente.

Sí, una parte de ella quería creer a Desmond, especialmente su afirmación de que era natural, y no gratuito, sentir pasión por dos hombres diferentes.

Pero otra parte de ella, práctica, gritaba una advertencia: ¿No estaba contando con que ella le creyera... y se metiera en la cama con él?

Se preguntó por su madre. ¿Habría sentido esas sensaciones de vértigo y hormigueo por su padre? ¿Y también por su padrastro? Lo que Desmond decía tenía sentido, pero no podía

visualizar a su madre sucumbiendo a la pasión salvaje, y mucho menos ansiándola como a veces lo hacía la propia Emma. Echándose boca abajo, enterró la cara en la almohada y trató en vano de apartar la imagen de su madre y su padre, de su madre y el señor Travis, cuando en realidad era a ella misma y a Dustin a quien aún veía... aún sentía. Sus manos, sus labios, su duro cuerpo apretado contra el de ella. El colchón de plumas por el que su abuelo había enviado todo el camino hasta Nueva York, se convirtió de repente en un cojín de paja. Se dio la vuelta, se tumbó boca arriba, inhaló la fragancia del heno dulzón, se aferró la almohada a su pecho, sintió las manos de Dustin allí; sus labios, calientes y húmedos, en su garganta. Bajo el rollo de ropa que había separado sus cuerpos, sintió las piernas de él entre las suyas. Sintió su mano acariciarla con intimidad prohibida en partes privadas de su cuerpo, moverse dentro de ella... dentro de donde nadie la había tocado antes... ni después. Sintió la medida, la dureza, el calor de su excitación contra ella. Sintió cómo él entraba en ella, sintió cómo sus caderas se levantaban, se arqueaban, sintió el dolor punzante, la oleada de pasión, las sensaciones en espiral, la urgencia de que esta aventura insoportable pero maravillosa siguiera y siguiera... por siempre jamás.

Y para siempre...

De repente, su cerebro la traicionó. Ya no estaba en el granero bajo un jadeante Dustin Sanders, sino en el bosque, de pie entre los brazos de Terence. Sintió su excitación contra su vientre.

Sabía lo que Terence quería: lo mismo que ella le había dado a Dustin. Que Terence pudiera tener algún día el derecho, por matrimonio, de tocarla tan íntimamente, de penetrarla con tanta pasión, fue un golpe aleccionador.

¿Pero no había afirmado que quería tener hijos? ¿Hijos propios? Los suyos propios. Eso significaba que él la tendría en la oscura intimidad de su cama, Emma cruzó las piernas, apretándolas con fuerza, bloqueando hasta la imagen de realizar tales intimidades con Terence Larson.

¿Tenía razón Desmond? ¿Había experimentado su madre la pasión con sus dos maridos? Ruego a Dios que así fuera. De lo contrario, Emma y cada uno de los otros niños habrían sido concebidos en un lecho de ansiedad y pavor.



La mañana amaneció temprano, con las provocadoras preguntas que Desmond Sanders despertó en su cerebro aún sin resolver. Se trenzó el pelo y enroscó las trenzas sobre su cabeza, luego se vistió con un calicó fresco, aunque descolorido, y bajó las escaleras, considerando la mejor manera de volver a poner su vida en orden.

Al pasar por la habitación de Fanny y luego por la que compartían los chicos, llamó ligeramente, más para no despertar a Desmond que por preocupación por la sensibilidad de los niños.

—Arriba y a por ellos —les animó—. Una nueva semana. Tareas y escuela. —La rutina seguida por su madre cada mañana de la vida de Emma-hasta hacía seis meses.

Pasando de puntillas por el pasillo que conducía al ala de los huéspedes, Emma se apresuró a bajar por la escalera trasera, con la esperanza de evitar ver a Desmond esta mañana.

De todas las cosas que la habían preocupado durante la larga noche que acababa de pasar, su reacción ante Desmond Sanders había sido la más perturbadora.

Nada le gustaría más que mandarlo a paseo esta misma mañana. Sin embargo...

Al volver a la cocina desde el retrete de atrás, encontró a Sugar preparando afanosamente el desayuno: un huevo para cada uno y carne de venado.

—Sírvase un poco de café y prepare las fiambreras de los jóvenes —respondió Sugar a la

pregunta de Emma sobre cómo podía ayudar.

Emma miró el venado.

—¿De dónde ha salido eso?

Sugar sonrió.

—Ese señor Desmond lo cazó. Y a los dos pavos también.

Emma respiró hondo. Deseó que Desmond nunca hubiera mostrado su cara. O la cara de Dustin.

De la despensa cogió restos de panecillos, tiras de cecina y un tarro de conservas de melocotón que había preparado a principios de primavera. En el armario del fondo empezó a preparar almuerzos para Fanny, David y Billy Joe. Incluso con las manos ocupadas, sus sensuales musas nocturnas no se exorcizaban. Sintió que el color subía a sus mejillas. Durante meses había conseguido apartar esos recuerdos eróticos de su cerebro. De hecho, había empezado a creer que algún día los olvidaría por completo.

Entonces había aparecido Desmond. Desde el momento en que miró su rostro familiar, se había visto inundada por recuerdos y sentimientos que odiaba haber sentido nunca. Pero ella no tenía ningún control sobre su propia mente. Incluso cuando le había apuntado con la escopeta, pensando que era Dustin, odiándole, deseando poder dispararle los dos cartuchos en sus musculosas tripas, había experimentado un estremecimiento al verle de nuevo, ante la calidez de sus ojos, ante su postura sensual, de piernas anchas, que parecía decir:

—Ven aquí, mujer. Me deseas y lo sabes.

Más tarde, incluso después de descubrir que no era el hombre que ella había pensado, seguía sintiendo una sacudida de deseo cada vez que sus miradas se cruzaban. El calor irradiaba por su cuerpo cada vez que él estaba cerca, y cuando de vez en cuando la tocaba sin querer, un temblor recorría su columna vertebral.

Entonces él la besó. Ella se habría resistido, habría luchado contra él, pero él la cogió por sorpresa. Había estado enfadada con Terence y las afirmaciones que había hecho antes, cuando Desmond se materializó sin previo aviso y la atrajo hacia sus brazos.

Y sus labios...

Por más que lo había intentado, no había podido resistirse. Luego, para colmo, expuso el lado sórdido de su naturaleza al responderle como una lasciva.

Bueno, en realidad no importaría. Después de su confesión de la noche anterior, él se marcharía rápidamente. Desde luego, no se quedaría para ser el segundo en la línea de sucesión de un hermano gemelo.

A menos que estuvieran acostumbrados a compartir mujeres.

Ese pensamiento, más repulsivo que cualquier otra cosa que hubiera pasado por la mente de Emma en sus cortos veintiún años, la dejó atónita. Sugar hizo sonar la campana, llamando a la familia a desayunar, sacudiendo la atención de Emma de nuevo hacia la cocina.

—Creo que tendremos suficiente carne para la cena —decía Sugar—, aunque venga medio pueblo como pretende el señor Desmond. Pero será mejor que vayas al mercantil y te ocupes de recoger trigo harina y alimentos básicos.

Emma estaba demasiado absorta tratando de ordenar sus reprobables acciones de la noche anterior como para responder verbalmente. Cubrió cada fiambrera con una toalla limpia y las acercó a la puerta trasera. Uno a uno, los niños fueron bajando las escaleras y saliendo por detrás.

Hasta que no estuvieron todos sentados a la mesa de la cocina no se dio cuenta de que se habían vestido para ir a la escuela, hasta peinarse y ponerse los zapatos, sin que ella les hubiera dado ni una sola instrucción para que se dieran prisa.

Sonrió, agradecida por los pequeños favores de esta mañana. Normalmente David era el único que llegaba al desayuno listo para ir a la escuela.

Emma palmeó la cabeza de Billy Joe.

—Qué elegante estás esta mañana. Hoy harás girar las cabezas de todas las chicas, Pequeño Peter.

—Emma —objetó Billy Joe—. Soy Billy Joe.

—Lo sé.

Él entornó sus ojos azules hacia ella.

—¿Por qué siempre haces eso?

—Un lapsus linguae. ¿Te molesta?

—No, ya aprenderás a decirlo bien.

Emma sonrió, volviéndose hacia el pequeño Peter, que, aunque no tenía edad para ir a la escuela, iba vestido, excepto por los zapatos, que sólo se ponía cuando hacía frío o para ir a la iglesia. Su cabeza de estopa estaba acicalada como para una ocasión especial.

—Y mírate, pequeño Peter. La vieja Ardilla no te reconocerá.

Se sacó el dedo de la boca el tiempo suficiente para decir:

—Me voy con el señor.

Emma se puso rígida ante la afirmación del niño. En ese momento Fanny entró en la habitación dando saltitos. Emma contempló su pelo rizado y su mejor vestido de domingo.

—¿Por qué vas tan arreglada?

Fanny se encogió de hombros e intentó tomar asiento rápidamente.

—Ponte de pie —le ordenó Emma—. Déjame verte las piernas.

Fanny resopló, miró hacia la puerta donde Sugar estaba de pie con los dedos en las caderas, y obedeció.

—Vuelve arriba ahora mismo y ponte las medias negras —ordenó Emma—. Y ya que estás, cámbiate. Este vestido no es adecuado para un día de colegio.

—Emma...

En ese momento Dustin bajó por la escalera trasera, que era de uso exclusivo de la familia. Emma se preguntó si había señalado qué partes de la casa estaban prohibidas a los huéspedes.

Fanny bajó los párpados.

—Tengo buen aspecto, ¿verdad, Desmond?

Dustin oyó la aguda inspiración de Emma. Lanzó una mirada a Fanny, contento de que sus sentimientos ya no estuvieran heridos; apenado, también.

—Estás estupenda —le dijo, y añadió—: ¿Por qué no guardas ese vestido para el próximo baile? Seguro que volvería locos a todos los chicos del colegio.

Emma jadeó.

—Ya no tenemos bailes —hizo un mohín Fanny.

—Corre a cambiarte —animó Dustin—. Veremos qué podemos hacer para arreglar eso.

Fanny subió corriendo las escaleras de atrás, dejando a Emma indignada. Sugar puso la comida en la mesa; los niños se apresuraron a sentarse en sus sillas; Emma tomó la suya sin mirar a Dustin a los ojos. La sangre le corría caliente, y sabía que sólo una parte era por el problema con Fanny. Comieron en silencio hasta que David saltó de su silla y fue en busca de su mochila.

Dustin también se levantó y depositó la servilleta en su plato.

—Es hora de que me ponga en camino.

El pequeño Peter se movió de su sitio.

—Ya voy, señor. —Dustin frunció el ceño mirando al niño, sin comprender.

—Dijiste que si me vestía sin causarle problemas a Emma, podría ir contigo.

El rostro de Dustin se suavizó. Se arrodilló ante el pequeño Peter, acercándose a la altura de los ojos del niño.

—No me refería a esta mañana, Pequeño Peter. Tengo mucho que cabalgar hoy. Si es de día cuando regrese, bajaremos corriendo a ver cuántos peces hemos conseguido con nuestras trampas en el rio.

El pequeño Peter torció la cabeza hacia un lado, con el dedo índice firmemente en la boca. Dustin lo retiró suavemente, cogiendo la manita entre las suyas.

—Siento que lo hayas entendido mal. —Levantó la vista ante la mirada atónita de Emma —. Seguro que Emma tiene algo importante que hacer para ti mientras los demás no estamos.

El pequeño Peter miró a Emma, que se quedó de pie, como hipnotizada.

Sugar salvó el día.

—Pues claro que lo tiene. Ya que te has vestido tan bien, puedes bajar al mercadillo con la señorita Emma en cuanto estén hechos los platos del desayuno.

El pequeño Peter miró a Dustin y luego a Emma.

Ésta cogió la mano del niño.

—Claro que puedes, pequeño Peter. Puedes ayudarme a llevar la compra.

David regresó, recogió su envase del almuerzo y empezó a marcharse.

—Cenaré en casa del señor Holden.

—Esta noche no, David —empezó Emma.

—¿Por qué no invitas a los Holden a comer con nosotros? —sugirió Dustin. Emma le lanzó una angustiosa advertencia.

Dustin se encogió de hombros.

—Ya que tienes tantas ganas de comer con los Holden —le dijo a David—, tráelos aquí. La Sra. Holden podría disfrutar de una comida que no tuviera que cocinar ella misma.

—De acuerdo —respondió David, después de una larga pausa durante la cual la ira de Emma se elevó a alturas bien elevadas. Emma se mordió la lengua hasta que David estuvo fuera del alcance de sus oídos.

—Creía que ayer habías aprendido algo —replicó. Dustin también había empezado a marcharse. Recogió su Stetson del armario donde lo había dejado al entrar en la cocina.

—Lo hice, Emma. —Sus ojos sostuvieron los de ella hasta que ella se sintió enjuagar—. Seguro que ayer aprendí algo. —Tras lo cual, se inclinó y la besó.

En la mejilla, para estar seguros, pero la besó, no obstante. Allí, en la cocina, delante de Billy Joe y El Pequeño Peter y Sugar, Desmond Sanders la besó. Y ella se puso toda plumosa y cubierta de rocío por dentro. Tras un momento de total embotamiento, dio gracias a sus estrellas de la suerte de que Fanny no hubiera vuelto de cambiarse de ropa a tiempo para presenciarlo.

Más tarde, esa misma mañana, el pequeño Peter acompañó a Emma a la tienda Osborne's Mercantile. El niño llevaba una pequeña cesta a la que Emma añadía cosas de vez en cuando para hacerle sentir que estaba ayudando. En realidad, lo estaba haciendo, al proporcionarle una distracción parcial de los pensamientos sobre Desmond Sanders. Todos en el pueblo, sin embargo, sentían curiosidad por el nuevo huésped.

—¿Está explorando una línea de ferrocarril? —comentó el Sr. Osborne, propietario del mercantil—. Ya era hora de que alguien se interesara por nosotros. —El pequeño caballero achaparrado y de pelo blanco miró a través de sus gafas de montura de alambre hacia los confines de su tienda. Había mercancía apilada hasta el techo de hojalata prensada—. Probablemente tendré que almacenar algunas mercancías, con la llegada de los ferrocarriles y todo eso. Traerá gente a la ciudad en tropel. No querría que me pillaran escaso.

Extrayendo los billetes recibidos de su nuevo huésped, Emma pagó sus compras: harina de trigo, levadura en polvo, azúcar moreno y café molido.

—He oído que vuelves a servir la cena en la Casa Travis.

—Así es.

—La Srta. Inez ha ido al banco, dice que irá esta noche.

—Bien —respondió Emma.

—Y el Sr. Rau dice que él y las señoritas vendrán. ¿Crees que podrás tener algunos de los pasteles de bayas silvestres que tu madre solía hornear?

—Lo intentaremos. —Mientras el comerciante divagaba, Emma intentaba contar cabezas para la cena. ¿En qué la había metido Desmond Sanders?

De camino a casa, se sorprendió a sí misma frotándose la mejilla donde él la había besado. Aún sentía sus labios allí. Sin embargo, para cuando ella y el Pequeño Peter regresaron del mercadillo, el agotamiento y la ansiedad habían hecho mella en ella, dejándola más abatida que nunca. En nombre del cielo, ¿qué podía salir de todo aquello? ¿Sería este beso otro recuerdo para calentar su cama y dejarla fría y sola el resto de su vida?

Sugar se reunió con ellas en la puerta trasera.

—Vaya —musitó—, qué diferencia hacen unos pocos dólares. —Estudió a Emma—. Ve arriba y descansa. Parece como si no hubieras pegado ojo anoche, y viene compañía a cenar. Imagínate con los Holdens y el señor Larson y tal vez los Petersens y los Raus y…

— Será mejor que añadas a la señora Inez —le dijo Emma—. El Sr. Osborne dijo que la esperáramos. La invitación de Desmond llegó a todo el pueblo más rápido que la noticia de la gota de la Sra. Whipporworth.

Los ojos de Sugar bailaron.

—Entonces será mejor que descanses un poco. Imagínatelo, con toda esa gente, traeremos dinero para alimentar a una multitud la próxima vez.

Emma sonrió a medias.

—Odio decírtelo Sugar, pero esto es una multitud. Si Desmond Sanders no sale de este lugar…

—¿Salir de este lugar? ¿Eso deseas? Vaya, señorita, he estado rezando todos los días y dos veces el domingo para que alguien viniera y te ayudara a salir de tus problemas. Parece que mis plegarias han sido escuchadas.

—Por el diablo —murmuró Emma.



Dustin se alejó cabalgando de la Casa Travis maldiciéndose a sí mismo por ser un maldito tonto. ¿Qué demonios se creía que estaba tramando? durante el trayecto hasta el Banco Apple Springs, reflexionó sobre esa pregunta y sobre otras aún más desconcertantes: Como, ¿qué esperaba obtener de todas sus travesuras? Y, ¿qué quería de Emma Jones? Sabía lo que su cuerpo quería, pero eso no parecía ser todo lo que había: lujuria física. ¿Qué quería a largo plazo? Si era algo más que lujuria, ¿qué? La respuesta a esa pregunta se asentó como una dura roca de puro terror en sus entrañas.

Su cerebro acudió al rescate, recordándole que después de sus payasadas en el porche la noche anterior, era más que probable que Emma no lo considerara más que un tonto pervertido. ¿Y esta mañana? ¿Qué pensaba ella de esta mañana? Probablemente cuando él llegara a casa ella le mandaría a paseo.

Él no había tenido intención de besarla. Para el caso, no había tenido intención de hacer

muchas de las cosas que había hecho desde que llegó a Apple Springs. Esta mañana, lo achacó a un remordimiento de conciencia que le había mantenido despierto la mayor parte de la noche. Cuando oyó a Emma despertando a los chicos, quiso ayudar. Eso era todo. La ayudaría a llevar a los niños a la escuela.

Pero, ¿quién le pidió ayuda? Desde luego, Emma no. ¿Y qué demonios le impulsó a invitar al maestro de escuela y a su esposa a cenar? Después de la locura de invitar al reverendo y a su esposa, Dustin pensó que debería haberlo sabido mejor.

Se estremeció al pensar cómo incluso ahora Emma estaría temiendo la cena. Espoleó a su montura, más decidido que antes a volver y ayudarla con la cena. Si ella le dejaba quedarse.

Pero su conciencia culpable seguía aguijoneándole. ¿Y después qué? ¿Después de la cena qué? ¿Después de mañana qué? ¿Y pasado mañana? En resumidas cuentas, lo mejor era que empezara a decidir qué pensaba hacer con esa mujer, en la remota posibilidad de que la atrapara.

No podía volver a huir de ella. Eso lo sabía. Sin embargo, cuando le rogó este encargo a Desmond, no tenía intención de mudarse a Apple Springs y establecerse, de forma permanente. Permanente, como en el matrimonio. La sola palabra hizo que un escalofrío recorriera su espina dorsal.

Entonces, ¿qué demonios buscaba? ¿Otra revolcada en el heno? Naturalmente, siendo humano y todo eso, no le importaría volver a visitar aquel granero con Emma a cuestas. No le importaría, en absoluto. El hecho era que parte de su cerebro permanecía permanentemente pensando eso mismo.

Pero hasta que regresó a Apple Springs, no se había dado cuenta de lo que aquella única noche en sus brazos le había costado a Emma. Ahora lo sabía, y sabiéndolo, no podría volver a hacerla pasar por semejante calvario. Le había quitado la virginidad; había minado su vitalidad; pero no había sido su intención.

Cuando llegó frente al banco, enganchó a Coyote al poste y estudió el edificio adyacente al

banco de una sola planta; La Lutcher & Moore Timber Company. Dustin permaneció sobre su caballo un momento, intentando reavivar el interés por seguir la pista de un grupo de ladrones de madera. Pero lo único en lo que era capaz de concentrarse era en Emma... y en sus propias intenciones hacia ella.

Lo único decente que podía hacer era largarse de aquí antes de que las cosas fueran a más.

Pero su primera visión de Terence Larson echó por tierra ese plan. Si se largaba, Terence arrastraría a Emma ante el predicador antes de que Dustin llegara a Orange. ¿Qué pasaría entonces con los niños?

Más importante aún, ¿qué le ocurriría a Emma? Ella ya había admitido que los besos de Terence no encendían una chispa en su interior. Y él sabía a ciencia cierta que los suyos sí lo hacían.

Pero él era un hombre que no había pensado en sentar la cabeza salvo para un encuentro fugaz en la noche.

A la larga, probablemente le haría a Emma mucho más daño como marido de lo que Terence Larson podría hacerle jamás. Terence quería que le pusieran grilletes. Dustin no. No podía fingir lo contrario.

La escena del desayuno destelló en su cerebro, pero la apartó, incapaz de explicar lo que se había apoderado de él en el momento en que le besó la mejilla. No recordaba haber besado antes la mejilla de una mujer. Ni siquiera la de sus hermanas.

Se quitó la arcilla de las botas en los escalones del tablón, se quitó el Stetson y abrió la puerta acristalada del edificio del banco. Todas estas cavilaciones no eran más que eso, ya que Emma odiaba todo de él.

Bueno, quizá no sus labios. Seguro que anoche había estado dispuesta a besarle después de...

Terence Larson entró en el vestíbulo desde una oficina interior. Su rostro era severo, pero siempre lo era. Al menos, las veces que Dustin había estado cerca de él. Un segundo hombre, vestido con el mono con peto de un leñador, iba detrás de Terence.

—No hay forma de convencer a mi padre de que preste esa cantidad de dinero sin aval —decía Terence.

El leñador, casi cincuentón y fornido, ofreció su mano, que Terence estrechó.

—Parece que tendré que ir a reunir algunas monedas más y volver.

—Por supuesto. Vuelve, cuando... —Terence vio entonces a Dustin—. Sanders —saludó —. Por aquí. Tengo tu lista de aserraderos y leñadores.

El leñador estudió a Dustin.

—¿Dice Sanders?

Dustin se tensó. Ahora no era el momento de que descubrieran su tapadera. Miró al hombre, escéptico.

—Sanders —aceptó con cautela—. Desmond Sanders.

El hombre fornido se giró completamente, extendió su fornida mano.

—Victor Haslett.

Haslett. Dustin lo consideró, no reconoció el nombre.

—¿Es pariente de Luke Sanders? —inquirió Haslett.

—Ya lo creo. Es mi tío.

Haslett estrechó la mano de Dustin con vigor.

—Lo último que supe de él fue que se marchó al sur de Texas... —Haslett dejó la frase colgando, terminando con una nota alta que indicaba una pregunta.

—Ahora se dedica al arreo de ganado —informó Dustin y decidió preguntar al leñador—. ¿Está en el negocio de la tala?

—Es un leñador independiente —explicó Terence—. ¿Puedo hacer algo más por usted, Haslett?

El leñador miró hacia una mesa en la esquina.

—Miraré sus mapas y me iré. —Haslett ofreció su mano a Dustin—. Me alegro conocerte, Sanders.

—Es probable que nos volvamos a ver. Estoy explorando una línea ferroviaria para L&M, así que hablaré con todos los madereros.

Haslett asintió y se volvió hacia los mapas.

La lista que Terence entregó a Dustin estaba dividida en dos partes: aserraderos y madereros. Dustin escaneó la lista y luego llamó a Haslett.

—No le veo en la lista.

—Haslett es nuevo en la zona —explicó Terence—. Probablemente querrá hablar primero con los más viejos.

Un vistazo a la lista confirmó la interpretación inicial de Dustin sobre las intenciones de Terence: deshacerse del nuevo huésped de Emma tan rápido como pudiera. La lista era larga y contenía mapas detallados de cada lugar enumerado.

—Gracias, Larson. Esto probablemente acortará en días mi búsqueda. —Dustin estrechó la mano ofrecida por Terence. De repente, se preguntó hasta qué punto esa mano había conocido íntimamente a Emma—. Nos vemos en la cena. —La expresión cabizbaja del rostro de Terence alivió parte de la propia angustia de Dustin.

Fuera, Dustin reflexionó sobre la lista, intentando volver a centrar toda su atención en la

tarea de ahuyentar a los ladrones de madera.



Tomando el camino hacia el sur a lo largo del río, Dustin no había recorrido más de tres millas cuando notó que un espeso humo negro se enroscaba en el cielo, anunciando el Molino Mercantil, incluso antes de que el edificio de dos pisos y las hectáreas de patio aparecieran a la vista.

Cabalgó junto al estanque del molino, de un par de acres de tamaño, según juzgó. El agua fangosa estaba acordonada con hilera tras hilera de troncos de pino. Sólo una fracción de su superficie asomaba por encima del agua, dando la apariencia de un estanque lleno de lánguidos caimanes. Lo cual no era una mala analogía, lo sabía, teniendo en cuenta los peligros del negocio del aserradero.

El estanque llegaba hasta el propio edificio. Extendiéndose en el claro por los otros tres lados había pilas de tablas, montones de serrín y astillas de madera, y a lo lejos un segundo edificio que él se figuró que sería para el horno de humo.

Merchant's era un aserradero de tamaño medio, lo que Dustin y los que mandaban en Orange decidieron que sería la mejor apuesta para encontrar ladrones: lo suficientemente grande en volumen como para que la dirección no conociera a todos los leñadores por su nombre y reputación; lo suficientemente pequeño como para que los registros no se llevaran con tanta eficacia.

O bien un aserradero de tamaño medio o uno portátil, que el propio leñador podría montar y que sería muy difícil de localizar para un recién llegado como Dustin. Los aserraderos portátiles, se conocían en el negocio como aserraderos de madera de pico. La mayoría eran

propiedad de granjeros y otros terratenientes, que los utilizaban para sacar algo de dinero fuera de temporada.

El patio del molino era un hervidero de actividad. Dustin enganchó a Coyote y se dirigió al piso principal del edificio. Su aproximación quedó ahogada por el ruido de la maquinaria, las voces humanas y el entrechocar de los troncos.

Permaneció de pie sin ser observado, viendo cómo el escarificador detenía la escalera de gato, medía cada tronco y anotaba el tamaño de las tablas en un libro de contabilidad.

Cuando el escarificador se fijó por fin en Dustin, detuvo la escalera de gato y gritó algo por encima del estrépito de la maquinaria.

Dustin dijo con la boca «L&M», el desguazador se encogió de hombros y un segundo hombre se materializó.

El hombre que se acercó llevaba el familiar mono con peto y el ceño fruncido. A través del ruido pareció comprender que Dustin era de L&M. Eso le bastó para coger a Dustin por un brazo y guiarle al exterior, donde podrían oírse mutuamente, si levantaban la voz.

—¿Eres Ed Merchant? —inquirió Dustin.

—Depende de quién pregunte y de lo que quiera. —El hombre escupió tabaco a un lado, se limpió la boca con el dorso de la mano, se limpió la mano en el mono y luego se la tendió a Dustin.

Dustin intentó no mostrar su vacilación.

—Me llamo Sanders. Desmond Sanders. L&M me envió a explorar una línea para un ferrocarril por aquí.

La cara del capataz se iluminó.

—Me pareció que la mejor manera de hacerlo era hablar con los hombres que lo

utilizarían.

Merchant asintió enérgicamente.

—Encantado de ser de ayuda. ¿Qué quiere de mí?

—Sus opiniones, sugerencias, y si no es mucha invasión, un vistazo a sus recibos.

Mercader frunció el ceño.

—Sus recibos, y los de sus competidores, me ayudarán a elaborar un mapa de dónde proceden los troncos y quiénes son los leñadores. Así quizá pueda tomar alguna decisión antes de que se agote toda la selva virgen.

Merchant se rio.

—Puedo ver cómo acortaría su tarea. Sígame.

Mientras conducía a Dustin a una pequeña oficina, Mercader dio sus puntos de vista

—A lo largo del río y hasta la puerta de mi casa. —Dentro de la pequeña y desordenada oficina, presentó a Dustin a un hombre mayor que parecía estar al mando—. Dale toda la ayuda que necesite, Tom. No puedo conseguir un ferrocarril por aquí lo suficientemente rápido como para que me convenga.

Dustin pasó las siguientes horas revisando libros de contabilidad, cotejando nombres con la lista que Terence le había proporcionado, tomando notas, indicando lugares en sus diversos mapas, en resumen, intentando consolidar, aislar y separar cualquier actividad que pudiera conducirle eventualmente a la venta ilegal de madera. Acabó con el tiempo justo para volver a la Casa Travis a cenar. Y tuvo la idea de que si Emma tenía que enfrentarse a los Holden sólo con Terence y David como amortiguadores, probablemente le serviría el pellejo para desayunar mañana.

Estudiando de nuevo los mapas, Dustin se decidió por un atajo para volver a Apple

Springs, y se puso en marcha. La cosa era que el camino no era tan recto ni tan fácil de seguir como el camino principal que discurría a lo largo del río desde la operación mercantil. Los tocones en el lecho del camino variaban desde unos pocos centímetros en algunos lugares hasta dos o tres pies en otros, lo que le recordó a Dustin las historias de los viejos tiempos en la frontera, cuando un camino se nivelaba según el número y el tamaño de los tocones dejados en el lecho. Para ser una carretera maderera, ésta parecía francamente peligrosa.

Dos veces perdió el camino, lo encontró por la dirección del sol y continuó. Los árboles se alzaban a ambos lados, creando un mundo aislado. El bosque parecía interminable; empezó a preguntarse si la carretera por la que viajaba conducía a alguna parte, o si simplemente serpenteaba a través del magnificado bosque.

Al llegar a una T en el camino, consultó de nuevo su mapa y se dirigió hacia el este. Seguramente Apple Springs estaba al este. Pasó junto a varios aserraderos que estaban ocupados talando árboles y preparándolos para el transporte. Estudió cada una de ellas, anotando el nombre del leñador cuando estaba pintado en la vagoneta.

A media milla más o menos de la T, llegó a otra explotación maderera; el trabajo aquí, como en los otros sitios, estaba en pleno progreso. Estudió al grupo, luego se sorprendió al ser saludado por alguien a quien conocía. O al menos, había conocido. Levantando una mano, el leñador que Terence le había presentado en el banco esta mañana se precipitó hacia delante, extendiendo su mano en señal de saludo.

—Sanders, nos volvemos a encontrar.

Tomándose un momento para recordar el nombre del hombre, Dustin finalmente respondió:

—Haslett, ¿verdad?

—Víctor Haslett. ¿Cómo se las arregló para venir a estos bosques?

Dustin se quitó el Stetson, se pasó los dedos por el pelo y volvió a colocarse el sombrero.

—Maldita sea si lo sé. Pensé que estaba tomando un atajo de vuelta a Apple Springs. —Se encogió de hombros—. ¿Estoy en el camino correcto?

—Esto le llevará allí —aceptó Haslett amistosamente, y añadió—: Por aquí y por allá. Baje y deje que le muestre mi operación.

Dustin lanzó una mirada alrededor de la zona. Los árboles yacían entrecruzados unos sobre otros, cubriendo una gran parte de la propiedad despejada. Los hombres estaban ocupados cortando las ramas de los árboles talados con hachas; otros trabajaban en parejas con sierras de corte transversal, cortando los troncos en las longitudes deseadas.

—Estamos a punto de cargar una carreta. ¿Quiere mirar?

Sabía que le haría llegar tarde, pero Dustin pensó que sería beneficioso mirar.

Haslett le indicó dónde podía atar su caballo.

—Entraremos a pie. —Condujo a Dustin hacia una carreta de ocho ruedas, donde media docena de hombres se preparaban para cargar el trabajo del día. Deslizando cada tronco por un par de postes inclinados, los hombres que estaban en el suelo entregaron la operación a otro hombre que se situó en la parte superior de la carreta. Dustin observó cómo el cargador superior guiaba cada tronco sucesivo hasta la posición correcta, formando gradualmente una pirámide de troncos en bruto.

—Un trabajo agotador —comentó.

—¿Hasta qué hora de la noche trabaja? —Dustin pensaba más en llegar tarde a cenar que en el trabajo que le quedaba por hacer a Haslett—. Es probable que Ed Merchant haya cerrado para cuando usted llegue.

—No voy a utilizar a Merchant. —Haslett señaló hacia el norte—. Feller tiene un molino portátil instalado más allá de esa elevación, a cinco millas más o menos. Los cargaremos esta

noche, luego por la mañana, los arrastraremos.

Dustin se fijó en la pila de lona que había a la derecha.

—¿Duermen en el lugar?

—Normalmente no. Larson mencionó que somos nuevos en la zona. Un par, tres, de los chicos no han encontrado alojamiento todavía. Así que montarán una tienda. La mayoría de nosotros iremos a Trimble.

—¿Trimble? Es un pueblo de la compañía, ¿no? ¿Trimble Lumber Mill?

—Varios de nosotros estamos en la nómina de Trimble. Yo hago algunos trabajos para ellos, además de cortar para particulares. Soy independiente.

—¿Pero los hombres que no están en la nómina de Trimble no pueden alojarse allí?

—Cierto —convino Haslett.

De repente, una idea asaltó a Dustin. Sería una oportunidad, pero…

—¿Cuántos de sus leñadores necesitan alojamiento?

Haslett echó un vistazo a su cuadrilla.

—Tres —dijo al fin, señalando—. Waldo y Calder, y ese joven de allí, el del pelo rojo, Jeff Harmon.

Era arriesgarse, pensó Dustin de nuevo. Emma podía rechazarlos, con frialdad. Pero necesitaba el dinero. No había llegado a preguntarle por qué no alquilaba a leñadores, pero con él allí para mantenerlos a raya, tal vez podría persuadirla.

—¿Qué clase de hombres son? —le preguntó a Haslett.

—Buenos hombres, los tres. Los conozco desde hace varios años. Han trabajado para mí de vez en cuando. Nunca han tenido problemas. Claro que ya sabe que la tala es un trabajo tan duro que cuando acaba el día lo único que quiere un leñador es la barriga llena de comida y una

cama. Diablos, ni siquiera le importa si es blanda.

—¿Tienen transporte?

—Depende de dónde.

—Apple Springs.

—Desde Apple Springs probablemente podrían hacer autostop en la carreta de L&M por las mañanas y por las tardes. ¿Pero qué hay en Apple Springs?

—Si responde por su decencia, creo que tengo justo el lugar. La comida es buena y hay varias plazas libres. La Casa Travis.

—¿Esa vieja mansión destartalada en las afueras de la ciudad? Le pregunté a Larson sobre eso. Afirmó que no aceptan huéspedes.

—Demuestra lo poco que sabe. Yo me hospedo allí. Y seré franco al respecto. No he comido tan bien desde que cocinaba mi madre.

—Déjeme hablar con los muchachos.

A la larga hicieron un trato. Cuatro dólares a la semana, alojamiento y comida, incluyendo desayuno, cena y un almuerzo para llevar al campo. A cambio, los días de lluvia en que no pudieran trabajar en el bosque, debían ayudar con trabajos ocasionales, según lo decidiera Dustin o la propietaria, la señorita Jones.

—Imagino que eso incluirá remendar vallas, reparar el granero y pintar la casa, cosas así.

Los tres hombres se apiñaron para discutirlo, ninguno dispuesto a dar el primer paso.

—Y un baile el sábado por la noche —añadió Dustin.

Jeff, un joven pelirrojo de unos veinte años y musculoso por el trabajo en el bosque, saltó al oír eso.

—Ya que lo pones así, ¿cómo podría negarme?

Los demás estuvieron de acuerdo, y Dustin esperó hasta que terminaron de cargar el carro. Como no tenían caballos, Haslett les prestó su carreta para pasar la noche.

—¿Está bien si uso su nombre para arreglar lo de la carreta de L&M? —preguntó Dustin a Haslett.

—Por supuesto.

De camino a Apple Springs los hombres intentaron interrogar a Dustin sobre la comida, la comodidad de la vieja y destartalada casa y el trabajo que se les exigiría. Dustin tenía otras cosas en la cabeza.

—La primera vez que uno de vosotros, se pase de la raya, los tres os quedáis sin alojamiento —advirtió.

No sabía por qué no alquilaba a leñadores, a menos que hubiera tenido una mala experiencia con uno. Bueno, ella también había tenido una mala experiencia con un Sanders, y le dejó entrar de nuevo.

La inquietud de Dustin aumentó, sin embargo, a medida que se acercaban a Apple Springs.

—Cuando lleguemos, guardaremos los caballos y el carromato, nos lavaremos en el surtidor exterior y entraremos por la puerta principal, como caballeros.

Acababan de servir el postre y el café a una mesa abarrotada con veinticuatro comensales, contando a la familia y a Terence, quien, según notó Dustin al entrar en el vestíbulo, estaba sentado en su lugar habitual, a la cabecera de la mesa de Emma. Una punzada de celos apuñaló a Dustin en las entrañas. Lo reprimió. Demonios, Terence se había sentado en ese lugar antes de que él llegara, y se sentaría allí después de que se fuera-.

Entonces captó los ojos azules de Emma. Se había preocupado por él. Pudo verlo en un instante.

Y en el instante siguiente, sus ojos azules se volvieron fríos y él pudo darse cuenta de que

ya no estaba preocupada. Estaba enfadada como una vieja gallina setentera a la que le había robado un coyote.

Emma aguantó la comida sólo porque se pasó todo el tiempo ensayando las palabras que utilizaría para mandar a Desmond Sanders a paseo, si es que volvía.

El señor Holden y Terence monopolizaron la conversación con planes para que David se fuera a San Agustín a estudiar. Una idea maravillosa. Pero factible sólo si aceptaba la adopción.

Afortunadamente, ni los Petersen ni los Raus habían venido a cenar esta noche, pensó sin mucho cariño. Quizá tuviera la mala suerte de entretenerlos mañana. Pero la señora Inez había venido, y la viuda Grimes, que trajo consigo a dos viejas amigas solteronas: Selma Owens y Mabel Joiner.

Anna Holden, la esposa del maestro de escuela, era toda oídos cuando la señorita Selma interrogó a Emma sobre el nuevo huésped -el hombre casado que había asistido a la iglesia con ella-, el que dormía bajo su techo. Eso desvió la atención de Terence de la Academia San Agustín.

—No está casado —informó Terence a la mesa, corrigiendo la idea errónea que Dustin había engendrado sobre su estado civil.

Las frágiles manos de la señorita Mabel volaron a su boca.

—Oooh, ¿un soltero, querida? ¿Es eso seguro?

—Perfectamente, señorita Mabel. Como puede ver, rara vez nos agobia con su presencia.

Fanny, sin embargo, para desesperación de Emma, entretuvo a Betty Sparks, Cynthia

Newman y Jimmie Sue Baker con una recitación de todos los atributos de su nuevo y único huésped.

—¿Lava los platos?

—¿Viste a los niños pequeños?

—Bueno, aún no hemos conseguido que desherbe el jardín —reconoció Fanny.

Emma se llevó una mano a la mejilla. Gracias a Dios, Fanny no había presenciado la muestra de afecto de Desmond esta mañana.

—Hace de canguro —ofreció Terence.

Entonces chirrió el biombo de la entrada y entró el objeto de su discusión, con un insufrible retraso de dos horas.

Tres hombres le siguieron hasta el vestíbulo.

Emma recuperó el aliento, consciente ahora de lo preocupada que había estado. Él le hizo una seña con la cabeza.

—Quédate sentada, Emma. —Terence ya se estaba levantando, con la cara de un tono rojo amotinado—. Yo me encargaré de esto.

Demasiado tarde para detener a Terence, Emma se levantó de todos modos. Excusándose, cruzó al vestíbulo, seguida de jadeos y pitidos de las chicas que habían venido a ver al apuesto nuevo interno. Para cuando Emma llegó al vestíbulo, estaba que echaba humo.

—¿Qué significa esto, Sanders? —preguntó Terence. Ignorando a Terence, Dustin cogió el brazo de Emma—. Puedo explicárselo —le dijo. La atrajo hacia los tres hombres musculosos.

Tenían la cara limpia y el pelo peinado, pero sus ropas apestaban a un día de trabajo al aire libre.

—Emma, te presento a Waldo, Calder y Jeff. Son leñadores, trabajan para un nuevo

leñador de la zona. Necesitan un lugar donde alojarse.

Capítulo 7

-Emma no alquila a leñadores —siseó Terence en voz baja—. Yo no...

—Emma, no sé cuáles son tus razones, pero yo respondo por estos hombres. Trabajan duro. Se apartarán de tu camino, ni siquiera volverán al pueblo a tiempo para cenar en el comedor. Tendrán que comer después en la cocina. Prometieron portarse lo mejor posible, si usted rescindía su política... —hizo un gesto sin rumbo con su Stetson—, ...hasta que puedan buscar otro lugar.

Emma se quedó mirando su expresión inocente. La tenía y lo sabía. ¿Cómo podía echar a los hombres a la calle? La idea la enfurecía.

—Conoces mis reglas...

—No lo hagas, Emma —argumentó Terence—.No conoces a estos hombres... y no le conoces a él.

Dustin habló con seriedad.

—Puedes confiar en mí, Emma. Ya lo sabes. Han aceptado cuatro dólares a la semana, tres comidas al día, incluido un almuerzo para llevar por las mañanas. —Miró hacia el comedor, escudriñó la reunión en busca de Oscar Petersen, y luego se dirigió a Terence como si el banquero no estuviera preparado para una pelea—. Haslett les ha dejado usar su carromato esta noche, pero tendrán que ir en el de L&M mañana por la noche y después. ¿Podrías arreglar las

cosas con Petersen?

Dustin volvió su atención hacia Emma. Ella miraba a los tres hombres, con los labios fruncidos. Se daba cuenta de que los cuatro dólares semanales la tentaban. Jugó su baza.

—Aceptaron ayudar por aquí los días que no pueden trabajar en el bosque: pintar, fijar el escalón delantero, cosas así.

Ella volvió hacia él sus ojos asombrados. Estaba tentada. Él podía verlo. Pero no parecía ser una dulce victoria. Le había traído otra cesta de problemas, eso era evidente. Pero maldita sea, a veces una persona tenía que vadear el barro para llegar al agua clara. Entonces Terence volvió a hablar, y Dustin creyó que lo que había alcanzado eran aguas profundas. Terence hizo un gesto hacia el porche.

—Ven aquí. No tenemos que resolver esto a oídos de todo el pueblo.

Dustin escrutó de nuevo la mesa del comedor. Las tres chicas que conoció en la iglesia le estaban mirando. El señor Holden y su esposa lo miraban con desprecio, y tres mujeres mayores lo observaban, atónitas. Sus ojos bailaban con visiones de cotilleo en ciernes. De repente, el maestro se apartó de la mesa, apartó la silla de su esposa y la guio hacia los desconocidos del vestíbulo. Al llegar hasta Emma se detuvo sólo lo suficiente para lanzar una advertencia.

—La Sra. Winston está trabajando en los papeles, Srta. Jones. Después de esto, puede estar segura de que apresuraremos el proceso. Los niños de esta comunidad no serán sometidos a tales... —entrecerró los ojos de un leñador a otro, dándole a Dustin la puñalada final de su furia —, ...impropiedades.

—Espere un momento… —Dustin agarró la manga del maestro. Emma lo contuvo. Su voz podría haber congelado la lava.

—Sr. Sanders, ¿podría llevar a mis nuevos internos a la cocina?

Sugar puede ofrecerles un bocado y enseñarles sus habitaciones.

Por gélido que fuera su tono, sus palabras eran claras y firmes, y Dustin se sintió de pronto tan orgulloso que tuvo ganas de abrazarla.

—Por supuesto, Emm...eh, señorita Jones.

Terence no se mostró tan complaciente una vez que Dustin los dejó solos. Él y Emma se quedaron juntos mirando cómo el maestro de escuela bajaba a pisotones por la pasarela, arrastrando a su esposa, mucho más baja, de un firme agarre a su brazo.

—Creía que habías aceptado enviar a Sanders de vuelta al lugar de donde vino —echó humo Terence.

Emma observó cómo el señor Holden y su esposa llegaban a la carretera y se dirigían hacia el norte.

—Ese hombre te tiene hechizada —continuó Terence—. Entra en razón, Emma. No aceptes a esos leñadores. Mándalos a paseo. Mándale a él a hacer las maletas.

Emma se tocó el punto de la mejilla que Desmond Sanders le había besado al amanecer. Un día lleno de confusión y ansiedad. Con ira cuando no había vuelto para la cena. Con preocupación cuando llegó dos horas tarde.

Ella estudió el escalón roto a la luz mortecina del día. No sólo le había traído huéspedes y comensales de pago, sino que se había fijado en las pequeñas cosas: el escalón roto, la pintura desconchada... los niños solitarios.

—No puedo echarlos a la calle, Terence.

—Entonces envíalos a Trimble.

—Trimble es un pueblo de la compañía. No dejan que otros leñadores vivan allí.

—Nadie notaría la diferencia.

—¿Estás diciendo que ellos deberían mentir... que yo debería mentir?

Suspirando, intentó abrazarla, pero ella se resistió.

—Ellos se quedan, Terence. Todos ellos.

—¿Incluso Sanders?

—Terence, por favor, compréndelo. Necesito el dinero.

—No, no lo necesitas, cariño. —Volvió a cogerla. Esta vez ella permitió que la abrazara, sintiéndose culpable por no haberlo hecho antes—. Cásate conmigo, Emma. Puedo cuidar de ti.

Ella observó cómo se mecía su nuez de Adán.

—¿Y los niños? —Sus brazos se tensaron.

—Ya has oído al señor Holden. Te van a quitar a los niños, ¿Y puedes culparles? ¿Después de que ese hombre irrumpiera aquí con tres leñadores, esperando que les permitieras quedarse bajo tu techo? ¿No entiendes lo que parece, Emma? ¿No te importa?

Su última pregunta la cortó en seco. Ella se liberó.

—Por supuesto que me importa. De eso se trata. Me importan los niños. Me importa mantener unida a mi familia. —Miró de nuevo al escalón roto, luego hacia abajo por el camino descuidado, donde las malas hierbas brillaban como lanzas de plata bajo la luna llena, hasta la verja que colgaba de una bisagra—. Me preocupo por mi hogar. Desmond dijo que ayudaría en el lugar.

Miró desolada a Terence.

—Me viene bien su dinero, Terence, y su ayuda.

—Emma, sé razonable. Entiendo tu apego sentimental a este viejo lugar, pero nunca valdrá nada. Cásate conmigo. Déjame construirte una casa nueva.

La puerta mosquitera se abrió con un graznido. Betty, Cynthia y Jimmie Sue saltaron por el porche.

—Tened cuidado con el escalón —advirtió Emma—. Y gracias por venir.

Betty lanzó una sonrisa por encima del hombro.

—Volveremos para el baile del sábado por la noche.

—¿Baile? —Terence se quedó con la boca abierta—. ¡Baile! Sanders ha ido demasiado lejos esta vez. —Se volvió hacia el vestíbulo, pero Emma le contuvo.

—Yo me encargo, Terence. Creo que es hora de que te vayas.

—¿Irme? ¿Dejarte sola con cuatro hombres solteros en la casa? —Ella le miró peligrosamente.

Él la alcanzó, tiró de ella para acercarla. Distraída por su última pregunta, ella lo permitió.

—Ciertamente tienes una mala opinión de mí. Igual que todos en el pueblo. —Su reacción ante Desmond en este mismo porche no hacía ni veinticuatro horas volvió con fuerza. ¿No tenían razón? ¿No tenían todos razón?

—Cásate conmigo, Emma.

Sus labios rozaron los de ella. Al menos Terence seguía queriendo casarse con ella, a pesar de su opinión sobre su bajo nivel moral. De algún modo, esta idea la ofendió, en lugar de consolarla. Torció la cabeza, moviendo los labios, ofreciéndole su mejilla en su lugar. Pero eso le recordó el beso de Desmond en la cocina esta mañana. Se tensó.

—Cásate conmigo, Emma. Di que sí esta noche.

—Ya conoces mis condiciones, Terence. Nos quedamos con los niños y vivimos en esta casa.

—Emma, ¿qué hará falta para convencerte de que dejes a un lado tus sueños infantiles? —Él buscó sus labios de nuevo, y de repente ella supo que si no le dejaba darle el beso de las buenas noches, nunca se libraría de él.



Así los encontró Dustin. De pie en medio del porche, los brazos de Terence alrededor de Emma, su cabeza sobre la de ella, sus labios sobre los suyos. Ella estaba de espaldas al vestíbulo, así que él no podía saber si lo estaba disfrutando o simplemente soportando. En cualquier caso, no le gustaba un carajo. Empujando la puerta de mosquitera que chirriaba, salió.

—Lo siento. —Pero no parecía sentirlo lo más mínimo y lo sabía. Emma saltó de los brazos de Terence como si la hubieran mordido.

—¿No sabes cuándo te estás entrometiendo, Sanders? —gruñó Terence.

Dustin estudió a Emma. Parecía asustadiza y se negaba a mirarle.

Con la desconfianza brillando en sus ojos, Terence volvió a agarrar a Emma. Ella se encogió de hombros. Miró fijamente a Dustin.

—¿Ves lo que le has hecho? Irrumpes aquí como un jabalí, destruyendo todo lo que ves. No estarás contento hasta que destroces todo, ¿verdad?

—Terence... —Emma comenzó.

Él le sacudió la mano.

—Si por mí fuera, os metería a ti y a esos tres de ahí dentro en ese maldito carromato y os enviaría de vuelta esta noche. —Miró fijamente a Emma, frustrado, dolido—. ¿Qué dices, Emma? ¿Son ellos... o yo

—Terence, no puedes pedirme que elija entre mi sustento y... y el hombre que...

Cuando sus palabras flaquearon, sus ojos se entrecerraron en ella. En silencio, la incitó a continuar.

Dustin contuvo la respiración. Ella no amaba a Terence Larson. ¿Cómo podía siquiera pensar que lo hacía? Si lo decía, sería mentira.

Cuando ella siguió sin continuar, Terence hizo caso omiso de la presencia de Dustin.

—Di que te casarás conmigo, Emma. Dilo esta noche y echaré a estos bastardos a la calle.

Emma se sintió partida por la mitad.

—Ya conoces mis condiciones. Mantén a los niños juntos y vive en mi casa.

Durante unos instantes Terence miró con odio a Emma. Dustin sintió lástima por el hombre. O lo habría hecho, de no ser por el hecho de que Emma prácticamente había aceptado casarse con él. Los términos no sonaban nada mal, al menos para un hombre tan empeñado en casarse como resultó ser Terence. Dustin consideró el cambio en el hombre y se dio cuenta de que debía de ser su propia presencia la que había impulsado a Terence a intensificar su persecución de Emma.

Finalmente Terence apartó los ojos de Emma, se dio la vuelta y salió del porche dando pisotones, olvidando en su furia el escalón roto. Su pie se clavó y cayó hacia delante, atrapándose con las manos. Torpemente, mientras los dos le observaban en silencio desde el porche, se zafó, luego se volvió para condenar a Emma.

—¿Qué te he dicho? Este lugar se está cayendo a pedazos.

Emma dio dos pasos, se agarró al pilar más cercano al camino y se quedó mirando tras Terence, observando cómo se iba.

Dustin no habló hasta que Terence desapareció calle abajo. Entonces se aclaró la garganta.

—Tiene razón. No te he traído más que problemas.

Se giró con más agallas de las que él había visto en ella desde que le apuntó con la escopeta el día de su llegada. Sus ojos se entrecerraron.

—¿Un baile?

Se encogió de hombros.

—¿Qué te hizo pensar que aceptaría organizar un baile...? —Ella miró de un lado a otro su querida y destartalada casa—. ¿Aquí? ¿Un baile aquí?

—Pensé... bueno, quiero decir... eh, me figuré que generalmente celebrabas bailes los sábados por la noche.

—¿Quién te lo dijo?

Dustin se quedó helado.

—¿Tu hermano?

Tragándose la bilis que le subió a la garganta ante la idea de volver a mentir a Emma, y ante las consecuencias si confesaba, la miró fijamente a los ojos.

—Nadie me dijo nada, Emma. Te lo juro. Quiero decir que en todas las pensiones se celebran bailes. Se llevan celebrando desde que Texas era una república. Diablos, el mismísimo general Sam Houston bailaba los sábados por la noche en las pensiones. ¿No has oído hablar de la pensión de la señora Long en Richmond…?

Emma se apartó bruscamente.

—Para. Para, por favor. No tiene importancia.

Sólo estoy susceptible.

—Maldita sea, Emma, lo siento. No se lo habría prometido a los chicos si hubiera sabido que estarías en contra.

—No pasa nada.

—Estaban ansiosos como locos... eh, quiero decir que estaban dispuestos a aceptar trabajar en la casa, arreglar cosas... —Miró el escalón que, en su opinión, Terence Larson debería haber

reparado hace días, probablemente semanas o meses—. Como ese escalón, y la valla. Si tienen tiempo, incluso pintarán la casa.

—No puedo permitirme el encalado.

—No podías —corrigió—. Pero ahora puedes. Si arreglas el lugar, no sabes cuánto negocios conseguirás.

Emma se pasó una mano por el pelo, sujetándoselo en la coronilla. La luz de la luna brillaba en un haz de luz a través del porche, aumentada por los chorros de luz de las lámparas del salón. Por primera vez esta noche, Dustin se dio cuenta de que no llevaba el pelo trenzado. El corazón le saltó a la garganta.

—Mírame, Emma.

Ella levantó la vista. Él estudió su rostro, tan abatido, tan encantador. Llevaba el pelo recogido en un moño suelto; varios rizos sueltos enmarcaban su cara. Sus dedos se crisparon cuando consideró tomar un rizo entre sus manos. Apretó los labios, recordando la noche anterior.

—Emma, sobre lo de anoche. Lo siento mucho...

—No quiero hablar de anoche, Desmond.

Como siempre que ella le llamaba por el nombre de su hermano, se sentía como el peor de los canallas.

—Sólo quería que supieras que lo siento. Fui duro contigo. Y no era asunto mío.

Ella sonrió ante eso. Su mirada siguió la de ella a través de la puerta de mosquitera hasta el vestíbulo oscurecido. Desde la cocina se oía un bajo rumor de voces. Sugar estaba dando de comer a los leñadores. Y si Dustin adivinaba bien, Billy Joe y el Pequeño Peter, y con toda seguridad Fanny, estaban apiñados escuchando, hablando... en el caso de Fanny, probablemente flirteando con ese joven leñador pelirrojo llamado Jeff. Dustin hizo una nota mental para vigilar esa situación.

—Nada de esto es asunto tuyo —replicó Emma. Lejos de condenar, su tono era ligero, casi agradecido—. Pero de todas formas has irrumpido. ¿Por qué?

Su pregunta le pilló desprevenido. ¿No se había preguntado lo mismo varias veces este último día?

—Era algo que se debía hacer —respondió vagamente—. Supongo que soy de los que se entrometen.

—No lo creo. Pero Terence tenía razón. Seguro que me has destrozado la vida.

—No pretendía...

—No te disculpes. Tenía que haber ocurrido tarde o temprano. He estado aguantando de un hilo, mientras el pueblo me culpaba de todo lo que hago. No pararán hasta que se hayan llevado a los niños. —Se encogió de hombros—. Quizá Terence tenga razón. Quizá estarían mejor en hogares de acogida.

—No, Emma. Nada es mejor que tu propia sangre. —Reconsideró—. Al menos, cuando hay suficiente amor para todos. Respeto las opiniones de Terence, pero lo que era correcto para él, habría sido totalmente erróneo para mí y mi familia. —Acercándose, la tomó por los hombros —. Y para la tuya, Emma. Los hogares de acogida no perjudicarían sólo a los niños. Perderlos también te haría daño a ti.

Cuando intentó acercarla a su pecho, ella se apartó.

—He pensado en eso. ¿Y si estoy siendo egoísta? —Se dirigió al extremo del porche y se sentó en una de las mecedoras en la sombra. Tomó el columpio cercano, deseando que ella lo hubiera elegido también.

—¿Y si Terence tiene razón sobre... sobre todo? —continuó ella—. Dice que estoy siendo una cabezota con esta casa.

—No creo que lo seas. Es una buena casa antigua. Ya no las hacen así.

—Eso es lo que le dije. Pero él insiste en construir una casa nueva... en mi propiedad.

—Está enamorado de ti, Emma. Quiere que tengas lo mejor, lo que, a su modo de ver, significa algo nuevo. Puedo entender eso.

—¿Puedes?

—Entender —repitió—. No he dicho que esté de acuerdo con él.

Dustin balanceó el tacón de su bota hacia delante y hacia atrás en el suelo del porche, moviendo lentamente el columpio bajo él. El aroma de la madreselva flotaba en el aire nocturno, recordándole a Emma. De repente se dio cuenta de que había asociado el aroma de la madreselva con Emma desde hacía mucho tiempo. La madreselva había florecido la noche en que él y el tío Luke asistieron al baile aquí en la Casa Travis. La madreselva había llenado el aire de la noche también entonces y había permanecido en su memoria, un recuerdo conmovedor de Emma Jones. Cada vez que la había olido, se había acordado de ella. Le instigaba a volver. Deseó haberle hecho caso antes.

—Te estoy agradecida, Desmond. Me mostraste lo que tengo que hacer y cómo hacerlo.

—¿Y qué tienes que hacer?

—Luchar —dijo ella—. Me mostraste cómo defender lo que creo, lo que quiero, por los niños.

Sonrió.

—Incluso por esta casa vieja y destartalada.

—Las cosas que merecen la pena generalmente requieren de trabajo y tiempo. Al menos, esa ha sido mi experiencia. —Y seguiría siéndolo, lo sabía.

—¿Puedes ayudarme otra vez? —Su pregunta, expresada en tono lastimero, lo tomó por sorpresa. La emoción se le atascó en la garganta. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en

las rodillas. Sus faldas estaban a sólo un suspiro. Sus manos estaban apretadas en su regazo. Quiso alcanzarlas, pero no lo hizo.

—Sabes que lo haré —dijo largamente—. Cualquier cosa.

—Probablemente no cualquier cosa. —Ella se rio—. Pero esto no es peligroso ni ilegal.

—Dispara.

—Esta casa se asienta sobre mil acres de tierra. La mayor parte está llena de madera, que Terence afirma que no tiene valor.

—¡Vaya, Emma! ¿No estarás diciendo que quieres vender tu propiedad?

—Nunca. —Él oyó la amargura en su tono. Cuando ella continuó, él empezó a entender por qué.

—Terence quiere vender la mayor parte de ella. Incluso ha localizado un comprador.

—¿Con tu permiso?

—No, pero... —Emma se quedó en silencio, luego finalmente admitió—: No puedo pedirle a Terence que lo haga; se opondría, pero quiero vender parte de la madera, aunque no sé cómo: la gente con la que hablar, qué preguntar, nada, en realidad.

La miró, pensativo.

—Soy nuevo en la zona, Emma. Terence sabe más…

—Te estoy preguntando a ti.

—Estás prometida a Terence.

—No, no lo estoy.

—Un tecnicismo. ¿No confías en él?

—Por supuesto, confío en él. Es la persona más honesta que conozco. Es sólo que... bueno,

él no querría que lo hiciera. Por una razón, no cree que la madera valga nada.

—Trabaja para el único banco de la zona, ¿y piensa así?

—Dice que Lutcher & Moore son yanquis.

—La guerra ha terminado. ¿No se ha enterado?

—Dijo que la madera de Texas no es como la del norte. Dijo que está a punto de terminar, y cuando lo haga...

—Emma, hay mucha gente que piensa así. Pero créeme, la gente que sabe más está de acuerdo en que la madera va a ser una gran industria en el este de Texas Jones mucho tiempo. ¿Por qué si no querría L&M construir un ferrocarril?

Suspiró.

—¿Cuál es la otra razón por la que no puedes hablar de esto con Terence?

—No aprobaría mis razones.

Dustin amenazó con juntar los dedos de los pies y apoyó la barbilla en los nudillos. Esperó a que ella continuara.

—Como has dicho, Terence está enamorado de mí. Quiere lo que él decide que es mejor para mí.

—Y eso no incluye a los niños o... —Dustin hizo un gesto con la barbilla—. O este lugar.

—No quiere que gane dinero con la Casa Travis.

—¿Por eso se opone a que los leñadores se queden aquí?

—No. Fue idea de mi madre. Mi padrastro era leñador. Cuando murió en un accidente de tala, ella dejó de alojar leñadores. Yo mantuve la práctica. Ahora veo que no debería haberlo hecho.

—Entonces, ¿por qué Terence se opone a que ganes dinero?

—Si me gano la vida por mi cuenta, no tendré que depender de él.

—¿Por qué tienes que depender de él? ¿Por qué no puedes simplemente... amarle?

—Quizá él piense que es lo mismo.

—Algunos hombres lo hacen. —Reflexionó él

—¿Pero tú no?

—Diablos, Emma, tal como me criaron, mis hermanas son tan fuertes y confiables como mis hermanos.

A ella se le cortó la respiración ante eso, y él quiso comerse sus palabras, pero ya estaban fuera.

—Algunas de ellas, en cualquier caso —añadió débilmente.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudar? —preguntó cuándo ella no continuó.

—Necesito saber si la madera vale algo. Luego necesitaré saber cómo venderla. ¿Debo tratar directamente con una empresa maderera? ¿O debería contratar a un maderero independiente? Para alguien que ha vivido toda su vida en el bosque, no sé nada de vender árboles.

Dustin sonrió.

—Apuesto a que sabes lo bonitos que son.

Oyó su lenta inspiración y su imaginación vagó libre. Se imaginó llevándola al bosque, caminando por los corredores de majestuosos árboles de hoja larga, descalzos sobre los cojines de agujas. Con fuerza, volvió a llevar su mente al porche, que ya tenía suficientes distracciones por el momento.

—No habrá problema —le aseguró—. Necesitaré conocer la ubicación de la propiedad.

Veré a mucha gente estos próximos días, podría encontrar a un hombre honesto entre ellos.

—He oído rumores sobre leñadores que roban la madera de otros —reconoció—. Por eso no quería hablar con cualquiera.

A Dustin se le atascó el corazón en la garganta.

—Gracias por su confianza.

—Me figuré que si Lutcher & Moore confiaba en ti lo suficiente como para enviarte aquí solo, debes ser honesto.

Si le hubiera disparado con esa maldita escopeta, no podría haberle dado un golpe más duro. ¿Honesto? ¿Él? Un lobo con piel de cordero, eso es lo que era. Y ella era Caperucita Roja, viviendo en el bosque donde los leñadores no eran más honorables que los lobos.

—Estaré encantado de ayudar, Emma.

Tras un momento de silencio, dijo:

—No quiero venderlo todo. Sólo lo suficiente para enviar a David a la Academia San Agustín en otoño. Y para mantenerlo allí hasta que finalice la escuela.

La emoción se agolpó en la garganta de Dustin.

—Has decidido pelear, ¿verdad?

—¿No crees que ya es hora?

—Puede que resulte mejor que hayas esperado un tiempo. Ahora puedes ver quién está de tu lado y quién no.

Ella asintió dos veces en apretada sucesión.

—Lo sé.

Le tendió las manos y ella le sorprendió permitiéndole que se las cogiera.

—Es una idea condenadamente buena, Emma.

—¿Crees que puedo conseguir suficiente dinero?

—Claro que sí.

—Quiero ahorrar lo suficiente para los demás. Fanny necesitará ayuda pronto, y los niños pequeños.

Y tú, pensó Dustin. Necesitas ayuda, Emma. Necesitas a alguien que te ayude a pelear.

—Estoy orgulloso de ti, Emma. Muy orgulloso.

Ella sonrió.

—Es gracias a ti.

—No.

—Sí. Me has demostrado que puedo valerme por mí misma. —Le giró las manos entre las suyas—. Siempre te estaré agradecida por eso, Desmond. Siempre.

Él encerró las manos de ella entre las suyas, sintiendo cómo sus dedos con todos sus callos descansaban fácilmente dentro de sus palmas ahuecadas. De repente supo que de todas las cosas que quería de Emma Jones, la gratitud no era una de ellas. Tiró de sus manos, tirando suavemente de ella hacia el columpio.

Ella se resistió.

—Ven aquí —susurró él.

Ella se quedó mirando un momento, tentada, él podía decirlo, luego sacudió la cabeza.

—¿Por qué no?

—Tengo miedo.

La abrazó con fuerza, sintió el pulso de su muñeca palpitar contra su mano. Sabía que el

suyo se aceleraba con la misma fuerza.

—Vamos, Emma. No pasa nada. La casa está llena de niños y leñadores. Ni siquiera podemos empezar bien lo que tenemos en mente los dos.

Dejó de mecerse bruscamente.

—Es hora de ir a ver... —Sus dedos resbalaron de su agarre. Ella se puso de pie. Se quitó el polvo de la falda.

Dustin se puso en pie. El columpio le golpeó en la parte posterior de las pantorrillas. Pero no fue nada comparado con la sacudida que sintió cuando la alcanzó, cogiéndola por un hombro, deteniéndola.

Ella no se volvió.

—¿No crees que deberíamos hablar de lo de anoche? —Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

Intentó avanzar hacia la puerta, pero él la retuvo.

—No te haré daño, Emma. — Otra vez no.

Él sintió un temblor recorrer el cuerpo de ella. Usando ambas manos, la dio la vuelta. Su rostro estaba en sombras. Una luz reflectada brillaba a través de los bordes de su moño suelto, dando la apariencia de un halo.

—Dijiste que te enseñé a pelear.

Sus labios tocaron el puente de su nariz. La besó ligeramente. Incluso su piel sabía a la madreselva que crecía a su alrededor. Besó sus labios, un beso suave, casto, seco pero suave.

Ella se apartó.

—Alguien podría...

—Sólo un beso, Emma. Maldita sea si no he estado pensando en ello todo el día.

Y ella también lo había hecho. Cuando sus labios volvieron a encontrar los de ella, fue con una respuesta bienvenida y ansiosa. Ella le rodeó el cuello con los brazos sin que él se lo pidiera. Se acomodó contra él, sintiendo los músculos de su pecho, firmes y duros como una roca, tranquilizadores. Sintió cómo sus pechos reaccionaban a su cercanía, a sus besos apasionados, a sus labios chupadores, a su lengua hurgadora, a sus manos vagabundas que se deslizaban alrededor de sus costillas y se aferraban a sus pechos antes de que ella se diera cuenta.

Cuando ella se puso rígida, él despegó los labios.

—No te resistas, Emma. Es bueno. —Rodando su cuello contra el brazo de ella, le dejó sentir su pulso acelerado. Cuando se relajó, volvió a acercarla, cubrió sus labios de nuevo, sacando su pasión como una abeja saca néctar de la flor de la madreselva.

Señor, sabía bien; olía bien; se sentía bien. Llevó la mano a su cintura, apretándola contra su cuerpo, para ir despacio, para no bajar más, temeroso de asustarla.

Pero ella se sentía bien. Tan bien. Demasiado bien.

Finalmente, desesperado, se detuvo. Mirándola a los ojos, apartó los rizos suaves alrededor de su cara. Tomando uno lo atrajo entre sus labios, queriendo más... queriéndola a ella. Finalmente, con los brazos debilitados por el deseo, le cogió los hombros con manos suaves y le dio un último beso.

—¿Qué te parece si ahora entramos a ver a esos leñadores?

Capítulo 8

A mediados de semana, la Casa Travis y sus huéspedes se habían asentado en una especie de rutina. Emma se levantaba temprano, preparaba los almuerzos para los niños y los leñadores, mientras Sugar cocinaba el desayuno, y Dustin se ocupaba de que los niños estuvieran levantados, vestidos y listos para salir a la escuela.

También se había convertido en una rutina el beso de despedida de Dustin. Un beso en la mejilla, nada más. Pero le causaba una gran agitación a Emma.

No es que se sintiera culpable, o que estaba traicionando a Terence. A decir verdad, ella creía que habría entrado en razón sobre Terence con o sin la presencia de Desmond. Su compañía con los niños sólo servía para contrastar el rechazo de Terence hacia ellos.

Sabía en el fondo de su corazón que aunque Terence cediera y accediera a permitir que los niños vivieran con ellos, nunca se relacionaría con ellos como lo hacía Desmond. No podía imaginarse a Terence llevando a los niños a pescar, mientras que Desmond iniciaba sus excursiones al arroyo por las tardes cuando regresaba antes de que oscureciera, un regalo para los niños por haber hecho sus sumas y terminado sus tareas, según él. Y qué diferencia había supuesto eso en la casa.

Incluso había empezado a atemperar el aire de superioridad intelectual de David. No es que nadie lo comentara; probablemente nadie, excepto Emma, se daba cuenta. Pero Desmond tenía una manera de hablar del ferrocarril con David, de mayor a mayor. Hablaba del negocio de la

madera, haciéndole preguntas a David, preguntas sinceras para las que un hombre nuevo en una zona necesitaría respuestas. David aún permanecía en la escuela o en casa del maestro Holden hasta el anochecer todos los días, lo que le dejaba poco tiempo para realizar sus propias tareas de ordeñar y cortar leña.

Pero nadie tuvo que cortar leña u ordeñar la vaca por él después de ese primer día. Era como si no quisiera que Desmond lo considerara menos hombre por rehuir las tareas.

Y Fanny. Fanny aún flirteaba cerca de Desmond, pero era diferente. A Emma le preocupaba que la diferencia no tuviera tanto que ver con Desmond como con el más joven de sus huéspedes, el leñador pelirrojo llamado Jeff. Fanny se propuso terminar sus lecciones antes de la cena, para poder ayudar a Sugar a preparar la comida de los leñadores, que invariablemente se servía en la cocina después de que se marcharan los otros huéspedes.

Los otros huéspedes fueron otro cambio en la Casa Travis. Fieles a su palabra, Oscar y Etta Petersen aparecieron para cenar el miércoles por la noche. Afortunadamente Sugar se había superado, preparando suculentas pechugas de pavo con salsa de nata, guisantes frescos y quingombó del huerto, y tarta de gelatina de postre.

—Vaya, tenía razón, Sr. Sanders —se entusiasmó Etta Petersen—. Esta comida es excepcional.

—Los cumplidos son para la señorita Jones —replicó Dustin.

Etta Petersen asintió con los labios apretados a Emma, que corrigió con:

—Sugar se merece el mérito. Ella cocina todo.

Sugar, que había traído otro cuenco de salsa de nata a la mesa, explicó:

—Las recetas pertenecen a la señorita Emma. Han estado en su familia desde antes de la guerra. Las está recopilando en un libro. Planea venderlo para las fiestas.

Mientras Emma palidecía ante el hecho de que Sugar hubiera retomado la tarea donde

Dustin la había dejado, los ojos de Etta Petersen brillaban de inspiración.

—Debe añadir la receta de esta tarta de gelatina. —Su sonrisa era genuina, al igual que sus planes para el futuro de Emma—. Después de que cierres, querida, ¿por qué no venís Sugar y tú a trabajar para mí? Sugar sabe cocinar, y me vendría bien una chica lista y valiente como tú para llevar mi casa, liberándome para más trabajo comunitario.

Los ojos de Emma se abrieron de par en par. Dustin la fulminó con la mirada, buscando una réplica; Terence, en su lugar habitual a la cabeza de la mesa, se aclaró la garganta, llamando la atención de la mesa.

—Me temo que tendrá que buscar en otra parte, señora Petersen. Emma tendrá las manos ocupadas dirigiendo mi casa. Y Sugar pertenece a la familia.

¿Sugar pertenece a la familia? ¿Y los niños? pensó Emma. ¿Qué hay de David, a quien está decidida a entregar al maestro de escuela? ¿Y Fanny, la adorable Fanny, que se marchitaría y moriría en casa de esa quisquillosa Henrietta Winston? ¿Y los niños pequeños? ¿Qué pasaría con Billy Joe y el Pequeño Peter? ¿Cómo soportarían crecer en hogares de acogida separados?

Las lágrimas brotaron de los ojos de Emma. No habría podido tragar otro bocado de comida aunque la propia Etta Petersen se lo hubiera hecho tragar a la fuerza. Pero no fue el comentario presuntuoso de la señora Petersen. Fue Terence.

Terence, que profesaba amarla. Terence fue la mayor decepción de todas.

La cena terminó bruscamente después de eso, con el carromato de leñadores llegando al patio lateral. Fanny se levantó de un salto, excusándose tardíamente, y corrió a la cocina.

—Discúlpame, Emma. Ayudaré a Sugar a preparar la cena para los leñadores.

Etta Petersen frunció el ceño con desaprobación hacia Emma, y eso bastó para desatar la furia de Emma. Levantándose, dio las gracias a los Petersen por venir y les deseó buenas noches.

—Tendrán que disculparnos. El trabajo por aquí parece no acabar nunca.

Más tarde esa noche, cuando Terence la atrajo al porche para darle las buenas noches, sintió ganas de abofetearle la cara. En lugar de eso, se las arregló para mantener sus manos y su cuerpo para sí misma.

—La señora Petersen no pretendía ofenderte, Emma.

Emma quería llorar. Pero de algún modo contuvo la lengua. Terence cambió de tema.

—¿Sigues decidida a celebrar ese baile el sábado por la noche? —preguntó.

Ella asintió, con los labios apretados, decidiendo que había aprendido algo de Etta Petersen.

—No es una buena idea. Da a la gente más motivos para hablar.

—¿No has aprendido ya, Terence. La gente de este pueblo no necesita una razón para hablar de mí. Todo lo que hago está mal.

—Emma... —Intentó abrazarla, pero ella se apartó, utilizando la excusa de Fanny.

—Lo siento, Terence. Necesito ayudar a Sugar.

Ella le dejó de pie en el escalón que Dustin había reparado cuando había vuelto de explorar el ferrocarril el lunes por la tarde. Ella dudaba que Terence se hubiera dado cuenta de que había sido arreglado.

Inmersa en sus propios pensamientos, se topó con Dustin y Fanny con un sobresalto. Estaban de pie en un rincón del vestíbulo, junto a la cocina. Fanny estaba apoyada contra la pared, con la cabeza colgando. Dustin estaba de pie frente a la chica, con un brazo apoyado en la pared.

—Tienes que tener cuidado con cómo te comportas con los chicos, Fanny. Sé que quieres que Jeff se fije en ti, pero le estás dando una idea equivocada.

Fanny se secó definidamente los ojos con el dorso de una mano.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. —La voz de Dustin era firme, pero Emma pudo darse cuenta por la forma en que hundía la puntera de su bota en el suelo de pino de que se sentía incómodo—. Eres joven, Fanny, pero estás creciendo rápido. Recuerda que sólo tienes quince años. Piensa en cómo quieres que sea tu vida cuando tengas veinticinco y no hagas nada que la arruine antes.

—Pero me gusta Jeff, y yo le gusto a él.

—Puedo verlo. Todos podemos. —Dustin inhaló, pensó unos segundos, y finalmente aconsejó—: Habla con Emma. Cuéntale lo que sientes. Pídele consejo…

—Emma no sabe lo que siento. El único pretendiente que ha tenido es Terence. Incluso tú sólo la besas en la mejilla.

Dustin se puso rígido como si ella le hubiera abofeteado. Su mano cayó a un lado. Frunció el ceño mirando a Fanny como si hubiera oído mal. En las sombras, Emma contuvo la respiración. Había sospechado Durante toda la semana que Dustin retrasaba sus salidas por la mañana hasta que Fanny y David salían de casa. Había sido discreto, pero posiblemente ambos habían juzgado mal a Billy Joe y al Pequeño Peter.

—Respeto a tu hermana, Fanny. La respeto demasiado como para…

—Bueno, no quiero el respeto de Jeff. Quiero…

Dustin extendió la mano y sujetó una mano abierta sobre la boca de Fanny.

—Calla eso. —Respiró con fuerza. Quitando la mano, repitió—. Calla. —Emma vio cómo se le movía la nuez de Adán y acudió en su ayuda.

Moviéndose hacia el pasillo, dijo ligeramente.

—Bueno, Fanny, ¿han terminado Sugar y tú de alimentar a los leñadores?

Fanny frunció los labios, asintiendo bruscamente.

Dustin volvió los ojos impotentes hacia Emma.

—Fanny necesita hablar contigo.

—No, no lo necesito.

Tomando a Fanny por los hombros, Dustin la empujó hacia Emma.

—Sí, lo necesita. —Se encogió de hombros, obviamente incómodo—. Charla de chicas.

Parecía tan vulnerable en ese momento, que Emma quiso agarrarlo por el cuello y abrazarlo.

—Iré a buscar a Billy Joe y al Pequeño Peter —dijo bruscamente—. Métela dentro.

Con inquietud, Emma empujó a Fanny hacia el oscuro salón.

—¿De qué va todo esto?

Fanny se negó a sentarse. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Desmond cree que estoy flirteando con Jeff.

—¿No lo estás haciendo?

—¿Y qué si lo estoy?

—¿Adónde esperas que te lleve? —Fanny frunció los labios—. ¿Qué quieres de Jeff?

—Nada —replicó la chica—. Sólo me estoy divirtiendo. Él también.

—Ese tipo de diversión suele llevar a cosas para las que no estás preparada.

—¿Cómo vas a saberlo? El único pretendiente que has tenido es Terence. Él no sabría cómo coquetear con un poste. Y... y Desmond ni siquiera te besa. Sólo te da un pico en la mejilla.

Emma reprimió el impulso de tocarse el punto de la mejilla que parecía marcado por los labios de Desmond Sanders.

—¿Cómo sabes eso?

—Billy Joe me dijo que Desmond te picotea amablemente en la mejilla todas las mañanas. Bueno, yo no quiero que me picoteen educadamente en la mejilla. Quiero más de la vida. No lo entenderías, Emma, pero no quiero ser una solter... eh, no quiero ser como tú.

El corazón de Emma se estremeció con el golpe. Le había fallado a Fanny. El problema de David, ella podía solucionarlo con dinero. Todo lo que quería era ir a la escuela.

Pero Fanny. Fanny sufría como toda niña: ser mayor, ser guapa, atraer los ojos de todo joven apuesto. Emma lo entendía demasiado bien. Pensó en decirle a Fanny hasta qué punto. Pero no lo hizo. Eso era algo que contaría sólo si tenía la seguridad de que la ayudaría. Sólo si, al contarlo, podía evitar que Fanny cometiera el mismo error.

—Escucha a Desmond —le aconsejó—. Él lo entiende. ¿No crees que una vez tuvo la edad de Jeff? ¿No crees que las chicas flirtearon con él?

—Claro que lo hacían, pero ahora él ha crecido. Los adultos olvidan cómo era ser joven y estar enamorado.

Emma aspiró una profunda corriente de aire mohoso del salón. Atrajo a Fanny hacia ella, con un esfuerzo muy parecido al que Dustin había hecho con ella unas noches antes.

—No, no lo hacen, cariño. Los adultos no olvidan. Pero a veces se arrepienten. Queremos que no te arrepientas, eso es todo.



A medida que se acercaba el baile del sábado, la ansiedad de Emma se convertía en pánico. No estaba preocupada por la gente del pueblo. Como le dijo a Desmond, ella tenía la intención de

pelear con ellos. Y pretendía ganar.

Pero, ¿merecía ganar? Fanny, Jeff y el baile del sábado por la noche se convirtieron en una pesadilla que la atormentaba día y noche. Podía repetirse lo de hace un año: Emma y Dustin y un baile el sábado por la noche. Sólo había sido eso, y mira cómo le había arruinado la vida. ¿Repetiría Fanny su error de hacía un año? Si se le diera la oportunidad, seguramente.

Emma lo habría cancelado de buena gana, salvo que el problema con Jeff no había surgido hasta que todos se habían entusiasmado con el baile. Cancelarlo ahora probablemente haría más mal que bien.

El viernes por la mañana todo el mundo en la Casa Travis podía pensar en el próximo baile y en los preparativos necesarios para llevarlo a cabo.

Al menos eso era lo que Emma pensaba que estaba en la mente de todos. A pesar de las admoniciones de ella y de Desmond, Fanny estaba bastante radiante y no podía hablar de otra cosa. David había invitado al maestro de escuela y a su esposa, que al principio habían desaprobado el acontecimiento con tanto vigor que David también lo denunció. Por alguna razón, los Holden habían decidido asistir; para mirarles por encima del hombro, supuso Emma.

Sugar se dedicó a preparar la comida como si estuviera preparando un banquete de boda. Incluso los niños pequeños, cuando el viernes por la mañana corrieron al granero a buscar el caballo de Dustin, hablaban del baile.

—Espero que Gloria Danforth pueda venir —decía Billy Joe—. Me gustaría bailar con ella.

—Tú no sabes bailar —decía el Pequeño Peter.

Dustin y Emma estaban en la puerta de la cocina mirándoles y sonriendo. Dustin no había dejado de darle besos de despedida desde su enfrentamiento con Fanny, pero después de eso, mandó a los pequeños al granero de madrugada a buscar su caballo, por la obvia razón de tener

un momento a solas con Emma. Los ocasionales «Ajá, qué caballero es el señor» de Sugar nunca parecieron molestarle.

El viernes por la mañana, como ya se había convertido en un ritual, cuando Emma le entregó la cubeta del almuerzo, se inclinó para besarle la mejilla. Pero falló. Sus labios rozaron tierna, rápida pero apasionadamente los de ella. Sus ojos buscaron los de ella, y ella supo que había leído más conmoción que pasión en su rostro.

Pero la pasión estaba allí. Independientemente de la solterona por la que Fanny la tomaba, Emma sabía la verdad. En su interior ardía un núcleo de pura pasión, listo para saltar, feroz como una pantera del bosque, y estaba decidida a contenerlo.

Porque su pasión era por Desmond Sanders. Desmond Sanders, que se parecía tanto a su hermano, que ella temblaba sólo de pensar en él besándola, abrazándola, amándola. Desmond Sanders, que le recordaba a Dustin de maneras infinitas.

Como su postura la noche que se apoyó contra la pared, intentando hacer entrar en razón a Fanny. Emma le había echado un vistazo y había visto a Dustin apoyado en el portal de su salón la noche del baile. Su pulso se había acelerado.

Ella sabía que Desmond bailaría como Dustin. De alguna manera, tal vez por la forma en que se alejaba de la casa con los niños pequeños a cuestas. De algún modo sabía que bailar con Desmond Sanders le parecería lo mismo que bailar con su hermano. Y ella temía el baile.

Lo temía más de lo que nadie podría imaginar. Lo temía por Fanny, pero en cierto sentido le daba la bienvenida al problema con Fanny, porque si algo podía hacer Fanny era apartar su mente de aquel otro baile, tan lejano, tan fresco en su memoria... y en su corazón.

La mañana del viernes Emma la pasó en el salón. Primero descolgó las pesadas cortinas de terciopelo, las sujetó con alfileres al tendedero y sacudió el polvo acumulado durante un año. Dejándolas al aire, quitó el polvo de los muebles, moviendo el sofá y las sillas hasta apoyarlas en las paredes, con las mesitas entre ellas y encerando el centro del suelo. Dependiendo de cuánta

gente se presentara, utilizarían el salón, el vestíbulo y parte del comedor para bailar.

La banda estaba formada por un leñador llamado Waldo tocaba un violín y Joe Don, de la herrería, que tocaba un arpa judía. Ellos ocuparía una esquina del salón. La mesa de refrescos estarían en el extremo opuesto del comedor. Por supuesto, habría que reorganizar los muebles del comedor en el último momento.

Sugar pulió la plata y lavó la gran ponchera de cristal, y a petición de Emma aceptó la tarea de vigilar la mesa de servir para evitar que los invitados echaran el ponche.

Invitados o familia. Al pensarlo, Emma escondió el jerez que utilizaban con moderación para el syllabub[1] navideño, bajo su propio colchón.

Había salido a la parte de atrás para recoger las cortinas del tendedero cuando Desmond llegó cabalgando por el sendero. Verle le encendió el corazón. Ella sonrió, levantó una mano en señal de saludo, y él le devolvió la sonrisa.

Por un momento se perdieron en la magia de verse inesperadamente. Él sacó las riendas, se bajó de la silla y se acercó, tirando de las riendas tras de sí.

—¿Está haciendo novillos, Sr. Sanders? —bromeó ella.

Él sonrió de oreja a oreja, sin siquiera pretender ocultar su entusiasmo.

—Vamos, quiero enseñarte algo.

—¿Qué?

—Coge tu gorro y ven. —Le recorrió las faldas—. Traeré la carreta... a menos que quieras cambiarte y montar a caballo.

—¿Adónde vamos?

—Mejor que te cambies —decidió—. Te ensillaré un caballo.

—Pero Desmond, tengo...

Cogiéndola del brazo, la empujó hacia el porche trasero.

—Cámbiate. El tiempo apremia.

Para cuando ella se puso el hábito y las botas de montar, un viejo traje que había pertenecido a su madre en tiempos remotos y lo lucía, Dustin había ensillado su yegua y rogado un almuerzo adicional a Sugar.

No le dijo adónde se dirigían hasta que hubieron cabalgado fuera del pueblo.

—A tu propiedad —le dijo.

—¿Mi propiedad? No teníamos que cabalgar. Podríamos haber ido andando.

—Hay una forma mejor de llegar a la parte que quiero enseñarte.

—Bueno, si está en llamas, probablemente deberíamos llamar a la carreta de los bomberos —ella dijo finalmente, cuando él se puso y mantuvo un paso galopante.

Él echó la rienda, sonrió tímidamente y guiñó un ojo.

—Lo siento. Estoy acostumbrado a viajar solo.

Después aminoraron la marcha y comenzó a explicarse.

—He comprobado tus tierras madereras y he hablado con algunos hombres. Te mostraré lo que he encontrado.

—¿Has hecho todo eso... esta semana?

—Encaja en mi agenda. He estado comprobando los puestos de madera de toda la zona.

—¿Cómo has sabido cuáles son los míos?

—He pasado buena parte de mi tiempo últimamente en Lufkin, en el juzgado, revisando escrituras. Comparándolas con los recibos de los aserraderos. Esta mañana recibí una respuesta de un telegrama que envié a mí... eh... —Hizo una pausa y volvió a formular—. De unas

personas que están trabajando conmigo en esto en Orange.

—¿L&M?

—Sí.

El día era cálido y ella cabalgaba a su lado, cada vez más consciente de su presencia, de su cercanía. Cabalgaban lo suficientemente cerca como para que ella casi pudiera acercarse y tocarlo. No lo hizo.

Pero pensó en ello.

Un par de kilómetros más adelante, Dustin se detuvo en un rodal de pinos y frondosas. Se trataba de un bosque virgen con pinos que se alzaban de cien a doscientos pies de altura, algunos de ellos de un de metro y medio. Y maderas duras: encina, roble rojo, nogal.

Tirando de la rienda, Dustin desmontó y ayudó a Emma a apearse de su montura lateral. Sus anchas manos se detuvieron un momento en su cintura, bañándola de sensaciones febriles. Ella pensó que podría besarla, pero no lo hizo.

Sin embargo, sus ojos brillaron con picardía cuando enganchó las riendas de ambos y la cogió de la mano, conduciéndola al bosque.

En lugar de estar cubierto de maleza, el suelo bajo los árboles estaba despejado salvo por hojas y agujas de pino en descomposición y aquí y allá una rama caída. Sus pasos crujían entre las agujas de pino, haciendo el único sonido identificable excepto su respiración y el suave roce de sus ropas cuando caminaban cerca el uno del otro.

Perfumado con cornejo y madreselva, el aire quieto zumbaba como con vida invisible. Se sintió como si caminara por un país de las maravillas. Cuando ella lo dijo, Dustin arrancó una ramita de cornejo.

—Lo es.

—¿Qué?

—Un país de las maravillas. —Le quitó la cofia de la cabeza y se acomodó el racimo de flores detrás de la oreja. Ella se estremeció al sentir las yemas de sus dedos en la sien y esperó que él no se hubiera dado cuenta.

De repente se sintió como si fueran las dos únicas personas del mundo. Apple Springs parecía a menudo aislado, rodeado por el bosque, como lo estaba. Sin forma de ver por encima, a través o más allá de los imponentes árboles, al menos podían ver calles y edificios y carruajes: cosas hechas por el hombre en un mundo hecho por el hombre.

Aquí todo era como había sido desde el principio de los tiempos. El principio, cuando sólo existían el bosque y los animales...

Su corazón latía con fuerza

...y dos personas.

Dos personas, solas, en todo el mundo. En lugar de asustarse, se sintió de algún modo en paz. Como si hubiera dejado atrás sus preocupaciones en el mundo civilizado, sus indiscreciones pasadas, sus preocupaciones presentes y futuras. Aquí el tiempo se detuvo; aquí sólo estaban ellos dos. Dos personas solas en el mundo.

Emma y Desmond.

—...tomar sólo una franja de los pinos para enviar a David a la escuela —decía—. A la mayoría de los leñadores no les va a gustar, pero es lo mejor para la tierra a largo plazo. Deja la madera dura y el sotobosque, lo que hay de él. Es más trabajo así, pero si perturba lo menos posible, los pinos pueden resembrar.

Pasearon por el bosque cogidos de la mano, mientras él le explicaba. Los pinos se alzaban muy por encima, tapando el cielo.

—He localizado al propietario de un aserradero cercano. Hasta que llegue el ferrocarril, ése

será el camino a seguir. Ahorrarás en transporte. Estoy buscando un leñador honesto que acepte llevarse sólo los pinos y cuidar del resto.

—¿Hay suficiente madera, entonces?

—Más que suficiente. Suficiente para ayudar a enviar a cada uno de los niños a la escuela por turnos. Incluso a Fanny, si quiere ir.

—¿Fanny? —Emma no había pensado en enviar a Fanny a la escuela.

—¿Por qué no?

Se volvió, sobresaltada. No tanto por la idea de que Fanny fuera a la escuela, sino de que aquel hombre lo hubiera sugerido. Y lo decía en serio, se dio cuenta cuando le miró a los ojos.

—Hay muchas cosas que una chica puede estudiar hoy en día —argumentó—. Podría ser una forma de mantenerla alejada de los problemas hasta que crezca un poco más. Envíala a una escuela de chicas.

—Y cuando ella acabe tendrá una oportunidad en la vida.

—Sí. Una oportunidad de conseguir un marido respetable.

De repente ya no hablaban de Fanny. De repente sus palabras llevaban matices de preocupaciones más profundas y personales.

Se acercaron lentamente, sin apartar los ojos del rostro del otro. Sus labios se encontraron, enviando una sacudida a través de ellos, no muy distinta a la de un rayo agrietando una rama de pino, uniéndolos, labios, brazos, cuerpos. Aferrándose como la madreselva, envolviéndose, buscando, hasta que de repente se unieron como una pieza de un rompecabezas encajada en el lugar justo contra otra, la única otra contra la que podría encajar.

Mientras se besaban, sus labios abiertos y receptivos, sus lenguas saboreándose y tentándose, sus cuerpos se apretaban, moldeándose, separados por capas de ropa.

—Emma, Emma, Dios mío, he soñado con abrazarte así... sueños diurnos... sueños nocturnos... —Los labios de Dustin mordisqueaban su cara, como si quisieran cubrir de besos cada centímetro de ella. Sus manos recorrieron su espina dorsal, sujetándola contra él, apretándola más, olvidándose hasta que fue demasiado tarde de ir despacio, de no apretar su excitado cuerpo contra ella.

Pero ella no se apartó. En lugar de eso, se acercó más, disparando estelas de urgencia por su cuerpo.

Antes de que ella se diera cuenta, él le había quitado la cofia e incluso la chaqueta, tirándolas al suelo. Luego le desabrochó la camisa.

Emma tiró también de su camisa, liberando la cola de sus pantalones, pasando las manos por debajo, sintiendo su piel suave y acalorada, los estremecimientos que su tacto provocaba.

Y de repente eso no fue suficiente. Con movimientos frenéticos le ayudó a despojarse de la camisa. Él la tiró a un lado y luego la atrajo hacia su pecho. Ella sintió el latido de su corazón contra su cara, olió el almizclado y celestial aroma de él. Mezclado con la fragancia del bosque la dejó embriagada, mareada. Le pasó las manos por los costados, por la espalda, deleitándose con su temblorosa reacción.

Cuando sus labios reclamaron su pecho, liberado de su nido de muselina, deseó estar vestida de encaje. Por primera vez en su vida, deseó haberse rociado con perfume y haberse vestido de seda... para él. Y entonces se perdió en la urgencia del momento, empujando su pecho contra su boca, presionando sus caderas descaradamente contra las de él, sintiendo su excitación, sintiéndola y queriendo más, mucho más.

Aspiró su embriagadora fragancia, sabiendo que siempre la asociaría con el olor de la madreselva. Si vivía cien años, pensaría en Emma y en la madreselva y en este gran bosque primigenio en un mismo aliento.

Sus bocas se cerraron una vez más. La cogió en brazos y la colocó sobre el suelo del

bosque con su camisa como protección contra las agujas de pino. Inclinado sobre ella, sus ojos absorbieron la belleza del momento, del entorno, de esta mujer.

Esta mujer tan especial.

Pero cuando el cuerpo de Emma se hundió en el mullido lecho de agujas de pino, su cerebro se rebeló. En lugar de agujas de pino crepitando bajo ella, oyó heno. De repente estaba de nuevo en el granero... hacía un año. De repente, ese hombre apuesto y apasionado que la miraba fijamente no era Desmond, sino Dustin, su hermano.

De repente estaba a punto de volver a cometer el mismo error. Erguida como un rayo, le sacudió la barbilla con la cabeza. Él dio un salto hacia atrás. En lugar de levantarse, se apretó la cara y se sentó en el suelo del bosque, llorando entre las manos.

—¿Emma? —Cuando intentó abrazarla, ella se apartó—. ¿Qué ocurre?

—No puedo.

Su corazón aún latía al ritmo de la pasión. Le dolía el cuerpo; su voz se debilitaba por ello.

—¿No puedes?

Emma sollozó entre sus manos ahuecadas.

Confundido, él le apartó las manos.

—¿Qué pasa, Emma, amor?

—No me llames así.

Él la miró cohibido, preguntándose qué había hecho.

—¿He ido demasiado rápido? —Maldita sea, había intentado contenerse. Pero ella había estado ansiosa, tan ansiosa.

—No eres tú. —Sus sollozos se intensificaron, emborronando sus palabras—. Soy yo. Soy como Fanny.

—¿Fanny? —Por supuesto. Fanny.

—Estoy muy preocupada por ella, y aquí estoy haciendo exactamente lo que temo que haga.

—Esto es diferente.

—¿Cómo?

—Fanny es una niña. Tú eres una mujer. Puedes tomar tus propias decisiones.

—Soy... miserable.

Le acarició la parte superior de la cabeza.

—Emma, no. Eres... eres buena... muy buena.

—No lo soy —respondió ella entre resoplidos—. No me conoces, Desmond. No sabes...

—Sh...sh... Emma. Si se trata de... eh, mi hermano, lo siento. Sé que él no quería herirte así. Odio lo que... lo que Dustin te hizo.

—No lo entiendes. Si supieras la verdad, me culparías a mí.

—Emma, amor, no te sometas a esta tortura. No lo hagas. —La angustia le quitó el deseo —. Deja que se acabe.

—Nunca se acabará. Cada vez que te miro, lo veo a él. Cada vez que me tocas. Cada vez que...

—No lo hagas, Emma. —Dustin se sentó sobre sus talones, meciéndose lentamente, sintiéndose más inútil con cada recuerdo de aquella noche en el granero. La observaba, con su angustia en aumento. Ella seguía secándose lágrimas y más lágrimas de los ojos. Ya no sollozaba, pero un río interminable de lágrimas rodaba por sus mejillas. Se contuvo de estirar la mano para apartarlas. Maldita sea, se merecía perderla. Sin embargo, no podía soportar la idea.

Se pasó una palma por la cara.

—No creo que pueda hacer mucho al respecto, ¿verdad?

Ella frunció el ceño, interrogante.

—Ves a mi gemelo cada vez que me miras —explicó él.

—No es que quiera que vuelva, Desmond. Es que le odio. Cuando te beso, es a ti a quien beso. Es sólo que... —Volvió a enterrar la cara entre las manos—. Oh, Desmond, no puedo hacerte el amor. Ya he hecho el amor con tu hermano.

Pasado lo peor, Emma sintió que su necesidad de llorar se calmaba. Cuando Dustin la alcanzó, dejó que la estrechara contra su pecho.

—Lo siento, Desmond. Lo siento mucho. También fue culpa mía. Yo era como Fanny. Estaba mareada por el enamoramiento, intrigada por las gloriosas sensaciones que sentía mi cuerpo.

—Sh, lo sé, amor. Lo sé.

—Pero si lo hubiera sabido... Si hubiera sabido que algún día llegarías tú después de que yo lo hubiera arruinado... todo, entonces no lo habría hecho. Seguramente no habría...

—Sh, amor, sh. Déjame decir algo. Escúchame. —Su mano acercó la cabeza de ella a su dolorido corazón. Se tomó su tiempo, sin atreverse a mirarla a los ojos cuando finalmente dijo—: No me molesta que... que tú y... eh, Dustin hayáis hecho el amor. —Ella se retorció en sus brazos, pero él la estrechó fuertemente contra él—. Ahora que te conozco, sin embargo, probablemente dispararía a ese hermano mío si tan siquiera te besara la mano.

Capítulo 9

El sábado transcurrió en un torbellino de actividad, que Emma agradeció para alejar su mente de sus sentimientos por Desmond, y de la escena que se desarrolló cuando llegaron a la casa al anochecer de la noche anterior.

Su esperanza de que de algún modo pudieran regresar antes de la hora de la cena no se hizo realidad. Para cuando subieron la colina, la luz de las lámparas rociaba las ventanas abiertas del comedor. Siguió los pasos de Dustin hasta la barra de enganche trasera con voces femeninas parloteando en la noche quieta.

Ardilla se sumó a la bienvenida, ladrando como para llamar a los muertos.

Dustin ayudó a Emma a bajar de la silla de montar.

—Sh, amigo, no llames a las tropas. —Sus manos agarraron su cintura. Besó sus labios, suavemente, apasionadamente, como si tuvieran todo el tiempo del mundo—. Vamos, enfrentémonos a las murmuraciones.

—No. Yo entraré primero. Tú monta los caballos. Será más fácil... separados.

Vio cómo su mirada se desviaba hacia la casa.

—No era mi intención que volvieras tan tarde, Emma. Lo siento...

—No pasa nada. —Ella se dirigió hacia la casa—. Te veré dentro. —La cena ya estaba en marcha cuando Emma entró en la cocina, se colocó el pelo en su sitio y se encontró con la

mirada cómplice de Sugar. Sintió que se ponía escarlata. Sin embargo, antes de que ninguna de las dos pudiera hablar Billy Joe y El Pequeño Peter irrumpieron en la habitación.

—¿Dónde está el señor Sanders?

—¿Dónde está el señor?

Sugar hizo girar a cada uno de los chicos y les golpeó el trasero con una gracia desarrollada a través de años de práctica.

—Volved a la mesa, los dos.

—Quiero ver al señor.

Sugar le guiñó un ojo a Emma.

—Sospecho que el señor vendrá enseguida. Volved a vuestra cena.

Emma quiso preguntar a quién iba a enfrentarse en el comedor, pero Sugar no le dio tiempo.

—Usted también, señorita. Y levanta la cabeza como si no tuvieras de qué avergonzarte, que no es así.

Esa opinión, descubrió pronto Emma, no la tenían todos. Terence se levantó de su silla en la cabecera de la mesa. Cuando Emma se encontró con su mirada, casi se dio la vuelta y echó a correr.

—Hemos estado muy preocupados, Emma.

Sonrió, saludó con la cabeza a los demás presentes; por suerte, sólo Betty, Cynthia y Jimmie Sue, aparte de la familia, venían a ver a Desmond, pensó. No confiaba en su voz. La mayoría de sus sentidos estaban atentos a la puerta trasera, esperando su entrada en cualquier momento.

—¿Dónde has estado, Emma? ¿No sabes que las bestias salvajes...?

—Toma asiento, Terence. Y pásame el venado, por favor.

Terence cumplió con un resoplido. Emma se centró en su plato e hizo ademán de comer, mientras las chicas volvían a su charla, que Emma apenas oía. Se armó de valor para mantener la calma y no sentirse afectada, mientras escuchaba cómo se abría la puerta trasera.

No lo hizo. Sin embargo, el carro maderero entró en breve, y ella se dio cuenta de que las niñas no habían venido a ver a Desmond después de todo, sino a conocer al nuevo pretendiente de Fanny. Al primer ruido de la carreta, se levantaron de un salto, prácticamente derribándose unas a otras en sus esfuerzos por ver cuál podía llegar antes a la cocina.

—Ayudaremos a Sugar —explicó Fanny sin necesidad.

Los niños la siguieron, dejando a Emma sola en la mesa con Terence. Se produjo un silencio incómodo. Emma picoteaba su budín de pan.

—Esas chicas —se quejó Terence—. Hacen más ruido que una bandada de codornices. Se pasaron toda la cena soltando risitas.

Emma no respondió. No sabía qué decir, y no habría confiado en su voz si lo hubiera hecho. Las voces de los hombres llenaron la cocina. Emma reconoció la de Desmond entre ellas.

Terence miró hacia la cocina y luego de nuevo a Emma. Tirando la servilleta en el plato, se levantó y cruzó hacia la cocina. Emma lo siguió con creciente inquietud.

Observó cómo Sugar y las chicas servían a los leñadores. Vio a Billy Joe y al Pequeño Peter: cada uno reclamaba una de las piernas de Desmond. Se quedó en la puerta trasera, incapaz de moverse.

—¿Dónde has estado con mi prometida? —preguntó Terence.

Emma observó cómo Desmond se concentraba en liberarse de los chicos.

—Salimos a ver unos pinos.

—¿Pinos? Demonios, hay muchos pinos aquí mismo. No me gusta que conviertas a Emma en el centro de las habladurías y…

—Terence, nunca convertiría a Emma en el centro de las habladurías.

Emma se interpuso entre ellos.

—Eran negocios… —se defendió, y luego se detuvo. Aunque era parcialmente cierto, la media mentira se le atascó en la garganta. Sus ojos encontraron los de Desmond. El brillo de sus ojos era cualquier cosa menos de negocios.

—La próxima vez acude a mí —advirtió Terence—. Yo me ocupo de los asuntos de Emma. —La condujo por un firme apretón a través del comedor hasta el vestíbulo. Cuando intentó tirar de ella hacia el porche, ella se resistió.

—Buenas noches, Terence.

—¿Buenas noches? ¿Es eso todo lo que consigo, después de...?

—Es tarde, Terence, y...

—No me digas lo tarde que es. Tú eres la que ha estado hundiendo tu reputación, que ambos sabemos que no era demasiado buena para empezar. —Sacudió la cabeza como si fuera incapaz de creer su conducta—. ¿En qué estabas pensando, yéndote al campo con... —haciendo una pausa, Terence sacudió la barbilla hacia la casa—, ...con ese... ese... leñador?

Emma se resistió a defender a Desmond Sanders. Ambos sabían que no era un leñador. Ella no tuvo que recordárselo a Terence; su significado estaba claro.

—Cabalgamos para ver mi propiedad, Terence.

—¿El terreno para nuestra casa? ¿Qué asunto es...?

—Hemos visto algunos de los terrenos madereros.

—¿Terrenos madereros? —Terence la atravesó—. ¿Quieres decir que el ferrocarril podría

pasar por tus tierras?

La idea era nueva para Emma, nueva y conveniente. En lugar de mentir descaradamente, se encogió de hombros como si dijera que tal vez.

—Haré un duro trato con L&M…

—Realmente debo entrar, Terence. Tenemos mucho trabajo que hacer antes de mañana.

Sus cejas se alzaron una muesca. Ella podía leerle la mente. Si había tanto trabajo por hacer, ¿por qué había ido a cabalgar con Desmond Sanders? Pero no lo dijo, sino que se opuso al baile.

—Estoy en contra, Emma. Lo sabes.

—Lo sé.

—Pero estaré aquí. —Alargó la mano para besarla en los labios, un acto que le pareció especialmente vil desde esta tarde. Ella no se apartó. ¡Pero cómo quería hacerlo!

—No puedo tener a esos malditos leñadores bailando con mi prometida.

No mencionó el hecho de que era su prometida sólo en su propia imaginación, que nunca había aceptado casarse con él según sus condiciones. De repente supo que se alegraba de que Terence estuviera en el baile. Podría bailar con él, en lugar de con «ese leñador», como él llamaba a Desmond Sanders, y no se sentiría tentada. Dividiendo su tiempo entre Terence y Fanny, quizás incluso podría evitar pensar en aquel baile de hacía un año. Un acontecimiento que ahora podía arruinar sus posibilidades con Desmond.

Eso no era todo, por supuesto. Por muy tentador que fuera fingir que Desmond había venido para quedarse, en realidad sólo era un huésped temporal en la Casa Travis. Temporal. Cuando terminara su trabajo de exploración del ferrocarril, se iría.

Como su hermano antes que él. Pero esta vez sería diferente. Otro Sanders no le rompería

el corazón. Ella no lo permitiría.

El sábado amaneció soleado y caluroso. Victor Haslett estaba trasladando obras, así que los leñadores tenían el día libre. Sin embargo, por el trabajo que debían hacer alrededor de la Casa Travis, Emma dudaba que sintieran que habían tenido un día libre.

—Vosotras, las mujeres, ocupaos del interior —le dijo Dustin después del desayuno—. Dejad el exterior para nosotros los hombres. —Con eso puso a los muchachos -David, Billy Joe y el Pequeño Peter- a trabajar limpiando el patio y despejando un lugar para ensartar una cuerda de enganche entre varios árboles al norte de la casa.

Como no había preguntado qué trabajos quería que se hicieran fuera, Emma se preguntaba de vez en cuando qué les ponía a hacer a los leñadores. Al oír martillear en la entrada, salió al porche para ver a Waldo reparando las contraventanas. Al oír picar, se acercó a una ventana lateral para ver a Calder recortando los setos demasiado crecidos. Y cuando Emma se dio cuenta de repente de que Fanny había acabado de fregar el vestíbulo y había desaparecido, la encontró ayudando a Jeff a escardar el camino y a podar los rosales.

—Fanny —llamó Emma—. Hora de sacar los refrescos. —Vio cómo Fanny la ignoraba, vio que Jeff decía algo, tras lo cual Fanny vino corriendo a la casa y ayudó a hornear galletas de jengibre y patatas fritas de melaza, y a preparar sándwiches de pepino fresco con más entusiasmo del que la niña había mostrado por la cocina en todos sus años.

En lugar de aliviar a Emma, esta nueva Fanny adulta aumentó su ansiedad. No perdía de vista a Jeff por las ventanas, y les pilló a él y a Dustin en una conversación seria. Pero tenía pocas esperanzas de que nada de lo que cualquiera de ellos dijera a Jeff o a Fanny apartara a

estos dos jóvenes ansiosos del desastroso rumbo que parecían empeñados en seguir.

Sugar hizo una sustanciosa sopa de maíz para el almuerzo. Cuando Emma salió por la puerta principal para llamar a los hombres, se encontró con otra sorpresa. Se quedó de pie, con la boca entreabierta, mirando de hombre en hombre, y finalmente se fijó en Dustin, que estaba de pie, con las manos en las caderas, en medio del patio.

—Ven aquí, Emma. Echa un vistazo.

Ella salió cautelosamente del porche y cruzó el patio sin permitirse volver la vista hacia la casa. Cuando se encontró cara a cara con él, Dustin la giró por los hombros. Ella permaneció de pie, silenciosa y quieta, sin apenas respirar.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Observó cómo Waldo, Calder y Jeff aplicaban una capa de cal a las paredes desgastadas de la Casa Travis. Sus ojos se llenaron de lágrimas y seguía sin encontrar palabras. Sus manos se llevaron a la boca, como para ayudarla a hablar.

—¿No te gusta?

—¿De dónde has sacado la cal?

—¿Eso es todo lo que puedes decir?

—¿De dónde has sacado la cal?

Se volvió entonces hacia él, queriendo echarle los brazos al cuello de la peor manera, viendo en sus ojos que sabía lo que estaba pensando, que él también lo quería.

—Me encanta —susurró—. Terence siempre dice...

—No metas a Terence en esto, Emma. —Sus labios se fruncieron. Sus ojos penetraron hasta el núcleo tierno y anhelante de ella.

—Esto no tiene nada que ver con Terence.

Pero sí lo tenía, pensó Emma, profundamente afectada por el hecho de que Desmond Sanders hubiera pensado en encalar su casa, una casa que según Terence estaba demasiado destartalada para molestarse en ella, demasiado vieja para vivir en ella. Por primera vez en lo que le pareció una eternidad, estaba deseando que Terence llegara a la Casa Travis. Quería estar en el porche y saludarle. Quería verle subir por el paseo, contemplar la casa, reconocer lo grandiosa que era en realidad.

—Probablemente no podamos acabarlo todo hoy —dijo Dustin—. Pero terminaremos la fachada y el lado por donde llegará la gente.

Y lo hicieron. A duras penas. Después de una apresurada cena de hachís de carne en conserva y galletas, los hombres, aún con sus ropas manchadas de cal, volvieron a colocar las sillas y la mesa contra la pared del comedor y se fueron a bañar al arroyo. Fanny desapareció sin molestarse en ayudar a limpiar la cocina, pero Emma no se preocupó. Estaba arriba acicalándose. Ojalá pudiera encerrar a la chica lunática en su habitación hasta que creciera. O al menos hasta que terminara el baile.



Emma se probó tres vestidos antes de admitir que no tenía elección sobre qué ponerse. El vestido verde bosque que se había puesto aquella espantosa noche en que Dustin había llegado a la Casa Travis era el único vestido de fiesta que tenía, aparte del vestido amarillo ranúnculo que había cogido para Fanny.

Aunque Emma había perdido algo de peso en el último año, el vestido verde aún le quedaba bien. Al mirarse en el espejo, palideció ante el profundo escote. Hacía un año que no se ponía un vestido de corte tan bajo. ¿Qué pensaría Terence?

¿Qué pensaría Desmond? Nada, se reprendió. Absolutamente nada. Era su hermano quien la había visto con este vestido... y prácticamente sin él.

Apresuradamente, se cepilló el pelo hasta que brilló, y luego sujetó su masa de rizos rebeldes a la parte superior de la cabeza con una cinta verde.

Cada pocos minutos miraba por la ventana, que daba a la calle. Quería ver la reacción de Terence ante la casa. De repente, eso se convirtió en algo más importante que cualquier otra cosa. Atemperó su preocupación por Fanny y Jeff; atenuó su angustia por llevar «el vestido de Dustin», como había llegado a pensar de este vestido. Ahora se alegraba de no haber llegado a quemarlo, cosa que se había prometido hacer.

Waldo y Joe Don ya habían llegado y estaban calentando para cuando Emma vio acercarse a Terence desde el final de la calle. Ella se colocó un último pasador en el pelo y salió corriendo por la puerta. En la cabecera de la escalera chocó con Dustin.

Asombrada por su virilidad, por su camisa blanca impecable, sus vaqueros frescos y su chaleco de cuero, por su rostro liso y bien afeitado, olvidó momentáneamente a Terence. Se calentó bajo la sensual mirada de Dustin. Cuando él se llevó sus dedos a los labios, ella supo que la sentía temblar.

Finalmente, consiguió recobrar el sentido.

—Vamos —le instó con una amplia sonrisa. Arrastrándole voluntariamente tras ella por la escalera, salió corriendo por la puerta principal y se detuvo bruscamente en el porche.

Dustin se detuvo a su lado, intentando aún dominar sus emociones al verla con el vestido con el que había soñado durante más de un año. ¿Por qué se lo había puesto?

La vio abrazarse al pilar cercano, con una sonrisa tan grande como Texas en los labios. Siguiendo su mirada, su deseo se agrió al ver a Terence, que se acercaba a la casa, evidentemente sumido en sus pensamientos.

—¿Una fiesta de bienvenida? ¿Para Terence? —Provocada la ira de Dustin, se dio la vuelta para volver a entrar, pero Emma le cogió del brazo.

—Observa su expresión cuando vea la casa.

Su mano quemó un anillo alrededor de su brazo.

—No pinté esta maldita casa para él, Emma. La pinté para ti.

—Lo sé. —Observaron a Terence atravesar la puerta. Un paso. Dos. Entonces salió de su estupor. Deteniéndose a medio paso, se quedó boquiabierto.

Con los ojos fijos en Terence, Emma habló en voz baja.

—Siempre me está diciendo lo vieja y fea que es esta casa. Cómo no merece la pena salvarla. Ahora verá la verdad.

Dustin la sintió temblar a su lado, oyó el triunfo en su voz. Al girarse vio el júbilo en su rostro y nunca en su vida había deseado tanto besarla. Besarla hasta que se olvidara de que existía un banquero llamado Terence Larson. Besarla y abrazarla y amarla...

...¿amarla? ¿O hacer el amor con ella?

Mientras Dustin aún se hacía a la idea de la situación, Terence se acercó.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

—Desmond y los leñadores encalaron la casa.

—Ya lo veo —ladró Terence—. ¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó Emma.

Dustin oyó su confusión.

—¿Por qué? —repitió Terence con más vehemencia—. Ahora puedes ver que tenía razón. Es preciosa. —Dustin la oyó rogar a Terence que aceptara, que aprobara.

—Un poco de cal no altera el hecho de que no merece la pena vivir en esta casa. —Terence volvió los ojos furiosos hacia Dustin—. Has perdido el tiempo, Sanders.

Dustin quería salir del porche y darle un puñetazo en la nariz a Terence Larson. Lo deseaba de la peor manera. Pero no lo hizo. Ni siquiera le preguntó a Terence cuánto tiempo había perdido últimamente en el lugar... ni siquiera le dijo que se fuera al infierno.

En lugar de eso se encogió de hombros.

—A Emma le gusta. —Dicho esto, volvió a entrar.

El baile transcurrió sin problemas. Vino tanta gente del pueblo que Emma pronto perdió la cuenta. David se había apostado en el vestíbulo con una caja de puros para cobrar los veinticinco céntimos de la entrada.

Dos veces durante la velada, Emma vio a Desmond sacar el dinero y llevarlo discretamente escaleras arriba, como habían acordado que haría.

Incluso los Holden acabaron disfrutando. El señor Holden demostró ser muy bueno en la pista de baile. Hizo girar a su esposa al son estridente de los músicos aficionados y una vez le dijo a Emma:

—Mi abuelo solía hablar de asistir a bailes en esta vieja casa.

Otros habitantes del pueblo afirmaron lo mismo.

—El lugar parece maravilloso, Emma.

—Tenía que venir. Hacía años que no bailaba en este salón.

—Solía ser la primera casa del país. Y tus padres eran tan buenos.

El corazón de Emma se hinchó de orgullo. Volverá a serlo. Y por primera vez desde que murió su madre, creyó que podría hacer realidad ese sueño.

Bueno, parte de él, pensó, sintiéndose incómoda y desfallecida cada vez que sus ojos se

encontraban con los de Desmond. Se parecía tanto a Dustin que la dejaba sin aliento.

¿O era Desmond quien la dejaba sin aliento? ¿Desmond, que hacía que su pulso palpitara con fuerza? ¿Desmond, que había devuelto a su corazón la esperanza e incluso la agitación de la alegría? Desmond, que la acariciaba con los ojos desde el otro lado de la habitación, haciéndole el amor, como lo había hecho su hermano, aquella fatídica noche hacía un año.

Terence quería bailar todos los bailes, y ella cumplía en su mayor parte, sabiendo que si estaba en sus brazos, no tendría la tentación de ir con Desmond. Él no la ignoraba, pero mantenía las distancias, normalmente a lo largo o ancho de la habitación.

Pero saber que estaba aquí, captar su mirada de vez en cuando, reavivaba las emociones desbocadas que ella había sentido con su hermano, le recordaba aquella noche con tanta fuerza, que una vez se sintió segura de que él también lo sabía. Desde el principio le había costado separar a los dos hombres en su mente. Esta noche sólo aumentó su confusión.

Pero su mayor temor no se había hecho realidad, ni tampoco su mayor deseo, pues al fin y al cabo eran uno y el mismo que Desmond bailara con ella. No lo hizo.

Bailó con Betty y Cynthia y Jimmie Sue, cada una por turno y una vez. Ella lo contó. Incluso bailó con Anna Holden. Una vez.

La mayor parte del tiempo, él se apoyaba en el marco de la puerta y trataba de ignorarla, o eso se imaginaba ella. De vez en cuando le veía hablando con Billy Joe y el Pequeño Peter, antes de que Sugar les echara a la cama. Más tarde, lo sorprendió a él y a los dos chiquillos sentados en las escaleras en una especie de discusión que, obviamente, estaba diseñada para enviarlos de buena gana de nuevo a la cama, pues después los chiquillos desaparecieron.

Jeff y Fanny actuaron con tal decoro que Emma dejó de preocuparse por ellos. Aun así, no los perdía de vista, y cada vez que veía abrirse la puerta delantera o la trasera, observaba para ver quién salía.

Tendría que preguntarle a Desmond qué le había dicho a Jeff, porque Desmond había producido este milagro, Emma estaba segura. Igual que había producido los otros milagros que tenían lugar esta noche.

Cuando terminó el baile, se quedó en la puerta sabiendo que Desmond se había ocupado de la mayoría de sus preocupaciones; incluso había engrasado las bisagras de las puertas mosquiteras. Estrechó la mano de cada invitado que se marchaba, aceptando los elogios, invitando a todos y cada uno a venir de nuevo. Se sorprendió a sí misma repitiendo los elogios de Desmond a la cocina de Sugar; se preguntó si podrían instalar una segunda mesa de comedor en el vestíbulo. Tal vez recuperarían la práctica de su madre de celebrar dos cenas los fines de semana.

Terence fue el último en marcharse, como Emma esperaba -y temía-. Intentó guiarla hacia el columpio que estaba apartado entre las sombras de las enredaderas de madreselva. En lugar de eso, ella se dejó caer sin ceremonias en una de las mecedoras. Le oyó resoplar. Estirando las piernas, amoldó la espalda al respaldo de la silla y se meció.

Terence estaba de pie frente a ella, haciendo girar su sombrero en unas manos torpes.

—Bueno, tendré que admitir que ha funcionado mejor de lo que me temía.

—Mejor de lo que soñaba.

—La gente no pareció echártelo en cara.

—He conseguido bastantes negocios esta noche.

Terence movía inquieto sus pies, todavía haciendo girar su sombrero.

—Sí. Incluso el maestro de escuela y su esposa parecieron disfrutar.

—Sí, me sorprendieron. Actuaban como personas normales.

—Tal vez esto fue algo bueno después de todo, Emma. Tal vez ahora no te importe dejar ir

a David... y a los otros…

—¿Dejarlos ir? —Como ocurría a menudo, no acababa de entender a Terence.

—Ahora que has visto la verdad —añadió.

—¿Qué verdad?

—Que el pueblo tiene en cuenta tus intereses. La cantidad de gente del pueblo que se ha presentado esta noche debería demostrarlo.

—¿Qué tiene eso que ver con dejar que los niños vayan a casas de acogida?

—Nada, supongo. Sólo pensé que te facilitaría ver la verdad. Hay gente condenadamente buena en Apple Springs, Emma. Serán buenos hogares de acogida...

Emma se puso en pie de un salto.

—No lo entiendes, Terence. Esta noche ha sido el principio de algo maravilloso. No el final. Esta noche demostré que puedo hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Sacar adelante la Casa Travis. Sacar adelante a los niños.

—Emma, no seas ridícula. Fue un solo baile. Un baile no cambia tu estado financiero. Una docena de bailes no lo harán. —Agarrándola de los brazos, la tiró bruscamente contra él—. No más de lo que blanquear una casa la hace habitable.

Más tarde Emma se sintió realmente orgullosa de la forma en que se controló. No gritó. No le abofeteó la cara. Ni siquiera le insultó con todas las palabras perversas que le vinieron a la mente. En lugar de eso, se retiró firmemente de su abrazo y le dijo en voz baja:

—Creo que será mejor que te vayas, Terence.

Su rostro se hundió, sus labios descendieron. Ella retrocedió un paso.

—Ahora, Terence.

—Pero...

—Buenas noches. —Llegando a la puerta mosquitera, ella la agarró con ambas manos, permaneciendo inmóvil, escuchando como sus pasos cruzaban el porche, pausados. Cuando ella no se movió para detenerlo, él finalmente pisó el sendero. Ella no se imaginó su abatimiento, sino el propio sendero. Por primera vez en casi un año estaba pulcramente recortado y libre de malas hierbas. Gracias a Desmond Sanders, que había puesto a trabajar a los leñadores, a David y a los niños, e incluso a Fanny.

Desmond Sanders que caminaría por ese mismo sendero uno de estos días, como había hecho su hermano. Caminaría por ese sendero y saldría de su vida.

La tristeza de ello era abrumadora, pero ella sabía que él ya le había dado algo que nunca podría haber encontrado sin él: la fuerza y la voluntad de librar sus propias batallas... de luchar y ganar.

Dentro se habían apagado todas las luces y ella cruzó a tientas el vestíbulo. Mañana pondrían orden y cambiarían los muebles.

—Emma. —La voz de Dustin surgió de la oscuridad, sobresaltándola. Se detuvo al pie de la escalera. Girando la cabeza, lo vio de pie en la puerta del salón.

Tenues rayos de luz de luna se colaban por la puerta de mosquitera, resplandeciendo en el suelo de pino. Desde el salón, detrás de él, la luz de la luna se colaba por las ventanas cuyas cortinas no se habían corrido contra el atardecer. Se colocó entre las dos tenues fuentes de luz, apoyado contra el marco de la puerta, como ella le había visto hacer antes, como Dustin había hecho aquella noche.

—Ven aquí —le hizo señas.

Ella vaciló, con un pie en el último escalón. El corazón le latía con fuerza.

Se sorprendió a sí misma diciendo:

—No bailaste conmigo.

—Lo sé. Ven aquí.

Ella dio un par de pasos hacia él, luego volvió a dudar. Él le tendió una mano, como si quisiera ayudarla a aprender a andar. Ella puso sus dedos en la palma firme de él. Él apretó el agarre y tiró de ella hacia él paso a paso, vacilante, hasta que estuvieron juntos.

Muy despacio, perezosamente incluso, se apartó de la pared, se enderezó hasta alcanzar su estatura completa, sosteniéndola en su mirada todo el tiempo.

Ella sintió que se le aceleraba el pulso. Pero no habría podido apartar sus ojos de los de él aunque hubiera querido. Y ciertamente no quería. Quería retenerle así, en su vista y en su corazón, para siempre.

Con un tirón adicional la atrajo hasta una posición de baile, apretando una mano en la parte baja de su espalda.

—¿Me concede este baile, señorita Jones?

El miedo persiguió al deseo por sus venas. No podía bailar con él. Si bailaba con él, sería como antes. Si bailaba con él, perdería su corazón...

¿Y qué más? Si bailaba con él no podría negarle nada. Ella sería suya: suya para bailar y... y para usarla... y para dejarla. Ella no podía bailar con él.

Pero tampoco podía alejarse.

—No hay música —ofreció ella débilmente.

—Tararearé.

La extraña sugerencia le hizo sonreír. En el soplo de un segundo él estaba haciéndola girar por el salón. Chocaron contra el sofá. Ella le pisó el dedo del pie.

—Lo siento —dijo ella.

—Es un vals —explicó él—. Oh.

Tarareando la melodía de «Moonlight in the Pines», él los maniobró en largas zancadas deslizantes alrededor del sofá, entre dos sillas, entrando y saliendo entre los muebles. Su respiración se hizo fuerte y rápida. Finalmente su cerebro se despejó.

—Los muebles vuelven a estar en su sitio.

—David y Jeff ayudaron.

Ella miró de un lado a otro en la casi oscuridad.

—Están en la cama —dijo—. Todos. Metidos sanos y salvos.

Él se detuvo, pero ella tardó un momento en darse cuenta. Ella tropezó contra él. Él la abrazó firmemente, apretándolos por el centro. Se miraron fijamente, respirando con dificultad, los dos.

Finalmente la soltó, y en un instante sus manos estaban ahuecando su cara. Sus labios descendieron, reclamando los de ella, húmedos y desesperados. Tras un beso duro y húmedo, levantó la cara.

—Maldita sea, Emma, tenía tantas ganas de bailar contigo esta noche. Ese vestido me volvió loco... y tus ojos... y tu pelo... —Mientras hablaba, sus manos tantearon su pelo, le quitaron el moño y las horquillas de acero, dejándolos caer al suelo. Al soltárselas, el pelo de ella cayó sobre sus manos. Pasó sus dedos por él, trayendo grandes puñados alrededor, enterrando su cara en él, inhalando su aroma limpio y dulce.

—Y esto, Emma, he querido hacerlo... desde siempre, parece.

Ella se quedó de pie, incapaz de responder. Su corazón latía tan deprisa que pensó que podría desbocarse. Se sentía débil y al mismo tiempo restablecida y llena de vida.

De repente estaban besándose de nuevo. Él la acercó, la amoldó a él y ella lo permitió, desvergonzada, deseándole de un modo agudo que cerraba todo otro pensamiento, incluso los pensamientos de aquel otro tiempo, de aquel otro hombre. Estaba aquí... en los brazos de Desmond... con sus labios en los suyos, sus manos recorriendo su cuerpo, ahuecando sus pechos, invocando sueños que había creído que se irían a la tumba sin darse cuenta. Si pudiera tenerle sólo por esta noche, entonces esta noche la aprovecharía para saborearla.

—No sientes esto por Terence, ¿verdad? —murmuró contra su cuello, más una súplica que una pregunta—. Di que no, Emma. Por favor, di que no.

—No lo hago —susurró ella. Sus dedos rozaron su pelo, tirando de su cara hacia su cuello. Ella sintió sus pechos endureciéndose de anticipación—. Nunca me había sentido así antes... no por nadie más. Nunca. —Y en ese momento supo que era verdad.

—¡BIEN!

La voz de Fanny atravesó sus nebulosos cerebros, separándolos como una cuchilla lo haría con un trozo de carne. Girándose, se enfrentaron a la esbelta figura que se perfilaba en el umbral de la puerta. Tenía las manos posadas definidamente en las caderas, ciñéndose el camisón a la cintura.

—¡Mírate! Después de regañarnos a Jeff y a mí, te escabulles y haces exactamente lo que nos predicas que no hagamos. —Fanny se arremolinó y corrió hacia las escaleras.

—Fanny. —Emma fue tras ella—. Espera, Fanny.

—Yo me encargo de esto. —Dustin pasó corriendo junto a Emma, subió las escaleras de dos en dos y corrió por el pasillo. Abrió de golpe la puerta de la habitación de Jeff, justo cuando se cerraba detrás de Fanny.

Jeff, para darle crédito, estaba de pie en calzoncillos largos, con la cara hecha un cuadro de confusión.

—Yo no...

—Lo sé. —Dustin se arremolinó en la habitación, sacando la manta y las sábanas de la cama de Jeff, añadiendo la almohada al montón, y luego arrojando el fardo a los brazos de Jeff —. Al granero.

—Pero...

—Al granero.

—No puedes hacer esto —gritó Fanny.

—Puedo y lo estoy haciendo. —Señaló la puerta—. Fuera, Jeff. Ahora.

Jeff se dirigió hacia la puerta, pero Fanny le agarró del brazo. La expresión atormentada del chico lo decía todo: se sentía atrapado.

—No tienes derecho a hacer esto —le espetó Fanny.

—Tal vez no, pero lo estoy haciendo. Ahora vete a tu habitación. Y si llegas a poner un pie fuera de tu puerta antes de mañana, colgaré personalmente a Jeff por los talones y lo despellejaré vivo y te haré mirar.

Jeff se puso blanco. Fanny montó en cólera.

—Estás enfadado porque os pillé a ti y a Emma. Bueno, sólo estábamos haciendo lo que tú has estado haciendo.

—No, no lo estabais haciendo. Hemos estado controlando nuestro... nuestro... —Dustin respiró hondo, incapaz de dar con un término que no fuera demasiado crudo para los oídos de Fanny, o demasiado crudo para describir lo que sentía por Emma—. Hemos estado actuando como adultos. Y puedo decirte esto, jovencita, es jodidamente duro. Porque independientemente de lo que pienses sobre la vejez, la pasión y... las cosas mejoran. Estáis al principio de vuestra vida, y no tengo intención de dejaros... —miró a Jeff que estaba de pie con la cabeza roja baja—,

...a ninguno de los dos, cometer un error del que os arrepentiréis el resto de vuestras vidas. Ahora, fuera.

Se fueron. Jeff se deslizó escaleras abajo y salió por la puerta. Fanny se dirigió a su habitación. Dio un portazo y Dustin empezó a preguntarse qué daño le había hecho diciéndole esas cosas. No había tenido intención de estallar de esa manera, pero maldita sea si no se había enfadado lo suficiente como para ponerla de rodillas.

En el pasillo miró a ambos lados, alcanzando a ver las faldas de Emma mientras desaparecían en su habitación. Sin detenerse a meditar la decisión, recorrió el pasillo y llamó a la puerta de ella.

Emma estaba de espaldas a la puerta cuando él se acercó. Se sobresaltó al oírle llamar, aunque sabía que estaba allí. Su corazón se aceleró. Sólo podía pensar en el daño que su indiscreción le haría a Fanny. Fanny no atendería a razones, no que ella tuviera alguna que dar. ¿Cómo podía explicarle a Fanny el amor y la pasión, cuando ni ella misma los entendía?

Dustin volvió a golpear. Haciendo acopio de ingenio, Emma abrió la puerta. Se quedó allí de pie, respirando con dificultad, mirando fijamente el espacio donde de algún modo había sabido que estarían los ojos de ella. Tenía un brazo apoyado sobre la cabeza; su mano agarraba la parte superior del revestimiento de la puerta. Su expresión era de total desconcierto. Sus ojos buscaban los de ella, ella lo sabía, en busca de respuestas al dilema. Su voz era casi ronca. Y sus palabras fueron lo último que ella esperaba oír de sus labios.

—Cásate conmigo, Emma. Es la única forma de que tengamos algo de paz en este maldito lugar.

Capítulo 10

¿Casarte conmigo Emma? ¿Qué clase de maldita idea estúpida era ésa? ¿Qué demonios se había apoderado de él? Le gustaría achacarlo a aquel revelador vestido verde que había llamado a los recuerdos y a la pasión.

Dustin dio vueltas en la cama el resto de la noche, pero para cuando el pequeño gallo Bantam de Emma cantó el domingo por la mañana, aún no se había hecho a la idea de su comportamiento irracional.

Se preguntó cómo se lo estaría tomando Emma. Se había sobresaltado con su inesperada proposición. Él se había dado cuenta. Su boca se había quedado abierta y sus ojos se habían vuelto redondos. Luego, ella dijo en voz muy baja:

—Buenas noches, Desmond. —Y cerró la puerta.

Buenas noches, Desmond, con una voz tan ronca que le hizo un nudo en la garganta sólo de recordarlo... y un dolor en la ingle.

Ella no había respondido a su propuesta de matrimonio, pero él no había esperado que lo hiciera. Demonios, él no había esperado proponerle matrimonio.

Aunque todavía lo ignoraba, Emma Jones ni siquiera sabía quién se le había declarado anoche. Y cuando lo supiera...

Aquel baile había sido un puro infierno de principio a fin. Pero, ¿cómo podía esperar otra

cosa? ¿Dónde demonios había estado su cerebro cuando sugirió que Emma organizara un baile? Una vez más maldijo su método relámpago de hacerse cargo y tomar decisiones.

Después del desastre del año pasado, debería haber sabido que un baile no resolvería sus problemas. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Y cuáles demonios eran sus problemas? ¿Aparte de sus propias mentiras tontas?

Al instante le vino a la mente Terence Larson. Pero sabía que era porque su cerebro estaba lleno de Emma bailando por el salón en brazos del banquero. Donde él sabía que ella pertenecía.

Se le ocurrió que si su relación con Terence podía perturbarse, de todos modos no había sido del todo buena. Terence sería un padre lamentable para esos niños.

¿Y él no? Era la broma del siglo: Dustin Sanders, padre de una chica coqueta de quince años, de un chico que podría ser el genio que el pueblo reclamaba; y de dos chiquillos que, aunque te robaban el corazón y te llevaban de vuelta a tu propia juventud, con toda probabilidad crecerían tan desagradables como su hermano mayor.

¿A quién quería engañar? Haría falta un hombre más sabio de lo que él sería jamás para hacer de padre de esos niños. Y la sabiduría era una cosa que Dustin no poseía.

Ya lo había demostrado, dada la forma en que había tratado a Emma en el pasado. No sólo le había causado un año de dolor, huyendo de esa manera, sino que, una vez que regresó, había trabajado horas extras poniendo su mundo patas arriba. Y por encima de todo, le mintió. Le mintió descaradamente, cuando siempre se empeñaba en decir la verdad.

Y no una mentira cualquiera. Ésta era una mentira increíble. Esta mentira la preparó para otro dolor aún más profundo. ¿Por qué demonios no se había mantenido alejado de su vida?

El baile había sido una tontería. Él lo había sabido, en el momento en que se encontró con Emma en la cabecera de la escalera. Una mirada a ella con aquel vestido verde, y sólo pudo pensar en quitárselo. Entonces ella lo había arrastrado escaleras abajo, toda excitada y llena de

vinagre. No había tardado mucho en descubrir que su excitación no era por él, sino por ese maldito banquero.

Mientras veía cómo Terence rechazaba el valor de su casa recién encalada, Dustin la había observado. Había querido darle un puñetazo en la nariz a Terence por su rechazo. Al mismo tiempo, se sintió aliviado de que Terence no intentara ocultar sus verdaderos colores.

Al ver a Emma de pie en el porche, herida y vulnerable, a Dustin le había costado mucho no tomarla en sus brazos allí mismo. Así que se largó, dejándola a solas con Terence, contando los minutos que faltaban para que empezara la música, para poder cogerla en brazos y hacerla girar sobre el suelo del baile sin arruinar su reputación.

Pero cuando empezó la música, estaban de pie en extremos opuestos del salón. En el instante en que le llamó la atención, supo que un baile en sus brazos sería el golpe final a su reputación en esta ciudad. La abrazaría demasiado -no podría contenerse- y la miraría a los ojos. Y todos los entrometidos presentes serían capaces de leer lo que allí estaba escrito.

Así que se miraron a través de la multitud, mientras los recuerdos entraban y salían entre los bailarines como humo de una hoguera enroscándose en un cielo nocturno -recuerdos de aquella otra vez, a la vez conmovedores y malvados, malvados no por su forma de hacer el amor, sino por las acciones de él después.

Había dicho la verdad cuando le contó la razón por la que suponía que Dustin había huido de ella. La había agraviado sin proponérselo, sin saber que lo había hecho.

¡Maldita sea si él no había sido un ignorante! Llegó aquí con todos sus bonitos recuerdos sólo para descubrir que Emma tenía los suyos propios. Unos recuerdos que estaban empañados, y eran negros y feos, y él era el culpable.

Ahora había ido y le había tendido una trampa para que la hirieran de nuevo. Y esta vez por todo lo alto.

Y maldita sea su alma perversa, si, tumbado aquí en la cama bajo el propio techo de ella, sabiéndose el mentiroso más ofensivo, le pareció la mejor idea que había tenido nunca. Lo triste era que podría haber funcionado. Si se hubiera quedado para despedirse hace un año, podría haber funcionado. Si no le hubiera mentido, pretendiendo ser alguien distinto al canalla que ella despreciaba, podría haber funcionado.

Pero él había hecho todas esas cosas. Y ahora había cometido la peor ofensa de todas. Puso a Emma en situación de volver a ser herida. En cuanto descubriera que él era ese mentiroso e hijo de puta de Dustin Sanders, lo echaría a patadas, quisiera ella o no. No es que no se lo mereciera. Seguramente lo merecía. Pero Emma no.

Para cuando Dustin se afeitó y se vistió, sabía que lo peor aún estaba por llegar. Tenía que bajar las escaleras, entrar en la cocina y enfrentarse a Emma. ¿Qué demonios le diría? ¿Qué diría ella?

Emma estaba de espaldas a la escalera, removiendo huevos en una sartén, mientras Sugar, la única otra persona en la habitación, batía una tanda de masa para panqueques. Dustin entró en la cocina, deseando que el suelo cayera bajo sus pies.

Pero no fue así. Al oír sus pasos, Emma miró por encima del hombro. Tenía los ojos redondos, mucho más redondos de lo que él los había visto nunca, y rodeados de negro. Intentó leer su expresión, pero no pudo.

No estaba enfadada. Pero en lugar de la respuesta que él había esperado ver plasmada en su rostro, vio en su lugar preguntas.

—Emma...

Ella le silenció con un movimiento de cabeza, volviéndose hacia los huevos. Él se quedó quieto, observándola, casi sin respirar. Finalmente ella volvió a mirarle.

—Emma, yo...

De nuevo, ella sacudió la cabeza.

—No digas nada. Simplemente... no digas nada. —Volvió a los huevos. Él la observó revolverlos.

El corazón le latía deprisa. Quería cruzar la habitación, cogerla en brazos y...

¿Y qué, Sanders? ¿Qué? ¿Alimentarla con más mentiras?

La voz de Sugar finalmente penetró la niebla sombría en la que Dustin se encontraba ahogado.

—Parece agotado, señor. Menudo baile ha debido de ser. Venga aquí y sírvase una taza de café.

Como si se estuvieran recuperando de un ataque de parálisis, Emma y Dustin se movieron a la vez. Él sirvió el café. Cuando ella volvió a mirarle, fue con una sonrisa, igual que todas las mañanas de la semana pasada.

—¿Quieres un poco? —le preguntó, tendiéndole la taza.

—Más tarde. Siéntate. Los huevos están hechos. Sugar está acabando los panqueques.

Casi como siempre, Dustin ocupó su sitio. Emma puso ante él un plato de huevos y bacon frito. Sugar trajo una pila de panqueques.

—Quizá los chicos y yo deberíamos cazar un cerdo esta semana.

—Buena idea —dijo Emma—. Si aparece para cenar la mitad de la gente que dijo que lo haría, nos vendrían bien unos jamones grandes.

—Y tocino —añadió Sugar—. El tocino casi se ha acabado. —Las últimas palabras de Sugar se perdieron entre los pasos en las escaleras.

Fanny. Dustin llevaba aquí sólo una semana, pero ya reconocía la forma individual de cada persona de bajar las escaleras por la mañana. Se preguntó si Emma, al oírle antes, habría sentido

la misma inquietud que él sentía ahora, al saber que tenía que enfrentarse a Fanny.

Inadvertidamente, miró a Emma en el momento en que Fanny entró en la cocina. Emma se encogió de hombros. Pudo ver una mezcla de ansiedad y diversión en su expresión. Juntos, miraron a Fanny. Luego parpadeó para volver a concentrarse.

Vestida con un modesto vestido -obviamente no nuevo, Fanny tenía el aspecto de una joven a punto de convertirse en mujer. Llevaba el pelo recogido con un moño en la nuca, y su rostro limpio mostraba la primera sonrisa sin afectación que Dustin había visto en ella. Su primer pensamiento fue que ése debía de ser el aspecto de Emma a los quince años.

Miró hacia atrás para ver la expresión sorprendida de Emma. ¿Crecería Fanny para ser tan hermosa como su hermana?

Fanny se deslizó hasta su sitio en la mesa.

—Sr. Sanders...

Dustin hizo una doble toma al oír eso, pero los ojos de Fanny no contenían ningún engaño.

Incapaz... o temeroso... de hablar, Dustin asintió para que ella continuara.

—¿Estaría bien si Jeff viene a la iglesia con nosotros?

¿A la iglesia? ¿El domingo? Una mirada le dijo que Emma estaba tan sorprendida por la idea de ir a la iglesia esta mañana como él.

Pero fueron. Todos, caminando como antes. Excepto que esta vez, Emma y él caminaban uno al lado del otro, con el Pequeño Peter entre ellos, por supuesto, con una mano en la boca chupándose el dedo y la otra aferrándose a Dustin para salvar su vida. Billy Joe caminaba al otro lado de Dustin, agarrándole también de la mano. Se habían aferrado a él como una enredadera de madreselva a un viejo pino, y le costaba no disfrutarlo.

Él también les haría daño, con sus mentiras y travesuras. Esta vez, cuando abandonara

Apple Springs, haría daño a mucha gente, no sólo a una dulce e inocente chica.

Mujer, corrigió su cuerpo.

Por delante de ellos caminaban Fanny y Jeff, hablando con más facilidad cuanto más avanzaban. Al principio se habían quedado atrás, pues así podían cogerse de la mano e intercambiar miradas.

—Vosotros dos caminad delante —les había dicho Emma a Fanny y Jeff—. Las cortas piernas de los chicos nos retrasarán.

Aunque las miradas que intercambiaron Fanny y Jeff revelaron que comprendían el verdadero motivo de la petición de Emma, siguieron adelante sin decir palabra.

Aparte de un «Buenos días» murmurado, Jeff no había emitido un sonido en toda la mañana, pero su rostro rojo remolacha delataba su vergüenza. Dustin admiró al chico por haber acudido a la iglesia a pesar de la incómoda situación. Dudaba que él hubiera sido lo bastante hombre para hacerlo.

Desde luego, no había sido lo bastante hombre para hacer frente a sus otras responsabilidades. Llegaron a la iglesia, y la visión de Terence borró de su mente sus propias indiscreciones por el momento.

Terence, que permanecía expectante en la escalinata de la iglesia. Terence, a quien Dustin querría dar un puñetazo en la nariz y echar de la vida de Emma.

Terence, que se llevaría a Emma, dejando a Dustin ahogado en sus propias decepciones, incapaz siquiera de reclamar la mano de aquella mujer.

Pero que le maldigan si pensaba volver a sentarse detrás de ellos este domingo.



Emma estuvo todo el camino a la iglesia pensando en lo que haría si Terence estuviera allí. Después de lo de anoche, ¿se atrevía a sentarse con él? No quería, pero si Terence la cogía del brazo, ¿qué debía hacer? ¿Qué haría Desmond? ¿Permitiría que Terence la acompañara a la iglesia, se sentara a su lado, mientras...

No se sorprendió al ver a Terence de pie en los escalones. Se habría sorprendido si no lo hubiera estado. No es que Terence fuera excesivamente religioso, no lo era. Pero en Apple Springs, el hijo del banquero asistía a la iglesia todos los domingos y durante la semana de avivamiento de verano, todos los días. En Apple Springs asistir a la iglesia era una necesidad social y de negocios.

Terence estaba de pie junto al reverendo, sin duda discutiendo alguna cena para recaudar fondos, o cómo redimir a la caída señorita Jones.

El reverendo habló primero.

—Emma, ésta es una grata sorpresa. Me alegra ver que estás haciendo un esfuerzo por asistir a los servicios con más regularidad.

—Especialmente después de la noche que debes haber tenido —añadió Martha Callicott—. Quiero decir, el baile.

Emma se erizó. Oyó a Desmond aclararse la garganta, pero antes de que pudiera hablar, Emma se adelantó por la puerta de la iglesia.

Terence tomó la delantera. Se encajonó entre el Pequeño Peter y Emma.

—Yo también me alegro de verte, Emma. —Esquivando a Dustin, cogió el brazo de Emma justo cuando entraba en la iglesia, sujetándolo con un apretón que emitía una advertencia: separarse requeriría una lucha... y crearía una escena que ninguno de ellos necesitaba. Tensa, dejó que él la condujera hacia el banco que habían compartido el domingo anterior. Apenas se

habían sentado, sin embargo, cuando vio que Desmond arrastraba a los niños por delante de ellos, ocupando el banco justo enfrente, obligando a Emma a mirarle fijamente durante todo el miserable servicio. No podía pensar en otra cosa que en el hombre que tenía delante: Desmond Sanders. Sentado junto a su familia.

El Pequeño Peter se acurrucó con la cabeza en el regazo de Desmond y se durmió, como el domingo anterior. Como antes, Desmond estiró el brazo a lo largo del respaldo del banco, donde ella tuvo que mirarlo... mirarlo y recordar... el brazo que la había abrazado sólo unas horas antes, el brazo que se había estirado por encima de su cabeza cuando le hizo su sorprendente proposición.

Su barítono ligeramente desafinado volvió durante los himnos, recordándole la forma en que tarareaba cuando bailaban en el salón a oscuras, y a ella se le calentó el cuerpo.

Por primera vez se permitió recordar el modo en que él se había hecho cargo de Fanny: la forma enérgica en que había expulsado a Jeff de la casa, evitando el desastre que ella había temido durante los últimos días. Aquí, en el aislamiento que le proporcionaba el servicio, las sacó de su memoria, sus palabras, una a una, las examinó y comprobó que eran ciertas. Estaban actuando como adultos, y era difícil, y él lo había dicho en voz alta, no jactancioso, sino suplicando a Fanny que no cometiera el mismo error que Emma había cometido con su hermano.

La otra parte, la de que la pasión mejoraba con la edad, la sobresaltó de verdad. No había sido su intención hacer una afirmación tan atrevida; ella lo sabía. No pudo evitar preguntarse si era cierto. La idea de que podría descubrir la verdad con este hombre totalmente abierto, completamente honesto, compasivo y apasionado hizo que su corazón latiera deprisa sólo de pensarlo.

Cierta o no, la afirmación había captado la atención de Fanny. Y probablemente también la de Jeff. Porque ellos dos estaban sentados en el banco con Desmond, al otro lado del Pequeño Peter, tan castos y correctos como cabía esperar de dos jóvenes que se sentían atraídos el uno por

el otro. Se tocaban sólo en momentos en que parecía accidental, como cuando sostenían juntos el himnario o cuando inclinaban la cabeza y sus codos sobresalían ligeramente, rozándose, demorándose, sin duda agradecidos por la afición del reverendo a las oraciones largas.

Pero la atención de Emma estaba, en su mayor parte, reservada al hombre que tenía delante. Estudió su cabeza, el pelo oscuro enroscado alrededor de su cuello, ni largo, ni corto. Sólo lo justo. Estudió la forma en que su chaleco de cuero negro se estiraba sobre unos músculos realzados por el trabajo duro. Su rostro…

Todas estas cosas las consideraba mientras estaba sentada junto a otro hombre en la casa de Dios. Pero había una cosa que no se atrevía a recordar: la sorprendente proposición de matrimonio de Desmond Sanders.

La había hecho tambalearse, casi le había arrancado el aire de los pulmones. Él no lo había dicho en serio, por supuesto. Había sido fruto del estrés y la ira y de unos anhelos carnales insatisfechos.

Ella lo sabía... en su cerebro. Pero su corazón le echó en cara a su cerebro que rechazara de plano sus intenciones. Habían sido espontáneas, sí, pero ¿acaso las acciones espontáneas no procedían de lo más profundo de una persona, donde residen las verdades?

En cuanto terminó la cena de aquel domingo por la tarde, había llamado a Jeff para que le acompañara, y los dos cabalgaron para ocuparse de lo que Desmond denominaba negocios.

Emma se quedó atrás con la casa llena de invitados y Terence, sintiéndose sola y abandonada. Y enfadada por ello.

Se reprendió a sí misma diciéndose que no estaba siendo razonable, que Desmond necesitaba tiempo para pensar, que no estaba preparada para discutir el sorprendente giro que había tomado su relación.

¿Por qué, no había sido ella la que se había resistido a hablar de ello esa misma mañana?

Él había entrado en la cocina, obviamente dispuesto a hablar.

¿Pero para retractarse? Ella lo había visto en su cara, lo había oído en su voz. Esa era la razón por la que ella se negaba a hablar de ello.

Con el tiempo hablarían. Después de todo, ¿no los había calificado de adultos? Eso significaba sensato, cuerdo, práctico... solitario.

Siempre volvía a eso. A la soledad. Había sido abandonada por un Sanders, y temía ser abandonada de nuevo. Lo temía hasta lo más profundo de su ser. Lo temía con cada latido de su corazón. Si él se iba...

Si él se iba...

Los Holden habían venido a cenar el domingo y se quedaron después de que se marcharan los demás comensales. A Emma no le sorprendió verlos, teniendo en cuenta cómo se lo habían pasado la noche anterior. Pero si pensaba que sus problemas con los Holden habían terminado en el baile, se equivocaba. Terence tenía razón. Un baile no cambiaba nada.

—Hemos traído algunos papeles para discutir con usted, señorita Jones —le dijo el maestro Holden. David permanecía estoicamente de pie junto al maestro y su esposa.

—¿Papeles?

—Papeles de adopción —explicó Anna Holden. Bien podría haber tirado un jarro de agua fría sobre la cabeza de Emma.

—El juez vendrá en una semana o dos —decía el señor Holden—. Si firmas los papeles antes de que llegue, el asunto podrá acelerarse y David no faltará a la escuela.

Emma estudió el rostro desafiante pero entrañable del hermano que casi había perdido. Aunque lo enviara a la escuela, ¿volvería a pertenecer de verdad a la familia? Ella lo dudaba.

—La adopción no será necesaria, señor Holden.

—Emma…— empezó David.

—El Sr. Sanders me ha ayudado a encontrar la forma de enviar a David a la escuela. Sin embargo, agradeceríamos cualquier ayuda que pudiera prestarnos, para que pueda estar listo para partir a San Agustín cuando llegue el momento. ¿Por qué no viene ahora al salón y discutiremos los costes y lo que necesitará llevar: libros, ropa, cosas así?

—¿Cuál es ese plan? —preguntó el maestro en su lugar.

—Si piensa ganar suficiente dinero alimentando a la gente del pueblo, no funcionará vargumentó Anna Holden—. Nunca podrá hacer…

—Disculpe, Sra. Holden. —Emma desvió su atención hacia el propio señor Holden—. He encontrado la forma de enviar a David a la escuela. Ahora, ¿nos ayudará con la matrícula? ¿O tendremos que pedir...?

—No se ponga nerviosa, señorita Jones —interrumpió el maestro—. Seguramente se dará cuenta de lo mucho que mi esposa ha planeado esto.

Emma miró a la abatida mujer, cuya boca estaba inclinada en U invertida y cuyos ojos negros brillaban con lágrimas. Emma estiró la mano para tocar el pelo de David. Sorprendentemente, él se quedó quieto para ello.

—Cualquiera querría a David como hijo, Sra. Holden, pero forma parte de nuestra familia. No podemos dejar que se vaya. No debería tener problemas para tener un hijo.

—Pero no uno con la inteligencia...

—Los niños necesitan amor, Sra. Holden, al menos tanto como educación. Muchos niños en este mundo no tienen a nadie que los quiera. —Miró a David—. Pero los de esta casa no están entre ellos.

Aunque Anna Holden estaba muy cerca de las lágrimas y el director de la escuela estaba enfadado, se marcharon con la promesa de proporcionar a Emma la ayuda que necesitara para

preparar a David para la escuela.

David se quedó atrás. Era el primer domingo que Emma recordaba que no clamaba por pasar el día con los Holden.

Pronto descubrió la razón. Los Holden no habían salido por la puerta del patio antes de que aflorara el escepticismo de David.

—¿Cómo, Emma? No has respondido a la pregunta del señor Holden. ¿Tienes intención de vender esta casa como dice Terence?

—Nunca —juró Emma. Estaban de pie en el porche. La brisa ya era cálida por el calor del verano. Las abejas zumbaban alrededor de la madreselva. Emma cruzó el porche y se sentó en el columpio, meciéndolo de un lado a otro con los talones hacia el suelo—. Ven aquí, David. Deja que te explique.

Aunque se negó a sentarse en el columpio, se encaramó a la barandilla del porche cercano.

—Nunca venderé esta casa. Es la casa que construyó nuestro abuelo. Entiendo que no veas el valor de ella en este momento…

—No soy ignorante, Emma. El señor Holden dice…

—Sé lo que dice el señor Holden. Por mucho que lo respete, Desmond tiene razón. Se necesita más que cerebro para dirigir este mundo. El sentido común y el conocimiento de dónde vienes, de adónde vas, juegan un gran papel en que una persona sea feliz o no.

—Eres dulce con él, ¿verdad?

—¿Dulce?

—Con Desmond Sanders.

—¿Dulce con él? —Emma se sintió flush. Dulce con él no empezaba a explicar lo que ella sentía por Desmond—. No... yo, eh, no sé cómo responder a eso, David. Ser dulce con alguien es

como tener un enamoramiento de niña. Eso no es...

—Fanny me contó lo de anoche.

Emma se balanceó, en silencio, resignada al sermón que seguramente le daría un niño que aún no veía a las chicas como algo más que una molestia...

—No tenía derecho a besarte de esa manera.

—¿En serio?

—Y no tenía derecho a decirle esas cosas a Fanny... ni a echar a Jeff de casa.

Emma estudió al joven serio.

—Le devolví el beso, David. Y Fanny... bueno, estoy segura de que Fanny no te lo contó todo. No podrías oponerte a que Desmond le enseñara lo que significa ser una jovencita responsable.

—Terence tiene razón.

—¿Terence?

—Está detrás de algo, Emma. Desmond Sanders busca algo de ti, de nosotros.

Emma frunció el ceño, curiosa por saber cómo el joven cerebro de David, tan inteligente como pretendía ser, había descifrado la relación entre ella y Desmond.

—¿Qué quiere, David? ¿Lo sabes? ¿Lo sabe Terence?

—Terence dijo que Desmond te está haciendo quedar como una cualquiera ante la gente del pueblo. El señor Holden dijo...

—Calla. Sólo cállate. —La desesperación de llegar alguna vez a este niño la abrumó. Se puso de pie—. No quiero saber lo que el señor Holden tiene que decir sobre algo de lo que no tiene información. Repito, ninguna información, David. El señor Holden es un hombre inteligente. Te está enseñando... ¿cómo lo llamó? ¿Pensamiento cualitativo? Bueno.., ¿no

significa eso que no haces juicios sin usar toda la información disponible? ¿Sin todos los hechos?

—Pero...

—El señor Holden estaba repitiendo chismes, David. —Ella se puso de pie—. Y está equivocado. Desmond Sanders no me ha hecho quedar como un vagabundo. Ha hecho que los entrometidos de esta ciudad parezcan buitres. —Se dirigió hacia la puerta, luego se volvió—. ¿No te interesa saber cómo pienso enviarte a la escuela?

Deslizándose de su percha en la barandilla del porche, David se encogió de hombros.

—La verdad es que no. El señor Holden dice que no puedes.



El cinismo de David tuvo un efecto bienvenido: evitó que Emma pasara el resto del domingo preocupada por Desmond y por lo que pudiera surgir de su relación. Varios habitantes del pueblo, entre ellos el reverendo y su entrometida esposa, vinieron a cenar. Sugar preparó pastel de carne, complementado con pan de maíz fresco y clabber. La Sra. Callicott no paraba de elogiar la comida.

—Imagínese, todo este tiempo ha tenido a esa maravillosa cocinera encerrada aquí arriba y ninguno de nosotros sabía nada de ella.

Emma quiso responder que nadie había subido a la colina para probar la cocina de Sugar hasta que llegó Desmond y despertó el interés del pueblo. Se preguntó cuántos habitantes del pueblo la consideraban una vagabunda, como dijo David.

Sin duda algunos lo hacían. Pero seguramente no todos en el pueblo la consideraban una mujer caída, ahora que había vuelto a alquilar a solteros. Uno de ellos, sin embargo, era tan

visible por el pueblo, tan abierto con su generosidad hacia ella y los niños. Tan vocal en defensa de ellos. Sí, ella podía ver de dónde podía hablar la gente que no conocía la verdad.

Después de cenar, se sentó en el porche, diciéndose a sí misma que no esperaba a Desmond. Necesitaba tiempo para pensar. Fanny estaba en su habitación, los chicos en la cama y David no había regresado de casa de los Holden, donde se huyó tras su anterior enfrentamiento.

Dustin la encontró allí, sentada tranquilamente en el columpio. Se detuvo en el último escalón, echó un vistazo y la vio. Su corazón empezó a acelerarse. Mil emociones diferentes cantaban por sus venas.

Pasión. Sí, todas sumaban pasión. Y culpa, remordimiento, desesperanza y ¿amor?

Una de las razones por las que llevó a Jeff con él en su viaje al campo fue para evitar que su cerebro diera vueltas a lo de anoche y a Emma, y a las implicaciones que sus precipitadas palabras tenían para ambos.

La otra razón, la obvia, por supuesto, era mantener a Jeff alejado de Fanny para que Emma tuviera hoy un poco de paz.

¿La había tenido? ¿Había sido su día tan solitario como el de él? Acomodándose junto a ella en el columpio, preguntó despreocupadamente, aunque con un nudo en la garganta.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Lo he pasado mejor.

Se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—Yo lo he tenido peor —añadió. Entonces, a instancias suyas, le contó su discusión con David, omitiendo la parte de la responsabilidad de Desmond en la imagen que el pueblo tenía de ella como una golfa.

Apoyó un brazo en el respaldo del columpio. Sus mangas de percal susurraban contra su

brazo.

—¿Quieres que hable con él?

—No serviría de nada. Después de que vendamos la madera y pueda ir a la escuela, quizá vea la realidad.

—¿La realidad? ¿Qué es eso, Emma?

—Que su familia le quiere. Y que no todos somos imbéciles.

Se mecieron un rato, en silencio. Dustin aspiró la fragancia de las vides de madreselva, la fragancia de Emma, la esencia de ella. Sus ojos buscaron los de ella en la penumbra.

—Tenemos que hablar de anoche…

Ella salió disparada del columpio tan rápido que casi lo derriba al suelo. Recuperando el equilibrio, encontró el equilibrio y la agarró por los hombros.

—¿Por qué no?

Ella se negó a mirarle.

—No estoy preparada.

Su voz era tan suave que él no pudo leer la emoción en ella. Tan suave que le produjo un nudo en la garganta.

—¿Preparada para qué?

Para oírte retractarte, pensó.

—Para discutirlo.

Sus manos viajaron por los brazos de ella hasta sus hombros. La sujetó allí, sus pulgares rasgueando de un lado a otro el cuello alto de su corpiño.

—¿Para discutir sobre mi propuesta de matrimonio?

—No estoy preparada para discutir nada.

—No veo que tengamos elección.

Apartándose, se volvió hacia él.

—De acuerdo, lo discutiremos. Soltaste una propuesta de matrimonio en el calor de la ira... y... y de la pasión. Haces eso a menudo, ya sabes.

—¿Hacer qué?

Ella evitó estudiadamente mirarle.

—Decir cosas que no quieres decir... sin pensar.

—Emma, no lo hagas.

—¿Que no haga qué? ¿No recordarte la tontería que dijiste anoche? ¿Que no te recuerde que deberías pensar antes de hablar?

La miró fijamente, con el corazón latiéndole con fuerza. ¿Ella lo sabía? ¿Cómo podía saberlo?

—¿Cómo sabes que no lo hice?

—¿No hiciste qué?

—Pensar antes de hablar.

Por primera vez, ella levantó la vista. La luz de la luna le tocó la cara, brillando en sus lágrimas, reflejándose en sus mejillas bruñidas, surcando sus labios.

—¿Lo hiciste?

Cerrando el espacio entre ellos, bajó la cara, reclamó sus labios, murmurando:

—Lo hice, Emma —lo último en su boca mientras ella abría los labios hacia él. Pero cuando él intentó acercarla más, ella se resistió.

Desesperadamente, Emma luchó contra su creciente pasión. No podía dejarse llevar así. Tenía que controlar sus emociones, como Desmond le dijo a Fanny, ambos tenían que hacerlo.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué me lo propusiste?

¿Por qué se declaró? Había meditado la pregunta todo el día y no había dado con una respuesta a su medida. Ciertamente no había cabalgado hasta Apple Springs hacía poco más de una semana con la intención de casarse con Emma Jones.

—No estoy seguro —respondió él con sinceridad.

Ella le miró fijamente. Él vio cómo sus labios se curvaban. Ella retrocedió un par de pasos más, chocando con la mecedora.

Cuando él alargó la mano para sostenerla, ella la esquivó.

—Si no sabes por qué, entonces no podemos hablar de ello, ¿verdad?

—Emma, espera... Escucha...

Ella abrió la puerta mosquitera y entró en el vestíbulo. El silencio hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Antes de que llegara Desmond Sanders, la puerta había chirriado por falta de atención... como todo lo demás en la Casa Travis, incluida ella misma.

Especialmente ella misma.

Capítulo 11

or qué? había preguntado Emma.

¿P ¿Por qué? se preguntó Dustin. ¿Por qué demonios se había declarado a Emma Jones?

A lo largo de la semana siguiente, Dustin meditó esa pregunta en detalle, desde todos los ángulos imaginables, considerando todas sus facetas y ramificaciones. Él y Emma bien podrían haber estado viviendo bajo techos separados, por todo lo que se veían el uno al otro. Dustin se levantaba temprano y salía sin desayunar, no regresando hasta bien entrada la noche, cuando entraba por la puerta trasera, se deslizaba por las escaleras y se metía en la cama.

¿Por qué? ¿Por qué había entrado tomando las riendas como un alce en celo? ¿Por qué le había propuesto matrimonio a Emma Jones cuando nunca había pensado seriamente en sentar la cabeza?

Se plantearon varias respuestas, ninguna de las cuales satisfaría a Emma, él lo sabía. ¿Podrían los matrimonios recientes en su familia haberle condicionado a pensar en el matrimonio? Podía imaginarse diciéndoselo a Emma.

¿O qué tal el hecho de que la Casa Travis le recordaba a su hogar? Echaba de menos a su familia. Echaba de menos los años en que todos ellos, pobres como ratones de iglesia, trabajaban y jugaban, felices sólo de estar juntos. Le gustaba estar con la familia de Emma. Aunque sabía que ella lo apreciaría, tenía la sensación de que no era lo que una mujer quería oír como motivo de una proposición de matrimonio.

Por supuesto, estaba el hecho innegable: quería a Emma Jones en su cama. Maldita sea si no la quería de la peor manera posible. ¿Había utilizado una proposición para conseguir ese fin? Él sabía que eso era lo que Emma pensaba. Prácticamente lo había dicho.

Y esa era la razón por la que se mantenía alejado de ella. No quería que ella pensara eso de él. Eso no. Una vez que ella supiera la verdad sobre su identidad, seguro que odiaría verle. Pero no quería que pensara que se le había declarado sólo para acostarse con ella.

Él sabía lo que ella quería oír. Lo mismo que toda mujer quería oír de su futuro esposo. Pero ésa era una mentira que ni siquiera él tenía el corazón tan negro como para decir. Así que se mantuvo alejado.

A decir verdad, había descuidado el trabajo que le trajo a la ciudad. Era hora de resolver el robo de madera y salir de la vida de Emma antes de causarle más problemas.

Pasó horas examinando los tickets del aserradero, tomando notas. Dos veces telegrafió a Desmond para pedirle información, que utilizó para cotejar con los registros del juzgado del condado en Lufkin.

Aprendió dos cosas: Había más formas de robar madera que de robar ganado. Y era más fácil escapar sin dejar pruebas: La madera podía desviarse a los aserraderos equivocados, o los ladrones podían cortar más madera de la que exigía un contrato y enviar la extra a otro aserradero.

La segunda cosa que Dustin aprendió pronto fue que el ladrón de madera de L&M podía ser casi cualquier tipo con el que se cruzara en el camino. Había tantos sinvergüenzas vagando por este bosque como formas de robarle la madera.

El martes por la tarde Dustin recordó su promesa de traer carne fresca para la Casa Travis. También recordó que había prometido llevar a los niños pequeños. Ahora las circunstancias se lo impedían. Ahora sabía que cuanta más distancia pusiera entre él y esos niños, mejor llevarían todos las cosas, una vez que él se marchara.

Salió temprano esa tarde y cazó un ciervo de buen tamaño de camino a casa. Llevándolo, desangrado y eviscerado, de vuelta a la casa al anochecer, procedió a descuartizarlo en un estante que lavó cuidadosamente en el granero, no deseando llamar a Emma o a los niños, haciendo alboroto en la cocina. Fue entonces cuando descubrió que había estado tan metido en sus propios problemas que había descuidado a los demás. No había tenido la intención de que Jeff durmiera en el granero para siempre.

Cuando Jeff tropezó, con los ojos somnolientos, a la luz de la linterna de Dustin, éste se puso en marcha, maldiciendo de inmediato su pernicioso cerebro.

Había pensado que era Emma. Esperaba que fuera Emma. Pero la esperanza subió y bajó en cuestión de segundos. Tras lo cual, Dustin reprendió a su perverso corazón. No quería verla, argumentó. No debería querer. Pero lo que no daría por verla una sola vez.

Jeff se frotó un puño en los ojos.

—¿Qué demonios pasa?

—Carne para la mesa.

—¿Por qué no cortas esa cosa en la cocina?

—¿Por qué no te metes en tus malditos asuntos?

Jeff se quedó en silencio. Dustin trabajaba sin descanso, pensando en el chico y en la situación de la casa.

—No pretendía que durmieras aquí fuera para siempre —comentó.

—¿Quieres decir que confías en mí en la casa?

—Siempre que mantengas los pantalones abrochados y la puerta cerrada.

—No soy ningún simplón.

Terminado, Dustin envolvió el lomo y los jamones en un paño limpio e hizo un gesto a

Jeff.

—Lleva estos paquetes a la casa de la fuente mientras yo limpio.

—¿Entonces puedo ir a la casa?

Dustin asintió.

—¿Crees que Haslett te dejaría salir un par de horas antes mañana?

—Depende de para qué, supongo.

—Caza de cerdos. Necesitarán más carne que ésta para aguantar toda la semana. Sugar dijo que ya casi no les queda tocino.

Lo cual, decidió Dustin después, fue la acción más favorable que había tomado en una semana. Jeff vino con ganas y Dustin agradeció su compañía. Podría haber matado un cerdo sin ayuda. Incluso podría haberlo llevado de vuelta a la casa y haberlo descuartizado sin que Emma o los niños lo descubrieran.

Podría haberlo hecho, pero el Hombre de Arriba debía de estar cuidando de él, porque Jeff no sólo resultó ser una distracción de sus habituales auto recriminaciones, sino que el chico le proporcionó lo que resultó ser también una valiosa información.

Cabalgaron durante la tarde de verano en tranquila armonía. A Dustin le gustaba tener a Jeff a su lado, por una razón muy distinta de su propósito habitual al llevar al chico con él. Hoy la presencia de Jeff le hacía sentirse más cerca de Emma. Jeff vivía ahora en la casa, comía en la mesa, incluso jugaba con los niños pequeños, por lo que contaba.

—Los llevaste a pescar, ¿eh?

—Atrapé un par de peces.

—¿Billy Joe usó sus botones como plomadas?

—No. No quería tener problemas con Emma. —Dustin se rio—. La mantienen ocupada.

Eso seguro.

—Seguro que sí. —Después de un rato, Jeff dijo—: Seguro que te echan de menos.

Dustin miró fijamente la carretera roja que tenía delante, intentando concentrarse en la caza del cerdo.

—El Pequeño Peter está a punto de volver loca a Emma preguntándole cuándo volverá el señor.

Dustin frunció los labios.

Después de un rato, reabrió la conversación con:

—¿Dónde te tiene trabajando Haslett estos días?

—Fuera, en Harris Holler.

—¿Harris Holler? ¿De quién es ese lugar?

—Nunca sé de quién es el lugar donde trabajamos, sólo aparezco, hago mi trabajo y cojo el dinero. La tala rasa paga bien, teniendo en cuenta que es mucho más rápido que ir y seleccionar árboles individuales.

—Más rápido, tal vez, pero ni de lejos tan bueno para la tierra.

—Haslett no se preocupa demasiado por la tierra —admitió Jeff—. Igual que muchos otros madereros.

Se acercaron al joven jabalí, hozando en un montón de escombros que había quedado de la última crecida del río. Dustin lo abatió de un disparo. Jeff ayudó a ensartar al animal en una rama de roble cercana, desde donde lo destriparon y desollaron. Como solía ocurrir, con las manos ocupadas, el cerebro de Dustin empezó a trabajar. Los únicos recibos de aserradero que había visto firmados por Haslett estaban al otro lado del condado. ¿Había pasado por alto algún aserradero?

—¿Qué aserradero utiliza Haslett? —preguntó.

—Depende de dónde esté el trabajo y de qué cuadrilla haga el corte.

Dustin recordó una conversación anterior con el leñador.

—¿Sigue usando ese molino portátil?

—De vez en cuando, supongo.

—¿Cuántas cuadrillas maneja?

Jeff hizo una pausa mientras cavaba un hoyo donde Dustin le había indicado que enterrara los desperdicios del cerdo salvaje.

—No puedo decirlo con seguridad. He trabajado con tres, cuatro cortadores diferentes, y he oído hablar de otros. Dirige una gran operación, eso lo sé.

—Humm.

—Paga bien, también. Por eso lo estoy haciendo. Trabajo para ganar suficiente dinero para ir al oeste y comprarme un pedazo de un rancho en funcionamiento.

El comentario apartó la mente de Dustin del robo de madera.

—¿Lo sabe Fanny?

Jeff agachó la cabeza.

—Ya lo hemos hablado. —Dejó la pala, luego miró a través de los árboles cuando habló—. Aún es joven, Sr. Sanders. No vamos a ponernos serios ni nada por el estilo.

—¿También habéis hablado de eso?

—Sí, señor. Para serle sincero, lo que dijo la otra noche, bueno, tenía mucho sentido... para los dos. Los dos somos jóvenes, todavía. Ella tiene quince y yo sólo dieciocho. Tenemos unos cuantos años más para disfrutar de la vida sin arriesgarnos a envejecer demasiado para... eh,

para... ya sabes...

—Me alegra oírtelo decir, Jeff. —Dustin le dio una palmada en el hombro al chico—. Sólo asegúrate de saber que decirlo no siempre es suficiente. Tu cerebro tiene que estar dispuesto a hacerse cargo de tu cuerpo, más a menudo de lo que te gustaría.



El viernes por la mañana todo el mundo en la Casa Travis estaba nervioso como una rana toro, según la expresión de Sugar.

—¿Dónde está el Sr. Sanders? —se había convertido en una pregunta crónica en todo el lugar, amenazando con enviar a Emma delirante al manicomio.

Por las mañanas, la pregunta iba precedida de apuestas entre los dos chiquillos, mientras bajaban a trompicones las escaleras traseras hacia la cocina.

—Vendrá.

—No, no vendrá.

—Te apuesto dos gusanos a que sí.

—Te apuesto diez renacuajos, a que no está.

Por supuesto que no estaba. Desmond no había aparecido en el desayuno en toda la semana. Se marchó antes de que Emma bajara, sin desayunar ni almorzar. A veces ella creía que la estaba castigando por no querer hablar de su extravagante propuesta. Otras veces ella sabía que él mismo estaba evitando hablar de ello.

Al final de la semana la vitalidad de Emma se había esfumado; chasqueaba a todos y cada uno de ellos, y volvió a llevar el pelo recogido en apretadas trenzas. Sugar comentó el cambio

cuando Emma se arrastró hasta la cocina el viernes por la mañana.

—Sé que no es asunto mío, pero vosotros dos os estáis evitando como si uno de los dos tuviera la peste bugólica —reprendió Sugar.

—Es peste bubónica —corrigió David.

—¿A quién le importa? —replicó Fanny—. Tú y tu escuela. Tú fuiste quien echó al Sr. Sanders... con tus aires de superioridad sobre ir a la escuela.

—¿Yo lo eché? —desafió David—. Yo no, hermana querida, sino tú. Ningún hombre en su sano juicio se juntaría con una chica que se lanza a los hombres como si fuera una…

—¡David! —reprendió Emma.

Fanny se levantó de un salto, derribando su silla en su prisa por llegar hasta su hermano.

—Te mataré por eso, David. Escuché cada palabra que dijo el Sr. Sanders, que es más de lo que tú has hecho.

—Mira adónde te llevó. Mira adónde os llevó a todos vosotros. Soy el único que no está abatido con expresión de perrito. Supe todo el tiempo que no tenía intención de que yo fuera a la escuela. Terence tenía razón. El señor Holden también tenía razón.

Emma había aguantado todo lo que podía aguantar.

—El Sr. Sanders nunca tuvo intención de enviarte a la escuela, David. —No intentaba defender a Desmond, razonó; sin duda se había ganado la ira de los niños por haberlos abandonado. Pero Terence y el maestro Holden tampoco tenían razón. Y ella no podía callarse y dejar que David lo creyera.

—¿Entonces por qué le dijiste eso al señor Holden?

—No se lo dije. Dije que el Sr. Sanders encontró la manera de que te enviara a la escuela. Lo hizo. —Llevó su plato de desayuno sin tocar al fregadero seco—. Y lo estoy haciendo.

—¿Cómo?

Girándose, miró a David.

—¿Ahora te interesa? —Él le devolvió la mirada.

—Venderé parte de nuestra madera. No toda. Sólo lo suficiente para enviaros a la escuela. A cada uno de vosotros por turno. —Miró a Fanny—. Incluso a ti, Fanny.

Los ojos de Fanny se desorbitaron.

—¿Yo? ¿A la escuela?

—Tú. A la escuela. Antes de que arruines tu vida con algún joven mequetrefe como... vEmma se detuvo en seco. Los ojos de Fanny estaban aturdidos y tenía una sonrisa lejana en la cara. Emma esperaba que fuera por ir a la escuela y no por acostarse con Jeff. No es que ella tuviera nada en contra de Jeff. Los niños pequeños batallaban a su alrededor.

—¿Dónde está el señor? —El Pequeño Peter lloriqueaba. Emma ignoró la mirada severa de Sugar—. No lo sé.

—Prometió llevarme a cazar osos —continuó el Pequeño Peter.

—No lo hizo —replicó Billy Joe.

—Sí lo hizo.

—No lo hizo, pájaro bobo. Dijo que nos llevaría a los dos a matar un cerdo.

—Ya lo ha hecho —se quejó el Pequeño Peter.

—Probablemente le echaste siendo tan gamberro.

—No lo hice.

Emma se dio cuenta de que el Pequeño Peter estaba tan cerca de las lágrimas como ella misma. Lo levantó de la mesa, luego estiró la mano y puso a Billy Joe en pie.

—Arriba. Fanny prometió llevarte al mercadillo, así que corre arriba y péinate. Ayuda al Pequeño Peter, Billy Joe.

—No me gusta cómo lo hace. Me gusta cómo lo hace el señor.

—Sólo hazlo. —Emma se dio la vuelta—. Ahora. —La ansiedad afloró en ella. Ella se quedó de pie junto a la ventana de la cocina, mirando sin ver hacia el patio vacío, hacia el granero vacío, pensando en sus vidas vacías. ¿Cómo había conseguido arruinar las cosas? Nunca debió haberle alquilado a Desmond. Se parecía demasiado a Dustin.

Resultó que actuaba demasiado como Dustin, huyendo a la primera señal de problemas. Ella no le había visto en una semana. De acuerdo, podría haberse quedado despierta hasta que él volviera a casa, pero al principio no había querido. Quería darle tiempo para que pensara, para que acudiera a ella. Ahora sabía que nunca lo haría.

Había recuerdos de él por todas partes. Era como si su fantasma viviera en esta casa. Primero el venado, luego el cerdo. Lo descuartizaban y lo dejaban en la casa de la fuente para que ellos lo guardaran. Una vez le pareció oír crujir el columpio del porche, pero cuando miró por la ventana de su dormitorio, que daba al porche delantero, no pudo ver nada.

Envió el dinero del alquiler por Jeff. Había estado tentada de tirarle el dinero a la cara a Jeff, pero no lo había hecho.

Una y otra vez recordaba la declaración de Desmond a Fanny y Jeff aquella noche: que él y ella, los dos, se comportaban como adultos.

Pues ahora no lo eran. Ahora estaban huyendo del problema -un problema que ninguno de los dos quería-, negándose a hablar de lo mismo que ella se había prometido a sí misma que no ocurriría, que nunca volvería a ocurrir.

Pero Dios mío, cómo deseaba que sucediera.

—Adiós, Emma. —La puerta mosquitera golpeó tras David. Los niños regresaban del piso

de arriba. Detrás de ella, Emma oyó a Fanny alborotándolos.

—Deja que te mire. Te ves bien. Esperadme fuera.

La puerta golpeó tras ellos.

Cuando Emma se volvió, Fanny estaba de pie en la puerta abierta mirándola fijamente.

—Adiós, Emma.

—Adiós.

—David no lo echó como le dije.

Emma tragó con fuerza, tratando de contener las lágrimas sin sentido.

—Los niños pequeños tampoco lo hicieron.

Emma asintió.

—Ni siquiera yo lo corrí, Emma.

—Lo sé.

—Lo hiciste tú.

Emma se mordió el labio inferior.

—Tú le echaste, y él fue lo mejor que nos ha pasado... a cualquiera de nosotros. Lo necesitábamos Emma. Tú lo necesitabas. Y le echaste.

Emma se dio la vuelta.

—Si alguna vez tengo un pretendiente tan bueno como el Sr. Sanders, me esforzaré por no perderlo. —Ladeó la cabeza—. Y si lo hago... perderlo, quiero decir... intentaré por todos los medios recuperarlo.

La puerta golpeó. Sugar fregó los platos. Emma se secó las lágrimas de las mejillas con el dorso de las manos.

—Vaya —musitó Sugar—. Nunca imaginé que esa niña fuera tan sabia.

Emma se quedó en la puerta trasera, mirando a los niños y sabiendo que su vida nunca había parecido tan sombría. Finalmente se volvió hacia las escaleras.

—¿Se le ha ocurrido a alguna de vosotras que si de verdad quería quedarse, yo no podría haberle echado?

Decidida a no ceder a emociones fútiles, Emma regresó a su habitación, se vistió con esmero con su mejor vestido de domingo y salió de casa. En la oficina de la madera pidió ver al señor Petersen en privado. Hasta que la secretaria no cerró la puerta tras ella, Emma no empezó a dudar de sí misma. Recorrió con la mirada la gran sala, escasamente amueblada, tan sombría como parecía la oficina del Sr. Petersen.

Le indicó que se acercara a una silla de capitán de roble.

—¿A qué debo el placer de su visita, querida?

—Si tiene un momento, me gustaría hablar de negocios.

—¿Negocios? Desde luego que tengo un momento. Encantado de serle útil. —Peterson guiñó un ojo conspiradoramente—. Mi buena esposa sugeriría que lo hiciera con la condición de que contratáramos a esa cocinera suya, pero Terence dejó bien clara su pretensión.

—He venido a hablar de la venta de madera. —Oscar Petersen frunció el ceño.

—Mi hermano David es un muchacho inusualmente brillante, como habrá oído. Me gustaría vender suficiente madera de algunos de nuestros acres para enviarlo a la escuela.

—Es una cantidad muy pequeña.

—Sí, señor. —Como Desmond le había advertido que no todo el mundo sería receptivo, ella había venido preparada para argumentar su caso—. Si corto sólo los pinos, sección por sección, tendré suficiente para enviar a todos los niños a la escuela.

—Ah, sí, hay dos jóvenes más.

—Y Fanny.

El ceño de Petersen se frunció de nuevo.

—¿Fanny? Ahora, esa es una idea inusual, señorita Jones. Enviar a la niña a la escuela. No quiere decir que no se haga cada vez más en estos días. Pero me atrevería a decir que la gente que envía a sus hijas a la escuela son, en su mayoría, aquellos que tienen más dinero del que saben qué hacer con él. —Observó su vestido desgastado—. Lo cual, si me permite hablar claro, no parece ser su caso.

—En cualquier caso, Sr. Petersen, pienso utilizar la madera para ese mismo fin.

—¿Un poco cada vez? —Ella asintió.

—Así no es rentable, querida.

—Lo entiendo, pero me han dicho que algunos leñadores harán el trabajo según mis deseos.

—Me atrevería a decir. —Pasó un dedo índice en movimientos de barrido a lo largo de su bigote—. ¿Qué tiene que decir Terence sobre su... eh, idea?

—No lo he discutido con Terence.

Los ojos de Petersen se entrecerraron. Se levantó lentamente. Rodeando su escritorio, le cogió los hombros en un gesto paternal y la levantó de la silla.

—En ese caso, querida, te sugiero que pongas a Terence al corriente de tus intenciones antes de que sigamos hablando. —La condujo a través de la oficina y abrió la puerta exterior.

Emma se erizó. Tenía en la punta de la lengua soltar que no era asunto de Terence.

—Habla con él esta noche —decía Oscar Petersen—. Estoy seguro de que te dará un buen consejo.

Encima del lío con los niños en el desayuno y las acusaciones de Fanny, la condescendiente negativa del Sr. Petersen a hacer negocios con ella era demasiado. Con la mente arremolinada, Emma salió corriendo de la oficina maderera con un solo pensamiento: llegar a casa antes de llorar. Que la condenaran si pretendía dar a la gente pomposa de esta ciudad la oportunidad de verla llorar.

Sin responder al «Buenos días, Emma» de la secretaria, Emma atravesó la puerta exterior, pisó el malecón y se topó de bruces con Desmond Sanders.

Ella saltó hacia atrás como si hubiera aterrizado en un lecho de hormigas rojas. Él la agarró por la parte superior de los brazos, estabilizándola.

—Emma. —Se quedó mirando, con los ojos muy abiertos.

—Desmond.

La soltó de golpe, como si sus brazos le hubieran quemado las manos.

—¿Conseguiste... el dinero de mi alquiler?

—Sí. —Tenía la boca tan seca que se le pegó la lengua al paladar—. ¿Encontraste bien el venado?

Ella asintió.

—Y el cerdo salvaje. Gracias. —Sus ojos parecían devorarla. Ella intentó apartar la mirada, pero no pudo.

—Supongo que has tenido una mesa llena de gente... estas noches.

Su corazón latió con fuerza. Curvando los labios, asintió. Miró calle abajo... hacia su casa.

—Bueno... ya me voy.

Asintió, se tocó el ala del sombrero con un dedo.

—Claro. Eh... — Señaló con la cabeza hacia la oficina maderera—. Negocios...

—Claro. —Durante un momento más, se quedó inmóvil ante su profunda mirada interrogadora. Él permanecía tan quieto, parecía tan tranquilo. Mientras su corazón latía como si acabara de correr una carrera a pie.

Maldito sea. Maldito sea. Dándose la vuelta, se dirigió con pasos enérgicos hacia la Casa Travis. Mantuvo un paso firme hasta que oyó cerrarse de golpe la puerta de la oficina de madera, entonces echó a correr. Corrió hacia su casa.

Corrió para escapar de Desmond Sanders, y de los curiosos habitantes de Apple Springs, y de sí misma.

De sí misma sobre todo.

Abrió de un golpe la verja del patio, esperaba no haberla roto de nuevo. Sus pies se detuvieron en el camino mientras contemplaba el exterior recién encalado. La fachada y un lateral. Ahora que Desmond no estaría, los otros dos lados probablemente nunca se pintarían. Seguramente las cosas volverían a arruinarse.

Y Terence tendría razón. Otra vez.

Se cruzó con Fanny en las escaleras. Fanny, que la había reprendido tan enfáticamente esta mañana. Fanny, que también había tenido razón.

—Emma, siento lo de...

—Más tarde. —Emma corrió hacia su habitación, cerró la puerta de un portazo y se hundió en la cama.

Hasta luego. Déjame tumbarme aquí y llorar, sólo un ratito.

Dustin entró en la oficina de madera, con el corazón latiéndole a toda prisa. Toda la semana había evitado a Emma, pensando que les hacía un favor a ambos.

Bueno, había bastado una mirada para demostrarle lo tonto que había sido. Tenía un aspecto horrible. Ojeras, el pelo en trenzas apretadas.

Estaba preciosa. Sus labios carnosos, que ahora él sabía que ella curvaba hacia dentro cuando quería besarle. Sus ojos luminosos que le llamaban a la cama incluso cuando brillaban por las lágrimas.

¿Se la sacaría alguna vez de encima?

—Sanders. —Oscar Petersen le ofreció la mano, una expresión de diversión en su rostro—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Petersen le proporcionó los registros que Dustin solicitaba y le dio tiempo para que los examinara con detenimiento. Cuando terminó, el superintendente maderero le acompañó hasta el malecón.

—Esa casera suya es una loca.

—¿Quién?

—La señorita Jones, su casera.

Dustin asintió, preguntándose por qué nunca había pensado en Emma con ese término. Casera. Le evocaba pensamientos de mujercitas regordetas con el pelo canoso y delantales estampados.

Casera. Emma no era su casera. Emma era su...

—Ella vino aquí, queriendo vender parte de su madera. Loca como una cabra —decía Petersen.

—Repita eso.

—Pensó que podría vender su madera, poco a poco, usar el dinero para enviar a esos niños a la escuela. —Petersen sacudió la cabeza—. No sé por qué Henrietta Winston y ese maestro de escuela no pudieron mantener la boca cerrada acerca de que ese niño mayor se fuera a la escuela. Le han llenado la cabeza de tonterías, Como que una mujer se meta en negocios.

Dustin miró al superintendente maderero directamente a los ojos, apretando los puños. Nunca había deseado tanto pegar a un hombre en su vida. Pero no tenía tiempo.

Lanzando un apresurado «adiós» a Petersen, salió del malecón y cogió sus riendas.

—Eh, ¿dónde está el fuego? —llamó Petersen tras él. Pero Dustin Sanders no se detuvo a responder. Subiendo a la silla de montar, se dirigió a la Casa Travis.

Era la primera vez que estaba en el lugar a la luz del día en una semana. Lo primero que notó fue el trabajo de encalado, que sólo estaba a medio hacer. Después, los chicos.

Billy Joe y El Pequeño Peter estaban jugando con el perro llamado Ardilla junto a la barra de enganche trasera cuando él tiró de la rienda.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Señor Sanders!

—¡Señor!

Antes de que los pies de Dustin tocaran el suelo lo tenían agarrado por las piernas.

—¿Cuándo vamos a pescar?

—Más tarde, chicos.

—¿Cuándo vamos a cazar?

—Más tarde, chicos.

Dustin se dirigió hacia la puerta trasera de la Casa Travis tan rápido como podían viajar dos piernas con un chico atado a cada una. En la cocina, Sugar estaba desgranando mazorcas de

maíz para la cena. Sus manos se detuvieron al verle. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Dónde está Emma?

—Arriba llorando. —La respuesta vino del comedor donde Fanny ponía la mesa para la cena. Cruzó hacia la puerta de la cocina, también con una sonrisa en la cara—. Menos mal que ha vuelto, Sr. Sanders. Las cosas han sido terribles sin usted.

Dustin sintió que le faltaba el aire, como si una soga o algo parecido le estuviera apretando el cuello.

—Menos mal que ha vuelto —cantó Billy Joe.

—Menos mal, señor. —Hizo eco el Pequeño Peter.

Dustin hizo un gesto a los muchachos.

—¿Quieres venir a por ellos, Fanny?

Agarrando a cada chico por la cintura, Fanny los apartó de Dustin.

—Mantenlos aquí abajo, ¿quieres?

—Claro, Sr. Sanders.

Subió las escaleras de dos en dos, llegando arriba sin aliento. ¿O era lo que tenía en la cabeza lo que le dejaba sin aliento? Sin aliento y un poco loco.

Nunca lo aceptaría. No cambiaría nada. Él seguía siendo la persona equivocada. Cuando descubriera quién era, lo echaría de allí con toda seguridad. Brevemente se planteó cambiar de nombre con su hermano, de forma permanente. Se preguntó si eso se había hecho alguna vez.

Ella no respondió a su primer golpe, así que volvió a golpear, más fuerte, más largo, diciendo:

—Abre, Emma.

Se hizo el silencio dentro de la habitación.

Capítulo 12

El sonido de las botas de Desmond hizo que el pánico invadiera a Emma. La siguió hasta su casa. Los pasos se detuvieron frente a su puerta. La siguió a casa y allí estaba ella, llorando como un bebé.

La siguió a casa. ¿Por qué? ¿Cuánto tiempo pensaba quedarse esta vez? ¿Qué clase de tributo le exigiría antes de marcharse de nuevo? La última vez le rompió el corazón. ¿Qué más podía darle ella? Su cuerpo palpitaba con la respuesta no deseada a esa pregunta.

Se sentó, secándose las lágrimas con su falda. ¿Cuánta tortura emocional más podía soportar? El rechazo de Desmond Jones una semana, la censura de los niños, la humillante reacción de Oscar Petersen ante su oferta de vender la madera... todo ello le había pasado factura. Ahora aquí estaba Desmond, a su puerta...

—Abre, Emma. —Su voz era grave, casi suplicante. Encendió sus sentidos, recordándole lo mucho que había deseado oírle pronunciar su nombre.

El abatimiento la inundó. Sólo un innato sentimiento de orgullo le permitió contener más lágrimas. Su corazón aún latía con fuerza por haberle visto fuera de la oficina maderera. Se apretó los brazos contra el pecho con manos temblorosas. Aún le ardían los brazos por su contacto.

Sus labios...

—Abre, Emma. Por favor.

Su corazón se detuvo, como para reconocer las poderosas emociones que brotaban en su interior. Cuando volvió a latir, bombeaba puro miedo.

—Vete.

—No hasta que abras esta puerta.

—No.

—Maldita sea, Emma, abre. Sé por qué.

Su corazón se detuvo. Ella curvó los labios. Pasaron segundos sin respiración mientras las palabras de él reverberaban en su cerebro. ¡Él sabe por qué!

¿Él sabe por qué? De repente supo exactamente lo que él diría; prácticamente podía oír las palabras caer de sus labios. Y ella no quería oírlas.

Recurriendo a una reserva de fuerza que no estaba segura de poseer, Emma intentó atemperar sus expectativas con una dosis de realidad. Realidad: ¿Cómo iba a convencerse de la verdad, a menos que le permitiera decir lo que pensaba? Y si ella no le miraba a la cara cuando él pronunciaba las palabras, su corazón podría convencer a su cerebro de que él quería decir las bonitas mentiras que ella sabía que él había venido a alimentarla.

Bonitas mentiras que ella podría creer, a menos que le mirara a los ojos y viera la verdad cuando él pronunciaba las palabras. La verdad: lujuria, no amor. Debilitada por el pavor, cruzó la habitación y abrió la puerta.

Él estaba como había estado la noche después del baile, la noche que lo había precipitado todo.

No, había sido otro baile el que lo había precipitado todo, incluida su incapacidad para creer las mentiras de cualquier hombre llamado Sanders.

Pero él estaba de pie como había estado antes, con un brazo apoyado en la puerta de enfrente, con el mismo aspecto que tenía entonces. Las palabras de reproche se atascaron en su garganta, permitiéndole murmurar simplemente:

—¿Por qué?

Sus ojos marrones, serios y serios, la mantuvieron hechizada. Su voz era ronca, ligeramente entrecortada, seria.

—Porque te quiero, Emma.

Las palabras eran lo que ella había esperado, pero se clavaron en ella con la fuerza de la hoja de un aserradero, impulsadas por una expresión en su rostro tan intensa que ella no pensó en no creerle. Su escepticismo desapareció; su dolor se esfumó; su miedo a amar a dos hombres con la misma fuerza se desvaneció. Porque ella no amaba a dos hombres con la misma fuerza; nunca había sentido por nadie lo que sentía por este hombre.

Todo lo demás era un juego de niños.

Se quedó inmóvil, atraída hacia él por aquella intensa mirada que parecía sacarle el corazón por los ojos. Se quedó quieta, casi sin respirar, esperando. Él se apartó de la puerta de cara, y ella siguió esperando, esperando que él dijera: «Ven aquí», con aquella voz ronca, como en el vestíbulo la noche después del baile.

Pero no lo hizo. Vino hacia ella. Entró a zancadas en su dormitorio y cerró la puerta con una patada de su bota.

Cayeron abrazados. Sus labios se encontraron hambrientos. Se abrazaron tan fuerte que respirar se hizo difícil. Pero respirar era lo último que tenían en mente. Sus bocas se inclinaron, los labios abiertos, saboreando, explorando, ofreciendo, exigiendo.

Emma se sintió inundada por su presencia. Sus poderosos brazos le daban seguridad; sus dulces labios húmedos le proporcionaban alegría; sus manos errantes intensificaban sus ya

insoportables anhelos. Desmond Sanders olía a cosas naturales, a bosques de pinos, a hierba verde, a sudor y a hombre. Todo a hombre.

Sus manos se extendieron contra su espalda, viajaron hasta su cintura, y arriba, hasta sus pechos, que capturó, cada uno en una palma. Levantando su rostro el espacio de una respiración pero no más, sus ojos buscaron los de ella mientras acariciaba sus pechos. Observó cómo sus ojos parecían flotar, lánguidos y excitados. Sintió la respiración agitada de ella soplar suavemente contra sus labios.

Sus ojos confirmaron en silencio sus necesidades, su búsqueda, dando su acuerdo mudo a una segunda ronda.

Ella se apretó contra su cuerpo tenso, moviéndose contra él de formas que, en última instancia, eran atormentadoras, tentadoras, tentadoras.

Sus manos se dirigieron a la cabeza de ella. Le quitó un alfiler de las trenzas atadas. Un segundo alfiler. Entonces sus manos se aquietaron de repente. Volvió a levantar los labios.

—Tenemos que salir de aquí, Emma.

Sin comprender, ella estiró los labios. Él la besó sonoramente, separándose con una gran succión.

—Ahora. Tenemos que salir de aquí.

Ella observó cómo se mecía su nuez de Adán, le vio mirar por encima de su hombro, sintió un temblor recorrer su cuerpo.

—Si nos quedamos aquí un minuto más, a tres metros de esa maldita cama tuya, te tendré en ella, seguro como un tiro.

Su voz torturada desmentía la débil sonrisa de sus labios. La besó rápidamente.

—No podemos hacer eso; los niños están abajo.

Con eso la cogió de la mano y la arrastró fuera de la casa. Utilizando la escalera delantera, para evitar a los niños en la cocina, cruzaron de puntillas el vestíbulo, pasaron el comedor y finalmente llegaron al exterior.

Al borde del porche la besó de nuevo, un beso rápido y urgente, y después le indicó:

—Espera aquí. No tardaré.

Emma, aturdida, permanecía en el porche agarrada a un pilar con ambos brazos, tratando de estabilizar el mundo, que había empezado a girar bajo sus pies.

Dustin regresó conduciendo su caballo y el de ella, ambos ensillados. Hasta que no estuvieron a unos cien metros calle abajo, no encontró palabras para hablar.

—¿Adónde vamos?

—Tenía que salir de esa casa, Emma.

Ella curvó los labios, sonriendo. Una profunda sensación de alegría la invadió.

—A veces los niños pueden ser una molestia.

Le devolvió la sonrisa.

—Podríamos haber cerrado la puerta con llave contra los chiquillos y nunca se habrían dado cuenta. Pero Fanny... No podemos hacerle eso a Fanny.

Emma nunca se había permitido considerar lo profundamente que amaba a este hombre. Nunca se había permitido pensar conscientemente: Amo a Desmond Sanders. Siempre se había contenido, temerosa de que la hirieran de nuevo. Nunca, es decir, hasta ahora. Hasta este momento en que él demostró, más allá de toda duda, ser un hombre desinteresado, cariñoso y compasivo.

Espoleó a su montura y ella le siguió. Corrieron por el estrecho camino de arcilla, con los árboles formando un dosel sobre sus cabezas. Como un arco nupcial, pensó ella. Por primera vez

en un año, tal pensamiento fue bienvenido.

Bienvenido y maravilloso.

Finalmente, después de que el viento le refrescara, Dustin se detuvo y avanzaron a paso tranquilo.

—Petersen me habló de tu visita a la oficina maderera.

—¡Ese hombre! Nunca he estado tan enfadada.

—Yo tampoco. Pero se lo enseñaremos. Ya que estamos por aquí, podríamos ocuparnos de algunos asuntos.

Explicándole mientras cabalgaban, la condujo a una extensión de terreno maderero donde había cortadores trabajando.

—Cliff Parker es el leñador. —Dustin señaló a un hombre de pelo arenoso de unos cuarenta años que estaba ocupado marcando una línea de árboles con tiza azul—. Por lo que sé, es honesto. Uno de los pocos en los que confiaría para hacer tu tala. —Dustin se volvió hacia Emma—. ¿Qué tal si hablamos con él y vemos cuándo puede ir a tu casa?

—Ah, sí.

Dustin presentó a Emma al leñador, y durante la siguiente media hora concretaron un trato.

—Me gustaría empezar cuanto antes el trabajo. Aunque pasarán un par de semanas antes de que pueda hacerlo. Un par de semanas de tiempo seco —añadió.

—¿No se llevará más árboles de los que necesitamos? —preguntó Emma.

—Cortaré lo que me diga que corte, no más.

—Un día antes de que te prepares para empezar —sugirió Dustin—, pásate por la Casa Travis y arreglaremos las cosas. Nos gustaría escuchar sus sugerencias sobre qué árboles cortar y cuántos.

Se fueron estrechándose las manos, Emma maravillada por la diferencia entre hacer negocios con Cliff Parker y tratar de comunicarse con Oscar Petersen. Hablaron de eso y entonces Emma se dio cuenta de que no se dirigían a Apple Springs.

—¿Ahora a dónde vamos?

—Pensé que te gustaría echar otro vistazo a esos árboles antes de que Parker los tale.

Para cuando llegaron a su propiedad, Emma había tejido una red de fantasías lo bastante espesa como para llevar la Casa Travis por el río Angelina. Fantasías que no tenían absolutamente nada que ver con pinos o bosques, ni siquiera con enviar a David a la escuela. Sus sentidos zumbaban con una cosa, y sólo una cosa.

Desmond Sanders. Él dijo que la amaba. Ahora pretendía demostrárselo.

Dustin fue el primero en desmontar. Cogiendo las riendas de Emma, la ayudó a apearse. Esta vez ninguno de los dos hizo el menor amago de negar sus intenciones. Cada uno poseía unos anhelos tan intensos y reprimidos que era una maravilla que no provocaran un incendio forestal, o eso es lo que pensaba Emma. Ella le vio enganchar sus caballos a la rama baja de un roble joven. Cuando sacó algo de detrás de su montura, sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Es una de las colchas de mamá! ¿De dónde la has sacado?

—Del tendedero. —Se encogió de hombros—. Una idea de última hora.

Ella intentó sonreír, pero ya le deseaba tanto que sus movimientos eran rígidos. Cogidos del brazo, caminaron por el bosque, escuchando el trinar de los pájaros en lo alto, oyendo las agujas de pino crujir bajo los pies, sintiendo la suave brisa veraniega susurrar suavemente sobre su piel acalorada.

Por fin, cuando ya se habían adentrado en el bosque, Dustin se detuvo, extendió el edredón sobre las agujas de pino y extendió los brazos. Las palabras eran innecesarias.

Emma se acercó a él con tantas emociones enredándose en su interior que se sentía pesada

y ahogada. Pero para cuando sus labios cubrieron los de ella, sólo importaba una cosa. Sólo una.

La pasión. Pasión mutua, demasiado tiempo negada.

Haciendo una pausa para respirar entrecortadamente, se miraron fijamente a los ojos, absorbiendo la miríada de sensaciones que se extendían como telas de araña a su alrededor, enredándoles, uniéndoles en su búsqueda acalorada y frenética.

—Desmond, yo... —El nombre clavó la culpa en la alegría de Dustin, culpa perseguida por el miedo. Miedo de perderla.

—Sh, Emma. Sh. —La besó con ternura, intentando disipar la imagen de mentiroso de su cerebro—. Sé que a veces pongo el carro delante del caballo. Pero esto... —Trabajando mientras hablaba, le quitó las horquillas de acero, luego desató y desenredó sus largos mechones de pelo negro, pasando al final los dedos por los pliegues hechos por sus trenzas. Se sintió perdido en sus ojos, en su deseo—. ... Esto ha tardado demasiado en llegar. Ocupémonos de esto...

Murmurando en su boca, tanteó los botones de su corpiño. Una vez liberado, deslizó el vestido sobre sus hombros, empujando y tirando de la tela, sus labios siguiéndole con besos salpicados por el cuello, a través de su pecho, mientras sus dedos se enroscaban en su pelo, agarrándole la cabeza con las manos.

Cuando se quedó en chemise y enaguas, él la estrechó entre sus brazos y la depositó en una nube ondulante de algodón blanco sobre la colcha.

—...esto.

Sus ojos invitaban, daban la bienvenida, suplicaban.

Todo en su interior clamaba por ir rápido, pero de repente, arrodillado sobre ella, Dustin se congeló en su sitio. Esta era una vez que no podía escuchar sus propias necesidades, por grandes que fueran. Ni siquiera a las necesidades de Emma.

Sus ojos le atraían hacia ella. Su piel cremosa y su pecho abultado le atraían. Su propio

cuerpo le empujaba. Sin embargo, de repente se sintió indeciso. Nunca se había parado a pensar qué clase de amante era. Con razón, supuso, no sería un buen juez para esas cosas. Si se aliviaban sus necesidades, era bueno. Tan simple como eso.

Pero esta vez era diferente. Todo en esta ocasión era diferente. Porque la mujer que yacía bajo él en el suelo del bosque era diferente.

Emma Jones era diferente a cualquier mujer con la que hubiera hecho el amor antes, diferente incluso a la Emma Jones que había llevado al granero un año atrás.

Diferente, porque él la amaba. Y si no atrapaba el próximo milagro que pasara por allí, estaba condenadamente seguro de perderla.

En un momento de lucidez, Dustin vio su futuro. Tenía una oportunidad para ese milagro. Una oportunidad de disipar sus recuerdos de aquella otra noche. Una oportunidad de demostrarle que le amaba lo suficiente como para que no importara su nombre.

Una oportunidad de llevarla tan alto que nunca pudiera mirar hacia abajo y volver a verle como un canalla. Una oportunidad para borrar de su cerebro el horrible año pasado e implantarle su amor tan profundamente dentro de ella que nunca más se sentiría completa sin él.

El tiempo se detuvo mientras Emma le observaba estudiándola con una mirada lejana en los ojos. Ella sabía -al menos, lo temía- que él estaba pensando en la última vez que yacieron en el suelo del bosque. Sobre ella saltando, admitiendo haber hecho el amor con su hermano. Él dijo que no importaba. ¿Pero importaba?

Levantando los brazos, ella le acarició la cara con dedos vacilantes. ¿Había cambiado de opinión? ¿Se había creído sus bonitas mentiras para nada?

Sintió que sus dedos temblaban contra su piel. En realidad le dolía el corazón.

—Dímelo otra vez. —Ella respiró hondo—. ¿Por qué?

Sus ojos se centraron entonces en ella, en el momento. Incluso antes de que él hablara, ella

sabía la respuesta. Estaba escrita en el desesperado sondeo de sus ojos.

—Porque te quiero, Emma.

Lo hizo sonar como lo más maravilloso, lo más asombroso del mundo. Y lo era. Desabrochó uno a uno los botones de su camisa. Tiró del faldón de su camisa y deslizó las manos en su interior, sintiendo cómo él temblaba ante su contacto.

—Enséñamelo —le invitó.

—Maldita sea, Emma, te quiero tanto que no creo que eso sea posible. —Hablando, se deshizo de su camisa y luego desató el lazo de su chemise—. Pero daré lo mejor de mí.

Y lo hizo. Ella estaba segura de ello. Nada podría haber sido mejor. Mientras él le desataba la chemise, ella se retorcía para quitarse las enaguas. Su corsé fue lo siguiente, luego los calzones de él, y los bombachos de ella, y se quedaron quietos excepto por el subir y bajar de sus pechos, sus ojos danzando el uno sobre el otro, bebiendo en la anhelada visión, ahogándose en sensaciones tan eróticas que todos los pensamientos de otros tiempos, de otros amantes se desvanecieron, como en la furia de un incendio forestal.

Sus dedos recorrieron las líneas rojas dejadas por las estancias de ella.

—No sé por qué las mujeres soportáis semejantes artilugios.

Ella pasó sus dedos por la capa de pelo castaño de su pecho. Encontró los extremos nudosos de sus pezones al mismo tiempo que él encontraba los suyos. Su tacto hizo que la recorrieran senderos ardientes. Se preguntaba qué le hacía a él su tacto.

Algún día se lo preguntaría.

Algún día. Una palabra gloriosa. Algún día. Porque él la amaba, ella podía pensar en algún día.

Sus dedos bajaron por su caja torácica, se detuvieron en su ombligo y luego recorrieron su

vientre, deteniéndose de nuevo en la mata de pelo negro entre sus piernas.

La anticipación alcanzó tales cotas que sintió como si un árbol gigante hubiera caído en el bosque y se hubiera posado sobre su pecho. Sus ojos sostenían los de ella, adoradores, envalentonándola. Con sólo una ligera sensación de conciencia de sí misma, sumergió sus dedos sobre sus costillas, como si las contara, rozó su ombligo y se detuvo, sintiendo un rubor subir por su cuello. Sus ojos siguieron sondeando los de ella.

Sus dedos se enhebraron en la rizada mata de pelo de la base de su abdomen.

Encontró los suyos. Y en el instante siguiente sus dedos chocaron con la excitación de él. Los ojos de ella se abrieron de par en par.

Los de él suplicaron.

Dejó que el dorso de sus dedos rozara la superficie. El corazón le retumbó en los oídos. Sumergió sus dedos en su resbaladizo núcleo. Sus ojos se cerraron. Sus dedos se enroscaron alrededor de su excitación.

Él gimió. Ella sintió la sangre de su vida palpitar en su mano. Al cabo de un rato, ella abrió los ojos y vio la necesidad en los de él.

La inundó la vergüenza y el deseo de él.

—¿Tienes miedo? —preguntó al fin.

Ella asintió con la cabeza.

—No será malo, Emma amor. —No como la última vez, quiso añadir, pero no se atrevió a sacar a relucir el pasado.

—Lo sé.

—¿Entonces qué te asusta?

—Que no puedas olvidarte de Dust…

Sus labios encontraron los de ella, silenciando sus palabras. La besó profundamente, fuerte, húmedo. Su lengua imitó a su mano, hurgando y sumergiéndose, explorando y tentándola a responder del mismo modo.

Cosa que ella hizo. Sus brazos volaron alrededor de su cuello. Atrajo su pecho peludo hacia el suyo, acurrucando sus pechos en su suavidad. Cuando pensó que no podría soportarlo ni un momento más, él levantó los labios, pero en lugar de penetrarla, le chupó el pecho, sacando su pasión, creando más. Ella sintió como si se dirigieran en espiral hacia las lejanas copas de los árboles, potenciados por sus mutuos anhelos.

Tan descerebrada estaba, que él se había desplazado por encima de ella y había empezado a penetrarla antes de que ella se diera cuenta del todo.

—Abre los ojos, Emma amor.

Entró en ella poco a poco, con una reverencia nacida del respeto y el amor y de todo el daño que le había causado. Le sostuvo la mirada, observó cómo el asombro llenaba sus ojos. Parches de rojo salpicaban sus mejillas, pero sus ojos reflejaban la gran pasión que era incapaz de contener en su interior. Se movía despacio, con gran dificultad, porque su cuerpo clamaba por ella, clamaba por empujar con audacia en una repetición constante hasta agotarse. Pero no lo hizo.

La llenó por completo. Ella le sostuvo la mirada, inundada por la pasión de sus ojos. Sabía que brillaba, y sólo en parte por la conciencia de sí misma. Sobre todo por las poderosas sensaciones que la sacudían cuando él penetraba más profundamente en su cuerpo. Sintió como si él la hubiera atravesado con un rayo de sol dorado, y una vez encendido en su interior, esparció calor y luz por todos los rincones de su cuerpo. Sus ojos se cerraron ante las cegadoras sensaciones de calor y poder... y amor.

Sólo entonces, Dustin permitió su propia liberación. Llegó rápida y poderosa, meciéndole con espasmo tras espasmo de pura y dulce liberación.

—Oh, sí, te amo, Emma. Sí. Te amo. Te quiero.

Ella se aferró a él con brazos flácidos e inútiles. Era capaz de mantenerlos alrededor de él sólo entrelazando sus dedos.

Él le dio un beso en la nariz y luego sonrió en su rostro complacido.

—¿Ahora responderás a mi pregunta? ¿Quieres casarte conmigo?

Ella sonrió, una amplia sonrisa que extendió sus labios por su cara como sensuales rizos.

—Sí... Oh, sí, me casaré contigo.

El crepúsculo llegó pronto al bosque, arrastrándose sobre pies sombríos, susurrando bendiciones en el viento. Acunándola en sus brazos, Dustin contempló el dosel de ramas de pino sobre ellos, empapándose de la maravilla de todo aquello.

—Si alguien me hubiera dicho que enamorarse sería así de maravilloso —musitó en su masa de pelo rizado—, lo habría hecho hace mucho tiempo.

Ella se tensó. Inmediatamente se arrepintió de sus palabras, porque para Emma Jones, hace mucho tiempo significaba Dustin Sanders, mentir y dejar a Dustin Sanders. Éste era el momento. Ahora mismo. Le diría la verdad y acabaría de una vez. Ahora mismo.

Ella se acurrucó a su lado. Sus dedos se enroscaron en el rizado vello castaño de su pecho. Su cuerpo reaccionó.

—Me quieres, ¿verdad, Emma?

Ella inhaló, lentamente, como un animal olfateando el aroma de su pareja.

—Oh, sí.

—No hay mucho que pueda acabar con tu amor por mí...

—Nada.

—Estoy lejos de ser perfecto. —Ella besó sus labios suavemente.

—En realidad, Dustin y yo, somos bastante…

Sus dedos detuvieron sus palabras. Entonces ella los trazó por su cuello y alrededor del contorno de sus labios, lanzando rayos de anhelo a través de él. Anhelo y culpa.

—Sé cuánto deseas que perdone a tu hermano, Desmond. Ahora que te quiero, quizá pueda, algún día. Pero no hablemos de él ahora.

Se encogió ante la idea de no finalizar lo que le había resultado tan difícil de empezar.

—¿No lo entiendes? —continuó ella—. Dustin me mintió. Quizá no con palabras, pero definitivamente con hechos. Salir corriendo así, sin siquiera despedirse, convirtió todo lo demás que hizo en una mentira. Supongo que por eso para mí mentir es lo peor que puede hacer una persona.

No se lo dijo. No después de eso. Tenía miedo de hacerlo. Decidió esperar, replantearse la situación, pensar cómo podía decírselo sin perderla. Pero tenía que decírselo pronto, eso era seguro. No podía casarse con ella hasta que supiera quién era.

Emma se acurrucó en el pliegue de su costado, estirándose a medias sobre él de una forma voluptuosa y despreocupada que le llenó de orgullo y de anhelo. Esa parte de él, al menos, que no estaba preocupada por perderla. Lo cual, sabía que iba a hacer, a menos que se le ocurriera ese milagro o algo parecido, muy rápido.

—Matrimonio significa boda —susurró ella—. ¿Estás listo para hablar de una boda?

—Humm. —Deslizando las manos hasta su cintura, la alzó hasta que se tumbó encima de él, sus pechos tentándole el pecho, su montículo de feminidad justo encima de su excitación que ya reaccionaba.

Ella le besó, ofreciéndole sus labios abiertos en un beso desvergonzado, todo lenguas y humedad. Cuando sintió que su cuerpo reaccionaba, se acurrucó contra él, provocando un

apresurado retorno de la potencia.

—¿Qué tal esta noche? —murmuró él en su boca, mientras sus manos se deslizaban por las caderas de ella. Apretó sus tensas nalgas con las palmas calientes.

Ella suspiró en su boca, pasándole la lengua por los labios, excitándolo, sabiéndolo, amándolo.

—Se está haciendo tarde. Dudo que podamos conseguir una licencia matrimonial esta noche. Con lo lejos que está el juzgado, y... —Mientras ella hablaba, los dedos de él penetraron en su elegante interior.

La observó detenerse, entregándose con total concentración a sus caricias que desataban la pasión.

—Maldita sea —bromeó él, mientras sus dedos seguían haciendo su magia en su interior —, estoy ansioso por acurrucarme a tu lado en esa cama tan grande.

Ella echó la cabeza hacia atrás, clavó la mirada en el espeso techo de ramas de pino que había sobre ella, dejando al descubierto su esbelto cuello. Reaccionó al tanteo de sus manos de una manera libre que Dustin nunca había imaginado que hiciera una mujer, una dama como Emma. Una dama a la que amaba.

—Apuesto a que es un colchón de plumas —susurró, su voz ahora ronca por la creciente pasión.

—Humm. —Bajando la cabeza, ella le miró fijamente a los ojos vidriosos de pasión—. Suave como el plumón.

Su mano libre subió, agarró uno de sus pechos y se llevó el pezón a la boca.

—¿Suave, dices?

La observó tragar, curvar los labios hacia dentro, vio cómo la pasión tensaba sus ojos.

Pasando la lengua alrededor de la aureola, dejó que sus dientes bordeara su pezón, la sintió apretarse alrededor de sus dedos, se sintió preparado...

Con un último tirón de su pecho, la colocó boca arriba, utilizando ambas manos.

—Supongo que tendremos que conformarnos con un lecho de agujas de pino hasta que sea legal.

Como antes, cuando la penetró, observó su rostro, sostuvo su mirada, saboreó la reacción que su apasionada respuesta tenía en su cuerpo. Esta vez ella se movió con él, levantando las caderas para encontrarse con sus empujes, pasando las manos por su columna, ahuecando sus nalgas al final, estrechándolo contra ella, mientras juntos se esforzaban por respirar, apreciándose mutuamente y apreciando la libertad que habían encontrado para explorar su amor.

Cuando la oscuridad cayó a su alrededor, él rodó sobre su costado y la acunó contra su pecho, sabiéndose a la vez el hombre más afortunado y el más apenado del mundo. Los pensamientos de perderla minaban su alegría por tenerla en sus brazos, por haber hecho el amor con ella y haberle dado alegría, por finalmente darse cuenta de lo mucho que la amaba.

Ella se agitó.

—Ah, Desmond, te quiero tanto. Eres el mejor hombre que he conocido.

Cabalgaron a casa, Dustin subyugado por el conocimiento de que se llevaría de Apple Springs no sólo un corazón roto, sino la alegría que habían compartido ese día. Emma, sin embargo, pronto le odiaría con tal intensidad que la alegría que había experimentado hoy se convertiría en odio.

Su vestido estaba bastante desarreglado, su pelo colgaba por debajo de sus hombros, abanicándose alrededor de su cara como un tocado de encaje oscuro.

—Es probable que la cena haya terminado —aventuró.

Ella asintió.

—Fanny y los niños estarán en la cocina dando de comer a los leñadores.

—Quizá podamos entrar como salimos.

Eso, sin embargo, no iba a ser. Terence Larson estaba de pie en el porche, un retrato de inquietud. Girando aquel sombrero en sus manos, miraba hacia arriba y hacia abajo.

—No se puede ganar a todos —comentó Dustin en voz baja, mientras se acercaban a la barandilla de enganche delantera—. Después de hablar con él, guardaré los caballos.

—Yo te ayudaré.

Terence se acercó a pisotones, llegando a la barandilla de enganche para cuando Dustin ayudó a Emma a bajar de su montura.

—¿Dónde en Trueno habéis estado?

—Fuimos a ver a Cliff Parker —le dijo Dustin.

Terence miró de uno a otro, posando sus ojos en el pelo sin trenzar de Emma.

—No esperes que me crea eso.

—Cree lo que quieras —respondió Emma—. No te pedimos que nos esperaras despierto.

—Tampoco le dijisteis a nadie adónde ibais. ¿No os dais cuenta de lo tarde que es? ¿No sabéis que las bestias salvajes podrían haberos atacado en la oscuridad?

Dustin dejó que Emma manejara la situación. Ella respondió con más moderación de la que él habría mostrado.

—Como puedes ver, Terence, no lo hicieron.

Terence fulminó con la mirada a Dustin y luego volvió a Emma.

—Por lo que parece, ocurrió algo peor. ¿No te importa que te haya convertido en una... cualquiera?

La acción de Dustin tomó por sorpresa a Terence, Emma e incluso a sí mismo. Su puño golpeó la boca ofensiva de Terence, derribando al banquero hacia atrás. Terence aterrizó de espaldas, sentado estupefacto en el suelo, balbuceando.

—Tú... tú... escucha...

—No —interrumpió Dustin—, escucha tú. —Alcanzó la mano de Emma, estrechándola con fuerza entre las dos suyas—. Calumnia a la mujer con la que pretendo casarme una vez más, y no me detendré con una bofetada en tu mandíbula. Harás bien en salir de un segundo asalto con algún diente que te quede en la boca o los ojos en sus cuencas.

Terence se frotó la mandíbula. Se quedó mirando a Emma, incrédulo.

—Emma no se casaría con un... un aventurero como tú.

Dustin se encogió de hombros como si Terence no hubiera dicho una palabra de verdad.

—Ya veremos. —Se volvió hacia Emma—. Quédate aquí y habla con él, si quieres. Yo guardaré los caballos.

Capítulo 13

Decidieron no revelar sus planes hasta el desayuno. Más tarde esa noche, cuando los niños ya estaban en la cama, Dustin y Emma se sentaron juntos en el columpio, abrazados, hablando de este bienvenido giro de los acontecimientos.

O intentándolo.

—¿Cuándo quieres decírselo? —preguntaba Emma.

—¿Decírselo? —Dustin había estado pensando en lo que tenía que decirle a Emma: la verdad, por una vez. Debería hacerlo esta noche, acabar de una vez. No era justo para ella, engañándola, haciéndole creer que era alguien que no era, haciéndole creer que era un hombre tan bueno y honorable, cuando en realidad era casi el tipo más triste que caminaba sobre la faz de la tierra.

Pero se sentía tan bien, acurrucada contra él. Emma, dulce, dulce, Emma. Mañana se lo diría. Mañana, se prometió, después de tener una última oportunidad de estrecharla contra sí. Después de que creara unos cuantos recuerdos más, que una vez que le dijera la verdad probablemente serían todo lo que le quedaba: recuerdos.

Más de los que se merecía.

—Los niños —respondió ella, aliviando por el momento su conciencia culpable—. ¿Cuándo deberíamos hablarles de nosotros?

Él la acercó, le cubrió los labios, la besó suavemente, luego con más pasión. Levantando la cara, sonrió.

—¿Qué tal si les despertamos ahora mismo? Podríamos pararnos en el patio y gritar a la casa: ¡Despertaos! Olvidamos deciros algo. ¡Estamos enamorados! ¡Nos vamos a casar! Emma y...

Las palabras de Dustin se detuvieron en seco, cortadas por la horrible verdad. ¿Emma y Quién se iban a casar?

Soltándola, cruzó el porche, se quedó de pie en el borde del mismo, con las manos metidas en los bolsillos delanteros, mirando la carretera, la luna que se había elevado por encima de la altura del bosque que rodeaba el pueblo. Emma se acercó por detrás, abrazándole por la cintura. Apoyó la cabeza en su espalda.

—¿Estás enamorado? —Él se giró y le levantó la barbilla con dos dedos.

—Yo sí ¿y tú?

Ella se inclinó hacia él, besándole de lleno en los labios.

—Oh, sí. Yo también.

Entonces él la besó con fuerza, duro, húmedo, profundo, impulsado por las fuerzas del deseo y el amor crecientes... y la culpa... y el miedo.

Cuando hubieron acabado ella apoyó la frente en su barbilla.

—Estás muy callado esta noche.

—Humm.

—Estás... —Levantando la cara, estudió su expresión a la luz blanca de la luna—. Estar enamorado no significa necesariamente que uno quieras casarte. ¿Ves... uh, tu libertad volando por la ventana, como dijiste que hizo Dustin?

Sus brazos la rodearon con fuerza. Ella vio cómo su rostro adoptaba la expresión pellizcada del dolor. Y ella también lo sintió. Pero el dolor que sentía era miedo, miedo de que pudiera haber tenido razón. Incapaz de seguir mirándole a la cara, volvió a recostar el rostro contra su pecho. Sintió el roce de su barbilla, que iba y venía por la parte superior de su cabeza.

Aunque respiró hondo y consideró las palabras cuidadosamente antes de pronunciarlas, oyó temblar su voz cuando preguntó:

—¿Me despertaré por la mañana y no te encontraré?

Él la hizo retroceder y la miró solemnemente a los ojos.

—No, Emma. No me habré ido por la mañana. La única razón por la que me iría, es si tú me enviaras lejos.

Una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro.

—Entonces estás aquí para quedarte, Desmond —murmuró ella mientras sus labios descendían.

Decidieron decírselo a los niños y a Sugar durante el desayuno. Fue sugerencia de Dustin y aunque uno de sus motivos servía a su propio propósito, solidificar su posición en la familia antes de que Emma supiera la verdad, también pensaba en ella, en tranquilizarla dando a conocer su compromiso.

El desayuno se convirtió en una escena desenfadada y vertiginosa durante la cual pudo olvidar momentáneamente su difícil situación. Habían decidido hacer el anuncio cuando todos los niños estuvieran juntos a la mesa. Dustin ayudó a los pequeños a vestirse, peinándoles, metiéndoles el faldón de la camisa en el mono.

Cuando llegó a la cocina pudo notar que Emma estaba nerviosa. Su pelo, recogido suelto con una cinta en la nuca, ondeaba en rizos alrededor de su cara. Llevaba un vestido de guinga de alegre color amarillo y un delantal blanco, y cuando entró en la cocina sus ojos iluminaron la

habitación. Durante un momento permanecieron de pie, asimilando la presencia del otro, como si estuvieran haciendo una foto para el álbum familiar.

Una foto, pensó Dustin, para sacarla y mirarla en los días solitarios que se avecinaban. Con fuerza, dejó a un lado sus problemas. Emma le quería; él lo sabía. El problema era que tal vez ella no fuera capaz de ver lo fuerte que era su amor a través del dolor que le causaría su confesión. Tal y como él lo tenía pensado, con los niños de su lado, tendría muchas más posibilidades de persuadirla para que le dejara quedarse mientras se acostumbraba al hecho de que era su hermano.

Se hizo a un lado, observando cómo los niños llegaban a la mesa, cada uno con su estado de ánimo individual: David era el tranquilo de siempre, absorto en su propio día; los niños pequeños empujaban y empujaban para ser los primeros, como si tuvieran miedo de no conseguir el lugar preferido, un asiento junto a él; y Fanny, alegre, más madura que cuando él llegó, pero tan directa como siempre.

—Nos alegra que haya vuelto, Sr. Sanders. Las cosas estaban fatal por aquí sin usted. —Se deslizó en su silla junto a David—. No haga caso de lo que dijo Terence sobre mantener a Emma fuera después del anochecer. La gente ya ha hablado antes de nosotros.

Dustin se ruborizó ante su franqueza, tragó saliva y miró a Emma en busca de ayuda. Ella estaba de pie con las manos en el respaldo de su silla, una sonrisa tan brillante como el sol de la mañana iluminaba su rostro.

—Yo... eh, nosotros... —Sus ojos acariciaron su rostro—. ...tenemos algo que deciros.

Dustin dejó su taza de café y cruzó la habitación para colocarse a su lado. Con un brazo alrededor de los hombros de ella, miró las caras repentinamente expectantes de los niños. Las expresiones de los pequeños brillaban con sonrisas inocentes. Probablemente esperaban una próxima expedición de pesca o algo igualmente emocionante. David frunció el ceño de forma desinteresada y Fanny, bendito sea su creciente corazón, resplandeció.

—Dust..

Antes de que Emma pudiera retorcer aún más el cuchillo de la culpa en su perverso corazón, Dustin tomó el relevo.

—Le pedí a tu hermana que se casara conmigo. Ella aceptó, pero nosotros... —Le guiñó un ojo a Emma y luego se volvió hacia el grupito de la mesa. Sus expresiones no habían cambiado, salvo quizá que los ojos de Fanny estaban un poco más redondos y el ceño de David un poco más fruncido.

—...queríamos pedirles permiso.

Los niños pequeños no acababan de entender. Pero los dos mayores sí. Fanny se puso en pie de un salto, con las manos entrelazadas sobre el corazón.

—Qué romántico. —Abrazó a Emma y a Dustin.

—¿Significa eso que no volverá a marcharse, Sr. Sanders? —preguntó Billy Joe.

Dustin alargó la mano para despeinar la cabeza de estopa del muchacho, respondiendo con una sonrisa.

—¿Nos llevará a pescar, señor?

—Por supuesto.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó Fanny.

Emma y Dustin intercambiaron miradas, encogiéndose de hombros. Emma miró a David, que había reanudado la comida como si el anuncio no le afectara.

—Antes de que David se marche a San Agustín —dijo.

David levantó entonces la vista, su rostro era un estudio del desprecio.

—No se moleste por mí. El señor Holden…

—David… — Emma comenzó.

Dustin interrumpió.

—Con todo el alboroto Emma y yo olvidamos decirte adónde fuimos ayer.

David se metió un panqueque en la boca y masticó.

—Nos reunimos con un leñador independiente, un hombre llamado Cliff Parker, que ha accedido a cortar suficientes pinos para tus gastos escolares, David.

David levantó la vista, con un rechazo pétreo escrito en el rostro, claro como el día.

—David… —Emma empezó de nuevo.

Dustin volvió a interrumpir.

—Parker está de acuerdo en que hay suficientes árboles en esa extensión para enviaros a todos a la escuela. —Sonrió a Fanny—. Tú también.

—¿Yo también, Sr. Sanders? —preguntó Billy Joe.

—¿Yo también, señor?

—Todos vosotros. Es vuestra tierra, heredada de vuestra madre.

Mientras Dustin seguía explicando, David se levantó y se dirigió a la puerta. Dustin intercambió miradas con Emma y luego siguió al descontento muchacho.

—Espera un momento, David.

David se detuvo en el patio trasero, fingiendo una mirada cínica por encima del hombro, y luego echó a andar por el sendero.

Dustin le alcanzó.

—¿Cuál es tu problema con todo esto?

—Tú.

Con los puños en las caderas, Dustin estudió al brusco muchacho, pensando que probablemente necesitaba un azote más de lo que Fanny lo había necesitado nunca. Sabiendo que eso no ayudaría.

—¿Yo por qué?

—El señor Holden dice...

—David, ¿no crees que ya es hora de que salgas de detrás de los faldones del señor Holden y empieces a pensar por ti mismo?

—¿Quieres decir que te deje pensar por mí?

—No. No quiero pensar por nadie. La verdad es que ya me cuesta bastante pensar por mí mismo.

—Terence dice que estás pensando por Emma. Y mira dónde nos ha llevado.

—¿Adónde?

—Todo el mundo en el pueblo se pregunta qué es lo que quieres por aquí. Bueno, supongo que tu anuncio respondió a eso. Viniste aquí haciéndote cargo como si fueras el dueño del lugar; ahora lo eres. O lo serás, después de casarte con Emma. Bueno, no esperes que me guste... o que me gustes tú.

Dustin observó cómo el chico enfadado giraba sobre sus talones y corría camino abajo. Le entraron ganas de atrapar al chico y ponerlo sobre sus rodillas, pero eso haría más mal que bien. Y después de todo, no tenía derecho.

David había dado en el clavo. Había entrado haciéndose cargo de cosas que no eran de su incumbencia. Había engañado a Emma; no, le había mentido descaradamente.

Emma corrió hacia la esquina de la casa. Agarró a Dustin por la cintura.

—¡Ese chico! Deberían azotarle por hablarte así.

Los niños salieron por la puerta trasera, seguidos por Fanny. Y en medio de toda la conmoción, Dustin tomó el rostro de Emma entre sus manos y acercó sus labios a los suyos, sintiendo que todo lo que le era querido se le escapaba de repente.

—Emma, te quiero. —La besó suavemente—. Recuérdalo siempre. Venga lo que venga de todo esto, por favor, recuérdalo siempre. Te quiero. Pero no te merezco.

Cuando la casa se hubo despejado, Sugar ofreció sus propios sentimientos sobre el compromiso.

—Ya era hora de que ustedes dos estuvieran de acuerdo. Desde el principio me di cuenta de que erais el uno para el otro, pero habéis tardado mucho tiempo en daros cuenta.

Emma se puso a limpiar el comedor, que necesitaba cada vez más atención estos días, ya que la cena en la Casa Travis atraía cada vez a más gente. Finalmente los ruidos la atrajeron al exterior, donde Desmond había puesto a los leñadores a trabajar acabando el encalado. Mientras estaba de pie admirando la casa, considerando la posibilidad de celebrar otro baile en un futuro no muy lejano, unos pasos la alertaron por detrás.

Al volverse, vio a Terence subir por el camino, abrir de un empujón la verja del patio y acercarse a ella, con la furia ardiendo en sus ojos habitualmente plácidos.

—Emma, estoy dispuesto a darte una última oportunidad para que entres en razón.

—No he perdido la cordura.

—Bueno, ciertamente no estás pensando con el cerebro. El reverendo Callicott dijo que debería ser indulgente contigo…

—¿Indulgente? ¿Sobre qué?

—No estás viendo las cosas desde la perspectiva correcta. El reverendo Callicott dice que es natural que una mujer se sienta atraída por un tipo rudo como Sanders, pero que cuando sientan la cabeza, quieren un hombre que sea firme y fiable.

Emma respiró hondo. No había sido su intención herir a Terence.

—No os comparé a vosotros dos, yo... simplemente me enamoré de Desmond Sanders. Lo siento. No pude evitarlo.

—Lo sé, Emma. Vino aquí haciéndose cargo de todo, jugando con tus simpatías. El reverendo Callicott dijo que Sanders sólo iba a la iglesia porque pensaba que te complacería. Después de que te negaras a ir conmigo.

El temperamento de Emma se elevó a pesar de sus mejores esfuerzos por controlarlo.

—No me negué. —Escupió sus palabras con tono entrecortado—. Te negaste a llevarte a los niños.

—Y eso es otra cosa, Emma. ¿No ves lo que Sanders está tramando? Vaya, todo el mundo en el pueblo puede verlo. Está jugando con esos niños para quedarse con tus tierras... y en tu cama.

—¡Terence Larson!

—¡Por lo que se dice en el pueblo, parece que lo ha conseguido! ¡En ambas cosas!

Emma se acordó de repente de Waldo y Calder, que estaban encalando la parte trasera de la casa. Bajó la voz.

—¡No lo hizo! —Su negación se sintió como lo puntillosa que era: una cama era una cama, estuviera hecha de agujas de pino o rellena de plumas—. Incluso si lo hubiera hecho, no sería asunto tuyo.

—Emma, soy tu prometido.

—Nunca acepté casarme contigo, Terence.

—Bueno, ciertamente me hiciste creer que esas eran tus intenciones. Todos en el pueblo esperan que nos casemos.

—Porque les dijiste que lo haríamos. Nunca acepté casarme contigo, Terence. Si recuerdas, nunca aceptaste mis condiciones.

Terence hizo girar su sombrero.

—Tus términos. ¿Te refieres a los niños? Realmente crees que Sanders los mantendrá cerca, una vez que se haga cargo por completo.

—Sí, lo creo. Se enamoró de los niños antes que de mí.

—¡Amor! Lujuria, eso es lo que es, Emma, pero estás demasiado enamorada para darte cuenta...

Ella sonrió dulcemente.

—Entonces esperemos que siga prendada el resto de mi vida. —Su expresión agraviada la convenció—. Vamos, Terence, sentémonos en el porche y hablemos como personas civilizadas. —Ella le cogió del brazo, pero él se apartó de un tirón.

—A menos que accedas a echar a Desmond Sanders de la Casa Travis hoy mismo, no tenemos nada más que hablar.

Con un profundo suspiro, Emma se encogió de hombros.

—Ojalá pudieras entenderlo. Casarte conmigo hubiera sido lo peor que te hubiera pasado nunca. Algún día te alegrarás de que Desmond llegara a tiempo para evitar que cometiéramos un error tan terrible. Lo lamento. Lo siento de verdad. Te mereces una mujer que te ame. Como yo amo a Desmond. Espero que la encuentres.

Terence jugueteaba con su sombrero, las mejillas hinchadas, la frente perlada de sudor. Una vez, cuando Emma le había preguntado por llevar chaleco y chaqueta en el calor de un verano del este de Texas, él había respondido que tenía una reputación que mantener. Suponía que debía sentirse honrada, y en cierto modo lo estaba, de que Terence aún quisiera casarse con ella, a pesar de que a estas alturas su reputación seguro que era una vergüenza para él.

—Sigues sin entenderlo —echó humo—. No sabía que fueras tan cabezota, Emma. Recuerda mis palabras, lo lamentarás. Todo el mundo en el pueblo puede ver...

—¡Todo el mundo en el pueblo! ¡Todo el mundo en el pueblo! ¿No sabes lo harta que estoy de no ser más que una fuente de cotilleos para todos en el pueblo?

—Entonces deja de darles motivos para hablar.

—Terence, sé justo. Tengo derecho a vivir mi vida como yo elija.

—Entonces deberías mudarte. No tienes derecho a restregarme tu promiscuidad a la cara.

Emma miró al cielo.

—No soy promiscua, Terence. Estoy enamorada. Hay una diferencia.

Tras un largo silencio, Terence volvió a calarse el sombrero y se dio la vuelta para marcharse.

—No me esperes para cenar.

—Eres bienvenido... cuando quieras.

Volviéndose la estudió. Sus ojos se ensombrecieron con melancolía.

—Te arrepentirás de esto, Emma. Te arrepentirás de esto.

Para cuando Dustin regresó esa noche, Emma estaba hecha un manojo de nervios. Desanimada por Terence, enfadada con la gente del pueblo, había pasado la tarde ayudando a Sugar a preparar asado de cerdo con pastel de boniato, la mayor parte del tiempo sin hablar.

—Para una chica que acaba de comprometerse en matrimonio, no estás muy espabilada al

respecto —observó una vez Sugar.

—La vida no es justa, ¿verdad Sugar

—Señor, no. Y no esperes que lo sea. Ahí es cuando la gente se golpea más fuerte, cuando espera que las cosas salgan siempre a su manera. —Al menos Desmond regresó. Al anochecer, cuando él y Jeff cabalgaron hacia el patio lateral, Emma había empezado a preguntarse si lo haría. Inútilmente para estar segura, pero se preocupó, no obstante. Dustin la había abandonado. ¿Por qué no Desmond?

Porque Desmond la quería. ¿No se había quedado el tiempo suficiente para ganarse su amor a cambio, incluso cuando ella puso todos los obstáculos que pudo buscar en el camino?

Aunque las noticias siempre viajaban rápido en la comunidad de Apple Springs, si la mesa de la cena del sábado por la noche de la casa Travis era testimonio, esta noticia hizo las rondas más rápido que la mayoría.

Los únicos ciudadanos destacados que no se presentaron a una de las dos sentadas fueron los Callicott, y el reverendo mandó decir que los esperaran para la cena del domingo.

Los Holden estaban allí y exigieron saber el método exacto que Dustin había encontrado para pagar las cuotas escolares de David. Dustin respondió en un tono más civilizado del que Emma habría utilizado, y ella se consideró afortunada de tenerlo en la mesa.

Incluso Henrietta Winston apareció, trayendo consigo a una amiga viuda y compañera de cotilleos, la señora Lenora Fuqua. Las preguntas que la aguda Sra. Winston planteó no se elevaron al nivel de la cortesía, sino que fueron directas al meollo de la cuestión.

—Tenemos entendido que le ha arrebatado a Emma a ese simpático Terence Larson, Sr. Sanders.

—Yo... eh —Dustin se aclaró la garganta—. Emma y yo anunciamos nuestro compromiso a la familia durante el desayuno.

Las cejas de Henrietta Winston se alzaron varios grados.

—¿El desayuno?

—Sí, señora, el desayuno.

Emma salió en su defensa.

—La Casa Travis sirve el desayuno a todos nuestros huéspedes, Sra. Winston. El público también es bienvenido. Sugar prepara los mejores panqueques que jamás haya probado. Traiga a su marido y sean nuestros invitados alguna mañana.

Henrietta Winston frunció el ceño, obviamente no preparada para la franqueza de Emma. Emma la observó mientras lo consideraba.

—Debería pensar que se me exigiría que le advirtiera antes… —La mujer miró a Dustin y luego volvió a centrar su atención en Emma—, …antes de dejarse caer por aquí sin avisar.

—En absoluto —respondió Emma entre dientes apretados.

De algún modo, superaron la comida sin llegar a las manos, aunque Emma tuvo una vez el impulso de tirar el cuenco de pastel de boniato a la cara de Henrietta Winston.

Acompañó personalmente a la presidenta de la Sociedad de Ayuda a las Damas de Apple Springs hasta la puerta después de la comida.

—Muy amable por venir, Sra. Winston. Me da la oportunidad de agradecerle la preocupación que ha mostrado por mis hermanos y Fanny.

—Sí, bueno, debemos discutir eso, ya sabe.

—No hay nada más que discutir. Vivirán aquí, en la Casa Travis, con el Sr. Sanders y conmigo.

—¿Después de casarse con él?

—Por supuesto.

—¿Y antes, querida? —Henrietta Winston se inclinó hacia delante, bajando la voz—. Estás dando un mal ejemplo a esas mentes fértiles.

Emma mordió una respuesta cortante.

—Se nos está juzgando injustamente —dijo—. Si usted y el pueblo se tomaran el tiempo de investigar, encontrarían nuestra vida ordinaria... incluso adecuada.

Más tarde esa noche, después de que los niños pequeños estuvieran en la cama, Fanny, Jeff y David se sentaron en el porche con Emma y Dustin, amenizando el momento del día que habían llegado a considerar como propio, pero ayudando a cimentar la familia.

—¿Podría explicarnos de nuevo lo de la madera, Sr. Sanders? —preguntó David.

La pregunta sobresaltó tanto a Emma como a Dustin. Emma se recuperó primero.

—Desmond me sugirió la medida hace un tiempo, David. Apartaremos una extensión de la tierra que nos dejó mamá y cortaremos de ella madera suficiente para los gastos de cada semestre.

—¿Cómo sabes que habrá suficiente?

—Cliff Parker es un leñador experimentado —le dijo Dustin al chico—. Prometió venir unos días antes de empezar a talar para arreglar las cosas. ¿Por qué no participas en la discusión? Si investigas un poco antes, es probable que pueda responder a tus preguntas.

—¿Y si no puede?

—David... —Emma comenzó.

Dustin le apretó el hombro, deteniendo sus palabras.

—Hay otros leñadores independientes en la zona, David. Si no te gusta lo que Parker tiene que decir, buscaremos a otro.

A su lado Emma suspiró, exasperada, lo sabía, por la situación que se estaba viviendo.

Dustin tuvo el repentino deseo de llevársela lejos, muy lejos... lejos de pueblerinos entrometidos y hermanos beligerantes. Lejos, sólo ellos dos.

Lejos, donde ella nunca aprendería que él era el más despreciable de todos.

—¿Planea cortar sólo una porción cada vez?

—No planeo hacer nada —respondió Dustin—. Sólo hice la sugerencia. Tú y tus hermanas y hermanos podéis decidir lo que queréis hacer, qué árboles y cuánta madera cortar en cada momento.

—¿Nos aconsejarás?

—Sólo si me lo pedís. —Dustin se encogió de hombros—. Incluso entonces, no tenéis por qué aceptar mi consejo. Los consejos son gratis.

David se puso en pie de un salto, se sacudió el trasero y se acercó al columpio.

—El señor Holden dijo que me enviaría los papeles de la matrícula y una lista de cosas que necesitaré para la escuela.

Incapaz de confiar en su voz, Emma asintió.

David dudó un momento más.

—Parece que soy el único de la familia con reservas, señor Sanders. Es mi habilidad para practicar el pensamiento cualitativo. Pero creo que ni usted ni Emma se merecen las cosas malas que la gente dice de ustedes.

—Gracias, David —respondió Dustin, cuidando de mantener la voz baja y firme.

—Avíseme cuando venga ese tal Parker; quiero conocerle.

—Por supuesto.

—Ya que hemos heredado tanta propiedad, debería empezar a interesarme por cómo se gestiona.

—Una sabia decisión, David. Eso aliviaría un poco la carga de Emma.

Cuando David se marchó para acabar la lectura del último acto de Hamlet, Fanny y Jeff se quedaron de pie, incómodos.

—Emma —llamó Fanny desde los escalones—, ¿está bien si Jeff y yo caminamos hasta el arroyo? —Emma se puso tensa.

Dustin contestó.

—No tardes, ya sabes cómo se mueven las lenguas en este pueblo.

Los dos jóvenes bajaron dando saltitos por el paseo, esperando hasta que se creyeron envueltos por la oscuridad para darse la mano.

Dustin se acomodó en la esquina del columpio. Emma le sostuvo la mirada en el rincón oscuro, le vio pasarse la lengua por los labios.

—Ven aquí —le hizo señas—. No tenemos toda la noche.

Ella se deslizó por el columpio y se echó en sus brazos. Él la levantó para que sus pechos anidaran tentadoramente contra su pecho.

—Probablemente sea mejor que tengamos a los niños como acompañantes —musitó ella —. Si no, las cotillas del pueblo...

Los labios de Dustin cerraron sus palabras, recorriendo su rostro, devorándola con una pasión que hoy le había preocupado un par de veces que pudiera haber imaginado.

Pero ella no lo había imaginado. Levantando la cara, estudió sus ojos solemnes. Sus ojos serios.

Sus ojos burlones. Él atrajo sus labios hacia los suyos, diciendo:

—Cierra los ojos, Emma, e imagina que estamos en esa gran cama de plumas de arriba.

Ella se acurrucó contra él.

—¿Y si no es de plumas?

Él la besó de nuevo, chupándole el labio inferior un minuto antes de responder:

—Ah, dulce Emma, no me importa si está rellena de hojas de maíz o incluso de musgo, mientras tú estés encima...

Su lengua jugó con sus labios, bordeando los bordes, sumergiéndose dentro, acariciando y acariciando hasta que ella se estremeció de deseo.

—...y yo encima de ti.

Capítulo 14

—Los domingos son un poco más regulares de lo que estoy acostumbrado —admitió Dustin cuando bajó las escaleras a la mañana siguiente y encontró a Emma vestida para ir a la iglesia.

—Eso es lo que piensa todo el mundo en el pueblo.

—¿Qué?

—Que no eres... bueno, no tan asidua a la iglesia como pretendes.

Dustin enarcó una ceja mientras se servía una taza de café.

—Dicen que tienes un motivo oculto para ir a la iglesia con nosotros.

—¿Quieres decir aparte de proporcionarle una almohada al pequeño Peter?

Ella sonrió.

—Terence dijo que el reverendo piensa que vas a la iglesia para impresionarme.

Dejando su taza a un lado, la tomó en sus brazos, sonriendo en su cara respingona. Tras un suave beso en sus labios, le preguntó:

—¿Qué piensas, Emma?

—Que probablemente tengan razón. —Poniéndose de puntillas, ella le besó—. Pero no importa.

—Bueno, ahora que mi tapadera como bueno pretendiente cristiano ha quedado al descubierto, ¿qué hacemos?

Ella se rio.

—Vamos a la iglesia y les demostramos lo acertados que estaban.

Él la besó y luego objetó:

—Sólo si te sientas a mi lado. No volveré a sentarme detrás de ti y de Terence, o de ti y de nadie más.

—Y yo no me sentaré detrás de ti mientras me siento con Terence, ni con nadie más, nunca más.

Resultó que Terence no se reunió con ellos en la escalinata. De hecho, sólo le vislumbraron brevemente en el otro extremo de la iglesia. Pero ellos mismos ocuparon un banco entero, pues, milagro de los milagros, David se sentó con su familia en vez de con los Holden.

A mitad del servicio, el Pequeño Peter se durmió, con la cabeza en el regazo de Dustin, como antes. Las selecciones de himnos sonaban igual para los oídos desacostumbrados de Dustin. El sermón del reverendo parecía una repetición del de la semana anterior y del de la anterior. Dustin se consideró afortunado de que el reverendo no diera un sermón sobre los males de la lujuria carnal o algún pecado semejante. O sobre el mandamiento que amonestaba a no dar falso testimonio.

Emma se sentó lo suficientemente cerca como para que él pudiera oler su cercanía. Lo suficientemente cerca como para que sus faldas susurraran contra su pierna. Lo bastante cerca como para que dos veces el lazo de su bonete rozara su mejilla cuando compartían el himnario.

Cuando él miró a su alrededor, sus ojos se encontraron y ella susurró:

—Es pluma.

Él podía ver el deseo en sus ojos, podía sentirlo en su cuerpo.

—El colchón —añadió ella.

Como si necesitara una interpretación de algo que su mente no había abandonado desde que se separaron la noche anterior. Se volvió hacia el reverendo y pasó el resto del servicio recordándose a sí mismo dónde estaba.

Fuera, con el sol del mediodía cayendo sobre ellos, Dustin escoltó a Emma escaleras abajo. Los niños pequeños la acompañaban a ambos lados y los mayores iban delante, Fanny, Jeff y David siguiendo su estela.

Los feligreses asentían aquí y allá, pero aparte de Betty, Cynthia y Jimmie Sue, nadie inició una conversación con Emma. Dustin no se dio cuenta al principio, pero cuando llegaron a los límites exteriores del patio de la iglesia, se había hecho evidente. La gente del pueblo se había agrupado en torno a Terence y pretendía ignorar a Emma. No necesitaban un periódico para publicar su disgusto por el giro de los acontecimientos en la Casa Travis. Los entrometidos de este pueblo eran más que capaces de correr la voz.

Las miradas saltaban sobre ellos como insectos sobre el agua, y luego se encendían rápidamente en otro lugar. Las damas se mantenían a distancia, moviendo la cabeza y la lengua.

Dustin apretó con fuerza el codo de Emma. No confiaba en hablar hasta que estuvieran bien lejos de la multitud.

—No sé por qué quieres vivir en este pueblo.

—Es mi hogar.

—Díselo a esas viejas entrometidos.

—Tengo tanto derecho a vivir en Apple Springs como cualquiera

—Eso no lo cuestiono. —Movió la cabeza en dirección a la iglesia—. Ellos sí.

—No tienen otra cosa que hacer —se excusó Emma—. Y tienen buenas intenciones, la mayoría de ellos. Les gusta Terence y les preocupa el bienestar de los niños. Lo comprendo.

—¿Preocupados? No están tan preocupados como para hablarte en el patio de la iglesia.

—Estarán en la colina para las comidas, sin embargo. Y eso es mantener la comida en la mesa. Gracias a ti.

—Maldita sea, Emma, no vienen a poner comida en tu mesa. Vienen a presenciar el último escándalo. Sigo sin ver por qué quieres vivir aquí.

—Mi bisabuelo fue el primer colono en esta tierra. No voy a renunciar a mis derechos a vivir aquí, sólo porque esa gente piense que me acuesto contigo.

La contrariedad le inundó. Tiró de ella hasta detenerla.

—Debería irme.

Ella abrió la boca, pero no le salió ninguna palabra. Lo miró fijamente, sintiéndose instantáneamente rechazada, impotente.

—No quiero decir para siempre. Sólo hasta... hasta después de casarnos.

Apretó los ojos contra un torrente de lágrimas, rezando para no hacer el ridículo aquí mismo, en medio del camino.

—No me quedaría fuera, Emma. No te abandonaría... no otra vez.

Inhaló profundas y tranquilizadoras bocanadas de aire veraniego.

—Lo sé. Confío en ti. —Sus ojos buscaron los de él—. Por favor, no te vayas.

—Tal vez duerma en el granero hasta que…

—No. No les daremos la satisfacción de saber que te sacaron de la casa, de una pensión. Además no se lo creerían. Estarías renunciando a tu cama por nada. ¿No entendiste lo que Henrietta Winston quiso decir anoche en la cena? Esta gente va a creer lo que quiera creer.

Quieren creer que nos acostamos.

—Maldita sea, Emma. ¿Qué te he hecho?

Ella se rio.

—Vamos. Tenemos que darnos prisa, el reverendo y su mujer vienen a cenar.

Dustin recorrió el resto del camino en reflexivo silencio. Había agraviado a Emma y parecía seguir agraviándola. Ahora todo el pueblo hablaba de ella y la única forma que conocía de detenerlos era marcharse de Apple Springs.

O casarse con ella. Y antes de poder casarse con ella, tenía que contarle la verdad. Pero la única verdad que importaba ahora era que no se merecía una mujer tan buena como Emma Jones. No se merecía su amor. No se merecía casarse con ella.

Pero maldito si podía renunciar a ella. Ya no. Alguna voz interior le decía que nunca podría haberlo hecho, no desde aquella primera noche de baile y de hacer el amor. Esa primera noche que había llenado su mente durante un año, día y noche, con las visiones acuciantes de ella: su pelo, su risa, su pasión. No, nunca habría sido capaz de renunciar a su recuerdo.

Ahora que había regresado, nunca sería capaz de renunciar a ella. Ahora que había regresado, tenía que pasar el resto de su vida con ella.

En el porche abrió la puerta de mosquitera, luego tiró de su brazo hasta que ella se detuvo en el umbral, donde le plantó un beso húmedo y hambriento en los labios.

—¿Pluma, dices?

—¿No te gustaría que pudiéramos probarla?

—No lo dudes, Emma amor.

Emma cruzó el vestíbulo, se quitó los alfileres del sombrero, desató el lazo rosa abullonado y lo colocó en el gancho superior del perchero del vestíbulo.

Dustin colocó su Stetson en el gancho opuesto. Lanzó una mirada melancólica hacia la escalera y luego volvió una expresión adusta hacia Emma.

—Pero no les daría a esas viejas secas la satisfacción de tener razón también en eso.

David siguió sorprendiendo a la familia. Apareció en la mesa de la cena, ocupando un lugar en el lado opuesto de Jeff y Fanny.

Con el aumento de clientes, Emma había pasado a tener dos asientos tanto para la cena del domingo como para la cena. La mesa se llenó rápidamente para el primer turno. El reverendo y la señora Callicott y los Petersen se unieron a Betty y Cynthia y Jimmie Sue, a quienes se vio lanzar miradas melancólicas de un lado a otro entre Emma y Dustin.

Dustin se preguntó qué estarían pensando exactamente. ¿Acaso estas chicas, al igual que las mujeres mayores del pueblo, pensaban que él y Emma se acostaban juntos? Seguramente Fanny les había dicho lo contrario. Seguramente Fanny sabía que no era así.

Desde luego, se había esforzado por demostrar a todos los niños lo virtuosas que podían ser.

Sugar acababa de empezar a servir el primer plato, sopa de tortuga cuando aparecieron dos comensales más, Olivia y Nathan Rau.

—Huelo a pan de masa fermentada —se entusiasmó Olivia Rau cuando Emma se reunió con ellos en el vestíbulo para cogerles los sombreros—. Espero que haya sitio para nosotros.

—Haremos sitio.

De repente, el lugar de Terence en la cabecera de la mesa quedó deslumbrantemente vacante.

Emma llamó la atención de Dustin.

—Desmond, ¿podrías...?

Miró rápidamente a David.

—¿Por qué no le dejas tu sitio a la Sra. Rau, David? —sugirió—. Siéntate aquí.

—Pero eso es...

—No parece que vaya a usarse —añadió Dustin—. Y después de todo, es el lugar que te corresponde.

Los hombros de David parecían más anchos cuando se puso en pie, sentando a Mrs. Rau antes de ocupar su lugar en la cabecera de la mesa.

La oración del reverendo no fue ninguna sorpresa. Aunque omitió la parte sobre los pobres niños huérfanos, enfatizó la otra parte, la que suplicaba al Señor que cuidara de la virtud de Emma, un poco demasiado para el gusto de Dustin. Lanzó una mirada a Emma y ella le guiñó un ojo.

¿Cómo, en nombre del cielo, se tomaba ella estos abusos con tanta calma? Supuso que conocer a los delincuentes de toda la vida ayudaba, pero por su vida no podía ver qué importancia tenía eso. La grosería no estaba más justificada viniendo de amigos que de extraños. En su opinión, menos.

La Sra. Callicott estaba entusiasmada con el compromiso.

—Nos cogió por sorpresa —admitió a Emma—. Sabes, querida, todos pensábamos...

—Sé lo que pensó, Sra. Callicott. Pero se equivocaron. Nunca estuve prometida a Terence. —Emma pasó la cesta de los húmedos y fragantes panecillos de masa fermentada de Sugar. Cuando volvió a hablar lo hizo en un tono que habría desafiado a los ángeles de lo alto por su dulzura—. Muchas otras cosas que la gente dice tampoco son ciertas.

La reacción de la señora Callicott fue mirar con los ojos muy abiertos a Dustin, tras lo cual tuvo la delicadeza de sonrojarse.

Aunque la familia Rau ya había comido antes en la Casa Travis, hoy por primera vez Emma adivinó la razón. La señora Rau no podía apartar los ojos de Billy Joe. La Sra. Rau era la dama que Henrietta Winston había querido traer a la casa.

Billy Joe comía su comida, ajeno a la atención de la mujer. Finalmente Emma no pudo soportarlo más.

—¿Es esta tarde cuando el Sr. Sanders te va a llevar de pesca, Billy Joe?

La comida quedó olvidada; los ojos de Billy Joe se iluminaron como si le hubieran hecho un regalo de cumpleaños anticipado.

Dustin estudió a Emma para ver qué había motivado su inusual declaración. Ella nunca le sugería que hiciera nada con los chicos. Siempre iniciaba sus expediciones, o lo hacían los propios chicos. Estaba a punto de invitar al pequeño Peter a unirse a ellos, cuando siguió la mirada de Emma hasta la expresión angustiada de la señora Rau.

—Me parece una buena idea —convino—. ¿Por qué no vamos todos? ¿Qué te parece, Pequeño Peter?

—Vaya, vaya, señor.

—Fanny, ¿Jeff y tú queréis venir?

Fanny miró a Jeff; Jeff miró a Fanny. Pasaron mensajes entre ellos, mensajes que a Dustin no le costó descifrar. Esperaba que el reverendo y las demás buenas gentes de la mesa estuvieran demasiado enfrascados en su juego de censurar a Emma como para darse cuenta de la pasión que irradiaban estos dos jóvenes.

—Claro —dijeron al unísono, y luego rompieron a reír—. Claro, señor Sanders —dijo Fanny.

Dustin se volvió hacia David.

—¿Y tú? ¿Quieres venir?

David miró fijamente a Dustin. Al final contestó:

—¿Por qué no? Haremos que sea una excursión familiar.

Dustin se volvió hacia Emma con una sonrisa candorosa.

—Parece que tendremos pescado para cenar.

Pero Emma estaba demasiado ocupada saboreando el momento. Eran una familia. Una familia. Y el más improbable de ellos lo había anunciado a todo el pueblo diciéndoselo a las mujeres de esta mesa.

—Será mejor que cojamos mucho —le dijo a Dustin con una amplia sonrisa—. Algo me dice que nos invadirán los comensales para la cena.

Dustin, absorto en proteger a Emma de la gente del pueblo, no se dio cuenta hasta que la comida casi había terminado que Waldo y Calder no habían aparecido para la cena del domingo. No siempre comían con la familia, por supuesto, pero rara vez faltaban a la primera sentada de la cena dominical, mientras los panecillos de masa fermentada de Sugar estaban calientes y frescos.

—¿Dónde están Waldo y Calder? —preguntó a Jeff al otro lado de la mesa.

—Haslett mandó decir que los necesitaba hoy.

—¿El domingo?

Jeff se encogió de hombros.

Dustin consideró la situación y sus opciones, que, dadas las circunstancias, eran desfavorables en el peor de los sentidos. Después de la comida se reunió con Emma en la cocina, donde ella y Sugar preparaban afanosamente el segundo turno.

Cogiéndole el paño de las manos, la colgó sobre el fregadero seco, luego le cogió la cara entre las manos y la besó una vez.

—Te quiero —susurró—. Yo también te quiero.

—¿Crees que los niños lo entenderán si tengo que posponer nuestro viaje de pesca?

Ella frunció el ceño.

Él le besó la nariz.

—Negocios. Urgente. Si no, no iría, no después de decirles que iríamos juntos.

—¿Qué...?

—Espérame levantada. Te lo explicaré. —Sus labios encontraron los de ella, acariciándola, engatusándola para que se relajara, para que confiara en él.

—Puede que llegue al anochecer. Espérame en el porche.

Ella le besó suavemente.

—¿No en la cama de plumas?

Señor, ¿cómo había encontrado a esta mujer? ¿Por qué no había sabido hacía un año que querría pasar el resto de su vida con ella? ¿Tener hijos con ella? ¿Envejecer con ella? ¿Dormir en esa maldita cama de plumas con ella? Le besó los labios.

—No me tientes.

—Se lo explicaré a los niños —le dijo—. Me llevo a Jeff conmigo. —Pensó un minuto, consideró la situación—. Y a David, si quiere ir.

—Sí, tendrá que hacerlo. Ha dado tal vuelco...

—Lo sé, amor. No es momento de decepcionarlo.

Dustin tampoco estaba seguro de que fuera el momento de confiar en el chico, pero no le quedaba otro recurso. Si se echaba atrás en el viaje de pesca después de que David los hubiera proclamado una familia delante de medio pueblo, seguro que perderían la confianza de David.

Todo aquello era ridículo, por supuesto; él lo sabía. Tarde o temprano iba a perder no sólo la confianza de David, sino también la de Emma... y la de Fanny y la de los niños pequeños. Ya le dolía el corazón con el dolor que les causaría, con la soledad y el dolor que tenía que causarles... y con la soledad y el dolor que sentiría él mismo.

Aunque se lo merecería de la manera más real. Fanny se ofreció a llevar a los niños de pesca.

Dustin le apretó el hombro.

—Gracias.

—Sé que es importante —explicó ella—. Vi la mirada que le echaste a Jeff cuando te habló de ese hombre llamado Haslett.

Dustin hizo una mueca de dolor.

—No se lo cuentes a nadie más, ¿vale?

—¿Emma no lo sabe?

—Todavía no. Se lo explicaré cuando vuelva esta noche. Pero es serio, así que asegúrate de no decir ni una palabra.

—Puede confiar en mí, Sr. Sanders.

—Gracias, Fanny.

Jeff y David le siguieron hasta el granero. Antes de que hubieran dado más de una docena de pasos, Fanny los llamó.

—Ahora que vas a ser como nuestro hermano, ¿no podemos dejar de llamarte Sr. Sanders?

Él se volvió, sonrió.

—Claro, llámame...

—¿Desmond? —incitó ella.

Dustin se quedó mirando a la inocente niña un momento más, luego se encogió de hombros.

—Claro, lo que quieras.

Después de interrogar a Jeff sobre la naturaleza exacta del mensaje que habían recibido Waldo y Calder, Dustin se dirigió hacia el norte, saliendo del pueblo en dirección a Boggy Pond. Los dos chicos siguieron el paso rápido que él marcaba.

—¿No estás con el ferrocarril? —preguntó David largamente. Dustin negó con la cabeza.

—¿Lo sabe Emma?

De nuevo sacudió la cabeza, pensando en todas las otras cosas que Emma no sabía.

—Todavía no. Se lo diré cuando volvamos. Pero estoy trabajando con L&M y con los Rangers.

—¿Los Rangers de Texas? —preguntó Jeff.

Dustin estudió a cada chico por turno.

—Confío en vosotros dos. Nadie más en el pueblo lo sabe. Nadie más puede saberlo. ¿Lo entendéis?

—Claro, Sr. Sanders —respondió Jeff.

—Claro, Desmond —respondió David.

Tras una pausa para reconducir sus pensamientos, Dustin le explicó lo del robo de madera y su papel en llevar a los autores ante la justicia.

—¿No habrá ferrocarril? —quiso saber David.

—Habrá un ferrocarril. Lo explorará otra persona. —Pensó un momento—. O, yo podría

conseguir el trabajo. Ahora mismo lo importante es llevar a esos forajidos ante la justicia.

—¿Sospecha de Haslett?

Dustin asintió.

—Lo he hecho durante algún tiempo, pero nunca he podido encontrar pruebas. Prácticamente tenemos que atraparlo con las manos en la masa para poder armar un caso.

—¿Es ahí adónde vamos? —preguntó David con indisimulado asombro—. ¿A atrapar a un ladrón?

—Ojalá. Pero lo dudo. Lo más probable es que lo localicemos, y entonces tendré que pasarme la semana revisando recibos, esperando a que aparezcan los troncos en algún aserradero, cotejando los recibos con las escrituras archivadas en el juzgado.

—¿Eso es lo que has estado haciendo todo el tiempo que has estado aquí? —preguntó David.

—Sí.

—¿Qué tan cerca estás de resolver el caso?

—Hasta ahora sólo tengo sospechas, ninguna prueba.

—Quizá hoy.

—Tal vez —concedió Dustin, más para apaciguar a los chicos que porque lo creyera posible—. Tenemos que atraparlo cortando en tierra que conocemos, no sospechamos, pero sabemos que pertenece a otra persona. Luego tenemos que ser capaces de presentar la escritura de esa propiedad a nombre de otra persona y demostrar que los propietarios legítimos no contrataron a Haslett para cortar su madera.

Encontraron a Haslett aproximadamente en el lugar que Jeff había dicho, pero era una propiedad que ninguno de ellos reconocía.

—¿Y ahora qué? —preguntó David.

—Actúa con normalidad. Déjame hablar a mí. Acompáñenme, ¿de acuerdo? —Los chicos asintieron.

Cuando les saludaron, Haslett les invitó a bajar y sentarse un rato.

—Todo trabajo y nada de juego —comentó secamente—. Incluso en el día del Señor.

—Lo mismo digo —le dijo Dustin—. Aunque los chicos aceptaron hacerme compañía.

—¿Adónde te diriges? —Haslett hizo la pregunta de un modo casual que no habría despertado sospechas en el observador más cínico.

—Hacia Forest Bend. No he podido localizar al tipo que dirige el molino allí. Pensé que podría estar por allí el domingo.

Haslett asintió.

—¿Se ha decidido por una línea entonces?

—Otra semana más o menos —ofreció Dustin—. La mayoría de los operadores del molino y los leñadores están de acuerdo con mis conclusiones.

Haslett se levantó y ofreció su mano a Dustin.

—Siento meterle prisa, pero será mejor que vuelva al trabajo. —Extendió la mano a los muchachos a su vez—. Buena suerte. Nos vemos mañana, Jeff. En casa de los Simpson, ¿no?

—Sí, señor. La casa de los Simpson.



Waldo y Calder no volvieron a la Casa Travis esa noche, ni después, lo que no hizo sino

aumentar las sospechas de Dustin. Pero le llevó otra semana armar un caso sólido contra Victor Haslett, gran parte de la cual Dustin pasó en los juzgados comparando los recibos del aserradero con las escrituras de propiedad, tratando de dar con una discrepancia, intentando desentrañar un rastro de papel que era la marca de fábrica del ladrón de madera.

La mitad de las veces no sabía si las escrituras eran legales o falsas, si los propietarios estaban vivos, habían fallecido o ni siquiera habían existido.

El ladrón de L&M era audaz. Se había quedado más tiempo que la mayoría. Lo único, se necesitaba una gran cantidad de tiempo para cribar el papeleo y conseguir pruebas suficientes para encerrar al hombre.

Y Dustin tenía tiempo. Le pagaban por pasar tiempo en los juzgados buscando entre viejos y mohosos expedientes. No era mejor que perseguir ganado salvaje por una pradera. Pero tenía una ventaja. Le traía de vuelta a Emma.

Jeff había accedido a mantener los ojos y los oídos abiertos, y David finalmente entró en razón.

—Es como una persona diferente —dijo Emma una noche mientras ella y Dustin se acurrucaban en el columpio—. Supongo que está madurando.

—Ha dado un gran paso en esa dirección —reconoció Dustin—. Es el efecto que tienes en él.

Dustin la abrazó, con la espalda acurrucada contra su pecho. Sus manos ahuecaron sus pechos en la oscuridad; los sintió hincharse en sus palmas. Sus pulgares dibujaron círculos alrededor de sus pezones a través del grosor de su ropa.

—Has tenido un efecto en todos nosotros —musitó.

Tirando de ella con más fuerza contra él, la acurrucó a su lado.

Cuando su excitación presionó la parte baja de su espalda, gimió.

—Ése es el efecto que tienes sobre mí, amor. —Besó la parte superior de su cabeza, la retorció de nuevo, besando el costado de su cara, incapaz de dar satisfacción a ninguno de los dos.

—Te deseo tanto —murmuró ella—, ...tanto que duele.

Él gruñó.

—Yo también, Emma amor. —Besó su mata de pelo y bajó hasta sus labios.

—Oh, Desmond —soltó ella cuando él la soltó—. Nunca he sido tan feliz.

Él la acercó, con cuidado de evitar el contacto con su propio cuerpo palpitante.

—Ya sabes lo que dicen, amor. La alegría y la tristeza son dos caras de la misma moneda.

Capítulo 15

El viernes siguiente era el decimosexto cumpleaños de Fanny, así que lo celebraron organizando un baile el sábado por la noche. Aunque Dustin pasó la mayor parte de la semana fuera, ultimando el caso contra Haslett, se las arregló para llevar a los chicos de caza, incluidos David y Jeff. Juntos cazaron cinco pavos, un par de ciervos de cola blanca y otro jabalí.

—Debería ser suficiente para hacer una barbacoa para el baile y que nos quede algo mientras estoy fuera —le dijo a Emma.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No más de lo necesario, amor. Me llevaré la prueba conmigo a Orange. Cuando llegue allí, tendré que rellenar el papeleo y conseguir que un juez emita órdenes para que las usen los Rangers.

—¿Lo arrestarás?

—No. Técnicamente no soy un Ranger. Ellos lo harán.

—Bien. No me gusta la idea de que te enfrentes a forajidos.

A diferencia del último baile, éste resultó ser una gran idea. Emma le vio como el hombre que creía que era, no como una reencarnación del canalla que la había abandonado el año anterior, el canalla que realmente era. Dustin, por su parte, pudo reprimir su creciente inquietud y

disfrutar de tenerla entre sus brazos toda la velada.

Desde que había decidido cómo contarle su verdadera identidad, se había relajado. Esperaría hasta el día de su partida a Orange, que ahora parecía que sería en algún momento de la semana siguiente. Tenía que telegrafiar a Desmond de nuevo para que le confirmara un par de tecnicismos, y una vez que tuviera la respuesta a esas preguntas, podría zanjar el asunto en no más de un día.

Su plan era llevar a Emma a su propiedad, donde no les molestaran. Recurriría a sus recuerdos, llevándola de vuelta al baile del año anterior; le hablaría de sus propios sentimientos aquella noche, le describiría su propio año miserable -la forma en que nunca podía quitársela de la cabeza, la forma en que no había sido capaz de apenas mirar a otra mujer, la razón por la que había ocupado el lugar de su hermano para este trabajo, su decisión de volver a Apple Springs y ver si ella sentía lo mismo que él, para ver si su relación no necesitaba ser explorada. Al final, la profundidad de su amor demostró que sí.

Explicarle por qué mentía y seguía mintiendo le llevaría algún tiempo, pero creyó que Emma le conocía lo suficiente como para ser capaz de ver la verdad en lo que diría: Se había agarrado a lo primero que se le ocurrió para conseguir que ella soltara la escopeta y le diera una oportunidad. Por perversa que fuera, la propia mentira demostraba lo desesperado que había estado por quedarse el tiempo suficiente para ganarse su amor.

Le recordaría las muchas veces que había intentado decirle la verdad, detenido en cada ocasión por sus expresiones de odio hacia «Dustin».

Esperaba su ira, su dolor, su decepción. Por eso había esperado hasta estar listo para irse para decirle la verdad. Quería darle tiempo para que se hiciera a la idea de que él era Dustin. Sabía que ella necesitaría tiempo a solas para eso.

Le diría lo mucho que la quería; y que sabía que ella le quería tanto como él. Le diría que no tenía intención de vivir su vida con nadie más que con ella. Y que se casarían en cuanto él

regresara de Orange.

Ella se sentiría herida, y cubriría su dolor con ira, él lo sabía. Así que en el baile de cumpleaños de Fanny, se obligó a olvidar todas estas cosas y a abrazarla y bailar con ella, admirando su belleza, aspirando su dulce fragancia natural, deseando más que nunca llevarla arriba, a esa gran cama de plumas.

A primera hora del día, mientras él, Jeff y David asaban el venado y los jamones, Emma, Sugar y Fanny habían preparado un festín de ensaladas y guisos y aliños hechos con verduras recién cogidas del huerto, patas de cerdo y huevos en escabeche y galletas de tantas variedades que Dustin perdió la cuenta: de jengibre, de melaza, de avena e incluso un rollo de gelatina. Entre baile y baile se quedó junto a Emma en la mesa de servicio observando a los invitados. Él le entregó un vaso de ponche y brindaron.

—Por nosotros —susurró ella.

—Para siempre —respondió él.

Emma bebió un sorbo.

—Todo el mundo se lo está pasando tan bien que no necesitamos ponche con especias.

—Es toda esa pasión que irradiáis Fanny y tú.

Emma se sonrojó. La música había empezado de nuevo, y juntos observaron a Fanny y Jeff girar alrededor del piso.

—Tienes razón —susurró ella.

Para el decimosexto cumpleaños de Fanny, Emma había vuelto a confeccionar un precioso vestido de seda aguada color melocotón que había pertenecido a su madre.

Ceñido en la cintura, hundido en el escote, revelaba lo madura que Fanny era en realidad. Una visión conmovedora.

—Está entusiasmada con la idea de ir a la escuela —comentó Emma—. Quiere ser profesora.

—Será una buena. —Observó a la joven pareja bailar. Abrazados tan cerca como era apropiado, aunque obviamente querían estar mucho más cerca. La segunda vez que vio la cabeza de Jeff acercarse a la oreja de Fanny, Dustin decidió pasar a la acción—. Discúlpame, Emma. Creo que me acercaré al viejo Jeff y le daré la oportunidad de calmarse.

Emma le miró marcharse. Qué suerte había tenido de no haber podido echarle. ¡Qué afortunada era! Y tan enamorada. Le vio hacer girar a Fanny por la habitación al son de «Buffalo Girls Won't You Come Out Tonight». Qué bueno era con los niños. Sabía que nunca olvidaría la noche en que se encendió con Fanny y Jeff. Esa noche había sido un punto de inflexión, para todos ellos. Esa noche doblaron la esquina hacia un nuevo y brillante futuro.

Billy Joe y el Pequeño Peter mordisqueaban galletas de la mesa de refrescos. Emma cogió la mano del Pequeño Peter.

—Ven a bailar conmigo.

Él arrugó la nariz.

—No. —Emma le vio dirigir su atención a una niña con un vestido rosa y rizos rubios de lápiz que le llegaban hasta los hombros.

—Quiero bailar con ella.

Emma sonrió.

—Pues ve y pregúntaselo.

—No sé cómo se llama.

—Pregúntaselo.

—¿Cómo?

—Simplemente acércate a ella y dile: «Soy Peter Jones, ¿cómo te llamas?» Cuando te lo diga, invítala a bailar.

El niño agachó la barbilla hacia su pecho.

—Adelante. No morderá.

—Señorita Emma —llamó Sugar desde la puerta.

Dejando al Pequeño Peter a su aire, Emma se apresuró a la cocina para dar los toques finales a la tarta de cumpleaños de Fanny. Habían esperado a que empezara el baile para hacerla, así Fanny se llevaría una sorpresa. Como habían creído, una vez comenzado el baile, ella y Jeff estaban demasiado absortos en la presencia del otro como para que ella pensara dos veces en la cocina.

Cuando las dieciséis velas estuvieron en su sitio, Emma se fue a reunir a los niños. David estaba sentado en el escalón delantero con Dustin, Jeff y Fanny. Billy Joe estaba comiendo galletas. Miró a su alrededor buscando al Pequeño Peter.

Le tiró del vestido por detrás. Cuando ella miró hacia abajo, él tenía su dedo en la boca y una expresión de desamparo en la cara. Arrodillándose, le quitó el dedo.

—¿Qué pasa, cariño?

—Se llama Ginny y ha dicho que no.

Los ojos de Emma se abrieron de par en par, entonces recordó a la niña de rosa. Tiró de la cabeza del Pequeña Peter hacia su hombro.

—Ella no sabe lo que se pierde. —Mirando de nuevo a esos ojitos solemnes, la animó—: No te rindas. Aquí hay otras niñas. Después de cantarle el «Cumpleaños feliz» a Fanny, saca a bailar a una de ellas.

Fanny estaba encantada, y sorprendida, con su tarta de cumpleaños. Cuando terminaron de

cantar, Emma se quedó de pie junto a Dustin, observando cómo su hermana pequeña servía la tarta a los invitados.

—Ha crecido. Y es tan guapa.

La mano de Dustin se deslizó alrededor de su cintura, atrayéndola a su lado con un apretón.

—Se parece a su hermana mayor.

Bailaron el resto de la noche abrazados.

—Eso es *Moonlight in the Pines*, —dijo él una vez, deseando poder contarle a Emma cómo esa melodía había sonado y repetido en su cerebro el último año.

—Siempre la tocamos en nuestros bailes —explicó—. Mi abuela inició la tradición. Es algo apropiado, ya que Apple Springs está en el corazón de los Piney Woods.

El orgullo brillaba en sus ojos y sonaba en su voz. Dustin recordó a Sugar diciendo que Emma se lo había hecho pasar tan mal a la gente del pueblo como ellos a ella. No se lo creyó, ni por un minuto. Pero empezaba a comprender sus razones para querer vivir en Apple Springs.

Cuando llegó el momento del último baile, el tradicional «Adiós, vieja pintura», Dustin se sintió tan culpable como los demás hombres de seguir con el estribillo, añadiendo verso tras verso absurdo, sólo para tenerla entre sus brazos, mientras las visiones de aquella cama de plumas bailaban por su cerebro.

—A veces desearía no haber visto nunca esa maldita cama de plumas —le susurró al oído.

Dos días después, Dustin seguía ensayando mentalmente su confesión a Emma, sabiendo que ningún sacerdote sería más duro con un penitente, cuando llegó Cliff Parker para hablar de cortar la madera para enviar a David a la escuela.

Con la familia reunida en torno a la gran mesa de pino de la cocina, Dustin pasó a un segundo plano, mientras Parker le explicaba. David había seguido el consejo de Dustin de

aprender todo lo que pudiera sobre la explotación maderera en preparación para esta discusión, y Dustin radiaba de orgullo por el muchacho.

Se dio cuenta de que Parker también estaba impresionado.

—¿No recomienda la tala rasa? —preguntó David.

—Lo haré, si es lo que quiere. La verdad es que es muchísimo más fácil y rápido que talar árboles por partes. Pero en cuanto a recomendarlo, si estuviéramos hablando de mi propia propiedad, diría que no. Salve todas las maderas duras que pueda.

—¿De qué nos servirán, las maderas duras? —cuestionó David.

—De mucho, hijo. Pregúntale a Sanders, aquí presente. El ferrocarril necesitará roble para traviesas para tender las vías. Y el mercado del ciprés y otras maderas duras repuntará cuando las vías del tren estén en funcionamiento. Si se dejan en paz hasta que se necesiten, ayudarán a que el bosque conserve su equilibrio, mantendrán el hábitat natural para las criaturas que lo habitan y permitirán la protección natural de los lobitos que están brotando.

—¿Cuántos árboles sugiere llevarse? —preguntó Emma.

—¿Cuánto dinero necesita, señora?

—El señor Holden dice que deberíamos planear con cien dólares por semestre, incluyendo alojamiento y comida. Supongo que podríamos recortar lo suficiente para varios semestres y ponerlo en el banco.

—Yo no lo aconsejaría —respondió Parker—. Por mucho que me guste el negocio, creo que a la larga saldrá ganando si se queda sólo con lo necesario para los próximos meses.

—¿Por qué, Parker? —intervino Dustin cuando el leñador no continuó.

Parker se encogió de hombros.

—Diablos, Sanders, debería saber la respuesta a eso tan bien como cualquiera, ya que la

búsqueda de una nueva línea de ferrocarril le trajo a la ciudad.

Cuando Parker observó al grupo, Dustin esperó no ver las expresiones cómplices en varios rostros.

—Una vez que la línea ferroviaria esté en marcha, su madera valdrá más. No dudaría de que verá subir los precios hasta quedar por las nubes.

Sugar sirvió limonada y café, y Parker se sentó, dando tiempo a la familia para meditar sobre su oferta.

—¿Qué opinas, David? —preguntó Dustin largamente—. ¿Quieres llamar a otra gente y oír lo que tienen que decir?

David, sentado a la cabecera de la mesa, que se había convertido en su lugar habitual tanto en la cocina como en el comedor, negó con la cabeza.

—No, a menos que lo quieran los demás. —Él y Dustin escrutaron al grupo.

—Estoy satisfecha —dijo Emma.

—Yo también —respondió Fanny—. Excepto que me gustaría hacer una pregunta.

—Dispara —ofreció Parker.

—¿Cuánta madera tenemos? Quiero decir, ¿cuántos semestres de madera cree que podemos cortar?

Parker sacudió la cabeza. Escudriñó la mesa.

—Veamos. Digamos que sólo la usáis para la escuela... Sois cuatro, ¿verdad?

Los niños asintieron.

—Yo diría que... suficiente para que tenga para sus hijos, jovencita.

Fanny y David intercambiaron grandes sonrisas.

—¿Cuándo cree que podría empezar —preguntó Dustin—, sí la familia quiere que haga el trabajo?

—Al final de la semana, si el tiempo aguanta. Veamos, ¿hoy es martes? Digamos que el próximo lunes.

Cliff Parker fue contratado, los papeles firmados y el resto de la semana transcurrió con expectativas crecientes para todos, excepto para Dustin, cuya mente seguía ocupada con la confesión que le haría a Emma. Y con las cosas que quería realizar de antemano.

El viernes ya había concluido el papeleo en Lufkin y sólo esperaba una respuesta de Desmond antes de poder partir hacia Orange, armado con pruebas suficientes para poner a Víctor Haslett, si no entre rejas donde debía estar durante los próximos cincuenta años, al menos fuera de servicio como ladrón de madera durante una o dos generaciones.

Llegó de vuelta a la Casa Travis a media tarde. Emma estaba colgando la ropa en el tendedero cuando él cabalgó por el sendero. Se volvió y le vio sacar la rienda y desmontar. Sus manos se aquietaron en el tendedero, mientras lo miraba acercarse.

Él sabía lo que ella estaba pensando. Con cada paso que daba hacia ella, sabía que ella estaba pensando lo mismo que él: recordando la última vez que había vuelto a casa temprano un viernes, adónde habían ido, qué habían hecho. Cuando llegó hasta ella, le faltaba el aliento.

Levantando una mano, le cogió la barbilla, bajó los labios y la besó, rápido y suave.

—¿Quieres dar una vuelta?

Sintió que se le aceleraba el pulso, leyó su apasionada respuesta en sus ojos.

—Déjame acabar aquí.

—Ve a por tu gorro. Yo terminaré de colgar la ropa.

Para cuando ella regresó, él tenía las sábanas en el tendedero, un poco ladeadas, pero fuera

del suelo, que era la idea. Cogidos de la mano, caminaron hasta el establo, donde él cogió a su yegua, la ensilló y la subió a la silla.

Cuando sus manos abarcaron su cintura, sus ojos se abrieron de par en par y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Hiciste algo más que traer un capó.

Ella se ruborizó.

Sus ojos barrieron su cuerpo, debidamente vestido con falda de montar y cintura, al menos por fuera. Le apretó la cintura sin corsé.

—¿Qué más te has dejado?

—Espera y verás.

Cabalgando más allá del Banco Apple Springs, Dustin murmuró:

—Bueno, que me aspen.

Emma se volvió a tiempo de ver a un hombre rechoncho con mono de leñador subir a grandes zancadas por el malecón. Levantó una mano cuando pasaron. Dustin le devolvió el saludo.

—¿Quién es?

—Víctor Haslett. —Dustin observó al leñador entrar en el banco—. Diría que tiene tanto descaro como cualquier hombre que haya conocido. Claro que no he conocido demasiados ladrones.

El ritmo que llevaban de camino a la propiedad era tan errático como sus latidos. Galopaban, trotaban, caminaban, siempre conscientes el uno del otro, de lo que les esperaba, del tiempo que hacía que no yacían abrazados, de la desesperación que sentían a diario por volver al bosque y experimentar las alegrías de su deseo mutuo.

Dustin hizo un intento de conversación.

—Parece que el lunes me iré a Orange.

A Emma le dio un vuelco el corazón.

—¿El lunes? ¿Por qué tan pronto?

—Cuanto antes me vaya, antes podré volver... —Él la miró de través, sostuvo su mirada preocupada—, ...a ti.

Ella se tragó el miedo, o lo intentó, pero el corazón le latía en la garganta. Volvió su atención al camino de rocas rojas, incapaz de hablar. ¿Pero qué había que decir? Desde luego, no podía rogarle que se quedara; su trabajo era importante. No podía pedirle que se fuera con él; eso sería indecoroso.

—Entonces, ¿por qué no te vas hoy? Volverías mucho antes.

—Estoy esperando un telegrama —le dijo—. De L&M. No puedo irme hasta que estemos seguros de que tenemos toda la información que necesitamos para cerrar el caso contra Haslett. Así sólo hará falta un viaje.

—Bien. ¿Crees que llegará el lunes, el cable?

—Eso espero. Ya debería haberlo sabido.

—¿Significa eso que hay algún problema?

—No sabría decirlo. —Le guiñó un ojo—. Aunque ya nos preocuparemos de eso más tarde.

Ella se calentó, sabiendo que él había hecho tiempo para que volvieran a estar a solas antes de marcharse. Era sin duda el hombre más considerado que ella había conocido. Y era suyo.

Su corazón cantaba. Pero había una cosa de la que nunca habían hablado.

—Desmond, ¿estás seguro de que serás feliz viviendo en Apple Springs?

—¿Contigo? No viviremos en Apple Springs, Emma amor, estaremos en el cielo.

Ella suspiró.

—No te preocupes por mí. Mientras esté en Orange, solicitaré ese trabajo explorando la línea férrea.

—Bien.

—Como ya he hecho la mayor parte del trabajo preliminar, debería estar arriba en la lista. —Se encogió de hombros—. Si no es ese trabajo, L&M tendrán un puesto para mí en algún lugar cercano.

—Eso espero. —Ella volvió los ojos serios hacia él—. Pero si no lo hacen... quiero decir, si tienes que ir a otro sitio a trabajar, yo también iré.

—Emma...

—De verdad. No me importará dejar Apple Springs. No importará donde viva, mientras estemos juntos.

Deteniéndose en medio del camino, se acercó y le cogió las riendas, tirando también de su caballo hasta detenerlo. Inclinándose la besó, larga, dura y profundamente. Amándola, deseándola, necesitándola.

—Emma, Emma. Te quiero más de lo que nunca supe que era posible querer a alguien.

Ella le acarició la mejilla.

—Yo también.

Sus labios volvieron a reclamar los suyos, dejándola sin aliento y débil. Finalmente se apartó con una carcajada. Su mirada acalorada la abrasó hasta la médula.

—Te echo una carrera hasta la propiedad —la retó. Pero cuando llegaron, no la reconocieron.

Emma miró a derecha e izquierda.

—Estamos en el lugar equivocado. —Su voz era tensa, dubitativa—. Esta no puede ser mi propiedad. —Pero a lo lejos vio la pequeña colina donde se alzaba la cabaña de troncos que había construido su bisabuelo Maybray, la cabaña que Terence quería demoler para construir su gran casa.

—Puede que no —comentó Dustin—. No recuerdo esa cabaña.

—Estaba oculta por el bosque... antes... —Las lágrimas le escocían los ojos. Ella escudriñó la tierra arrasada a través de una visión borrosa.

—Ese hijo de puta —siseó Dustin.

—¿Qué...? —Las palabras de Emma vacilaron. La pregunta era inútil.

Dustin desmontó, rodeó a su caballo, le cogió las riendas con una mano y se acercó a ella. Ella se deslizó de la silla, a sus brazos, se quedó en su abrazo.

Él la estrechó mientras ella enterraba su rostro contra la verdad que era demasiado espantosa para aceptar. Él podía sentirla temblar.

Finalmente se apartó y definidamente observó la propiedad que una vez había sido un hermoso bosque. Ahora no era más que tierra gris y tocones, cientos de ellos, quizá miles, extendiéndose a cada lado y muy atrás de la cabaña. Hasta donde ella sabía, sin saberlo realmente, llegaban los límites de su propiedad.

—¿Lo han talado?

—Sí —fue todo lo que se permitió decir, de lo contrario sabía que no sería capaz de contener su ira.

—¿Haslett?

—Esperemos. No me gustaría pensar que hay dos maníacos sueltos.

Emma se quedó mirando la devastación, que era peor que cualquier daño causado por una tormenta que hubiera visto nunca. Le recordaba a las historias de los campos de batalla durante la guerra. Afortunadamente, no había víctimas humanas.

Sin embargo, las había. Ahora David no podía ir a la escuela, ni los demás. Desesperada, empezó a correr por el terreno devastado. Dustin la atrapó y la sujetó por los hombros.

—Te harás daño, amor. —Juntos inspeccionaron las ruinas de este bosque antaño hermoso. Todo había sido talado a menos de un palmo del suelo loblollies, longleafs, roble rojo, roble blanco, ciprés, todo.

Emma se apartó.

—Quiero caminar...

—Ten cuidado —le advirtió él, caminando a su lado con un brazo rodeándole los hombros.

—¿Podría Cliff Parker haber hecho esto?

—No. Me jugaría la vida en ello. Me lo encontré ayer en la oficina maderera. Dijo que había archivado los papeles, alineado una tripulación. Aún planeaban empezar el lunes a primera hora.

Emma volvió la cara hacia él, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—¿Qué haré ahora?

Dustin la atrajo hacia su pecho, la abrazó mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

—¿Cómo irá David a la escuela? ¿Y los demás? ¿Cómo podré, alguna vez...?

—Sh, Emma amor. Sh. Pensaremos en algo. Te ayudaré. Encontraremos una manera.

Ella lo abrazó con fuerza, sosteniéndolo como si dependiera de él su vida.

—Oh, Desmond, si no te tuviera...

—Sh —le consoló—. Sh. —Pero su mente se desvió hacia su propio problema. Después de esto, ¿cómo demonios iba a darle una noticia tan devastadora?

Llenos de desesperación, se dirigieron de nuevo a la Casa Travis.

—Habrá una manera —le aseguró—. Habrá una manera, y la encontraremos. Juntos.

Emma luchó por contener las lágrimas. Sólo eran árboles, después de todo. Nadie había resultado herido. Su mirada se volvió hacia el hombre al que había llegado a querer tanto. Como él dijo, encontrarían una manera. Tenía a Desmond para ayudar; encontrarían una manera.

Como David había anunciado en la cena del domingo, eran una familia.

Por primera vez desde que murió su madre, volvían a ser una familia.

Cuando llamó la atención de Dustin, sus miradas se sostuvieron y sus palabras le sorprendieron.

—Ni siquiera llegamos a... E—lla se encogió de hombros, avergonzada de hablar con tanto atrevimiento.

Él le guiñó un ojo.

—Lo haremos. Uno de estos días.

—Uno de estos días puede que incluso lleguemos a esa cama de plumas.

—Uno de estos días muy pronto, Emma amor. Eso es algo que nadie nadie puede quitarnos.

Veinte minutos más tarde, sin embargo, cuando cabalgaban por el camino de la Casa Travis, Dustin se dio cuenta de que podía estar equivocado en casi todo.

—¡Eh, Dustin, viejo hijo de puta! ¿Dónde has estado toda la tarde?

Dustin había desmontado y estaba ayudando a Emma a bajar de su silla. El saludo gritado de su hermano le asestó un golpe que habría derribado un pino virgen. Su cerebro dio vueltas

hasta detenerse. Sus manos se congelaron en la cintura de Emma. Como si sus brazos se hubieran convertido en piedra, la puso en pie, sin atreverse a mirar hacia el camino del porche. Sabiendo lo que encontraría. O más bien, a quién encontraría. El pánico le invadió como un incendio forestal.

Eran gemelos idénticos. Emma lo vio en un momento, luego se amonestó rápidamente. Lo sabía desde hacía tiempo. Cuando se volvió hacia el hombre que tenía a su lado, se dio cuenta de que tenía las mandíbulas apretadas. Manchas blancas, brotaban en sus mejillas, haciendo que la pequeña cicatriz de su sien resaltara como cera de vela contra su piel morena. Su mano le agarró el codo con un apretón mortal.

Su primer pensamiento fue que le había mentido acerca de que su noche en el granero con su hermano no significaba nada para él. O que al encontrarse cara a cara con su hermano le había mostrado la verdad. Obviamente, le importaba mucho.

En cuanto a eso, Emma tampoco estaba segura de cómo se sentía. Amaba al hombre que tenía a su lado y él amaba a su hermano. ¿Cómo podía estar al lado de Desmond y enfrentarse a Dustin? A un hombre, ella lo amaba. Al otro, lo odiaba.

Pero había entregado su cuerpo a ambos. A uno por amor, al otro por lujuria. Esforzándose por controlar sus sentidos desbocados, Emma se acercó a Desmond.

—¿Qué haces aquí? —le oyó decir. Su voz era tensa. Le dolía.

—Vine a arreglar las cosas.

—Se suponía que ibas a telegrafiar...

—Pensé en hacer acto de presencia. Nunca había estado en los Piney Woods y tus informes eran tan elogiosos. —El visitante miró entonces a Emma, y ella se estremeció. Decidida a permanecer junto al hombre que amaba, Emma rezó pidiendo fuerzas y levantó los ojos hacia el hermano de Desmond.

Ningún reconocimiento la saludó. Era como si hubiera olvidado no sólo a Emma, sino su noche de pasión. Levantó las cejas como si quisiera reconocer la fuente de aquellos brillantes informes.

El hombre que estaba a su lado se adelantó.

—¿Recuerdas a Emma Jones, Dust...?

—No puedo decir que nos conociéramos. Soy Desmond Sanders, Srta. Jones. He oído hablar mucho de usted por el viejo Dustin. Muy feliz de conocerla por fin.

Emma se quedó con la boca abierta; su corazón se detuvo de golpe. Su cerebro se negó a funcionar, excepto para llenar su cabeza de un rugido enfermizo y vertiginoso. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Se volvió hacia el hombre que tenía a su lado, el hombre al que amaba. Su rostro afligido avivó su confusión... y su miedo.

—¿Qué...?

Miró de un hermano a otro. Aún no había reconocimiento en el rostro de su visitante. Sólo un ceño fruncido, una expresión de confusión en sus familiares ojos marrones. Excepto que no eran familiares.

Volvió los ojos muy abiertos hacia el hombre que tenía a su lado. El hombre al que amaba, que parecía haber recibido un golpe amargo. La agonía de su rostro reflejaba la de su corazón. Y de repente la verdad la golpeó. Ella no conocía a esos dos hombres. Uno era un extraño; el otro...

—Maldita sea, Emma —decía Dustin—. No era mi intención que te enteraras de esta manera.

—¿No estarás...? —Las palabras no se formaban, pero los hechos estaban claros sin ellas. Sus ojos buscaron los de ella; ella observó su pulso latir rápidamente, vio su pecho subir y bajar —. Todo este tiempo... —Las últimas semanas pasaron ante sus ojos, todo lo que había compartido con este hombre, sus sueños, sus miedos, su amor, su cuerpo, con el hombre

equivocado.

—Me dejaste creer...

—Maldita sea, Emma…

—¿Íbamos a casarnos? —Ella miró de un hermano atónito al otro. Una oleada de debilidad la inundó—. No, yo supongo que no…

—Sí, íbamos —la interrumpió Dustin—. Lo haremos. Emma, escucha. —Cuando se acercó a ella, retrocedió, rehuyendo su contacto—. No era mentira —insistió—. Nada de eso.

Sentía las rodillas a punto de doblarse. La cabeza le dio vueltas.

—¿Excepto tu nombre?

Dustin levantó la cabeza hacia el cielo, como si mirara al cielo en busca de ayuda.

Finalmente la ira luchó a través de la sofocante capa de dolor en el corazón de Emma para convertirse en angustia.

—¿Con quién se suponía que debía casarme? ¿Habría acabado casada con Desmond...? —Lanzó una mirada fulminante a su inesperado invitado y luego miró fijamente a Dustin—. ¿Casada con Desmond y viviendo contigo? ¿O habría sido... su esposa?

—Emma, iba a decírtelo el lunes. Antes de irme a Orange, iba a contártelo todo.

Luchó contra las lágrimas, las combatió valientemente, luchó y perdió, pues antes de que pudiera evitarlo, lágrimas calientes rodaron por sus mejillas. Cuando Dustin se movió para secárselas, ella saltó hacia atrás como si le hubiera disparado. Furiosa, se frotó la cara.

—¿L... Lunes? —tartamudeó—. El lunes, antes de que te fueras. —De repente supo que si no se alejaba de esos dos hombres despreciables, no sería capaz de controlarse—. Bueno, ahora no tienes que molestarte. —Dándose la vuelta, corrió por el sendero, entró en la casa, subió las escaleras y al final se arrojó sobre su cama, llorando.

Desmond se quedó mirando tras la desconsolada señorita Durante.

—Parece que he agitado una guarida de cascabeles.

Dustin lanzó un profundo suspiro. Le dio una palmada en el hombro a su hermano.

—No es culpa tuya, Desmond. No es culpa tuya. —Sin más explicación, corrió hacia la casa, subió las escaleras e irrumpió en el dormitorio de Emma. Su corazón se agitó dentro de su pecho como una máquina de vapor en apuros.

—¿Emma?

El sonido de su voz arrancó sollozos desgarradores de lo más profundo de su ser.

¿Por qué no había cerrado la puerta?

—Vete.

—No hasta que te lo explique. —Se acercó a la cama de plumas, con el corazón en la garganta. Los coloridos dibujos de su colcha de punto de locura giraban ante sus ojos. En medio de la gran cama de plumas, Emma yacía acurrucada en un apretado ovillo, como si quisiera defenderse de un asalto... de él. Sintió que se ahogaba en la desesperación. Ni en sus sueños más salvajes sobre esta cama había imaginado llegar a ella en estas circunstancias.

La humedad le nublaba la vista. Sentía el corazón permanentemente alojado en la garganta. Sus rodillas tocaban el colchón. Pluma, había dicho.

—Emma, siéntate. Deja que te explique.

—No hay nada que explicar. —Lloró entre sus brazos cruzados. Cuando él intentó darle la vuelta, ella se tensó. Él retiró las manos, sintiéndolas temblar.

—Sólo vete. Ya tienes lo que buscabas. Ahora, vete.

—Te quiero, Emma. —Las palabras salieron ásperas de su garganta—. Te amo tanto que la vida no valdría la pena vivirla sin ti.

Ella podía oír el dolor en su voz, y el temblor del miedo.

En algún lugar profundo de su interior, ella le creyó. O quería hacerlo.

Pero no se atrevió. No otra vez.

—No esperes que me crea ninguna más de tus mentiras.

—Es verdad, maldita sea. Nada más era mentira. Lo juro. Nada más.

—Excepto tu nombre. Dejaste que me enamorara del hombre equivocado.

—No, del hombre correcto.

—El hombre correcto no me habría dejado como tú lo hiciste.

—Ahora lo sé. Fue como dije, Emma. No estaba preparado para pensar en sentar la cabeza. Me asusté.

Se sentó en la cama junto a ella y acercó una mano a su espalda agitada. Suavemente empezó a frotarle los hombros, entre ellos, a través de ellos. Cada vez que ella se estremecía contra su mano, él sentía como si le hubieran clavado un cuchillo en su mentiroso corazón.

Cuando ella intentó sacudirse su mano, él se dobló sobre ella y enterró la cara en su pelo. Pensó en la tarde que habían planeado, en el desastre que encontraron en el bosque.

Un desastre, sí. Y uno les había esperado en casa.

—Tuve miedo —repitió—, pero nada como el que tengo en este momento.

Lanzó otro sollozo estremecedor. Sus pulmones se dilataron; sentía que iban a estallar dentro de su pecho. Las lágrimas rebosaban en sus ojos. Intentó darle la vuelta, pero ella mantuvo su cuerpo en su rígido ovillo.

—Vete, Desmond... o... quién demonios seas. Sal de esta casa... vete... antes de que vengan los niños.

Pensar en los niños trajo un nudo mayor a la garganta de Dustin.

—Se lo explicaré, Emma; lo entenderán.

Emma le sacudió entonces, obligándole a sentarse. Sin embargo, podía sentirle allí, junto a ella en la cama. Tan cerca que podía estirar la mano y tocarle. Tan cerca que podía arrojarse a sus brazos y decirle lo mucho que le quería y que no importaba cómo se llamara, le quería y siempre le querría.

Pero sí importaba. Él le había mentido de la forma más íntima. Y si ella se lo permitía, volvería a mentirle. Sentándose, tuvo cuidado de no mirarle a los ojos. Cuando él extendió la mano hacia ella, ella se escabulló por el colchón y salió de la cama por el lado opuesto.

—Fuera. Vete. Por favor. Antes de que los niños…

—Emma, escúchame. Hablemos de ello. Por favor.

Los temblores de su voz fueron casi su perdición. Apretó los dientes y rezó para que salieran las palabras adecuadas. Las palabras correctas, que lo alejaran.

—Vete —susurró tan enérgicamente como pudo—. Ahora.

Dustin se levantó, con la cabeza inclinada.

—Volveré. En cuanto los Rangers detengan a Haslett, volveré.

La idea de tener que enfrentarse a él de nuevo la atravesó como una flecha bien dirigida, y lo único que quiso hacer fue acurrucarse y morir. Pero no podía. Tenía a los niños.

—No —logró decir. El dolor en su interior era real: devastador, agudo. No podía volver a vivir semejante dolor.

Hizo acopio de lo que seguramente era su última onza de fuerza.

—No te atrevas a volver a esta casa. Nunca más. Jamás. —Se volvió hacia la ventana.

Impotente, él la observó de pie, con los brazos agarrados alrededor del pecho, los hombros

tensos. Una cálida brisa de verano soplaba a través de las ventanas de su dormitorio, revoloteando las cortinas de encaje del batiente, bañando la habitación con aire suave y el conmovedor aroma de la madreselva. Ajeno a las lágrimas que rodaban por su rostro, Dustin se dio la vuelta y se marchó.

Justo cuando pensaba que no podría soportar permanecer ni un segundo más en la misma habitación con él, le oyó marcharse. La puerta se cerró suavemente tras él.

Y ésa fue su perdición. Suavemente, como si a él le importara. Suavemente, como siempre la había tratado.

Suavemente, como había mentido.

Capítulo 16

Después de que Dustin se marchara, Emma permaneció tumbada en su cama hasta que sonó la campana de la cena de Sugar. Con las lágrimas agotadas, reflexionó sobre el giro que había dado su vida: de feliz a sombría y a desesperada en cuestión de horas.

La madera había sido cortada. ¿Podría ser Dustin el responsable de ello? En su fuero interno estaba segura de que la respuesta era un rotundo no. Sin embargo, ¿quién? ¿Había sido ella un objetivo aleatorio? El momento indicaba que no. El momento.

Cuando creía haberlo perdido todo para mantener su vida material y la de los niños, Desmond, que resultó no ser Desmond en absoluto, había estado allí para estar a su lado, para amarla.

Y en el espacio de un latido incluso ese amor, el amor más preciado que ella había imaginado jamás, le había sido arrebatado.

Anna Holden había dicho la verdad: Emma no podía esperar ganar suficiente dinero con la pensión para criar a los niños; desde luego, no podía enviarlos a la escuela con la cantidad de dinero que ingresaba la Casa Travis.

Entonces, ¿cuál era la respuesta? ¿Qué iba a hacer ella? Si sólo se tratara de sí misma, estaría tentada de quedarse aquí y morir. Haber sido engañada dos veces por el mismo hombre la dejaba sintiéndose no sólo violada, sino medio tonta. Terence había tenido razón al decir que ella

necesitaba su sentido de los negocios.

Y así era. Pero Desmond -Dustin- había demostrado que ella no necesitaba nada más de Terence. Esto le provocó otro torrente de lágrimas. ¿Por qué había vuelto ese maldito Sanders? Ahora le había arruinado la vida, no una, sino dos veces.

Y ella se lo había permitido... las dos veces. El único consuelo, y realmente ya no importaba, era que ella no había entregado su cuerpo a dos hombres. Se ruborizó, recordando las veces que había discutido eso mismo con Desmond, que no había sido Desmond en absoluto, sino que había sido Dustin todo el tiempo. Seguramente se había reído mucho de aquello. Los dos, gemelos nada menos, probablemente se estaban riendo de ello en ese mismo momento.

Asqueada y avergonzada por la debacle, dio gracias a sus desafortunadas estrellas por haber poseído la presencia de ánimo para echarle. En ese mismo momento. Lejos, para no tener que enfrentarse a él nunca más.

Cuando no apareció abajo para ayudar a preparar la cena, Fanny fue a su habitación. Al no recibir respuesta a su llamada, Fanny abrió la puerta y cruzó para sentarse a un lado de la cama donde Emma yacía acurrucada.

Finalmente Emma reunió lo suficiente de sus sentidos para recordar los deberes de la Casa Travis.

—¿Podéis Sugar y tú encargaros de todo esta noche?

Fanny asintió, con la mirada fija en la alfombra trenzada. Largos mechones de pelo ocultaban su rostro a la vista de Emma.

Curiosa, Emma alargó la mano para apartar el pelo de Fanny. La visión de los ojos hinchados de su hermana pequeña hizo que volvieran sus propias lágrimas.

—¿Qué pasa, Fanny?

Fanny rompió a llorar y las hermanas cayeron abrazadas.

—Se ha ido —susurró Fanny.

—Es lo mejor.

Fanny se apartó.

—¿Cómo puedes decir eso? Le quieres.

—Mintió, Fanny. No es Desmond Sanders, es su... su hermano gemelo, Dustin.

Fanny frunció el ceño.

—¿Por qué haría eso?

—Para engañarme.

—Pero... no lo entiendo. ¿Le conocías de antes? —Emma asintió.

—¿A cuál? ¿Desmond o Dustin?

—Dustin. —Emma suspiró, preguntándose si debía decírselo a Fanny y, en caso afirmativo, cuánto.

—¿Por qué mintió? No tiene sentido.

—Él pensó que sí. Vino a un baile aquí en la Casa Travis. Hace un año o así, cuando mamá aún vivía.

—¿Y?

—Y bailamos... mucho... toda la noche... juntos. —La voz de Emma tembló, al recordar cosas que ahora sabía que nunca olvidaría.

—¿Y...?

Emma respiró entrecortadamente. Sacudió la cabeza, muda. No podía contarle a Fanny la historia de aquella sórdida noche en el granero.

—Esto ha arruinado nuestras vidas, Emma. Lo menos que puedes hacer es decirme la

verdad. ¿Por qué volvió? ¿Y por qué intentas odiarle a él?

Emma miró fijamente a su hermana, sorprendida por la madurez de aquella pregunta, la perspicacia. Sí, ella quería odiar a Dustin Sanders. Lo deseaba de la peor manera. Y un día, si le daban tiempo suficiente, lo haría.

—¿Sabes lo preocupada que he estado por ti y por Jeff? —Esta vez, Fanny fue la que se quedó muda.

—¿Recuerdas la noche después del baile, cómo Desmond... eh, Dustin se enfadó tanto, echando a Jeff de casa y enviándote a tu habitación?

—¿Cómo voy a olvidarlo?

—En ese momento pensé que sólo estaba siendo perspicaz, sensible. Ahora, sé por qué actuó como lo hizo. Él... él no quería que tú y Jeff cometierais un error... el mismo error que él y yo cometimos la primera vez que estuvo aquí.

Los ojos de Fanny se abrieron de par en par. Amaneció la comprensión y volvió a echarle los brazos al cuello a Emma.

—No fue un error, Emma. Le quieres.

Emma sofocó un sollozo.

—No, no le quiero. —Luego corrigió con—: Ciertamente no lo amaba entonces. Y él tampoco me quería. —Ni entonces ni ahora, lloró su corazón furioso—. Era... como os dijo a ti y a Jeff... estábamos sintiendo nuestra pasión. Nuestros cuerpos, Fanny, no nuestros corazones. —Resueltamente, se echó hacia atrás y miró a Fanny a la cara, echando el pelo de su hermana hacia atrás, metiéndoselo detrás de las orejas, recordando—. Se fue por la noche. Ni siquiera esperó a despedirse. Cuando bajé a la mañana siguiente, toda azorada, se había ido. Y no volví a saber de él hasta... hasta que apareció en nuestra puerta.

—¿Le odiaste un año entero, antes de que volviera?

—Para ser sincera, era a mí misma a quien odiaba. Oh, Fanny, por favor, compréndelo. Cuando un hombre y una mujer se unen así, es mucho más que físico, para la mujer, al menos. Cuando eres joven, te impulsan unos anhelos físicos que son casi insoportables. Son tan potentes que a veces se apoderan de tu corazón y de tu cerebro, pero... Cuando acudes a un hombre, Fanny, siempre sales siendo una persona diferente. Por eso queríamos que conocieras a Jeff y que estuvieras segura de lo que hacías. No queríamos que cometieras el mismo error que nosotros.

Las palabras salieron sin que Emma las considerara, y después encerraban tanta verdad que sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Recordó haberle dicho a Desmond, Dustin, que no se había considerado promiscua hasta que se vio enfrentada a hacer el amor con su hermano. Eso era lo mismo que decirle que no lo sentía.

Pero lo había sentido. No había querido que Fanny cometiera el mismo error que ellos. Vio aquella noche como un error. Y, sin embargo, volvió a llevarla por ese mismo camino lleno de espinas. Saber eso era devastador.

—Nunca sabré si habría sido un error con Jeff o no —dijo Fanny.

Perdida en su propia pena, Emma no entendió el significado de Fanny por un momento. Luego frunció el ceño.

—Se fue con Desmond —explicó Fanny.

—Dustin —corrigió Emma. Pero la revelación de Fanny era lo que tenía en mente. Y esa revelación convirtió su abatimiento en ira como ninguna otra cosa podría haberlo hecho. Y su ira, a su vez, la ayudó a enfrentarse al resto de la familia.

Aunque no bajó a cenar, cuando los comensales se marcharon, Fanny regresó.

—Sugar dice que no puede hacer nada con los niños. Te necesita.

Emma se preguntó qué iba a decirles. Sugar le preparó un gran bocadillo de venado asado

y prácticamente la alimentó a la fuerza, mientras los chicos clamaban por saber qué le había pasado a Desmond.

—No se llama Desmond —explicó Emma—. Es Dustin.

—¿Pero dónde está el señor? —preguntó el Pequeño Peter.

—Se ha ido —les dijo Emma—. Era un huésped, y los huéspedes se quedan hasta que terminan sus asuntos; luego... se van.

—¿Por qué no se despidió? —preguntó Billy Joe.

Emma se mordió la lengua contra una réplica. Dustin Sanders era bueno marchándose sin decir adiós. Ella lo sabía mejor que nadie. Le remordía la conciencia cuando recordaba su súplica de hablar con los niños. Por supuesto, ella se había negado. Ella no podía permitir que él hiciera más daño a esos niños.

—Dijiste que ibas a casarte con él —decía Billy Joe—. ¿Cómo puedes casarte con él si se ha ido?

—No puedo.

David cambió de tema.

—¿Está realmente cortada la madera?

—Me temo que sí.

—¿Lo hizo él?

—No. —De nuevo Emma consideró la posibilidad, diciéndose a sí misma que sería una tonta si no lo hiciera, dada su afición a mentir—. No, Desmo... eh, Dustin no lo habría hecho. —Pero incluso mientras pronunciaba las palabras, Emma se preguntó por qué no. Había hecho tanto daño a esta familia como podía. ¿Por qué no llevarse también la madera?

—¿Cómo iré a la escuela?

—No lo sé, David —respondió ella con franqueza—. No puedo pensar en eso esta noche. Mañana temprano, pensaré en algo.

—Si no hubieras ahuyentado a Desmond, se le habría ocurrido algo —argumentó David.

—Se llama Dustin.

—¿Qué diferencia hay? —cuestionó Billy Joe—. Siempre nos llamas al Pequeño Peter y a mí por nombres equivocados y no te echamos.

Sugar se ofreció a llevar a los niños a la cama, para que Emma pudiera retirarse temprano. Pero la larga y solitaria noche no hizo nada por reanimarla. Permanecer despierta y sola en aquella gran cama de plumas era una pura tortura. Cada vez que se daba la vuelta, recordaba las bromas que Dustin y ella habían compartido sobre aquella cama. Pero no habían sido bromas; eran promesas: promesas rotas, sueños rotos, vidas rotas.

Ése fue el legado que Dustin Sanders dejó a la Casa Travis.

Sin embargo, la noche había logrado una cosa. Por la mañana le había maldecido tantas veces que ya no pensaba en él como Desmond. Ahora era Dustin, un hombre, un canalla mentiroso y cobarde.

Al día siguiente, Emma volvió a dejar a Sugar con los invitados a la cena, por miedo a que se le fuera la olla a la primera pregunta inquisitiva sobre Dustin Sanders. Y habría preguntas indagatorias; ella lo sabía con certeza. Dustin había tenido razón en una cosa: los comensales venían tanto a husmear en su vida personal como a probar la cocina de Sugar.

Dando tiempo a que los comensales se marcharan, Emma subió por las escaleras traseras hasta la cocina, donde Sugar trabajaba sola. Cuando Emma cogió un paño para secar los platos, Sugar la detuvo.

—Siéntese y coma, señorita.

A Emma nunca se le pasó por la cabeza oponerse a Sugar, aunque picoteaba tanto la

comida que esperaba otra reprimenda.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó, dándose cuenta de repente de que no los había oído en varias horas, lo que era inusual un sábado.

—David se los llevó a pescar.

—¿David?

—Um-hum. David. —Sugar favoreció a Emma frunciendo el ceño—. Ese hombre tuvo un buen efecto en todos los Jones, señorita Emma. Y no vaya diciendo que no lo hizo. Me guardé mi opinión para mí anoche, pero le diré que Billy Joe tenía razón. No importa cómo se llame un hombre. Es lo que hay dentro de él lo que cuenta.

—Ese es justo el punto —enfureció Emma—. Es engañoso, deshonesto...

—No conozco toda la historia, por supuesto —atajó Sugar—, pero no hay hombre vivo, ni mujer tampoco, que sea todo bueno o todo malo. Puede que sí le mintiera sobre su nombre, y puede que tuviera una buena razón. Creo recordar que le amenazó con una escopeta aquel primer día.

—Ojalá le hubiera disparado.

—Supongo que sí. Pero si lo hubiera hecho, no creo que David estuviera pescando con sus hermanos hoy.

Emma empezó a objetar, pero Sugar continuó.

—Y no creo que Fanny te hubiera hecho caso sobre ese jovencito que le gustaba.

—Dustin fue quien trajo a Jeff, si recuerdas. Si él no hubiera estado aquí…

—Si no hubiera sido Jeff, habría sido algún otro jovencito acalorado.

—De acuerdo —ladró Emma—. Dustin hizo algo bueno por aquí, pero fue para su propio beneficio.

—¿Su propio beneficio? ¿Y qué beneficio consiguió?

—Lo sabes muy bien.

—He oído que el hombre le propuso matrimonio. A mi modo de ver eso me parece respetable.

—No lo habría llevado a cabo. Se iba el lunes. No habría vuelto.

—¿Lo sabe? ¿Es un hecho?

—Lo creo.

Tras un fuerte abrazo que hizo que las lágrimas rebosaran en los ojos de Emma, Sugar volvió a fregar los platos. Cuando Emma intentó ayudar, la mujer mayor la espantó.

—Sal de aquí. Búscate algo que te levante el ánimo.

¿Algo que le levante el ánimo? Emma dudaba que quedara algo así en el mundo. Desmond era Dustin y se había ido. Y la madera también se había ido.

Ése era el verdadero problema, el que afectaba a toda la familia y a su futuro, el problema para el que había prometido a David encontrar una solución hoy mismo. Ya había salido por la puerta principal en dirección al columpio, antes de darse cuenta de lo conmovedor que era aquel lugar para ella ahora. Apartándose, se sentó en el último escalón y enterró la cara entre los brazos.

Pero incluso allí se acordó de Dustin y del escalón que había arreglado. No se volvió para ver las contraventanas reparadas ni las paredes pintadas. No tenía por qué hacerlo, estaban grabados en su memoria: el día en que la sorprendió con el encalado, cuando estaba a su lado en este mismo patio; y la forma en que había puesto a los niños a trabajar limpiando para el baile. La forma en que Jeff y Fanny escardaban y podaban las rosas.

La puerta del patio se abrió. Ella lo oyó y se quedó helada. Los rayos no caen dos veces en

el mismo sitio, decía la gente, pero ¿y si así fuera? Unos pasos se dirigían hacia ella.

Pisadas masculinas. Y todo lo que pudo ver fue el rostro de Dustin, de pie ante ella el día de su llegada, con el sombrero en la mano, contrito. ¿Contrito? No en su vida.

—Emma.

Ella levantó la vista.

—Terence.

—He oído las noticias.

Apretó los dientes, deseando no derrumbarse.

—Supongo que está por todo el pueblo.

Hizo un gesto con el sombrero hacia el escalón.

—¿Puedo sentarme? —Ella asintió.

—Lo siento, Emma. Parece que ninguno de los dos lo hizo bien contigo.

Por muy amable que fuera Terence Larson, tenía una manera de volver siempre la atención sobre sí mismo. Aquí estaba intentando consolarla llamándola para que le tranquilizara.

—No, no lo hicisteis —respondió ella obedientemente.

—Sí, lo hicimos, cariño. No quería decir todas esas cosas que dije. Lo siento. Yo no... bueno, fueron los celos. Los celos me comieron, me hicieron volverme loco. Pero debí desquitarme con él, no contigo.

—No pasa nada.

—No, no lo está. Te dije cosas terribles. No quería decirlas, no realmente. Es sólo que no podía sacarme de la cabeza a ti y a él. Él durmiendo en la casa contigo. Era demasiado.

Se inclinó y la miró a la cara, pero ella se negó a mirarle a los ojos.

—Fue demasiado, Emma —repitió—. Que durmiera en la casa contigo, cuando era ahí donde yo quería estar.

—No lo hagas, Terence, por favor. —Emma se dio la vuelta y él volvió a sentarse en su sitio. Pensó fugazmente en lo asertivo que había sido Dustin, empujándola de espaldas contra la pared, con fuerza, con hambre. Y ella había respondido del mismo modo, con pasión al encuentro de la suya. Y eso había sido todo para él. Pasión.

—Ahora que las cosas han salido...

—Tengo muchas cosas en la cabeza, Terence. Realmente no quiero hablar de nada personal ahora.

Suspiró a su lado.

—He oído lo de la madera.

Ella no contestó, sólo se sentó mirando el camino con sus setos recortados, y más allá hasta la puerta del patio con las bisagras reparadas. De alguna manera, tenía que dejar de pensar en su propia vida y ponerse a ayudar a los niños. La habían engañado haciéndole creer que podía hacer ambas cosas, pero ahora la fría realidad había vuelto para recordarle que la vida nunca era sencilla.

—Ojalá me dejaras ayudar, Emma,

—Ya he tenido toda la ayuda que puedo soportar.

—Sé cómo te sientes. Puedo entender que quieras que los niños tengan casas bonitas y vayan a la escuela. No soy del tipo egoísta que crees que soy.

—No creo que seas egoísta, Terence.

—Quiero lo mejor para ti, eso es todo. —Él extendió un brazo, rodeó sus hombros, y ella no pudo evitar estremecerse. Él no retiró el brazo, sino que lo apoyó ligeramente sobre la espalda

de ella. Sus dedos jugaron con la tela de su manga.

—Creo que he encontrado una forma de ayudar. —Ella no respondió.

—¿Recuerdas al comprador que te mencioné? —El corazón de Emma saltó a su garganta —. Van en serio.

—Eso... eso es absurdo. La Casa Travis es todo lo que me queda. —Recapacitó—. Excepto algunos bosques talados y una destartalada cabaña de troncos.

—Me tienes a mí, Emma. —Le sintió lanzar un suspiro a su lado—. Aunque no me quieras, me tienes.

Su voz lastimera imploraba sentimientos que Emma ni siquiera comenzaba a sentir. Pero lo sentía por él. Le dio unas palmaditas en la rodilla.

—Siempre me has apoyado.

—Siempre lo haré.

—No estamos de acuerdo en nada.

—No estás siendo justa, Emma. Lo sé... lo entiendo. Acabas de tener a un hombre que te abandonó...

—No me ha abandonado.

—...y eso no es bueno para la autoconfianza de nadie. —Le apretó el hombro—. Lo sé. Tú me abandonaste una vez.

—Terence, por favor, tengo trabajo que hacer.

—¿No te interesa ni un poco a quién encontré para comprar la Casa Travis?

—La Casa Travis no está en venta.

—Ahora que has arreglado las cosas, ampliado la clientela, corrido la voz...

—No tuve mucho que ver con nada de eso.

—Sea como fuere, la propiedad ha ganado en valor. Y con la llegada del ferrocarril...

—No sabemos cuándo llegará el ferrocarril... o incluso si pasará por Apple Springs.

—Emma, escucha. ¿Has oído hablar de las Casas Harvey?

—Por supuesto.

—He estado en contacto con su dirección en Kansas City.

—¿Tú qué?

Él repelió sus protestas con las manos.

—Escúchame. Sólo escúchame. Probablemente pagarían lo suficiente para enviar a David a la escuela.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Pensaste en eso?

—Te dije que no soy tan egoísta como crees.

Miró hacia el sendero.

—Juré no vender nunca este lugar.

—Lo sé.

—Pero si lo hiciera... No, eso es ridículo. ¿Qué sería del resto de nosotros?

Como si fuera una araña, la había llevado a su tela, pensó después.

—Te casarás conmigo, Emma. —Ella tragó saliva—. Hemos tenido nuestras diferencias. Todas las parejas las tienen. Arreglaremos las cosas. Puedo ayudarte. Encontrar la forma de enviar a David a la escuela.

—¿Sería suficiente para todos ellos? ¿Para enviar al resto de los niños a la escuela?

—Bueno...

—No vendería nuestra casa a menos que...

—Escúchame, Emma. Dame una oportunidad. No estás siendo realista. Eres joven, y por la forma en que amas a los niños, estás a punto de negarte la oportunidad de tener uno propio.

—Gracias por los ánimos.

—No seas sarcástica. Atiende a razones. David merece el derecho a ir a la escuela.

—¿Los otros no?

—Quizá los demás también puedan. Si tomas las decisiones correctas.

—¿Cuáles son las decisiones correctas, Terence? Dime dónde poner la llave para abrir la puerta mágica.

—No hay puerta mágica, y ambos lo sabemos. Lo estás pasando mal, Emma. Te mereces algo mejor.

Ella apretó los dientes contra un arrebato.

—Ya que lo tienes todo pensado —dijo ella—, ¿qué pasa con los otros niños?

—Tu tío Darrell ha aceptado llevarse a Billy Joe. Tu tía Charlotte se quedará con el Pequeño Peter.

Desde que descubrió la duplicidad de Dustin, Emma no había sentido más que dolor y tristeza. Pero la ira que la poseía ahora llegaba como una niebla que se extiende por el bosque hasta los confines de su alma. Con gran dificultad evitó saltar y abofetear a Terence.

Pero sus intenciones eran buenas. Ciertamente, no eran peores de lo que habían sido las de Dustin. Ambos hombres tenían sus propios planes para lograr sus objetivos. Al menos la de Terence implicaba el matrimonio. Aunque Dustin se lo propusiera, le costaba creer que fuera con

otro propósito que el de llevarla a la cama.

—Alguien tiene que ayudarte, Emma.

Con dificultad, mantuvo la voz baja, uniforme.

—Le prometí a mamá mantener unida a la familia.

—Nunca se deben hacer promesas en el lecho de muerte.

—A pesar de todo, lo prometí. Y amo a los niños, lloró por dentro. Son todo lo que me queda.

La observación de Terence de que algún día ella estaría más allá de la edad fértil caló hondo. ¿Tenía razón? ¿Estaba renunciando a la oportunidad de tener sus propios hijos para cuidar de sus hermanos?

—Tu madre querría lo mejor para los niños —decía Terence—. Tu tío Darrell puede mantener bien a un niño. Tu tía puede mantener al otro. Ninguno de los dos podría hacer tanto por los dos.

Aunque sabía que él tenía razón, sintió como si le hubiera sugerido cortarse su propia mano, las dos manos.

—¿Y Fanny?

—¿Fanny? Fanny tiene dieciséis años, por el amor de Dios. Está crecida. Y está encantada con ese leñador.

—¿Jeff?

—Como se llame. Antes de que te des cuenta Fanny va a querer casarse con ese leñador.

—Jeff se ha ido. —Emma se puso de pie—. Y yo tengo trabajo que hacer.

Terence se puso en pie de un salto. Le cogió los hombros con la mano, dándose la vuelta para mirarla. Cuando ella se negó a mirarle, le besó la parte superior de la cabeza, luego le

levantó la barbilla con la punta de los dedos y le besó los labios.

Suavemente, con ternura. Rozó sus labios con los de ella, luego abrió la boca y dejó que su lengua los recorriera, pero antes de que pudiera salvar la barrera, ella se apartó. Cada nervio de su interior tintineó ante la intimidad.

Él la estudió por un momento, esperando una protesta, ella pudo darse cuenta.

—Piénsalo Emma. Por favor.

—Lo haré.

—Y recuerda, la escuela empieza pronto. Si no te decides a tiempo, David podría tener que esperar hasta el semestre de primavera. —Se puso el sombrero en la cabeza, usando ambas manos para ajustarlo en un ángulo ladeado—. Y la gente de Harvey House podría buscar otro lugar.



Dustin, Desmond y Jeff estaban a unos cinco kilómetros de Apple Springs en dirección a Orange, cuando Dustin frenó de repente en un cruce que llevaba a San Augustine.

Desmond se había disculpado profusamente después de que Dustin le explicara los rudimentos de lo que había ocurrido en la Casa Travis.

—Demonios, no fue culpa tuya. La culpa es mía. No debería haberme apresurado a hacerme pasar por ti.

—Con una escopeta apuntándote a las tripas, no veo que tuvieras muchas opciones.

—Podría haber dado media vuelta y huir.

—No es probable. No por lo que vi.

—¿Qué quieres decir?

—Joder, tío, el aire crepitaba como si estuviera lleno de relámpagos entre vosotros dos. Ahora sé lo que te ha estado carcomiendo este último año. Si lo hubieras confesado antes, tal vez podría haberte convencido de que volvieras allí antes de que tu bienvenida se agotara.

—Mi bienvenida se desgastó hace un año cuando cabalgué sin siquiera despedirme.

Dustin no había tenido intención de discutir el asunto delante de Jeff, pero estaba tan abatido que no pudo evitar confirmar en Desmond, y Jeff estaba allí para oírlo.

—Ahora ya sabes por qué me empeñé en manteneros separados a Fanny y a ti.

—Sí —respondió Jeff—. Me alegro de haberme despedido.

—¿Vas a volver? —inquirió Desmond.

—Ya lo creo. Tan pronto como Desmo… Dustin aquí presente dé el visto bueno.

—No tardaré mucho —le aseguró Dustin—. No quería que te mezclaras con Haslett cuando los Rangers lleguen a la ciudad.

Cuando Dustin se detuvo en el cruce, sus compañeros echaron la rienda a su lado.

—¿No dijiste que había una recompensa por esos ladrones de madera?

—Sí —respondió Desmond—, pero tú no cumples los requisitos. Trabajas para la compañía. L&M no va a pagarte un sueldo y además darte una recompensa.

—No estaba pensando en mí. Jeff aquí calificaría, ¿no crees?

—Debería.

—¿Yo?

—De alguna manera ese dinero de la recompensa va a enviar a esos niños a la escuela. Sólo tenemos que conseguirlo, eso es todo.

Capítulo 17

Terence hablaba en serio sobre la venta de la Casa Travis a la gente de la Casa Harvey, y aunque Emma trató de desanimarlo, sabía que no debía rechazarlo de buenas a primeras. La vida le había enseñado bien. Si hacía falta vender la Casa Travis para mantener unida a la familia, ella lo haría. Finalmente accedió a permitirle que invitara a representantes de la empresa a Apple Springs para ver la casa, pero se negó a darle autoridad para acabar un trato.

Entonces, de la nada, un día antes de que Terence trajera a los representantes de Harvey House para que vieran la casa, Emma recibió un indulto para tomar tan ruin decisión.

Una semana después de que ella y Dustin descubrieran su terreno despejado, llegó una carta para David de la Academia de San Agustín.

El Sr. Osborne, del mercantil, envió la carta a través del chico que trabajaba para él. Conocido como Snoopy, el nombre era más una broma que una prueba de que el chico husmeaba en el correo de los demás cuando el Sr. Osborne le enviaba con cartas o paquetes importantes. La mayor parte del correo permanecía en el mercantil hasta que la gente lo recogía. Pero las entregas especiales y las cartas que parecían oficiales, como ésta de una institución de enseñanza superior, merecían un trato especial. Al menos, eso era lo que afirmaba el señor Osborne. Y David estuvo de acuerdo. Hurgó en el sobre, mientras Snoopy merodeaba por allí, ansioso por conocer el contenido de tan impresionante misiva.

Una mirada y los ojos de David se abrieron de par en par.

—¡Emma! —Dejando a Snoopy boquiabierto tras él, David entró corriendo en la casa. Chocó con Emma, que bajó corriendo las escaleras, con la cara blanca, al oír la urgencia en la voz de su hermano.

David le sacudió la carta en la cara.

—Es de la Academia San Agustín. Me han pagado la matrícula y todos los gastos de un semestre. —Para cuando terminó, Fanny y Sugar habían llegado al lugar.

—Empiezo la semana que viene. Eso no nos da mucho tiempo.

Algo en el interior de Emma se enfrió.

—Desde luego que no. —Cogiendo la carta, la leyó y releyó. En ninguna parte decía quién pagaba las cuotas, sólo que se habían pagado para el semestre de otoño—. Ven conmigo, David. Vamos a hacerle una visita al señor Holden.

El maestro no se sorprendió al verlos.

—Estoy tan desconcertado como usted, Srta. Jones. Yo también recibí una carta. Una solicitud de las notas de David y una recomendación.

—Usted no les envió dinero, o... —Emma miró atentamente al director de la escuela. Había sido engañada por un hombre en la última semana; no tenía ningún deseo de que fueran dos.

—No, señora. Francamente, creía que lo tenía todo resuelto. David dijo...

—Lo tenía, hasta que la madera de nuestra propiedad fue cortada por ladrones.

—Ah, sí, he oído hablar de eso. Una desgracia cuando los ladrones pueden quitarle el sustento a una persona delante de sus narices.

Emma se negó a que la desviaran del tema en cuestión.

—No sé qué hacer.

—Yo sí —intervino David—. Yo me voy.

—No hasta que estemos seguros de quién pagó la cuenta. No quiero descubrir en un mes o dos que estamos en deuda con... —Miró al maestro de escuela—, ...a nadie.

—Lo comprendo —simpatizó el señor Holden—. Mi consejo es que viaje a San Agustín y conozca los hechos por sí misma. Ya que está tan cerca el comienzo del curso, ¿por qué no se lleva a David con usted? Podría ir preparado para dejarle, diciendo que todo es de su agrado.

Mientras el señor Holden y David confeccionaban una lista final de los artículos que David necesitaría para la escuela, Emma se dirigió al banco.

Terence se quedó extasiado al verla, saliendo de su oficina, radiante, cogiéndola del brazo, asegurándose de que todos en el vestíbulo sabían que había venido a verle.

—No —respondió él cuando ella le preguntó si había pagado la matrícula escolar de David —. Pero es una bendición, sin duda.

—Sí, ahora no tendré que decidir sobre la venta de la Casa Travis hasta dentro de unos meses.

—Ahora, Emma, me he tomado muchas molestias para traer a los Harvey a la ciudad. ¿Al menos los escucharás? ¿Por mi bien?

Ella se quedó mirando, con el rostro adusto.

—El viernes puedo irme y llevaros a ti y a David a San Agustín.

Ella lo miró con suspicacia.

—Dame tu palabra de que no has pagado la escuela de David.

—La tienes. Ahora, dile a Sugar que cocine algo especial. Traeré a los de Harvey House temprano para que echen un vistazo antes de que comamos.

Emma no creía a Terence. No es que él le hubiera mentido alguna vez; estaba segura de que no. Pero no dudaba ni un minuto de que él habría pagado el primer semestre de David en la Academia San Agustín, si pensaba que eso ayudaría a arreglar las cosas con los niños. Y por muy enfadada que se hubiera puesto por ello, dudaba que él hubiera tenido el valor de confesar la buena acción.

En cierto modo se alegró de tener las tasas pagadas. David deseaba tanto ir a la escuela. Pero los hilos que se añadían a su relación con Terence eran angustiosos e inoportunos. ¿Y qué significaba para el resto de los niños?

Los representantes de Harvey House llegaron a las diez de la mañana siguiente. Emma se esforzó por saludarlos amablemente, pero la idea de que la gente echara un vistazo a su casa con la intención de comprarla era desconcertante, en una semana que ya había sido desconcertante de demasiadas maneras.

Y había mucho más que hacer. Ella y Sugar habían empezado a preparar la ropa de David para el colegio a principios de verano, esperando contra toda esperanza que pudiera ir. Recortaron dos trajes que habían pertenecido a su padre, arreglaron varias camisas y confeccionaron otras y su ropa interior con sacos y retales de prendas gastadas.

Unas semanas atrás, Emma había pagado por adelantado al señor Osborne para que encargara a David un par de zapatos nuevos. El día que llegaron fue un día señalado en la Casa Travis.

—Será mejor que los lleves por casa, para que te acostumbres y no te hagan ampollas cuando los uses en el colegio —sugirió Emma.

David no quería ponérselos, por miedo a hacer arrugas en las lisas suelas. Las puso sobre la mesa de la cocina, lo más lejos posible de la zona de cocción, y las contempló. Al igual que los demás niños. Billy Joe quería probárselos y el Pequeño Peter quería llevarlos a todas partes.

Era el primer par de zapatos nuevos para los residentes de la Casa Travis en años, y ese

hecho trajo un nudo a la garganta de Emma. De algún modo, se prometió a sí misma, se encargaría de que todos los niños tuvieran zapatos nuevos. Quizá para Navidad. Si recortaban en... No estaba segura de qué podían recortar.

Especialmente sin Dustin. Mientras él había estado aquí, habían tenido mucha caza fresca para la mesa, pero ahora tenían que comprar carne al señor Crockett en el mercado, excepto alguna ardilla ocasional que David cazaba, o los pocos peces que lograban pescar en su trotadora.

Emma albergaba la idea de que si Terence se preocupaba de verdad por ella, les proporcionaría carne. Pero eso era una tontería. A Terence le importaba. Quería lo mejor para ella. Quería que vendiera la Casa Travis, que se casara con él y que pusiera a los niños en hogares de acogida. Para esos fines, proporcionarles comida sería contraproducente.

Aunque él argumentaba que vivir con tíos y tías no sería lo mismo que una casa de acogida, ella sabía la verdad. Ni el tío Darrell ni la tía Charlotte querrían a los niños como ella. Y lo peor era que estarían separados.

Peor aún que ella tuviera que renunciar a ellos, Billy Joe y el Pequeño Peter estarían separados. Estaban tan unidos que ella sabía que nunca superarían el dolor.

Y no se había resuelto nada sobre Fanny. Sí, tenía dieciséis años, y sí, era prácticamente adulta, físicamente, pero no emocionalmente. Por supuesto, con lo guapa que era, se le presentarían pretendientes a la primera de cambio. Pero no debía ser así.

A medida que pasaban los días, Emma incluso empezó a arrepentirse de haberse interpuesto en el romance de Fanny y Jeff. Por muy sola que se sintiera, si no tuviera recuerdos del amor a Dustin que la sostuvieran, sabía que su vida sería aún más sombría. Aunque seguía creyendo que había hecho lo correcto al enviarlo lejos, se deleitaba con los recuerdos de su tiempo juntos. Y con esa comprensión, empezó a entender la importancia de los recuerdos.

Sugar tenía razón. Dustin había marcado una gran diferencia en la vida de esta familia.

Para empezar, le demostró que un hombre podía querer a niños que no eran suyos; que un hombre podía ser juguetón y compasivo, incluso podía ayudar en casa sin perder su masculinidad; que un hombre podía alegrar una casa sin comprarla ni construirla o incluso sin ser su dueño.

Terence así como su madre y su padre acompañaron al Sr. James Braun y al Sr. Daniel Thrope, representantes de la Casa Harvey, a la Casa Travis para la visita de inspección y la cena. A petición de Terence, se había colocado un cartel en la puerta principal, avisando a los posibles comensales de que se estaba celebrando una fiesta privada.

Tensa y malhumorada desde el principio, Emma guio a los visitantes en una inspección habitación por habitación, sin saber qué la agravaba más: ver a los dos representantes de la Casa Harvey golpear las paredes y dar golpecitos en los techos, oírles discutir sobre cuántas personas más podría albergar la casa si se quitara una pared aquí y se levantara otra allí; o tener a Gertrude Larson curioseando entre sus pertenencias personales. En su propio dormitorio, Emma se encontró de pie como si quisiera proteger la cama de la vista, una tontería, dado su enorme tamaño.

Mientras observaba a la madre adoptiva de Terence examinar la parte superior de su tocador, casi esperando que la mujer preguntara de dónde habían salido las flores secas de cornejo, divisó a Terence en el espejo.

Se quedó inmóvil en la puerta, con los ojos clavados en su cama de plumas. Los recuerdos que evocaba hicieron brotar lágrimas de los ojos de Emma. Apresuradamente sacó a los indeseados visitantes de su habitación, conduciéndolos por el pasillo hasta el ala de invitados, donde Gertrude Larson frunció los labios en un apretado caqui. Sin intentar ocultar su desagrado, la mujer miró hacia atrás a lo largo del pasillo en dirección a los dormitorios privados del otro ala.

—Aquí es donde duermen esos... eh, hombres.

—Duermen —corrigió Emma—. Actualmente no tenemos huéspedes. Pero sí, aquí es donde ponemos a los huéspedes.

Para cuando tomaron las escaleras traseras y llegaron a la cocina Emma estaba lista para cederle el tour a Sugar. Pero una mirada a la expresión indignada de Sugar le dijo que ambas lamentarían tal movimiento.

—Sugar no viene con el trato —observó Albert Larson—. Aunque después de que pruebes su cocina, tendrás la tentación de regatear un poco más con mi hijo.

La insinuación irritó a Emma, pero la dejó pasar, y durante la cena permaneció tranquila, exteriormente, al menos. Eran los únicos comensales de la comida, ya que los niños se habían alimentado temprano. Odiándose a sí misma por mentir a Fanny y David, Emma, no obstante, se resistía a decirles la verdad... hasta que se convirtiera en un hecho. Si es que se convertía en hecho.

Así que envió a David a casa del señorito Holden con una larga lista de preguntas sobre la matrícula, y persuadió a Fanny para que se llevara a los niños a pescar diciendo que Terence quería agasajar a los dignatarios visitantes en la cena. La ausencia de los niños, sin embargo, no significaba que estuvieran olvidados.

—Por cierto, Emma —habló Gertrude desde donde se había sentado junto a Terence, que había asumido su anterior posición en la cabecera de la mesa—. He tenido noticias de tu tía Charlotte esta semana.

Aunque su impulso inicial fue condenar a la mujer por entrometerse en su vida, Emma murmuró:

—Qué bien. —Volviéndose hacia el Sr. Braun, le ofreció la carne asada que había pagado muy cara en la carnicería del Sr. Crockett, utilizando el menguante dinero del alquiler de Dustin —. Por favor, tome otra ración. Usted también, Sr. Thrope. No sea tímido con las segundas raciones.

—Su tía Charlotte está encantada con la idea de criar al pequeño, cómo se llama…

—Billy Joe —suministró Terence. Emma lo fulminó con la mirada a lo largo de la mesa. Hizo una mueca, como regañada por la audacia de su madre.

—Sí, bueno, tu tía Charlotte está encantada con la idea de criar al niño en Galveston. Está segura de que le encantará vivir tan cerca del océano.

Bajando los ojos, Emma estudió su plato, con los labios fruncidos. No se atrevió a responder, pues cualquier otra cosa que no fuera un arrebato sería una mentira. Quería, deseaba desesperadamente, poner a Gertrude Larson en su lugar, fuera de la Casa Travis. Pero no se atrevía a causar revuelo. Cada día que pasaba era más evidente que debía llevar esta entrevista con aplomo. Bien podría exigírsele que aceptara la oferta de la Casa Harvey... si decidían hacerla.

El único placer de la visita provino de uno de los propios representantes. Albert Larson, un ejemplo seguro del tipo de hombre que su hijo llegaría a ser algún día, lo propició una vez finalizada la comida.

Emma repartió sombreros y bastones a los hombres de la Casa Harvey. Albert Larson estaba de pie con el pulgar metido en el bolsillo del reloj, regodeándose, al menos a los ojos de Emma.

—¿Por qué no seguís a mi hijo hasta el banco para que podamos iniciar las discusiones? Hará un trato duro, pero creo que han visto lo suficiente para saber que la propiedad tiene posibilidades.

James Braun inspeccionó al grupo deteniéndose en Emma.

—Me han hecho creer que usted es la dueña de la propiedad, señorita Jones.

—Lo soy. Junto con una hermana menor y tres hermanos menores.

El Sr. Braun hizo un gesto hacia Terence.

—¿Ha dado poderes a Mr. Larson para negociar por usted?

—No.

Terence palideció, pero Albert Larson no perdió detalle.

—Mi hijo será el dueño de la propiedad, una vez que él y la señorita Jones se hayan casado.

James Braun se volvió hacia Emma, como para verificar la afirmación.

—Si decido vender la Casa Travis, señor Braun, se lo haré saber. Terence puede aconsejarme, pero yo tomaré la decisión final.

Sabiéndose en apuros, Terence intentó seguir a los invitados por el paseo, pero Emma lo retuvo. Con la mano de ella en su manga, observaron a los representantes de la Casa Harvey y a sus padres caminar por el sendero y salir por la puerta del patio.

Incluso entonces, en su furia, Emma pensó en Dustin. Pensamientos conmovedores. Pensamientos furiosos. Si él estuviera aquí, nada de esto habría ocurrido. Si él estuviera aquí, ella no habría tenido que soportar sola una prueba tan degradante.

Si él estuviera aquí…

Pero él no estaba aquí y nunca lo estaría. Tenía que enfrentarse a las dificultades sola.

—Terence, no puedo soportar mucho más a ninguno de tus padres.

—Tienen buenas intenciones.

—Tener buenas intenciones no es suficiente. No dejaré que los chicos vayan a hogares separados. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

La miró largamente.

—¿Estás diciendo que permitirías que fueran a un hogar de acogida, si fueran juntos?

Furiosa, ella se dio la vuelta. Él la cogió del brazo. Antes de que pudiera detenerlo, la había atraído hacia su pecho. Ella se puso rígida en sus brazos, pero su voz era tranquilizadora. Ella sabía que no debía culparle por lo de sus padres. Pero, ¿y si acababa siendo como ellos?

—Dejemos esto por un tiempo —le susurró en el pelo—. No hablemos más de esto hasta el viernes.

—¿El viernes?

—Llevaremos a David a San Agustín el viernes. ¿Lo has olvidado?

—No lo he olvidado, pero no tengo intención de pelearme contigo hasta allí por cosas que son asunto mío.

Le frotó la espalda, intentando, ella lo sabía, tranquilizarla, pero lo único que consiguió fue recordarle a Dustin. Dustin, en cuyos brazos se había sentido segura y segura y deseada.

Incluso cuando no lo estaba.



La escuela era hermosa: edificios de ladrillo a la sombra de maderas duras gigantes y enclavada en una cuna de pinos y robles centenarios. El maestro Wintrope, el director, no fue de ninguna ayuda a la hora de revelar de dónde había salido el dinero para los gastos escolares de David.

—Le di la mano al donante —fue la forma en que lo dijo. Era un hombre delgado y calvo de mediana edad, cuyo poblado bigote compensaba su falta de cobertura en la cabeza. Por su forma precisa de hablar, uno podría juzgar que David probablemente regresaría a casa después de un semestre en la Academia San Agustín hablando un idioma que su familia no podía entender —. Nunca podría faltar a mi palabra de caballero, señora.

—¿No ve mi posición, señor Wintrope? David necesita esta educación…

—En efecto, señora. El historial del chico con el maestro Holden es excepcional. En San Agustín tendríamos el privilegio de ayudar a su educación.

—Gracias —respondió Emma, preguntándose si no debería corregir la impresión del señor de que era una mujer casada. Terence se había animado cuando el director se dirigió a ella como «señora». Sin embargo, prevalecieron otras preocupaciones—. Debo saber qué se espera de nosotros a cambio de su escolarización.

El director negó con la cabeza.

—Nada, señora. Nada de nada. El dinero llegó a través de una parte que sólo desea ver al niño educado.

—¿No se dijo nada de adopción?

—¿Adopción? Mi querida señora, yo diría que no. ¿Por qué albergaría una idea tan arcaica?

Emma guardó silencio, pensando que para ser un hombre tan erudito, el señor Wintrope era un poco ingenuo. Si no, no vivía rodeado de la clase de entrometidos que ella tenía. Pensó a menudo en la pregunta de Dustin de por qué quería vivir en Apple Springs. Todavía quería, supuso. Pero en las últimas semanas, incluso su orgullo por su hogar había empezado a desvanecerse.

—David encajará muy bien aquí —observó Terence después de ver al niño instalado en la casa de la señorita Eliza Benjamín, una solterona que vivía cerca de la escuela y alojaba a varios niños. Terence cloqueó a la yegua y se pusieron en marcha.

Emma saludó a David, manteniendo un frente valiente hasta que se perdieron de vista. Entonces se secó los ojos con un pañuelo. El miedo que la había atormentado desde que recibieron por primera vez la carta del señor Wintrope resurgió.

—¿Estás seguro de que no pagaste la escuela de David, Terence?

—¿Y por qué iba a hacer una cosa así y no decírtelo? —Le tendió una mano a lo largo del respaldo del asiento, haciéndole señas para que saliera de su rincón y se sentara a su lado.

Ella permaneció donde estaba, en el extremo más alejado del carruaje.

—Porque estás intentando por todos los medios hacerte cargo de mi vida.

Terence desvió la mirada. Ella se dio cuenta de que estaba enfadado.

—No se lo echaste en cara a ese tal Sanders por hacerse cargo.

Emma se quedó mirando la carretera. La tarde se instalaba rápidamente a su alrededor y el camino por delante era largo.

—Me niego a discutir sobre Dustin Sanders todo el camino de vuelta a Apple Springs.

—Entonces ven aquí y siéntate a mi lado, Emma. Yo tampoco quiero hablar de él.

Unos minutos después, ella se alarmó cuando él empezó a desviar el equipo del camino, dirigiendo el carruaje hacia un pequeño claro.

—¿Qué estás haciendo?

—Pensé que podríamos parar un rato y comer el resto de la comida que Sugar envió.

Se habían detenido en el camino para hacer un picnic. Pero David había estado con ellos. Detenerse ahora, en medio de la nada, a solas con Terence Larson, le produjo escalofríos. Qué tonta, se reprendió. Terence era un caballero. Pero también era un hombre que se creía enamorado de ella.

—Es demasiado tarde para parar —objetó ella—. Podemos comer mientras cabalgamos. —Ella se movió para abrir la cesta que tenía a sus pies, pero él ya había detenido el carruaje. Puso el freno y se volvió hacia ella. Cuando ella se apretó contra la esquina, él la siguió, deslizándose por el asiento. Antes de que ella pudiera decidir cómo detenerle, él la alcanzó por ambos lados, la

rodeó y la atrajo hacia sí en un fuerte abrazo.

—Terence, no... —Ella luchó por liberarse.

Pero él sólo la sujetaba con más fuerza. Cuando intentó besarla, ella agachó la cabeza.

—Deberíamos irnos —murmuró—. No es seguro...

Empleando una fuerza persistente, él le inclinó la cara, le tapó los labios, que estaban abiertos para hablar, y le metió la lengua en la boca. Ella se puso rígida.

—Teren… —murmuró, pero eso sólo la abrió a una mayor exploración. Su beso fue enérgico, a punto de magullar, exigente, desesperado, y al final despreciable.

Se concentró en liberar sus labios, sólo para descubrir que él había introducido su mano entre ellos. De repente, él estaba agarrando uno de sus pechos con la palma de la mano, masajeando, burlándose del pezón.

Maniobrando con ambas manos sobre su pecho, ella consiguió finalmente apartarle. Cayó de espaldas contra el asiento, con la cara hacia el techo, la respiración agitada.

—Sé que no me quieres, Emma.

Ella se sentó rígida, odiando lo que había pasado, resintiéndose. Había permitido que Dustin le tocara los pechos y más. Había invitado a los besos húmedos y hambrientos de Dustin, había invitado a su lengua a ahondar y sondear. Había permitido que Dustin hiciera eso mismo. Y mucho más. ¿Por qué no podía permitírselo a Terence? Terence, que la amaba de verdad.

—Seré bueno contigo, Emma. Aprenderás a amarme. Con el tiempo, aprenderás.

—Oh, Terence. —Ella estiró la mano hacia él. Sin embargo, en lugar de encontrar su mano, tocó su muslo y antes de que pudiera apartarse, él capturó sus dedos, presionando la palma abierta de la mano sobre su pierna de una forma íntima que la hizo retorcerse.

Cuando él movió su mano, el terror se disparó a través de ella. Ella se sacudió, intentando

liberarse, segura de su destino. Desesperadamente luchó contra tocarle... en un lugar tan privado. Donde ella había tocado a Dustin. Las visiones de sus intimidades y las de Dustin la asaltaron, dejándola débil y avergonzada. Sintió que su rostro brillaba en la semioscuridad.

Pero la fuerza de Terence prevaleció y, para sorpresa de ella, se limitó a llevarle la mano a los labios, donde le besó los nudillos, los dedos.

Ella se relajó.

—Lo siento, Terence.

—Yo también, cariño —murmuró él contra su mano—. Pero entrarás en razón. Y yo puedo esperar. —Mientras hablaba, tiró de la mano de ella por encima de su hombro. Lentamente, volvió a acercarse a ella. Sus dedos rozaron su cuello. Ella se tensó.

Sus dedos subieron hasta su barbilla. Trazó el contorno de sus labios. A pesar de sí misma, los sintió temblar bajo su contacto. Cuando él trató de introducirle el dedo, ella apretó los labios, rezando para que se rindiera y aceptara el mensaje.

Pero no lo hizo. En lugar de eso, se acercó más e intentó besarla de nuevo. Ella notaba que intentaba ser amable; pero a diferencia de la suavidad innata de Dustin, los intentos de Terence parecían torpes, forzados. La dejaron fría.

¿No había esperanza para ella? ¿Ninguna esperanza? Desesperada, se encogió de nuevo en el rincón.

—Llévame a casa, Terence. Por favor.

Permaneció en silencio un momento, salvo por su respiración agitada. Ella casi podía ver el adusto conjunto de su boca. Ella sabía que estaba enfadado. Finalmente, la soltó, luego soltó el freno y los puso en camino.

—Lo siento, Emma —murmuró al cabo de un rato—. ¿Qué hará falta para convencerte de lo mucho que me importas?

—Nada —susurró ella—. Lo sé. Siento no poder corresponder a tus sentimientos.

—Ese maldito Sanders. Viniendo aquí, poniéndote en mi contra.

—No estoy en tu contra, Terence. Y Dustin Sanders realmente no tiene nada que ver con esto. —No era exactamente una mentira, pensó. Dustin le había demostrado que sus sentimientos por Terence eran platónicos, en el mejor de los casos. Por desgracia, Dustin también había reforzado sus sentimientos hacia él.

Cabalgaron en silencio a través de la noche que oscurecía, las lámparas del carruaje su única fuente de luz, ya que los árboles formaban un dosel continuo sobre sus cabezas, cerrando el cielo. Normalmente le encantaba cabalgar de noche. Pero esta noche la atmósfera era ominosa, amenazadora. Sentía como si el mundo se cerrara sobre ella.

Y sin embargo, debería estar regocijándose. David estaba en la escuela. Uno de sus objetivos se había hecho realidad, aunque sólo fuera por un semestre.

La verdad del asunto se hizo clara de repente.

—Si pensabas que enviando a David a la escuela, Terence Larson, podrías salirte con la tuya...

—Emma. Por última vez. Yo no envié a David a la escuela. Y no intentaba salirme con la mía contigo. Maldita sea, ¿no sabes cuánto te quiero? ¿No sabes lo difícil que es no... no...?

—No lo hagas, Terence. Por favor, no digas nada más.

Al final, ella cambió de tema.

—La única otra persona que se me ocurre que enviaría a David a la escuela es el señor Holden.

—Esos son mis pensamientos.

—Entonces, ¿qué espera a cambio? ¿Y por qué sólo por un semestre? Le romperá el

corazón a David tener que volver a casa después de un semestre.

—Emma, eh... quizá no sea el mejor momento para mencionarlo, pero la gente de Harvey House hizo una oferta antes de irse de la ciudad.

A Emma se le cortó la respiración. Se le secó la boca.

—Sé que no quieres pensar en vender, pero le permitiría a David acabar la escuela.

—¿Y los demás? —Sus palabras escaparon estridentemente de una garganta constreñida.

—Aw, Emma, ¿no hemos discutido suficiente por una noche?

—Y sigues diciendo que tenemos mucho en común.

—Lo tenemos. En cuanto dejemos de discutir por esos niños, seremos compatibles.

—No si tengo que ceder ante ti.

La Casa Travis estaba iluminada como un árbol de Navidad cuando aparcaron en el patio lateral. Terence tiró de la rienda.

—Creí que habías dejado de aceptar huéspedes.

—Lo hice.

—Entonces, ¿quiénes son esos hombres sentados en tu porche?

A pesar de todos sus esfuerzos, el ánimo de Emma se disparó. Dustin.

No. ¿Cuándo lo sacaría de su sistema, de su mente y de su corazón? Si esta noche era un indicio, no sería en mucho tiempo. Si no podía intimar con un hombre que la amaba tanto como Terence, seguramente no había esperanza para ella. Obedientemente, se volvió hacia Terence, con el pulso acelerado por la perspectiva, por escasa que fuera, de encontrar a Dustin Sanders en el porche de su casa.

—Gracias por llevarnos, Terence. Significó mucho para mí. Y en caso de que seas tú quien

envíe a David a la escuela, gracias por eso también. Te debo mucho.

—Emma…

—Pero no... no lo que intentaste esta noche. Dame tiempo.

—Lo haré —aceptó él, e incluso entonces ella pensó en Dustin y supo que Dustin no se quedaría de brazos cruzados y le daría tiempo; Dustin habría cogido el toro por los cuernos y habría forzado la situación. Antes de marcharse.

Terence la enfureció aún más al preguntarle tímidamente:

—¿Puedo al menos darte un beso de buenas noches?

Ella ofreció sus labios, a regañadientes, y se apartó tras un breve picotazo, ansiosa por correr a la casa, ansiosa por que los hombres del porche la vieran permitirle privilegios a Terence Larson. Ansiosa por que Dustin no la viera y la malinterpretara.

Terence no aceptaría dejarla acercarse sola al porche lleno de hombres, por supuesto. Ella sabía que él probablemente estaba pensando lo mismo que ella: el regreso de Dustin. Contra todos sus esfuerzos, prácticamente corrió por el paseo, con Terence pisándole los talones.

Eran tres: un hombre alto y de huesos crudos que estaba sentado en el último escalón fumando; los otros dos se mecían en sillas al otro lado del porche. Los ojos de Emma volaron hacia el columpio.

Estaba vacío.

El hombre corpulento se levantó del escalón.

—Usted debe de ser la señorita Jones. —Ofreció su mano; los otros dos se pusieron en pie —. Soy el Ranger Ringgold, internado aquí por un tiempo.

—No acepta huéspedes.

Emma se volvió hacia Terence, que tenía cara de piedra. Su corazón latía con fuerza.

Rangers. Dustin había ido a por los Rangers. Ella escudriñó a los dos hombres aún no identificados. Sus ojos se desviaron de nuevo hacia el columpio vacío, luego hacia el vestíbulo iluminado. Su corazón se aceleró, mientras su cerebro le ordenaba ser razonable.

Pero Terence siempre decía que ella no podía ser razonable. Volviéndose hacía él intentó tranquilizarle.

—Buenas noches, Terence. Gracias de nuevo por llevarme a San Agustín.

—Emma, no voy a dejarte con…

—Buenas noches. —Su corazón se aceleró—. Asegúrate de venir a cenar mañana.

Con un resoplido indignado, Terence dejó la cesta de picnic y se dio la vuelta para marcharse. El Ranger Ringgold le detuvo.

—¿Es usted Terence Larson, el banquero?

Terence se volvió, miró con odio a los hombres que se parecían a Dustin Sanders en su vestimenta y arrogancia.

La furia se elevó en el interior de Emma. Dustin los envió. Dustin los puso en esto. Ella acudió en ayuda de Terence.

—Terence me escoltó a San Agustín y me trajo de vuelta. ¿Hay algo malo en ello?

—No, señora. Lo que quería decir era... eh... —Presentó a los dos hombres que se mecían en el porche—. Ellos son el Ranger Walters. El Ranger Pettis.

Terence estrechó la mano de cada hombre por turno, con la sospecha frunciendo su ceño.

—Sr. Larson, le agradeceríamos que no se corriera la voz de que estamos en la ciudad.

Terence miró fijamente al Ranger Ringgold durante tanto tiempo que Emma se preguntó si estaba intentando mirar fijamente al hombre.

—¿Tengo elección? —preguntó largamente—. Usted es la ley.

—¿Podemos confiar en que mantendrá esto entre nosotros?

—Se lo haré saber después de que me diga qué está haciendo en el porche de la casa de mi prometida.

Emma se erizó.

Terence se encogió de hombros.

—No es por mí por quien debe preocuparse; sé contenerme. Son sus malditos clientes. Esparcen cotilleos más rápido que un incendio forestal.

—¿Clientes? —Cuestionó el Ranger Ringgold.

—Emma alimenta a la gente del pueblo: comida y cena. Ella va a renunciar, pronto como…

—Hasta que concluyamos nuestro negocio aquí, Srta. Jones, tendremos que pedirle que cierre sus puertas a los huéspedes de fuera.

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de días si tenemos suerte. El estado le reembolsará el dinero que pierda por nuestra cuenta.

Emma asintió.

El Ranger Ringgold volvió a ofrecer su mano a Terence.

—Encantado de conocerle, Sr. Larson.

A Terence no le gustó la situación. Emma podía verlo en sus labios fruncidos. Miró fijamente la mano del Ranger Ringgold.

—Estaré por aquí. Después del último huésped que acogió, no se puede ser demasiado cuidadoso.

Antes de irse, apartó a Emma.

—No me gusta el aspecto de esto, Emma.

—Lo sé. Pero está bien.

—¿Cómo puedes decir eso? —Él la miró con el ceño fruncido—. A menos que sepas por qué están aquí. Se parecen mucho a...

—No, Terence —interrumpió ella, negando la verdad. O al menos, lo que ella sospechaba que era la verdad. Habían venido a detener a los ladrones de madera. Y Dustin los envió aquí. Aquí, a la Casa Travis. Su estómago hizo cosas extrañas al pensarlo—. Todo irá bien. De verdad. Son la ley.

—Conoces las historias sobre los Rangers de Texas, Emma. No me gusta la idea de que estés a solas con ellos.

Ella sonrió, una sonrisa débil. Consideró la posibilidad de decirle que ya había conseguido defenderse una vez esta noche, y estaba segura de que podría hacerlo de nuevo, si se presentaba la ocasión.

—No te preocupes. Tengo a los niños.

—Deberíais dormir todos en una habitación. Así...

—Terence. Estaré bien. Buenas noches. Gracias por llevarnos a David y a mí a San Agustín.

Terence se metió las manos en los bolsillos, pero cuando se balanceó hacia ella para un beso de buenas noches, ella lo esquivó.

—Hasta mañana, Terence. —Miró hasta que la verja del patio se cerró tras él y luego se volvió hacia sus huéspedes.

—¿Les ha enseñado Sugar sus habitaciones?

—Sí, señora. Y también nos dio de comer bien. Un hombre llamado Dustin Sanders nos envió aquí. Dijo que usted dirigía la mejor pensión de estos lugares.

Su corazón se aceleró, pero ella respondió en tono gélido.

—Es la única pensión de estos lares.

Sin Terence, se quedó sola con los hombres, y la conmoción de su presencia se apoderó de ella. Se parecían tanto a Dustin. No tan altos, por supuesto. Y no tan guapos, al menos a sus ojos. Pero vestían ropas similares, hablaban en un dialecto parecido y cada uno poseía una arrogancia similar. Tal vez eso era lo que hacía falta para ser un Ranger. Que así fuera. Si atrapaban al ladrón que le robó la madera, que así fuera. El ladrón que le robó el corazón no sería tan fácil de llevar ante la justicia.

Cuando cogió la cesta de picnic, el guarda Walters se le adelantó, y cuando se acercó a la mosquitera delantera, el guardia Pettis la abrió.

En el vestíbulo, se quitó la cofia, volviendo a colocar el alfiler en su corona, antes de colgarla en el perchero del vestíbulo. La visión de los Stetsons de los Rangers le trajo otro torrente de recuerdos no deseados.

Probablemente mientras estos Rangers estuvieran en la ciudad, ella se vería inundada por recuerdos no deseados.

Capítulo 18

Los tres días que los Rangers de Texas pasaron en la Casa Travis estuvieron entre los peores y los mejores de la vida de Emma. Los peores, porque su presencia era un recordatorio constante de Dustin. Los mejores por la misma razón. No sólo para Emma, sino para los niños.

Con la esperanza de no ser notados por la gente del pueblo, cosa que Emma podría haberles dicho que sería casi imposible, los tres Rangers se alejaron de la Casa Travis el sábado por la mañana a una hora temprana.

Billy Joe y el Pequeño Peter, sin embargo, los habían visto desde la ventana de su dormitorio y bajaron corriendo las escaleras, prácticamente dando tumbos el uno sobre el otro en su prisa por salir por la puerta trasera.

—¡Es Dustin! —llamó Billy Joe—. ¡Emma, es Dustin!

Emma y Sugar estaban recogiendo la mesa del desayuno de los Rangers.

—¡Es el señor, Emma!

Extendiendo la mano, Emma cogió a cada uno de los chicos por un camisón.

—No, no lo es.

—Lo es —insistió Billy Joe—. Yo lo vi.

—No es Dustin, Billy Joe. Tenemos tres nuevos huéspedes. —El pequeño Peter se frotó un

puño en el ojo—. ¿El señor no ha vuelto?

Emma lo estrechó contra su pecho, con sus propios ojos empañados.

—No, cariño. Ahora volved arriba y vestiros. Si me ayudáis a desherbar el jardín, os llevaré a pescar.

Antes de que los chicos pudieran responder, Fanny bajó corriendo las escaleras, corrió hacia el mosquitero trasero y se asomó.

—¿Quiénes eran esos hombres?

—Huéspedes —dijo Emma.

—¿Jeff?

Emma oyó el entusiasmo en la voz de Fanny. Hacía tanto eco a la esperanza que ella había sentido la noche anterior, al ver a los Rangers en el porche de su casa, que no pudo hablar. Sacudió la cabeza.

—¿Quiénes son?

Emma observó la escalera trasera, esperando a que los pasos de los chicos llegaran al segundo suelo.

—Nadie puede saberlo.

—¡Emma! Puedes confiar en mí.

—Son Rangers de Texas. Han venido a... eh, a acabar el trabajo que estaba haciendo Dustin.

—¿Atrapar al...? —Las palabras de Fanny se detuvieron.

Emma se volvió hacia la ventana.

—No se lo digas a nadie. Los niños pequeños podrían no ser capaces de guardar el secreto.

Detrás de ella, Fanny miró hacia el patio trasero, hacia el granero.

—Jeff volverá. Sé que lo hará.

—Oh, Fanny. —Emma quiso ir hacia la niña, abrazarla y consolarla. Pero no se atrevió; sus propias emociones eran demasiado frágiles—. La vida está llena de decepciones, Fanny. Sólo tienes que seguir adelante. Lo superarás.

—Adelante, Emma. Habla así si te hace sentir mejor. Pero las dos sabemos que no es verdad. Mira lo miserable que eres.

—Fanny. Siéntate y come. Tenemos trabajo que hacer hoy.

Fanny se dirigió a las escaleras de atrás.

—Subiré y me ocuparé de que los chicos se vistan. —Miró a Emma con el ceño fruncido —. Desde que echaste a Dustin…

El resto del día sólo empeoró, con los constantes recordatorios. Limpiar las habitaciones de los Rangers era difícil, ya que su ropa extra le recordaba a la de Dustin. La habitación del Ranger Ringgold evocaba recuerdos especialmente dolorosos. Ésta era la habitación que había utilizado Dustin.

Se quedó de pie en la puerta, reacia, aunque extrañamente deseosa, de entrar. La cama en la que había dormido. La ventana donde se había parado aquel primer día, mirando hacia el bosque circundante, preguntando desde el claro cielo azul si Terence era su marido.

Sus ojos volvieron a la cama. No se había atrevido a acercarse a esta habitación mientras él estaba aquí, relegando su cuidado a Sugar. Y después la evitó por la misma razón que quería hacerlo hoy. No era más que un doloroso recordatorio más de que él se había ido. Que había estado aquí, al final del pasillo de ella, durante semanas. Y ahora se había ido.

Nunca volvería a dormir en esa cama. Nunca soñaría en esa cama. Se preguntó con curiosidad si él había soñado con ella mientras dormían a sólo un pasillo de distancia.

Dando tímidos pasos hacia delante, probó el colchón y luego se sentó en él, envuelta en el pasado, asaltada por emociones que ya no podía contener.

Ella le había echado. Los niños tenían razón en eso. Y nada volvería a estar bien en su vida.

Pero, ¿cómo habría sido de otro modo? ¿Cómo habría podido vivir con un hombre que mentía sobre quién era? Por qué, él le permitía hacer el amor con un hombre que ella creía que era otra persona.

¿Compartía mujeres regularmente con su hermano? Ella volvió a escuchar su negación de tal cosa. Sin embargo, sus acciones y sus palabras habían estado tan distantes. Y ahora él se había ido y a ella sólo le quedaban dolorosos recuerdos.

Nada.

Ni Dustin. Ni la madera. Pronto, si no encontraba otra solución, ni siquiera la Casa Travis.

Ni los niños.

Sugar la encontró sentada en el borde de la cama que había sido de Dustin, con lágrimas corriéndole por la cara. Acomodándose a su lado, Sugar atrajo a Emma hacia su amplio pecho.

—Ya, ya. No sirve de nada llorar sobre la leche derramada.

—Oh, Sugar. Esto es mucho más que leche derramada.

Sugar continuó acariciándole la espalda, permitiéndole sollozar su decepción sin regañarla. Sin embargo, cuando las lágrimas de Emma empezaron a remitir, Sugar la apartó y le secó los ojos con la esquina del delantal.

—No tiene por qué ser así, señorita. —Emma parpadeó, confusa.

—Podrías mandarle llamar...

—No.

—¿No? ¿Te gusta sentirte desgraciada y apartada de todo el mundo?

Emma se mordió el labio inferior.

—Lo siento. Sé que he sido difícil de llevar. Pero lo superaré.

—No, señorita, me temo que no lo hará. La gente no suele superar las enfermedades del corazón.

Emma no lo negó. Era cierto. Sí se sentía enferma del corazón. Pero Sugar se equivocaba. Ella lo superaría.

—A esos niños seguro que les gustaría volver a ver al señor.

—No puedo hacer eso, Sugar. No me lo pidas. Ese hombre se ha aprovechado de mí dos veces. Sería una tonta si lo permitiera otra vez... y mucho más si se lo pidiera. Mira cómo se abrió camino en la vida de los chicos. Eso demuestra lo desalmado que es. No les tenderé una trampa para que vuelvan a hacerles daño.

—Ah, cariño, el daño es parte de la vida. No puedes ir protegiendo a los demás de las heridas de la vida. Si no, no crecerán fuertes.

Al final Emma sonrió.

—Si tienes razón, deberíamos ser las personas más fuertes de Apple Springs.

Sugar frunció el ceño.

—No vaya a compadecerse de sí misma, Srta. Emma. No lo toleraré. No tienes forma de saber lo dura que es la vida de los demás. Si te pones a pensar que el mundo te trata diferente a los demás, nunca recuperarás el juicio.

La Casa Travis estaba cerrada a los comensales. «Un percance en la cocina», era como los Rangers querían que se contara la historia, pero como Terence ya sabía la verdad, se le permitió seguir subiendo a la colina para comer. Aunque los Rangers no regresaron hasta bien entrado el

crepúsculo, Terence se quedó. Emma se preguntó en quién confiaba menos: en los Rangers o en ella. Rápidamente, se amonestó a sí misma. Él se había disculpado por llamarla mujerzuela, y ella aceptó su explicación de que había hablado en un arrebato de celos.

Pero le apenaba pensar que tal vez él no confiara en ella con los hombres en general. El hecho de que le hubiera engañado sobre su relación con Dustin no aliviaba su sentimiento de culpa. Cada vez más, últimamente se daba cuenta de lo difícil que era ir por la vida sin impartir falsedades.

Con la repentina marcha de Dustin y Jeff, y ahora David lejos en la escuela, los niños pequeños se aferraron a las faldas de las mujeres. Ellos parecían inquietos cada vez que Emma, Fanny o Sugar estaban fuera de su vista.

Y Terence estaba casi igual de mal, aunque Emma sabía que la presencia de los Rangers tenía algo que ver con eso. Para la segunda noche de la estancia de los Rangers, las cosas se habían descontrolado. Incluso después de fregar los platos, todos rondaban por la cocina. Emma finalmente desistió de intentar subir a los chicos y a Fanny. Habría necesitado un equipo de veinte mulas para hacerlo. Todavía estaban todos en la cocina cuando volvieron los Rangers.

—Ahora no importa —le dijo el Ranger Ringgold a Emma, mientras ella y Fanny colocaban apresuradamente tres platos en la mesa de la cocina para los internos—. Dejamos al culpable en la cárcel de camino aquí.

Sugar llevaba cuencos de puré de patatas, salsa y una fuente apilada con carne de venado frita, que los Rangers habían proporcionado para la Casa Travis su primer día en la ciudad. Por orden de quién, Emma no tenía ninguna duda.

—¿Habéis arrestado al ladrón? —les preguntó. Todos se reunieron alrededor de la mesa.

—¿A un ladrón? —preguntó Billy Joe, con los ojos muy abiertos—. ¿Aquí en Apple Springs? —El Pequeño Peter se quedó boquiabierto. Una rápida mirada a Terence, le mostró que estaba tan desconcertado como los muchachos.

—¿Fue él quien cortó mi madera? —inquirió Emma.

—Aún no lo sé, señora. Por el trabajo preliminar de Dustin Sanders, diría que hemos atrapado a su ladrón.

—Ahora mismo está ahí abajo comiéndose la cabeza —añadió el Ranger Walters—. Deberíamos conocer los detalles por la mañana.

Se zambulleron en la cena caliente de Sugar, comiéndose lo que quedaba de los dos pasteles de bayas que Emma había horneado más temprano en el día.

—Así que no estaba buscando un ferrocarril después de todo —reflexionó Terence—. Otra de sus descaradas mentiras.

El Ranger Ringgold se acomodó con una segunda taza de café, frunciendo el ceño hacia Terence.

—Es el gemelo de Dustin, Desmond, quien es el Ranger —explicó—. A Desmond le asignaron este trabajo. —Ringgold sorbía su café sin tener ni idea del revuelo que estaba causando en esta habitación, pensó Emma.

—No conozco los detalles de por qué se hizo el cambio —continuó Ringgold—, pero le diré una cosa, Dustin Sanders hizo un trabajo bueno y en un tiempo récord. Sin su trabajo, quizá nunca hubiéramos atrapado a este tipo.

Emma se permitió sentir una pizca de orgullo. En realidad no habría podido evitar que se le hinchara en el pecho aunque lo hubiera intentado.

—¿Conoce a Dustin? —preguntó Billy Joe.

—Claro que sí, me enorgullece decirlo.

—¿Cuándo vendrá a mi casa? —quiso saber el Pequeño Peter. El Ranger se rio, tapando el suspiro angustiado de Emma—. Eso tendrías que preguntárselo a él, hijo. Aunque cuando

salimos de Orange se decía que Dustin se dirigía a California.

—¿California? —gritaron los chicos al unísono.

Emma llamó la atención de Fanny. Sus miradas se trabaron, transmitiendo melancolía a lo largo de la mesa. Desesperada, Emma se levantó y empezó a recoger la mesa.

¿California? Conocía los pensamientos de Fanny: Jeff también se iba. No podía hacer nada con respecto a Dustin, pero podía intentar tranquilizar a Fanny.

—¿Ha oído algo de un leñador llamado Jeff Harmon? —preguntó—. Se fue de aquí con Dust…uh, con el Sr. Sanders.

—Claro que sí, señora. El viejo Jeff es un héroe, seguro. Recibirá una buena recompensa cuando el juez dicte sentencia contra ese tal Haslett.

—¿Haslett? —La mandíbula de Terence se aflojó—. ¿Víctor Haslett es el ladrón de madera?

—Por eso lo arrestamos —reconoció el Ranger Pettis—. No sé si es el único implicado.

—Como he dicho —añadió el Ranger Walters—, está ahí abajo ahora mismo comiéndose la cabeza. Por la mañana puede que tengamos unos cuantos sospechosos más que acorralar.



La mañana trajo noticias que nadie en la Casa Travis esperaba, aunque Emma no se enteró hasta la tarde. Cuando llegó el correo de la mañana, Snoopy subió la colina con un mensaje no relacionado, pero igualmente inquietante. Una carta con entrega especial de la tía Charlotte diciendo que ella y el tío Thomas estaban encantados de aceptar la invitación de Emma para pasar Acción de Gracias en la Casa Travis. Añadía que el tío Darrell y la tía Sarah también

vendrían; y que como ésta sería su última oportunidad de visitar el antiguo lugar de origen antes de que Emma lo vendiera, esperaban con ilusión una visita de varios días. La carta de la tía Charlotte terminaba diciendo que todos pensaban que ésta sería una buena oportunidad para arreglar las cosas relativas al futuro de los chicos.

Emma se indignó. Entró furiosa en la cocina, agitando la carta delante de ella.

—Dios santo, señorita, es el primer color que veo en sus mejillas desde que se fue el señor.

—¿Color? Debería haber color. Escucha esto. —Leyó la carta a una sorprendida Sugar.

—Tal vez me baje al pueblo por una semana —respondió Sugar.

—No por tu vida. No puedes dejarme aquí con... con ellos.

—Supongo que tiene razón en eso. Pero no nos dará mucho por lo que dar las gracias. Nunca me gustó ese tío Darrell y esa tía Charlotte suyos, ni a la gente con la que se casaron. ¿Qué se creen, viniendo aquí en nuestra fiesta, cuando nunca han venido antes? Por qué el día que enterramos a su mamá, ni siquiera se quedaron a pasar la noche.

—No éramos lo bastante buenos para ellos —dijo Emma.

—Es al revés, cariño, y no me importa decirlo. ¿Por qué fuiste a pedírselo?

—No lo hice.

—La carta decía…

—Sé lo que decía. Y sé quién es el responsable. —Sacando su gorro de sol del gancho junto a la puerta trasera, Emma se lo puso y se ató los cordones bajo la barbilla—. También sé lo que voy a hacer al respecto.

—¿Qué hace, señorita, yendo al pueblo con su bonete de desherbar?

—Voy al banco con mi bonete de diario. No le daría a Terence Larson ni a su entrometida madre la satisfacción de vestirme para ellos.

Pero cuando entró en el banco varios minutos después, Terence no estaba por allí.

—Está en la cárcel —le explicó la secretaria de Terence, la señorita Inez. Sus ojos se clavaron en el andrajoso bonete de percal de Emma. Ni siquiera hacía juego con su vestido. Y estaba manchado con huellas de dedos embarrados de trabajar en el jardín.

—El señor Terence y su padre, ambos —añadió la señorita Inez—. Los Rangers de Texas vinieron temprano y los arrastraron a ambos a la cárcel.

La expresión de Emma reflejaba la de la asombrada secretaria. Pero lo único que pudo pensar en ese momento fue:

—Que les vaya bien. —No lo dijo. No en voz alta en el banco.

No pensó que lo había dicho en voz alta. Pisando a fondo y dos manzanas más allá, entró en la oficina del sheriff, que daba a la cárcel, y se paró en seco. Terence y su padre estaban acurrucados en una esquina de la habitación con los tres Rangers de pie a su alrededor. El rostro del Sr. Larson estaba rojo y lívido. Terence lucía su habitual expresión de perro ahorcado, diseñada, según sospechó siempre Emma, para evocar simpatía. Bueno, sin duda necesitaría la simpatía de alguien cuando ella acabara hoy con él.

Al verla, Terence cruzó corriendo la pequeña habitación. Antes de que ella pudiera detenerlo, le cogió los hombros con la mano y la miró seriamente a los ojos.

—Yo no lo hice, Emma. De verdad, no tuve nada que ver. Tienes que creerme.

Sin saber lo más mínimo sobre el problema, Emma comprendió a Terence Larson demasiado bien. El mismo Terence de siempre. No importaba lo mal que fuera su vida, la de él siempre era peor. No importaba lo equivocado que estuviera, él esperaba que ella lo defendiera. Antes de que ella pudiera responder con una breve pregunta, él la giró hacia los Rangers.

—Ella se lo dirá. —La miró—. Díselo, Emma. Diles que no tuve nada que ver con la tala de tu madera.

Sus palabras no tenían sentido, pero, entonces, eso no era inusual, pensó ella, aspirando una bocanada de aire ahumado.

—Sabes que no lo hice, Emma. Díselo.

Resultó que Víctor Haslett aclaró la implicación de Terence en el crimen, al admitir que en realidad Terence no le había ordenado cortar la madera de Emma.

—Pero dijo que le gustaría que se hiciera —añadió Haslett. El grupo se había retirado a la parte trasera de la oficina del sheriff y permanecía de pie alrededor de la celda donde estaba encarcelado Víctor Haslett.

—Eso es una maldita mentira —volvió a decir Terence.

Haslett se encogió de hombros.

—Quizá no fueron sus palabras, pero usted indicó que le valdría de algo que la señorita Jones apareciera con las manos vacía.

—¿Con las manos vacías? —Emma miró boquiabierta a Terence. Cuando él la alcanzó, ella se apartó, encogiéndose de hombros—. Terence, ¿cómo has podido?

—Yo no lo hice, Emma. Te digo que no tuve nada que ver con el corte de esa maldita madera.

—Fue esa última conversación que tuvimos sobre el préstamo —le recordó Haslett a Terence—. Ya sabe, cuando nos encontramos en Morgan's Bend. Usted parloteaba sobre cómo la señorita Jones no se desharía de esos niños, mientras tuviera algún medio de mantenerlos. Recuerdo que dijo cómo habías intentado convencerla de que la madera no valía nada, entonces ese tal Sanders vino a la ciudad y la engatusó para que pensara que podía cuidar de sí misma sin necesidad de usted, mientras tuviera la madera.

Emma huyó de la oficina del sheriff sin enfrentarse a Terence por las invitaciones de Acción de Gracias que estaba segura que él y su madre habían expedido en su nombre. Otro de

sus intentos de librarla de los niños y de la Casa Travis, por supuesto.

¿La Casa Travis? Eso podría ser un problema. Por primera vez desde que regresaron de San Agustín, ella le recordó diciendo que los de la Casa Harvey le habían hecho una oferta.

¿No podría haberla aceptado en nombre de ella? Seguramente...

Emma seguía dándole vueltas a eso una hora o así más tarde, cuando los Rangers recogieron sus pertenencias y, con Víctor Haslett a remolque, abandonaron Apple Springs. Y por una vez Emma se sintió agradecida por su enfado con Terence. Le impedía pensar en el enorme agujero de su vida.

Cuando Terence llegó para la cena, sombrero en mano, ella estaba preparada. Pero esperó hasta después de la comida para enfrentarse a él, porque eso no era todo lo que pretendía aclarar con Terence Larson.

—No me crees, ¿verdad? —le preguntó cuándo ella le siguió al porche después de la comida. Con los Rangers fuera, Terence no tendría motivos para merodear hasta la hora de acostarse, como se había convertido en su costumbre, una costumbre que Emma estaba decidida a romper esta misma noche.

—¿Que le pediste a Haslett que cortara mi madera? —ladró ella—. Sé que no lo hiciste. Pero las cosas que le dijiste...

—Emma, lo siento. Trata de entender. Me siento miserable sin ti. Quiero...

—No me interesa lo que quieres. Ve a decírselo a tu madre. Ella es la que no se detendrá ante nada para cumplir todos tus deseos. Gertrude Larson te ha malcriado, Terence. Te ha arruinado para una mujer corriente y de clase baja como yo. Nunca podría hacerte feliz.

—Emma, eso no es justo. Podemos arreglar las cosas. Tú y yo…

—No, Terence. No podemos arreglar las cosas, porque no quiero. Pero antes de que te vayas, me debes una explicación por la carta que recibí hoy de la tía Charlotte. —Cuando él no

pareció entender, ella se explicó—. Supongo que fue Gertrude quien escribió a su amiga, que casualmente es mi tía Charlotte, invitándolas a la Casa Travis para Acción de Gracias.

Con las manos metidas en los bolsillos, Terence estudió el suelo, avergonzado.

—Les dijo que sería su última oportunidad de pasar tiempo aquí antes de que venda la casa.

Levantó la cabeza. Sus ojos encontraron los de ella, pero Emma continuó, sin darle oportunidad de responder.

—Tu madre adoptiva, también le dijo a la tía Charlotte que éste sería un buen momento para resolver el futuro de los chicos.

—Emma, escucha. Estás siendo una cabezota otra vez. ¿Por qué no puedes entenderlo? Tú nos empujas a tomar esas medidas. Hubiera estado en mi derecho de contratar a Haslett para cortar tu madera; no tienes sentido de los negocios. No puedes quedarte aquí, en esta vieja casa destartalada, criar a esos niños y hacer algún tipo de vida para ti o para cualquiera de ellos. Vaya, ni siquiera puedes enviar a David a la escuela otro semestre.

—¿No piensas pagar un segundo semestre? —cuestionó ella en tono burlón.

—No pagué por un semestre. Créeme. No lo hice. No sé de dónde salió ese dinero. Yo no te miento Emma. Sanders es el mentiroso.

Ella le fulminó con la mirada, resistiendo el impulso de abofetearle la cara de santurrón.

—Tienes razón, Terence. Nunca me has mentido. Y no tengo sentido de los negocios. Eso también lo sé. Lo que dices es cierto. Nunca podré mantener a los niños. Ciertamente no podré enviarlos a la escuela. —Cruzando los brazos sobre su pecho agitado, se agarró los brazos con las manos opuestas. Salió del porche y se detuvo un momento en el escalón que Dustin había reparado. Observó la longitud del camino, los setos que habría que recortar de nuevo antes de Acción de Gracias. Volviéndose, contempló la magnificada casa antigua. Se le llenaron los ojos

de lágrimas al ver cómo brillaban las paredes encaladas bajo la luz de la luna creciente.

Encalado. Pronto se le pasaría.

—Sanders te hizo un flaco favor, peor que mentir sobre su nombre —observó Terence entre dientes apretados—. Te atrapó en un mundo de fantasía, haciéndote creer que podrías sobrevivir por tu propio ingenio. Pero no durará, Emma.

Blanquear. Eso era todo lo que Dustin había hecho aquí. Vino a la carga y encaló su vida. Y día a día todo se iba desgastando, dejando al descubierto la esterilidad que había debajo... y el dolor.

—En eso también tienes razón, Terence —admitió—. Ahora lo sé. Pero, ¿no lo ves? Yo... Yo... —Las lágrimas se derramaron por sus mejillas.

Terence la atrajo hacia su pecho y la dejó llorar en el hueco de su hombro. Era la primera vez que recordaba haber sido consolada por él. Normalmente era al revés. Sin embargo, conociéndolo como lo conocía, se dio cuenta de que sus acciones de esta noche significaban que pensaba que se había salido con la suya con ella. Pues no lo había hecho.

—Después de Acción de Gracias, estaré lista para hablar con la gente de Harvey House.

—Eso es genial, Emma. La mejor noticia…

—No, Terence, no lo es. Es lo más triste que he tenido que hacer.

—Te lo compensaré, Emma. Después de casarnos, yo...

—Sólo estoy vendiendo la pensión, Terence. No me voy a casar contigo.

Parpadeó como si no hubiera oído.

—Necesito tu ayuda para cerrar el trato de la Casa Harvey. Si no te pagan una comisión, lo haré yo.

—Emma…

—No puedo casarme contigo, Terence. No quiero casarme contigo.

Ella consideró decirle las razones, otra vez. Pero sólo acabaría teniendo que consolarle, y esta noche, después de todas las intromisiones que él y su madre habían hecho en su vida, no tenía ganas de consolarle. Dudaba que volviera a tenerlas. Si podía alegrarse de algo en el mundo en esta espantosa noche, podría ser de eso: de que nunca más tendría que consolar a Terence Larson.



Durante las semanas siguientes Emma se mantuvo a sí misma y a los niños ocupados limpiando, podando y, en general, acicalando el lugar para Acción de Gracias. No es que esperara con impaciencia la visita de sus parientes.

Pero David estaría en casa. Los preparativos para la vuelta a casa de David levantaron el ánimo de los residentes de la Casa Travis por primera vez desde que Dustin y Jeff se marcharon.

Ni siquiera la llegada de los tíos disminuyó la felicidad de los niños por tener a David en casa.

¡Y cómo había cambiado! Emma se había preocupado de que volviera a casa después de un semestre de escuela más autoritario que antes. Pero un semestre de aprendizaje con libros no le había hecho retroceder. Lo primero que hizo, después de pasar un par de horas sentado alrededor de la mesa de la cocina contando sus experiencias, fue llevar a los niños a pescar.

Y eso, por supuesto, les recordó a todos a Dustin.

—No sería una lástima que David acabara como el señor —observó Sugar, mientras ella y Emma veían a los chicos avanzar por el sendero hacia el arroyo.

Emma se mordió una réplica. Nada podía empañar este día, ni siquiera los planes que estaba haciendo en secreto. No podía permitir que nada arruinara sus últimos días juntos.

Recuerdos. Necesitarían muchos recuerdos en los meses y años venideros. Y Emma se impuso la tarea de ayudar a los niños a crearlos.

Las tías y los tíos llegaron en carruaje desde la cabeza de ferrocarril de Lufkin.

—Uno pensaría que a estas alturas el ferrocarril llegaría hasta Apple Springs —se quejó la tía Charlotte.

—¿Por qué? —cuestionó su hermano Darrell—. ¿Qué hay por aquí que cualquier persona cuerda querría ver?

—Entonces, ¿por qué la Casa Harvey está interesada en comprar este lugar?

Las tías y los tíos estaban sentados en el salón sobre los finos muebles de nogal de la abuela de Emma, mientras ésta y Fanny hacían de anfitrionas, sirviendo té y licores más fuertes para refrescarse después del polvoriento viaje en carruaje. Emma palideció ante la indiscreción de su tía.

—¿La Casa Harvey? —Fanny se quedó con la boca abierta—. ¿Van a comprar este lugar? —Volvió los ojos muy abiertos hacia Emma.

—Tía Charlotte, necesitas otra taza de té. —La voz de Emma era afilada—. Fanny, trae la taza de la tía Sarah. Señoras, Relájense. Volveremos enseguida.

—¿La casa Harvey? —preguntó Fanny cuando ella y Emma llegaron a la cocina.

—Eso fue cosa de la Sra. Larson —acotó Emma—. ¿Recuerdas a esos dignatarios que Terence trajo hace unas semanas? Eran representantes de la Casa Harvey. Supongo que su madre lo interpretó como que iban a comprar nuestra casa.

—No lo harán.

Emma rellenó estudiadamente las tazas de té Haviland con motivos rosas.

—Nadie sabe dónde se construirá el ferrocarril, Fanny. ¿Por qué compraría la Casa Harvey una casa para situarla al lado de un ferrocarril, cuando no saben por dónde pasará?

Fanny cogió las tazas que Emma le puso en las manos.

—No puedes vender nuestra casa, Emma.

Emma sacudió la cabeza, con los labios fruncidos.

—Por favor, no hagas estas vacaciones difíciles. Disfrutemos de tener a David en casa, aunque sólo sea eso.

Como la idea de comer en la mesa con invitados de pago horrorizaba a los familiares, Emma colocó el cartel de «Cerrado» en la entrada. Rezó para que el dinero de los Rangers aguantara hasta que terminaran las fiestas. Después tendría que buscarse un trabajo.

Las tías se volcaron con los niños: la tía Charlotte con Billy Joe; la tía Sarah con el Pequeño Peter. La vista llevó a Emma al borde de las lágrimas varias veces durante los largos cuatro días.

—Vaya, vaya, qué pequeñín más mono. —La tía Sarah removió el pelo del Pequeño Peter —. Estoy deseando llevarte a casa.

Afortunadamente Fanny y David habían ido a visitar al maestro de escuela y a su esposa, y ninguno oyó aquel comentario. En cuanto los niños salieron corriendo a jugar, ella tomó la palabra a sus tías.

—Por favor, no se lo digáis a los niños. No les he dicho lo que... lo que estoy pensando hacer.

—¿Lo que estás pensando hacer? Gertrude le escribió a Charlotte que…

—Gertrude Larson no toma mis decisiones, tía Sarah.

—¿Quieres decir que aún crees que puedes aferrarte a este viejo y destartalado lugar? —cuestionó la tía Charlotte.

Como la tía Charlotte había nacido y crecido en esta casa, igual que Emma, ésta no se molestó en aclararle su valor, monetario o sentimental.

—Le prometí a mamá que intentaría mantener a los niños juntos.

—Ya sabes lo sensata que era Shannon —bromeó la tía Sarah—. No valía ni cinco centavos o ella no habría acogido a ese horrible James Travis.

—Mamá adoraba a James Travis —se defendió Emma—. Eran felices juntos.

—Pshaw, niña. No sabes lo que dices. Mira lo que les consiguió toda esa felicidad.

Emma tenía en la punta de la lengua replicar que toda esa felicidad les había conseguido a Fanny y a David y a Billy Joe y al Pequeño Peter. No gastó saliva. Sus tías nunca lo entenderían. Pero la sola idea llevó a Emma a un nuevo punto. ¿Qué diablos haría ella sin los niños? ¿Y cómo iba a decirles que estaba rompiendo su familia?

Una cosa de la que los parientes no podían quejarse era de la cocina de Sugar. El domingo por la noche después de Acción de Gracias estaban tan llenos de pavo salvaje y grelos y de las tartas de calabaza y nueces que Emma y Sugar habían pasado toda la semana anterior horneando, que rechazaron la cena y se retiraron temprano.

—Debes empezar temprano mañana, Emma —le dijo la tía Charlotte al subir las escaleras.

—¿Cuándo se lo dirás a los niños?

—No lo sé. Después de Navidad, creo.

—¿Después de Navidad? Quería que Billy Joe estuviera con nosotros para entonces. He hecho planes, querida. Navidad sin niños... bueno, simplemente no es Navidad.

Emma abrazó a su tía, mordiéndose una réplica punzante.

—Lo sé, tía Charlotte. Que duermas bien.

Abajo ayudó a Sugar a guardar la comida y los platos, y luego fue en busca de Fanny.

La encontró sentada en el porche delantero, balanceándose y llorando. Emma nunca había tenido intención de volver a sentarse en aquel columpio. Había planeado derribarlo, utilizarlo como leña, maldiciendo a Dustin Sanders con cada chispa que saliera de las llamas. Pero fue hacia Fanny, se sentó a su lado y acunó a la sollozante niña en sus brazos.

—¿Qué pasa, cariño?

—¿Qué piensas hacer, Emma?

—Lo único que puedo hacer, lo mejor para cada uno de nosotros.

—¿Qué será lo mejor para vender esta casa a los Harvey?

—Ya te dije...

—No me mientas, Emma. Por eso echaste a Dustin. ¿O lo has olvidado?

—Está bien. Pero si hablo contigo, como adultos, ¿prometes intentar ver mi lado? ¿Prometes mantener esta conversación entre nosotras dos?

—Vas a vender nuestra casa.

—No hablaré de nada sin tu promesa, Fanny.

—Lo prometo.

—Sí, los representantes de la Casa Harvey han hecho una oferta, pendiente de la ubicación del ferrocarril. Pero no, no la he aceptado.

—¿Qué haríamos, Emma? ¿Adónde iríamos? Tendríamos que tener un lugar donde vivir, y eso costaría…

—Lo sé. Escúchame. Podemos enviar a David a la escuela con el dinero. Cuando él acabe,

él será capaz de conseguir un trabajo lo suficientemente bueno para ayudarte a ti y los niños.

—Para eso faltan años. ¿Qué haremos hasta entonces?

Emma acarició el largo pelo negro de Fanny por encima de su cabeza, metiéndoselo detrás de las orejas.

—¿Qué, Emma? Prometiste decírmelo. ¿Qué?

—Bueno, Sugar aceptará ese trabajo de cocinera para Etta Petersen.

—¿Y el resto de nosotras?

—Yo iré a trabajar para la Sra. Petersen. Y tú también, hasta que David acabe la escuela. Entonces podrá ir a la escuela. Tal vez incluso antes. Quizá podamos vender la propiedad que nos dejó mamá.

—¿Sin la madera?

—No es tan malo, Fanny. Sé que no es lo que querías, pero las cosas no suelen salir como la gente quiere. Eso no significa que tu vida no vaya a mejorar. Ni siquiera me plantearía todo esto si no pensara que mejoraría tu vida y la de los chicos.

—¿Y los niños?

Emma inhaló, frunció los labios y miró fijamente al patio.

—He oído lo suficiente estas vacaciones para figurármelo —dijo Fanny con amargura—. Vas a enviar a uno con la tía Charlotte y al otro con la tía Sarah, ¿verdad?

—Fanny, escucha. Ellos pueden dar a Billy Joe y al Pequeño Peter el tipo de vida que nosotras nunca podremos proporcionarles.

—¿Amor?

—No puedes comer amor, Fanny. No puedes llevarlo; ni siquiera puedes venderlo... al menos, no del tipo real. Terence siempre me está recordando el poco sentido comercial que

tengo. Por eso estamos en el lío en el que estamos. Este lugar se está cayendo alrededor de nuestras orejas. Nunca podría mantenernos aquí. Y Sugar es vieja. No podrá trabajar mucho más. Necesito poder cuidar de ella, y espero poder traer a los niños a casa dentro de un año.

—¿Vas a casarte con Terence? —acusó la voz de Fanny.

—No.

Fanny suspiró.

—Bueno, siempre nos dices que miremos a nuestro alrededor y veamos qué tenemos que agradecer. Supongo que es eso. No vas a casarte con Terence.

—No seas sarcástica.

—Manda llamar a Dustin.

—¿Qué?

—Manda llamar a Dustin. Por favor.

—¿Por alguna razón? ¿Qué podría hacer?

—Algo se le ocurriría.

—Sí. Como cortar los setos y encalar la casa... y abrirse camino en los corazones de esta familia. No necesitamos ese tipo de ayuda, Fanny. Ese tipo de ayuda no nos mantendrá unidos. El encalado desaparece.

—Envía por él, Emma. Él te quiere.

—No, no me quiere.

—Te quiere —insistió Fanny—. Por eso mintió sobre su nombre.

—Mintió sobre su nombre para evitar que le disparara. Si me quisiera... —Las palabras se atragantaron en su garganta—, ...si me amara, él no habría salido corriendo... una segunda vez.

—Pero tú le quieres.

Emma se puso en pie de un salto.

—Ya basta.

—Tú lo amas.

—Ya te hablé del amor. No nos alimentará ni nos vestirá ni... ni hará nada excepto hacernos desgraciadas. —Extendiendo una mano, tiró de Fanny para ponerla en pie—. Vamos, durmamos un poco. David se va por la mañana y queremos darle una gran despedida.

—Claro, ya que es la última vez que tendrá un hogar del que despedirse.

Emma abrió la puerta mosquitera.

—No se lo diré a nadie hasta después de Navidad, Fanny. Tendremos una última Navidad aquí... en la Casa Travis.

Fanny se paró en el umbral.

—Me voy a Orange.

—¿A Orange? —El primer pensamiento de Emma fue para Dustin. No podía dejar que Fanny fuera a Dustin, a rogarle que volviera. No podía.

—Si esto es lo que crees que es mejor, de acuerdo —decía Fanny—. Pero no voy a mudarme de aquí a una vieja choza y limpiar la casa para la estirada de la Sra. Petersen... ni para nadie más. Me voy a Orange y me caso con Jeff.

Capítulo 19

Emma consiguió arrancar a Fanny la promesa de esperar hasta después de Navidad para pensar en ir a Orange en busca de Jeff, prometiendo a cambio ahorrar el dinero suficiente para enviárselo después de las fiestas.

A pesar de la melancolía que se cernía sobre ella, Emma se negó a permitir que su abatimiento afectara a los niños o les restara valor a sus últimos días juntos.

Como le había dicho a Fanny, esperaba poder llevar a los pequeños de vuelta a Apple Springs dentro de un año. Secretamente se preguntaba cómo sería eso posible. Pero apartó esa preocupación al fondo de su cabeza. No permitiría que las próximas separaciones empañaran las vacaciones.

Los niños, sin embargo, insistían cada vez más en que escribiera a Dustin y le invitara a pasar las Navidades. Emma sospechaba que Fanny les había metido la idea en la cabeza, o Sugar, pero independientemente de cómo había llegado allí, sacudírsela de encima se convirtió en una tarea imposible.

Todo empezó cuando el señor Holden y su esposa llegaron para llevar a David de vuelta a la escuela tras las vacaciones de Acción de Gracias. Como planeaban quedarse en San Agustín, donde el maestro Holden ayudaría en la academia, hasta el final de diciembre, David volvería a casa con ellos durante las vacaciones de Navidad.

—Oye, Emma —llamó David desde el camino—, ¿por qué no escribes a Dustin y le

invitas a venir por Navidad?

—¡Síií! —gritó Billy Joe—. Escribe a Dustin, Emma. Piensa que la cocina de Sugar es dee…liciosa. Y la tuya también.

—No.

—Por favor, Emma —argumentó Billy Joe.

El Pequeño Peter tiró de sus faldas.

—Por favor, Emma. Escribe al señor.

Después de que los chiquillos repitieran esta escena mañana, tarde y noche durante una semana, Emma supo que tenía que encontrar alguna manera de callarlos antes de volverse loca. También sabía que no iba a invitar a Dustin Sanders a la Casa Travis por Navidad. Sin embargo, en un esfuerzo por apaciguar a los niños y quitárselos de encima, escribió una carta.

—Lo hice —dijo al grupo una mañana durante el desayuno. Esa era la mañana en la que tenía intención de ir a la ciudad a ver qué había oído Terence sobre la oferta de la Casa Harvey. Supuso que se sentía culpable por ello.

¿Así que mintió a los niños? le remordía la conciencia. Fanny miró a Emma con suspicacia.

—Déjanos leerla.

Emma sacó la carta doblada del bolsillo de su delantal y se la entregó a Fanny. Los niños se reunieron alrededor mientras Fanny leía en voz alta:

—Sr. Sanders... ¡Emma! No puedes llamarle Sr. Sanders.

—Se llama Dustin —ofreció Billy Joe.

—Sé cómo se llama —dijo Emma.

Fanny leyó la primera línea:

—Los niños me pidieron que escribiera... —Fanny levantó la vista, exasperada—. ¡Emmaaa!

—¡Fannyyy! —imitó Emma.

—No puedes decir que te dijimos que escribieras —se quejó Fanny.

—Lo hicisteis.

—Pues no puedes decirlo.

—¿Me estáis pidiendo que le mienta?

Sus miradas se cruzaron por encima de las cabezas de los niños.

—Escribe lo que sientes —replicó Fanny—. Eso no será una mentira.

Emma intentó apartar la carta.

—Lo he intentado. Ahora, déjame en paz con eso.

Fanny se apartó, conservando la posesión de la carta. Comenzó de nuevo:

—Querido Sr. Sanders: Los niños me pidieron que le escribiera invitándole a cenar con nosotros en Navidad.

—¿Para la cena de Navidad? Puede quedarse más que eso —insistió Billy Joe.

—¿Por qué no viene a vivir a mi casa? —suplicó el pequeño Peter. Emma volvió a coger su carta—. ¿Por qué no viene, Billy Jo…

—Soy el Pequeño Peter.

—Sé quién eres. Come. Tenemos trabajo que hacer. Sugar necesita ayuda para reventar maíz para ensartar en el árbol.

—Escribe otra carta —instruyó Fanny en voz baja.

—No.

—Por favor, Emma. Por favor.

Emma suspiró. Puesto que de todos modos no tenía intención de enviar la carta, ¿qué diferencia habría si escribía lo que los niños querían oír? Si ella se negaba, pasarían el resto de su tiempo juntos discutiendo por una estúpida carta.

—De acuerdo —aceptó—. Escribiré otra carta.

—Será mejor que te des prisa. Ya casi es Navidad —advirtió Billy Joe.

—Date prisa, Emma, para que el señor no se vaya a California —el Pequeño Peter se preocupó.

—Puedes aprobarlo en la cena. —Emma deseaba poder creer que Dustin se había ido a California. Pero estaba segura de que no lo había hecho. Si él estaba tan lejos, ¿por qué su memoria era tan clara? ¿Por qué le seguía doliendo tanto?



Aunque Terence no había venido a comer desde la noche en que ella le convenció de que iba en serio lo de no casarse con él, seguía sentándose con ella en la iglesia. Nunca ofreció su regazo al Pequeño Peter, por supuesto. De hecho, todos los niños se sentaban en el lado opuesto al de Terence.

Así que, cuando ella entró en el banco, le cogió por sorpresa.

—¡Emma! —Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro—. Pasa. —La condujo a su oficina, le indicó una silla y cerró la puerta exterior, antes de encaramarse en el borde de su escritorio, contemplándola, bebiendo de su presencia como se bebería de un amor perdido hace mucho tiempo. Que, por así decirlo, era lo que ella era para él, supuso.

—¿Cómo has estado, Emma?

—Bien.

Él la miró fijamente, en silencio durante un momento.

—Supongo que has venido por negocios —dijo finalmente, su voz revelando su decepción.

Emma fue directa al grano.

—¿Qué has sabido de los representantes de la Casa Harvey?

—Están interesados en firmar esa oferta.

—¿Cuándo

—En cuanto lo decida.

—¿Quieres decir antes de que sepamos si vendrá el ferrocarril?

—Quiero decir ahora. Las disposiciones del contrato abordarán el problema del ferrocarril. Lo cual podemos agradecer, ya que la ruta ni siquiera ha sido explorada, todavía. Otra de la larga lista de mentiras de Sanders.

Emma se armó de valor para no reaccionar, estudiando la incongruente fotografía -de una gentil pareja caminando por una calle empedrada y resbaladiza por la lluvia en alguna ciudad lejana- que colgaba en la pared más alejada de Terence. Independientemente de cómo la hubiera tratado, o maltratado, Dustin, había hecho un favor a la comunidad y merecía su gratitud. No es que tuviera intención de decírselo a Terence.

—¿Cuáles son las provisiones?

Terence apoyó los dedos entrelazados en su muslo.

—Comprarán la casa, empezarán a reformarla en enero, y si el ferrocarril no llega, se comprometen a devolvértela.

—¿Y el dinero?

—Te pagarán una parte del precio de venta por adelantado, como garantía contra el fracaso del trato.

—¿Cuánta... seguridad?

—Suficiente para que puedas vivir durante el período de contingencia, es decir, el tiempo entre ahora y cuando se determine la ruta. Cualquier mejora que hagan durante ese tiempo será tuya, sin coste alguno. Es el riesgo que están dispuestos a correr para adelantarse a la competencia.

—Quiere decir que los niños pueden...

—Los niños no, Emma. Los de Harvey House calcularon lo que les costaría vivir, alquilando una casita aquí en la ciudad durante tres meses. Ellos creen que para entonces L&M habrá tomado una decisión sobre la ubicación del ferrocarril.

Emma se enderezó en su silla, esforzándose valientemente por concentrarse en el negocio que tenía entre manos, decidida a separarlo de su angustia emocional.

—La única forma en que estaré de acuerdo, Terence, es si pagan lo suficiente para el próximo semestre de David, sin pena de tener que que devolverlo, y tres meses de manutención para mí y Fanny. También trabajaremos, así que eso no debería suponer mucho.

Terence frunció el ceño.

—Realmente tienes intención de hacerlo, ¿verdad?

—¿No es esto lo que has estado intentando que haga desde que murió mi madre?

Deslizó la pierna por la esquina del escritorio, se inclinó hacia delante y le cogió las manos.

—No exactamente, Emma. Estás omitiendo la parte más importante.

Ella le soltó las manos. Él se echó hacia atrás, mirándola fijamente con esa familiar expresión de perrito ahorcado suya.

—No te presionaré —dijo al fin—. Eso fue lo que me metió en problemas antes. Pero tampoco pienso rendirme.

Más tarde pensó en aquellas palabras, palabras importantes, pronunciadas por el hombre equivocado. ¿Por qué se había rendido Dustin? ¿Por qué no la había amado tanto como Terence? ¿Y por qué ella no podía corresponder al amor de Terence?

En ese momento, sin embargo, ella tenía otros asuntos que tratar con Terence.

—También quiero que te ocupes de la venta de mi propiedad.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Donde vamos a construir...

Emma se puso en pie de un salto.

—Si no quieres ayudarme, buscaré a otro.

—Siéntate —la animó.

Ella se acomodó, sabiendo que Terence era la única persona a la que podía recurrir en este asunto.

—Ahora, dime por qué quieres venderlo.

—No tengo intención de dejar a los niños con unos parientes más tiempo del necesario. Sé que puede llevar un tiempo vender la tierra, ya que la madera ha sido talada. —Ella observó para ver si él palidecía ante el papel que había desempeñado involuntariamente en aquel robo, y se sintió satisfecha al ver cómo apretaba las mandíbulas—. Esos niños no sólo son hermanos, son los mejores amigos. Si pensara que tendrían que estar separados más de un año, no los enviaría.

—¿Qué harías? —Sus ojos le suplicaron que diera la respuesta correcta, la que él

consideraba correcta.

—Morir de hambre —replicó ella. Levantándose, se ajustó la cofia—. Me moriría de hambre antes de separar a esos niños, si no pensara que las cosas irían mejor así. Me convenciste…

—Y tengo razón, Emma. Espera y verás. ¿Te he mentido alguna vez?

No, pensó en el camino de vuelta a la Casa Travis, Terence Larson nunca le había mentido. Pero últimamente mentir había caído muy abajo en su lista de pecados.

Aunque había quitado el cartel de «Cerrado» después de Acción de Gracias, ya casi nunca tenían comensales. Supuso que eran las próximas fiestas. Probablemente la gente se quedaba en casa y se preparaba sus propias comidas. Ella había oído decir que cuando una cosa iba mal, todo lo demás le seguía en orden.

Bueno, la teoría había sido probada y encontrada exacta en la Casa Travis. Todo había empezado la noche en que se escapó al granero con Dustin Sanders. Si pudiera rehacer algo en su vida, sería eso.

Sin embargo, sabía que hacer el amor con Dustin Sanders no la había metido en el lío en el que estaba. Terence tenía razón. Tenía una cabeza terrible para los negocios.



—¿Dónde está tu carta? —exigió Billy Joe cuando la familia estuvo sentada en el gran comedor. Aunque no había invitados, Emma insistió en que comieran y cenaran en el comedor. Recuerdos. Recuerdos para los años venideros. Sacó la carta y se la entregó a Fanny.

Fanny la escaneó, sus labios se abrieron en una sonrisa.

—Así está mejor, Emma. Mucho mejor. Podría haber sido mejor aún, pero…

—Léelo, Fanny —le instó Billy Joe.

—Querido Dustin —leyó Fanny—, Los niños, Sugar y yo te invitamos a la Casa Travis para la cena de Navidad. Esperamos que puedas venir. Todos nosotros. Tu amiga, Emma Jones.

—¿Tu amiga? —preguntó Fanny. Emma la miró fijamente.

—Pídele que venga pronto y nos ayude a conseguir un árbol —sugirió Billy Joe.

Durante una semana o más, los niños se habían preocupado de cómo irían al bosque a cortar un árbol. No un árbol pequeño, sino uno grande. Ante la sugerencia de Billy Joe, la fibra sensible de Emma se tensó. Podía imaginarse a los niños y a Dustin sacando un árbol del bosque. Podía imaginárselos a todos en el salón, decorándolo y cantando villancicos y riendo.

Riéndose. Bueno, lo harían sin Dustin Sanders.

—Iré con vosotros a cortar un árbol —les dijo—. Pero queremos un árbol grande —objetó Billy Joe.

—Un árbol grandeeee —repitió el Pequeño Peter, levantando sus cortos brazos hacia el techo.

—Conseguiremos uno grande —prometió ella—. David estará en casa a finales de semana. Iremos todos. Fanny también puede venir. Llevaremos un caballo, así podremos arrastrarlo hasta casa.

El Pequeño Peter inclinó su cabeza y se frotó un puño en el ojo.

—Quiero que el señor venga con nosotros.

Emma parpadeó conteniendo las lágrimas. El Pequeño Peter era el que hacía que la emoción se le atragantara en la garganta estos días. El Pequeño Peter, que aún usaba el nombre con el que había llamado a Dustin desde el principio.

El principio, antes de que ninguno de ellos conociera a Dustin Sanders como el mentiroso que era.

—Si conseguimos el árbol nosotros mismos —argumentó—, podremos sorprender a todos los que vengan por Navidad.

No estaba segura de cómo explicaría la ausencia de Dustin. Sin duda les decepcionaría. Pero el día después de Navidad, cuando ella revelara sus planes, se sentirían decepcionados de todos modos. Como le dijo a Fanny. La vida estaba llena de decepciones.

Cuando Emma le tendió la mano para que le diera la carta, Fanny se negó a devolvérsela, diciendo:

—Yo la enviaré, Emma.

—No, no lo harás. —Emma se levantó y cogió la carta de la mano de Fanny—. Es mi carta. Tengo que poner la dirección en el sobre. Qué le parecería a él recibir mi carta en un sobre que tú has escrito.

—Después de que la dirijas, la enviaré por correo —dijo Fanny.

—Si no confías en mí más que eso, no deberías haberme pedido que la escribiera.

Los niños la observaron mientras ponía las señas en la carta y la guardaba en su retícula para cuando fuera a la carnicería esta tarde.

Antes de eso, sin embargo, encontró un momento para esconder la carta en lo más profundo del cajón de su cómoda, debajo de un montón de ropa interior. Faltaban dos semanas para Navidad, y ella comprobaba el cajón varias veces al día, para asegurarse de que los niños no habían descubierto la carta y la hubieran enviado por correo. Lo único que podría arruinar de verdad esta Navidad sería que Dustin viniera a cenar.

La primera pregunta de David al llegar a casa fue si podría volver a la escuela. Emma se sintió aliviada al poder decirle que sí. Pero cuando él le preguntó de dónde procedía el dinero,

ella puso reparos.

—Del mismo sitio que antes.

—¿Quieres decir que no lo sabes?

Ella se encogió de hombros, le abrazó y le dijo que a caballo regalado no se le miraba el diente.

—Pero tampoco esperes muchos regalos.

—¿Cuándo hemos tenido regalos, Emma?

Ella frunció los labios, entristecida por la verdad de las cosas. Él la abrazó.

—¿Y cuándo ha importado?

Terence vino a cenar el domingo por la noche, trayendo consigo el contrato de la gente de Harvey House. Se lo dio en la cocina cuando Sugar salió a tocar la campana de la cena. Ella se lo metió en el bolsillo del delantal sin siquiera echarle un vistazo.

—¿Aceptaron todo? —preguntó, sorprendida de que hubiera sido tan fácil.

—El Sr. Braun me dijo que te dijera que manejas un duro negocio.

Sonrió, no por el hecho de tener el despreciable contrato en la mano, sino porque al menos uno de sus objetivos, enviar a David a la escuela, se cumpliría un semestre más.

—¿Y el terreno? —preguntó a Terence—. Eso llevará tiempo, Emma. Ten paciencia.

—No puedo ser paciente mucho tiempo. —Vio cómo David reunía a los niños y los conducía al lavabo del porche trasero.

—Si firmas el contrato esta noche —sugirió Terence—, señalando el bolsillo de su delantal donde había escondido el contrato a la vista de los niños—, te lo devolveré mañana. Tendrás tu dinero antes de Navidad.

—Quiero esperar hasta después de Navidad para firmarlo.

—Podrías comprar regalos con el dinero.

—No voy a vender nuestra casa para comprar regalos, Terence. Firmaré el contrato después de Navidad.

—Si estás deseando algún milagro —aconsejó—, no lo hagas. La estrella de Navidad podría caer sobre tu cabeza y no te sacaría de este lío. Todo lo que puedes hacer es firmar…

—Si espero hasta el veintiséis, ¿seguiremos recibiendo el dinero a mediados de enero, cuando David lo necesite para el colegio?

—Debería.

—Entonces esperaré. —Por alguna razón, sintió que firmar el contrato antes de Navidad empeoraría las cosas.

Esa noche escondió el contrato en el cajón de la lencería, debajo de la carta que había escrito, pero no enviado. Se preguntó qué odiaría más que descubrieran los niños, que no había enviado la carta a Dustin o que había vendido su casa. A la larga, por supuesto, vender su casa les perjudicaría más.

A menos que las cosas salieran como ella había planeado. Si ella podía vender la tierra por lo suficiente como para traer a los chicos de vuelta en un año y mantener a David en la escuela hasta que acabara, entonces David podría ayudar a ver a los otros educados y por su cuenta.

Fanny no, por supuesto. Y como Fanny quería casarse con Jeff, tal vez eso funcionara después de todo.

Cuatro días antes de Navidad, así fue. Acababan de sentarse a la comida del mediodía cuando un caballo se desvió de la carretera, subió al galope por el carril y sacó las riendas en una nube de polvo rojo junto a la barra de enganche trasera.

El corazón de Emma dio un vuelco. Sus ojos volaron a Fanny, cuya expresión expectante, ella sabía, debía hacerse eco de la suya. El primer pensamiento de Emma fue que los niños debían haber enviado su carta. Pero sabía que no lo habían hecho. Lo había comprobado esta misma mañana. El contrato y la carta estaban justo donde los había puesto. No podía ser Dustin.

Fanny llegó a la cocina antes de que la puerta trasera se cerrara de golpe. Se quedó de pie en mitad del piso, momentáneamente congelada en su sitio. Entonces soltó un chillido que resonó por toda la casa.

—¡JEFF!

Para cuando los demás saltaron de sus sillas y llegaron a la cocina, Fanny estaba en brazos de Jeff y él la balanceaba por la cocina.

Emma se quedó atónita. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Lágrimas de felicidad, lágrimas de soledad. Pero sobre todo de felicidad, reprendió. Jeff había vuelto con Fanny.

Los niños se apresuraron a agarrar las piernas de Jeff. Dejando a Fanny en el suelo, se inclinó para despeinar sus cabezas.

—Hola, Will. ¿Cómo van las cosas, Pequeño Peter?

Cuando terminaron de chillar, David dio un paso adelante, extendiendo su mano.

—Me alegro de verte, Jeff.

—Igualmente. ¿Cómo va la escuela?

—Descanso por vacaciones.

Mientras tanto, Fanny sujetaba a Jeff por la cintura como si nunca fuera a soltarlo. Emma observaba desde la puerta, pensando en

Dustin y en la noche en que había irrumpido en la habitación de Jeff y lo había enviado al granero. Ociosamente se preguntó qué haría esta noche.

Jeff la vio entonces.

—Señorita Emma.

—Jeff. —Ella le saludó con un abrazo y un guiño para Fanny—. Nos alegramos de verte. ¿Te quedarás a pasar las vacaciones?

Jeff miró a Fanny, sus miradas fijas.

—Si no le molesta.

—Ni un poquito —convino Emma. Agarrando a cada niño por la cintura, tiró de ellos para que dejaran de sujetar a Jeff—. Veamos si a Sugar le queda algo para alimentar a este leñador.

Jeff saludó entonces a Sugar, y Emma acabó recibiendo una de las fulminantes miradas de «te lo dije» de Sugar.

Luego se sentaron todos alrededor de la mesa, Jeff en su lugar habitual, con Fanny cerca de él. Mientras él comía, ella le mantenía una mano en el brazo, como para asegurarse de que no volvería a separarse de ella.

Los niños le invitaron a ir mañana a la excursión al árbol de Navidad y él aceptó. Se quedaron en silencio.

—Has vuelto —susurró Fanny como si le costara creerlo.

—Te dije que lo haría. —Se metió un trozo de pan de maíz en la boca.

Fanny miró hacia la mesa, pero Emma apartó la vista.

—Sé que dijiste que lo harías, pero no estaba segura... quiero decir, no sabía cuándo. Y las cosas...

—Jeff —interrumpió Emma—, háblanos de la captura de Haslett.

—No hay mucho que contar. Dustin, sospechaba del hombre desde el principio.

—Así es —cortó David—. ¿Recuerdas aquel domingo que Dustin nos llevó con él, Emma? Entonces iba tras Haslett. Casi lo atrapamos.

Jeff se rio.

—Casi. Quizá lo habríamos hecho, si hubiéramos sabido de quién eran los árboles que estaba talando. —Mojó un trozo de pan de maíz en leche y se lo metió en la boca—. Aunque también cortó árboles legítimos, Haslett lo hizo.

—¿Y Waldo y Calder? —inquirió Emma.

—Estaban en ello con él. Según he oído, los Rangers los acorralaron en el campamento al que Haslett los trasladó. Los llevaron a los dos a Jasper, ya que es el condado donde los atraparon.

Fanny abrió mucho los ojos.

—Menos mal que te fuiste a tiempo. Podrías haberte visto envuelto en esto también.

—Por eso Dustin me llevó con él. No quería que los Rangers sospecharan que yo tenía algo que ve.

—¿Lo hiciste? —preguntó David.

—¡David! —reprendió Fanny.

—Quiero decir, ¿crees que cortaste madera ilegal sin saberlo?

—No que yo pueda saber. Dustin repasó todos los recibos conmigo cuando volvimos a Orange. Parece que me lo perdí.

—Ciertamente estamos agradecidos por eso —añadió Emma—. Ahora, sé que es de mala educación preguntar por dinero, pero los Rangers nos hablaron de tu recompensa.

La cara de Jeff se quedó en blanco.

—Dijeron que recibiste una gran recompensa por ayudar a llevar a Haslett ante la justicia.

—Sí, señora. Eso es lo que me dijeron a mí también.

—¿No te la dieron? —inquirió David.

—Todavía no. —Jeff comió un momento y luego añadió—: El juicio aún no había terminado, es lo último que supe.

Más tarde esa noche, Emma logró finalmente arrancar a los niños pequeños de Jeff y llevarlos a la cama. David, Fanny y Jeff se sentaron en el porche a hablar. Emma no echó de menos el cambio en la disposición de los asientos respecto a la noche en que se habían sentado todos juntos: ella y Dustin en el columpio.

Fanny y Jeff ocuparon el columpio y David se sentó en el último escalón. Los tiempos cambian, pensó Emma, y nosotros debemos cambiar con ellos. Ciertamente, con los otros problemas a los que se enfrentaban estas vacaciones, le costaría buscar tiempo para preocuparse de que Jeff y Fanny durmieran bajo el mismo techo.

Jeff, después de todo, había vuelto. Eso en sí mismo separaba su relación de la de ella y Dustin. Jeff había vuelto. Ella rezaba para que fuera honorable.

Abrazó a cada uno por turno, sintiéndose más como su madre que como una hermana.

—Estamos muy contentos de que hayas venido, Jeff. Tenerte aquí hará que la Navidad sea aún más especial. —Pensó en los niños que esperaban a Dustin. Ahora no estarían tan decepcionados.

—Dustin también viene —dijo Fanny.

Emma se quedó helada, escuchando, temiéndose lo peor.

—Emma le envió una carta invitándole por Navidad.

—Genial —respondió Jeff.

—¿No mencionó haber recibido la carta de Emma? —Emma contuvo la respiración.

—Hace entre una semana y diez días que no veo a Dustin —admitió Jeff—. Sin embargo, me alegro de que venga. Le tomé cariño a ese tipo.

Fanny sostuvo la mirada afligida de Emma.

—A todos nos gustaba. ¿Verdad, Emma?

Emma los dejó así. Cerró la puerta de su dormitorio, se acurrucó en el gran colchón de plumas e intentó valientemente no pensar...

Sobre Jeff y Fanny.

Sobre los niños descubriendo que no había enviado la carta a Dustin.

Sobre el contrato que yacía como un carbón caliente en el cajón de su cómoda.

Sobre decirles a los niños que estarían separados durante un año. Un año a sus edades era toda una vida. ¿Y cómo podía estar segura de que podría recuperarlos al cabo de un año? No podía. Y eso dolía más que nada.

Excepto por el engaño de Dustin. Por muy egoísta que se sintiera, por muy tonta que fuera, sabía que si él se hubiera quedado, podrían haber solucionado las cosas. Si él se hubiera quedado, podrían haber mantenido las cosas unidas.

Porque si él se hubiera quedado, habría sido porque la amaba.

Capítulo 20

Emma afrontó los días siguientes como si fueran los más importantes de su vida. Y de hecho, así consideraba ella este precioso y menguante tiempo con su familia. Su único deseo ahora, era crear tanta felicidad que los niños tuvieran recuerdos inolvidables que llevarse consigo.

La llegada de Jeff reanimó el decaído ánimo de Emma, dándole fuerzas para sobrevivir a los constantes recordatorios de Dustin, que nunca dejaban de provocarle un ataque de melancolía. Pero los niños estaban tan contentos de ver a Jeff, que ella empezó a esperar que no se sintieran demasiado decepcionados por la no aparición de Dustin en la cena de Navidad.

Con la ayuda de Jeff cortaron el árbol más grande que el caballo pudo arrastrar y que ellos, a su vez, pudieron colar por la puerta.

—¡Oh, un leñador para ir a coger árboles con nosotros! —exclamó Billy Joe. Emma se preguntó si había olvidado su llamamiento a Dustin para que llegara a tiempo de ayudarles a buscar un árbol.

Con suerte, pensó. Quizá ahora ella sería la única que echaría verdaderamente de menos a Dustin Sanders. Aquella noche vistieron el árbol con pequeñas velas y ristras de palomitas y cuerdas de cintas de vivos colores. Emma se había resistido a ir al desván a por los adornos navideños, segura de que le evocarían recuerdos tan conmovedores que no sería capaz de mantener una fachada alegre.

—Emma —acusó Fanny—. Tenemos que usar los adornos viejos. No será Navidad sin ellos.

Emma suspiró y los bajó: estrellas y cadenas de papel, adornos de cristal de colores y figuras de ganchillo hechas por miembros de la familia a lo largo de varias generaciones. Recuerdos, hechos y guardados año tras año.

Recuerdos. Emma observó cómo los niños decoraban alegremente el árbol, ayudados por Jeff, que puso la estrella en lo alto. Fanny dirigió el canto y Emma intentó unirse.

Ayúdame a superar los próximos días, rezaba una y otra vez. Los próximos días, después podría derrumbarse. Después de decírselo a los niños, después de enviarlos a vivir con sus parientes, después de firmar los papeles para vender la Casa Travis.

Después de que David volviera a la escuela. Después de que ella, Fanny y Sugar se mudaran a la pequeña cabaña que había encontrado. Después de que empezaran a trabajar para Etta Petersen. Entonces podría caerse a pedazos.

Una parte de este plan cuidadosamente trazado, Emma pronto supo, no se cumpliría. Ella misma había planeado irse directamente a la cama después de la poda del árbol. Pero cuando terminó de arropar a los niños, Fanny la llamó al salón.

—Jeff quiere preguntarte algo.

Emma supo, antes de que el avergonzado joven abriera la boca, lo que diría. Querían casarse.

—Pero Fanny, ¿qué pasa con la escuela?

—¿La escuela? —Fanny intercambió una mirada cómplice con Jeff—. Aunque pudiera ir a la escuela, Emma, no lo haría. Quiero casarme con Jeff.

—Aún puede ir a la escuela —añadió Jeff—. Pienso coger parte del dinero de la recompensa y montarnos un rancho al oeste de aquí. Fanny puede estudiar en casa. Lo llaman

escuela por correspondencia.

—Lo sé, Jeff. Sólo desearía que tuviera elección.

—Tengo elección, Emma. Quiero casarme con Jeff.

Emma suspiró, sintiéndose más madre que nunca. ¿Pero cómo podía sentirse madre cuando ni siquiera había sido esposa? La vida estaba patas arriba. Pero no para Fanny. Ésta era la oportunidad de Fanny.

Abrazó a Jeff.

—Bienvenido a la familia, Jeff. Creo que ya sabes cuánto nos gustas.

Cuando Jeff y Fanny anunciaron que irían a Lufkin a la mañana siguiente, Emma guardó silencio. Ella les dejaría revelar sus planes al resto de la casa cuando estuvieran listos. Pero con ellos yendo juntos a la capital del condado, pensó que ella y Sugar deberían empezar a planear una boda.

El recuerdo del último anuncio de boda hecho en esta familia era casi más de lo que ella podía soportar. Entonces el Pequeño Peter mencionó precisamente lo que ella esperaba que hubiera olvidado.

—¿Cuándo crees que el señor vendrá a casa, Emma

—No lo hará.

—Eso no lo sabes —acusó Billy Joe.

—No —le dijo ella—. Pero estoy segura de que no lo hará. Oíste a los Rangers decir que se fue a California. —Sonrió a Jeff—. Ahora tenemos a Jeff.

—En caso de que Dustin venga por Navidad —dijo Fanny—, Jeff me dijo algo que creo que debes saber, antes de que lo envíes lejos otra vez.

Emma palideció. Jeff protestó.

—Fanny, no quería que lo contara. No quería que ninguno de vosotros lo supiera.

—Emma necesita saberlo, Jeff. Entonces quizá sea civilizada con él, le deje quedarse... a cenar, al menos.

—Preferiría no oírlo —respondió Emma con una voz tensa que revelaba su dolor—. Dustin Sanders ya ha hecho bastante daño a esta familia.

—Dustin pagó los estudios de David el semestre pasado. —Los ojos de Emma volaron a Fanny, luego a Jeff.

—Se enfadaría mucho si supiera que lo he contado —dijo Jeff.

Abrumada por la emoción, Emma saltó de la mesa y corrió hacia la ventana, donde contempló el patio lateral a través de una visión borrosa.

—¿Cuándo hizo eso? —preguntó David detrás de ella.

—El día que nos fuimos. Cuando llegamos al cruce que lleva a San Agustín, subió a la escuela y pagó tu matrícula y el internado y todo

—¿Con qué? —desafió David.

—Su paga de L&M, eso es lo que dijo. No le pregunté. Dijo que sería entre los tres, él, su hermano y yo. Ahora he ido y es lo he dicho. Se va a enfadar mucho conmigo.

Emma se volvió hacia el grupo, compuesta de nuevo.

—No pasa nada, Jeff. No tendremos motivos para decírselo.

—¿Pero por qué haría eso? —preguntó David.

—Para apaciguar su mala conciencia —replicó Emma. Salió de la habitación con la excusa de hacer las camas.

La ausencia de Fanny y Jeff aquella tarde dio tiempo a Emma para hacerse a la idea de que Dustin había pagado la educación de David. Sólo era un semestre, razonó. Lo menos que podía

haber hecho dadas las circunstancias. Esperaba que eso ayudara a aliviar su mala conciencia, porque desde luego no ayudaba a aliviar su propio dolor.

Sin embargo, cuando Fanny y Jeff regresaron a media tarde, los ojos brillantes de Fanny contribuyeron en gran medida a ese fin.

—Emma, vamos a rebuscar en el viejo baúl de mamá y a buscar los dos vestidos más bonitos para ponernos en Nochebuena.

Emma abrazó a su hermana pequeña que ya no era tan pequeña. Fanny había crecido muchísimo en los últimos meses. Sus ojos brillantes y su semblante resplandeciente bastaban para levantar el ánimo más sombrío, y Emma se negó a permitirse preocuparse por si el nuevo amor de Fanny duraría. Pero rezó para que así fuera.

—¿Para la víspera de Navidad? —preguntó Emma con una sonrisa—. ¿Podríamos asistir a algo más que a los servicios de Nochebuena?

Fanny se sonrojó.

—Los servicios de Nochebuena —dijo, añadiendo—, pero es nuestra última juntos... por un tiempo. Incluso podemos arreglar cosas para que se pongan los chicos.

Así que el resto de aquella tarde y buena parte de la propia Nochebuena se dedicaron a rehacer dos vestidos de seda acordonada que habían pertenecido a su madre antes de la guerra. Las faldas bouffant y las mangas abullonadas proporcionaban abundante material con el que trabajar. Cuando las hermanas terminaron, habían confeccionado dos vestidos con corpiños ceñidos, faldas delgadas y pequeños polisones. El de Fanny era rosa pálido con un fruncido crudo alrededor del escote, y el de Emma era azul marino con un pliegue del mismo material alrededor del dobladillo.

Después de coser la última puntada, planchar las batas y colgarlas para que no se arrugaran, Fanny agarró a Emma por el cuello.

—Oh, Emma, soy tan feliz. Nunca soñé que alguien pudiera ser tan feliz.

—Eso me hace feliz. —Emma abrazó a su hermana pequeña, sorprendida al darse cuenta de que lo decía de verdad.

Soltando a Emma, Fanny ladeó la cabeza.

—Sabes lo que lo hizo, ¿verdad?

—¿Hizo qué?

—¿Hizo que Jeff y yo nos enamoráramos?

—¿El qué?

—Dustin. La forma en que nos habló la noche del baile. —La sonrisa de Emma murió en sus labios.

—Sé que te hizo daño, Emma, pero al menos podrías darle crédito por el bien que hizo por aquí. No sólo enviar a David a la escuela. Si no hubiera hablado con Jeff y conmigo esa noche, probablemente habríamos hecho justo lo que dijo, cometer un error.

—No hablemos de esto, Fanny.

—Pero es verdad. ¿No es para eso para lo que sirven las experiencias? ¿Ayudar a otros a no cometer los errores que tú cometiste?

Abajo, Emma inhaló los dulces aromas de pino y canela y clavo y pavo asado. Los niños la habían convencido para que sirviera una cena especial después del servicio de Nochebuena. Emma estuvo de acuerdo, por supuesto. Ella sabía lo que Fanny y Jeff tramaban. Sólo esperaba que hubieran alertado al reverendo Callicott.

A medida que se acercaba la hora del servicio, se repartieron las tareas: Emma ayudaría a Sugar, mientras Fanny vestía a los niños. Emma y Sugar lo tenían todo listo, y Sugar ya se había marchado para asistir a sus propios servicios, antes de que los niños llegaran abajo.

David y Jeff aparecieron primero- Jeff vestido con lo que parecía un flamante traje nuevo de paño negro, y David con el traje de su padre que Emma había vuelto a cortar antes de que empezara el semestre.

Emma los estrechó entre sus brazos con una carcajada; la felicidad la embargaba. Temporalmente, ella lo sabía. Pero ¿no era eso la felicidad? ¿Pequeños destellos de sol entre las tormentas de la vida? Jeff realmente encajaba en esta familia. Como el milagro de Navidad que Terence le había advertido que no esperara, Jeff había regresado precisamente cuando más lo necesitaban. Llenó el vacío dejado por Dustin Sanders. Para la mayoría de ellos, al menos.

Cuando por fin Fanny y los niños aparecieron en las escaleras, una mirada le dijo a Emma por qué había tardado tanto. De algún modo, Fanny se las había arreglado para vestir a Billy Joe y al Pequeño Peter con los pantalones de tela negra y las camisas que encontraron en el baúl. El trabajo que debió costarle meter a los chicos en aquellos trajes demostraba, una vez más, la determinación de Fanny de hacer que aquella velada fuera memorable, a pesar del profundo dolor que tanto ella como Emma llevaban dentro. Sí, Fanny había crecido, en más sentidos que físicamente. El corazón de Emma se hinchó de orgullo. Fanny había conseguido que esta Navidad fuera muy especial para todos ellos.

La inquietud de Fanny y Jeff se manifestó en su reticencia a salir de casa. Nervios de última hora, Emma lo sabía. Ella también los sentía, y ni siquiera le habían dicho qué esperar. Los hechos, sin embargo, estaban a la vista de todos.

—¿No sería mejor que nos pusiéramos en marcha? —sugirió largamente, después de que Jeff hubiera vuelto a su habitación dos veces y Fanny hubiera corrido escaleras arriba un par de veces—. Puede que no encontremos un banco juntos si esperamos más.

Fanny y Jeff intercambiaron miradas. Jeff consultó su reloj, se lo volvió a meter en el bolsillo y miró hacia el camino. No podían ver la iglesia desde allí, pero Emma sabía que la estaba visualizando. Seguramente, no estaba pensando en echarse atrás.

—Emma tiene razón —coincidió Fanny—. Será mejor que nos vayamos.

David abrió la puerta y la sostuvo para Jeff y Fanny. Los niños les siguieron, y David ofreció su codo a Emma.

Las lágrimas acudieron a sus ojos. Su hermano pequeño. David había crecido tanto como Fanny.

—Veo que te enseñaron algo más que a leer y escribir en la Academia San Agustín —elogió—. Incluso te enseñaron a tratar a una dama.

—Dustin me enseñó eso.

Aunque no había malicia en su tono, ni siquiera un atisbo de acusación, las palabras de David atravesaron a Emma como el frío viento de diciembre que silbaba en el porche. Recordó la primera vez que habían ido juntos a la iglesia, cómo Dustin había convencido a David para que la acompañara. Parpadeó y se le saltaron las lágrimas. Cómo iba a permanecer con los ojos secos durante el servicio de Nochebuena y la boda de su hermana pequeña.

Fanny tenía razón. Más que hacer daño a los niños cuando se marchó, la presencia de Dustin había sido buena para ellos. Quizá ésa era la razón por la que había vuelto a Apple Springs: para enmendarse. Nunca podría enmendarse con Emma; probablemente, lo había sabido todo el tiempo. Pero guiando a los niños como lo había hecho, había recorrido un largo camino.

La campana empezó a sonar antes de que entraran en el patio de la iglesia. La mayoría de los fieles ya habían entrado para protegerse del viento. Pero cuando llegaron a la puerta, Fanny y Jeff se dieron la vuelta.

Emma pudo ver su vacilación. Ansiaba consolarlos, decirles que no se preocuparan. O incluso que no siguieran adelante, si no estaban seguros. Aún no era demasiado tarde para echarse atrás.

Quizá debería susurrar discretamente a Fanny. Soltándose del brazo de David, dio los

pasos, se acercó a Fanny y se detuvo cuando los ojos de Fanny se abrieron de par en par y su boca quedó abierta.

—¡Es él!

—Te dije que lo lograría —decía Jeff.

A Emma se le hizo un nudo en el estómago; el cerebro le zumbaba revuelto. Llena de una extraña especie de pavor que se mezclaba con la anticipación, se volvió torpemente, siguiendo la mirada de Fanny hacia la barandilla de enganche fuera de la valla del cementerio. Jeff ya estaba a mitad del camino.

Dustin Sanders, vestido con un fino traje negro, bajó de su caballo, tendió las riendas sobre la barandilla de enganche y cogió la mano que Jeff le ofrecía sin apartar los ojos de Emma.

Ella se quedó congelada en el último escalón. No se había ido a California. Había vuelto... de vuelta a... ¿Pero cómo lo había sabido? Como aturdida, vio cómo Jeff sacaba un sobre del interior de su chaqueta y lo colocaba en la mano extendida de Dustin.

Dustin le dijo algo a Jeff y le entregó otro sobre. Jeff volvió con Fanny. Hablaron, pero Emma no era lo bastante sensata para descifrar sus palabras.

Entonces, de repente, como si se lo hubiera llevado el viento, Dustin se plantó en el escalón de debajo de ella.

—Vamos —le animó Fanny.

—Guárdanos un sitio —dijo Dustin—. Necesito hablar con Emma.

Alargando la mano, la cogió del brazo y la sacó de los escalones. Como uno guiaría a un niño recalcitrante, la condujo por la esquina de la iglesia.

Se le cayó el sombrero cuando la estrechó entre sus brazos y reclamó sus labios. Su boca, hambrienta y cálida y tan maravillosa, se movió por la de ella.

Al principio ella estaba demasiado aturdida para responder.

Él se echó hacia atrás, la miró a los ojos con una expresión tan acalorada que incluso el frío viento se calentó.

—¿Qué haces aquí? —murmuró ella.

—Tú me invitaste.

Ella sacudió la cabeza.

—Bueno, alguien lo hizo. —La besó de nuevo, un beso profundo que despertó todos los anhelos que ella había intentado reprimir sin éxito durante tanto tiempo. Cuando la soltó de nuevo, fue para preguntarle—: Dijiste que te casarías conmigo, Emma. ¿Aún lo dices en serio?

Levantando la mano, ella le trazó la cicatriz de la sien izquierda, la cicatriz que le decía sin lugar a dudas que se trataba de Dustin Sanders, no de su hermano. Dustin, el hombre al que amaba. El único hombre al que había amado.

—Sí... —Otras palabras se atragantaron en la masa de alegría de su garganta.

Levantó el sobre que Jeff le había dado.

—Están esperando.

En algún momento en medio del servicio de Nochebuena, Emma se dio cuenta de que era la única de la familia que no había estado al tanto de los planes. Incluso los niños pequeños debían de saberlo, de lo contrario habrían corrido a saludar a Dustin. Fanny los había preparado bien.

A su lado, Dustin sujetaba su mano fuertemente entre las suyas, como para asegurarle que había vuelto, esta vez para quedarse. Pensó de pronto en todas las veces que los dos últimos días

los niños habían intentado prepararla también a ella, hablándole de que Dustin pagaba la escolarización de David. Ahora sabía que Fanny no lo había mencionado accidentalmente, como Jeff intentaba fingir. Y Fanny confesando que había sido la orientación de Dustin lo que les había ayudado a ella y a Jeff a sentarse y decidir exactamente qué estaban haciendo y por qué. Incluso David, cogiéndola del brazo, diciéndole que había aprendido sus modales de Dustin.

¡Esos niños! Habían guardado bien el secreto. Pero no de todos. El reverendo Callicott sorprendió a los fieles anunciando que presenciarían no una sino dos bodas esta Nochebuena.

Toda la familia acudió a su llamada. Emma sabía que era la persona más atónita del edificio, probablemente de todo el mundo. Cuando el reverendo Callicott preguntó:

—¿Quién da a Fanny...?

El grupo respondió al unísono ensayado, Emma pudo darse cuenta:

—Nosotros.

Y cuando el reverendo preguntó:

—¿Quién le da a Emma...? —De nuevo, toda la familia, incluido Jeff, respondió con un entusiasta—: Nosotros.

Fuera, incluso los entrometidos de la congregación felicitaron a las parejas. Emma sonrió, sabiendo que ella y su familia les habían proporcionado suficientes cotilleos para mantener sus lenguas meneándose durante las fiestas.

Dustin y Jeff guiaron a la familia hacia la carretera. Sin embargo, antes de que pudieran escapar del patio de la iglesia, Terence se acercó. Le ofreció la mano a Dustin.

—Debería haber sabido que algo así ocurriría. —Dustin estrechó la mano de Terence.

—Mejor suerte la próxima vez.

Terence miró con tanta desolación a los ojos de Emma que ella bajó la mirada.

—¿Puedo besar a la novia?

Dustin asintió, un poco bruscamente, pero accediendo, no obstante.

—Una última vez —susurró Terence en voz baja, rozando los labios de Emma. Ella sintió pena por él.

—Bajaremos a abrir una cuenta después de las vacaciones —decía Dustin.

—Claro —aceptó Terence—. Encantado de tener su negocio.

Caminando de vuelta a la casa con Dustin a su lado, Emma pronto se sacudió su breve ataque de melancolía por Terence. La vida no era ni justa ni perfecta. Eso lo había aprendido en el último año y medio. Pero cuando apretó la mano de Dustin, reafirmándose a sí misma en que esta noche era real y no un sueño, supo que se había acercado todo lo posible a la perfección.

—Los Rangers dijeron que te ibas a California.

Le guiñó un ojo.

—¿Y dejarte atrás?

Sintió que le flaqueaban las rodillas y le abrazó con más fuerza.

—¿Jeff y Fanny consiguieron nuestra licencia de matrimonio? —Se preguntó de repente cómo habían conseguido tal cosa, y si era legal.

—Sabía que no llegaríamos a tiempo. —Él sonrió—. Y pensé que esta vez sería mejor coger el toro por los cuernos y hacer lo correcto finamente.

La felicidad burbujeó en su interior. Una felicidad vertiginosa e incontrolable. El Pequeño Peter cogió la mano libre de Dustin, saltando para seguirle el ritmo, mientras Billy Joe caminaba con Fanny y Jeff, y David montaba el caballo de Dustin.

—¿Qué hay en el sobre que le diste a Jeff? —preguntó, la realidad de las últimas horas volviendo poco a poco.

—El dinero de la recompensa.

—¡Oh!

—La parte que él aceptó, suficiente para que él y Fanny tengan alguna propiedad en el oeste. El resto lo pondremos en el banco para usarlo en la educación de los niños.

Sus pies se detuvieron en medio del camino.

—Has pensado en todo.

Liberándose del agarre del Pequeña Peter, le tomó la cara entre las manos.

—Maldita sea, Emma, te quiero. —Luego la besó. Allí mismo, en medio del camino, con la luna de invierno iluminando el pequeño claro de Apple Springs como si fuera un decorado.

Levantando los labios susurró.

—Si he olvidado algo, nos ocuparemos de ello más tarde, juntos. No hay nada en este mundo que no podamos hacer juntos. —La besó de nuevo, mientras los ajetreados habitantes de Apple Springs, que regresaban a sus propios hogares a última hora de esta víspera de Navidad, impregnados del espíritu navideño y del romántico resplandor de haber presenciado no una sino dos bodas, aplaudían a su alrededor.

Cuando Dustin le sostuvo la puerta del patio, Emma se fijó en el cartel de «Cerrado» que colgaba de ella. Dentro de la casa, se enteró de que incluso Sugar había sido una aliada voluntaria en el subterfugio. Al regresar de su propio servicio, Sugar agarró a Emma en un abrazo de oso, con sus ojos negros empañados. Luego estrechó la mano ofrecida por Dustin.

—Ahora, tal vez, esta niña deje de andar por ahí saltando por las gargantas de todo el mundo.

Dustin cogió a Emma por la cintura, acercándola, besándola suavemente.

—¿Me has echado de menos, verdad, Emma amor?

—Si los niños no te hubieran allanado cuidadosamente el camino, Dustin Sanders, probablemente esta vez te habría disparado directamente.

La besó de nuevo.

—Vamos, es hora de cenar... y luego... —La frase quedó colgando sugerentemente, mientras él le besaba los labios, dejándola un poco aturdida por todo lo que había pasado.

Durante la cena había tanto que contar, y escuchar, que Dustin acercó una silla extra e insistió en que Sugar se uniera a ellos en la mesa.

—Ahora trabajo para L&M a tiempo completo —dijo al grupo—. Explorando el ferrocarril. Después han accedido a tenerme en cuenta para el puesto de Oscar Petersen. Él se irá a principios del año que viene.

Emma se sentó en silencio escuchando la charla a su alrededor. Dustin se sentó a su izquierda, habiendo intercambiado su lugar con Billy Joe. Estaba tan cerca que se sintió mareada. Recordó cómo Fanny se había sentado junto a Jeff la noche de su regreso, con su mano sujetándole el brazo como para impedir que se marchara nunca más.

Pero Emma no tenía esa preocupación esta noche. Esta noche, por primera vez desde que le conocía, sabía que Dustin Sanders nunca la abandonaría. Esta noche la había tomado por su esposa.

Estudió los rostros radiantes de Billy Joe y El Pequeño Peter, el aire orgulloso de David, la sensualidad que chisporroteaba entre Fanny y Jeff. Ella también lo sintió. El chisporroteo, el vértigo. Pero más que eso, se sentía segura.

Segura en la casa que había planeado vender. Segura con la familia que había planeado lanzar a los cuatro vientos. Segura con el hombre al que había desesperado de volver a ver.

Cuando Sugar se levantó a buscar el syllabub navideño, Dustin la detuvo.

—¿Por qué no dejamos el postre para más tarde? Ven al salón. —Tiró de Emma para

ponerla en pie—. Tú también, Sugar. Todos vosotros. Vamos a ver lo que ha traído Papá Noel.

—Es tradición en esta familia, señor Dustin, servir syllabub con la apertura de regalos.

—Muy bien, entonces. Hagámoslo.

—Yo les ayudé, señor —anunció el Pequeño Peter.

—¿Lo hiciste?

—Sí. David me enseñó a ordeñar la vaca. Conseguí dos chorros en el cuenco.

—¿Ah, sí? —La sonrisa de Dustin hizo llorar a Emma—. Y yo vertí el whisky —dijo Billy Joe con orgullo.

Antes de que Dustin pudiera responder, el Pequeño Peter estaba hablando de nuevo.

—Jeff nos ayudó a cortar el árbol, señor.

—Es una belleza, sin duda —admiró Dustin, con los ojos puestos en Emma en vez de en el árbol decorado y adornado con velas.

—¿Podemos ir a pescar mañana? —preguntó Billy Joe.

Dustin le guiñó un ojo a Emma por encima de las cabezas de sus hermanitos.

—Quizá mañana no. Pero pronto. Te lo prometo.

Sugar sirvió el syllabub en las tazas de plata que habían pertenecido a la familia de Emma Jones cuatro generaciones. Emma se sentó en el lugar de honor junto al árbol, donde Dustin la había depositado. Acunó la copa helada entre sus manos, calentada por los impresionantes acontecimientos de esta noche. Una noche para los milagros. Terence había dicho que ella no debía esperar ninguno. Observó cómo Dustin repartía los regalos que había traído a su familia; ahora también a la suya.

Nunca más dejaría de creer en los milagros.

Una pluma y una caja de papel de escribir para Fanny y Jeff. Con la advertencia:

—Esperamos tener noticias vuestras.

Un diario para David.

—Eres el cabeza de familia, David. Usa esto para mantener al día los registros financieros.

—¿Qué registros financieros?

—Antes de que vuelvas a la escuela, nos sentaremos a hablar de eso.

Los pequeños recibieron los regalos más grandiosos de todos, según ellos. Dustin les trajo a cada uno un flamante par de zapatos nuevos.

—No estaba seguro de las tallas —les dijo—. Puede que tengáis que meter papel en los dedos de los pies durante un tiempo.

Sugar recibió un delantal nuevo y Emma un nuevo sombrero para desherbar.

—Ringgold me contó cómo has estado yendo al pueblo con esa cosa vieja y andrajosa tuya.

Ella se rio.

—Usaré éste para desherbar. Pero no voy a tirar la otra. Si la ocasión lo merece, me lo volveré a poner para ir al pueblo.

Pero ése no fue el único regalo de Emma. Guardó un paquete para el final. Arrodillándose frente a ella, dejó la caja sobre su regazo y depositó un beso en sus labios.

—Feliz Navidad, Emma amor.

Ella miró con nostalgia el paquete alegremente envuelto. Algo en la forma en que él sonrió, le dijo que mejor no lo abriera delante de la familia.

—No tengo nada para ti. No sabía que venías.

—¡Lo sabíamos! —vino un coro de respuestas. Y con eso los niños se abalanzaron y empezaron a sacar paquetes de debajo del árbol.

Fanny y Jeff le dieron una bufanda, que Emma reconoció como procedente de uno de los baúles de James Travis en el desván.

David le entregó un paquete a Billy Joe, y los chiquillos casi se tiran unos a otros intentando ser el que se lo entregara a Dustin. El regalo era un anzuelo de pesca y plomo que habían hecho con un par de viejos clavos cuadrados.

—David nos ayudó a usar el yunque —explicó Billy Joe.

Emma observó cómo se empañaban los ojos de Dustin. Obviamente, hacía regalos con mucha más facilidad de la que los aceptaba.

No se había dado cuenta de que Sugar había salido de la habitación, hasta que regresó cargando tres mochilas.

—Vamos, chicos. Es hora de irnos.

—¿Iros? —Emma se levantó de su asiento, apretando contra su pecho el regalo de Dustin aún sin abrir.

—Los chicos vienen a casa conmigo un par de días. —Emma se sonrojó.

—Volveremos para cuidar de la casa grande mientras vosotros dos estáis en Nueva Orleans.

—¿Nueva Orleans? —Emma miró a Dustin.

Él se encogió de hombros.

—Pensé que os merecíais un viaje de novios.

—¿Un viaje de novios? ¿Yo?

—Nosotros. Tengo una hermana que vive allí. Se llama Delta. Por lo que sé, su casa es lo

bastante grande como para que toda la familia se pierda en ella.

Emma acababa de recuperar su equilibrio emocional, cuando Jeff y Fanny regresaron escaleras abajo cargando un conjunto de maletas de viaje.

—Volveremos dentro de unos días —anunció Jeff con voz chillona por la timidez.

Emma y Dustin los siguieron hasta la puerta, se despidieron y cerraron la gran puerta tras ellos.

—Ni siquiera he tenido la sensatez de preguntar adónde van —suspiró ella.

Dustin la apoyó contra la puerta. Sus manos ya estaban ocupadas deshaciendo su elegante peinado, lanzando horquillas de un lado a otro.

—Jeff se ocupará de ella.

Le pasó los dedos por el pelo. Sus labios cubrieron los de ella. Dios, se sentía bien. Tan bien. Pensar que casi perdió a esta mujer. Y ahora era suya. Su esposa.

Sin separar sus labios, la cogió en brazos y se dirigió hacia la escalera.

—Espera.

—¿Espera? —Se detuvo, mientras Emma se ponía en pie con dificultad—. Mi regalo. No he abierto mi regalo.

Así que, mientras él la observaba, ella cogió el paquete rojo brillante y, sentada en el árbol del vestíbulo con su vestido de novia hecho, rasgó el papel con el entusiasmo de una niña. Dustin la observaba, aturdido por todo lo que había sucedido tan rápidamente. Y sin embargo, no había sido rápido en absoluto. Le había llevado más de un año volver en sí. Un año lleno de puro dolor para Emma.

—¡Oh! —Levantó el sedoso camisón blanco que era más encaje que tela. Levantándolo hacia su cara, miró a través de él, como a través de una película de gasa, su rostro sonriente—.

¡OH!

Desenfadado, recogió a Emma y su camisón en brazos y la llevó escaleras arriba.

—Estoy lista para que me pongas ese camisón —susurró—. Así podrás quitármelo.

Pero en la puerta del dormitorio, se detuvo. Sus brazos la rodearon con fuerza. Ella lo miró fijamente a la cama y supo que estaba recordando la última vez que la había visto.

—Es de plumas —le incitó ella, intentando alejar su mente de la espantosa escena del día en que le echó.

Pero él se quedó como congelado en el sitio.

—Siento haberme ido aquel día, Emma.

Ella se mordió el labio inferior.

—Yo también.

—Pero eso es lo que planeé.

—¿Dejarme?

—Después de decirte la verdad. Darte tiempo para asimilarlo, antes de que yo volviera.

—Pero pensé... —Se le quebró la voz y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Pensé que... si me amabas lo suficiente, te habrías quedado.

—Maldita sea, Emma, te he tratado muy mal. Pasaré el resto de mi vida compensándolo. Te lo juro.

Con persistentes dedos en su nuca, tiró de su cabeza hacia ella, encontrándose con sus labios suavemente.

—No hay nada que compensar. Esta noche empezamos de nuevo. Estaremos agradecidos por el pasado, Dustin, pues nos unió.

Él la miró con asombro a los ojos cariñosos.

—No sabes lo bueno que es oírte llamarme por mi nombre.

Ella sonrió entonces, feliz. Muy feliz.

—Me alegro de que seas tú, Dustin Sanders.

La besó.

—Yo también, Sra. Dustin Sanders.

La sentó, viéndola desaparecer tras el biombo para cambiarse el camisón blanco. Una lámpara ardía al otro lado de la cama, arrojando un tenue resplandor de luz sobre la oscura habitación. En lugar de la colcha de colores alegres, la cama estaba vestida con una colcha de encaje crudo, su propio color la designaba como una reliquia familiar. Dustin se deshizo de la corbata, se abrió el cuello y arrojó la chaqueta a una silla de damasco verde. Sintió que su pulso se aceleraba erráticamente. Escuchó los suaves sonidos de Emma desvistiéndose detrás del biombo. Miró de nuevo a la cama que suponía que Fanny había vestido para la noche de bodas de su hermana. Fanny, ahora su cuñada. Recordó la noche en que había echado a Jeff de casa. La noche en que se declaró a Emma.

Qué tonto había sido, irrumpiendo, haciéndose cargo, sin pensar seriamente en las consecuencias de sus actos.

Entonces Emma emergió de detrás del biombo, y al verla se quedó sin aliento. Ella se rio de su mirada, extendiendo las manos hacia él.

—¿Quién te ha comprado esto?

—Yo. —Se acarició las mejillas, admitiendo—: Es probable que aún tenga la cara roja.

El camisón no ocultaba nada, observó Dustin con inquietud. Su pecho se agitaba con su respiración agitada; las puntas sonrosadas de sus pezones sobresalían en apasionada invitación.

De repente, Dustin se sintió como el peor de los tontos. ¿Qué le había poseído para comprarle algo así a su mujer? A su mujer.

—Maldita sea, Emma, lo siento. No pensé... quiero decir, nunca he tenido una esposa antes... no pensé en cómo quedaría un camisón como ése en una... en una esposa.

Consternada, Emma miró hacia abajo el revelador mechón de prenda. Suave como la seda, fino como un hilo de araña, se deslizaba sensualmente alrededor de sus pantorrillas.

—¿No te gusta cómo me queda?

Se le aceleró el pulso.

—Sí, claro. Pero no es apropiado. Eres mi mujer, no una bailarina de salón.

Emma acarició el encaje suave.

—¿Quieres decir que sueles regalar prendas tan bonitas a las bailarina de salón?

—No —dijo rápidamente—. Nunca le he regalado a nadie nada tan...

—Me alegro. —Ella le tendió la mano. Él la tomó como un niño tímido. Sus mejillas estaban moteadas de manchas rojas, sus ojos patinaban sin rumbo, evitando el contacto directo con los de ella.

De repente, Emma comprendió el problema. O pensó que lo había hecho. Era la cama. Su cama. La única vez que él había estado en ella, ella le había echado. Lo atrajo hacia la cama. Cuando estuvieron junto a ella, ella le soltó la mano y se metió en medio del gran colchón de plumas. Se sentó con ambos brazos extendidos hacia él.

—Dustin, me alegro de que hayamos esperado para usar esta cama hasta ahora... hasta que estemos casados

Su pecho se agitó. La miró a los ojos, manteniéndola prisionera con una mezcla de pasión y vergüenza.

—Ven —la invitó—. Ven a mi cama. Después de esta noche, será nuestra cama.

Su nuez de Adán se balanceó. Sin soltarla de su vista, se dirigió hacia la cama, sentándose cautelosamente en el borde, como si estuviera junto a la cama de un enfermo. Ella se acercó y le acarició la mejilla.

—Nací en esta cama. —Sonrió—. Mis padres probablemente me concibieron en ella. —Los ojos de él se abrieron de par en par.

Moviendo la mano, ella le recorrió los labios con tiernos dedos, dejando que él se llevara uno a la boca. Su corazón se estremeció ante las inesperadas sensaciones que la sacudieron cuando su lengua rozó su dedo.

—Aquí es donde concebiremos a nuestros hijos —aventuró, haciendo una pausa dramática —. ¿No estás listo para empezar?

Él se movió entonces. Acercándose un poco más, la cogió en brazos, la aplastó contra su pecho; le pasó una amplia palma por la espalda, mientras con la otra mano le acercaba la cara al pliegue de su hombro.

—Emma, Emma, siento lo del camisón.

—¿No te gusta cómo me queda? —volvió a preguntar ella.

—Me encanta como te queda, pero... quiero decir... eres mi esposa. Mi mujer. Y te compré una cosa transparente que parece más bien de una mujerzuela.

Liberando su cabeza, Emma se acercó y le besó, con la boca abierta y húmeda, apasionadamente, persistentemente, hasta que sintió su cuerpo reaccionar contra el suyo, hasta que él le correspondió. Cuando salieron a tomar aire, ella sonrió.

—Puede que sea tu esposa, Dustin Sanders, pero no he oído nada en el servicio matrimonial que diga que no podemos disfrutarlo.

Y disfrutaron, lo hicieron. Su pasión liberó la de él; su gozo le liberó a él. Y durante mucho tiempo él complació sus sentidos, su corazón, su cuerpo. Sus grandes manos vagaron libremente sobre el mechón de encaje, estremeciéndose ante sus tentadoras curvas y la piel caliente bajo él. Sus pezones se endurecieron contra su mano, y él los chupó a través de la tela. Y cuando por fin la soltó, echándose hacia atrás, contemplando su rostro sonrosado y sus labios hinchados a la luz ondulante de la lámpara, ella pudo darse cuenta de que sus inhibiciones se habían desvanecido.

Pero cuando sus dedos fueron a los botones de su camisa, ella los detuvo.

—Déjame. —Mientras él la observaba con un indisimulado anhelo endureciendo sus facciones, ella le desabrochó los botones y le deslizó la camisa por los hombros. Él se la quitó encogiéndose de hombros. Ella le pasó las manos por el pecho, sus dedos por la mata de pelo castaño. Sintió las puntas rígidas de sus pezones y, de repente, recordó su curiosidad de aquel día tan lejano. Enterrando la cara en el vello de su pecho, le pasó la lengua por el pezón y luego se lo llevó a la boca.

El estremecimiento de él respondió a su pregunta.

Levantando la cara hacia la de él, sonrió.

—Si no querías una mujer atrevida por esposa, te casaste con la mujer equivocada. —Su mirada ardiente la dejó sin aliento.

—Me casé con la mujer adecuada, Amor. Deja que te enseñe. —Y con eso le quitó el camisón de encaje por la cabeza y la tumbó de nuevo en la cama de plumas y la amó como nunca antes había amado a una mujer.

La bañó en besos de la cabeza a los pies, le chupó los pechos, le lamió el vientre hasta que se retorció y la llevó a un clímax estremecedor con su boca y su lengua hurgando, centelleando, explorando hasta lo más profundo de ella.

Y cuando reclamó sus labios y penetró en su cuerpo, supo que había vuelto a casa, al único

lugar al que siempre había pertenecido, al único lugar en el que siempre había querido estar.

—¿Qué tal si nos quedamos aquí para siempre?

—¿Y echar de menos Nueva Orleans? —se burló ella.

—No echaría de menos Nueva Orleans. —Su respiración se agitó mientras sus embestidas se aceleraban y profundizaban—. No aquí... en tus brazos... en tu cuerpo... juntos.

Después yacieron flácidos y húmedos en los brazos del otro. Y Emma supo que había merecido la pena. Todo el dolor y la incertidumbre. Todo lo que se combinó para unirlos así, para siempre.

Él le besó la cara con lánguidos picotazos.

—Siempre me gustaron los colchones de plumas —murmuró.

—¿Por qué?

—Supongo que porque te hundes en ellos y suben a tu alrededor. —Besó sus labios con más pasión—. Al menos por eso me gustaban antes de esta noche.

Emma se deleitó en su abrazo, en la sensación de su cuerpo, suave y sensual, caliente y duro, contra el de ella.

—¿Por qué te gustan ahora?

Él tiró de ella para acercarla e iniciaron un largo y lento viaje de regreso al pináculo de la pasión.

—Porque estamos juntos en él.

Más tarde, mucho más tarde, volvieron a yacer lánguidamente abrazados.

—Siento no haberte comprado un regalo —suspiró Emma.

Se apoyó en un brazo, besándola suavemente. Sus ojos la sondearon, pensativos, serios.

—Lo hiciste, Amor. Me diste el mayor regalo que una mujer puede dar. —Sus ojos se apagaron—. Y lo cogí y me fui... dos veces.

Ella le acarició la cara.

—Pero volviste. Dos veces.

Eso le recordó la carta. Saltando de la cama, abrió el cajón de su cómoda, rebuscó bajo su lencería y encontró ambos sobres. El contrato de venta de la Casa Travis y la carta que le había escrito a Dustin siguiendo las instrucciones de los niños.

—Terence dispuso que vendiera a la gente de la Casa Harvey. —Dustin había bajado de la cama para colocarse a su lado. Cogiéndole el contrato de las manos, la miró fijamente a la cara, esperando a que se explicara.

—Era la única manera que veía para... para...

Ella vio cómo se le movía la nuez de Adán; cómo apretaba las mandíbulas. De un solo golpe rompió el contrato por la mitad.

Se volvió hacia el otro sobre, el que había dirigido cuidadosamente a Dustin.

—Esta es la carta que los niños me hicieron escribir... —Cuando desdobló la hoja de papel de carta, estaba limpia: ni siquiera una mancha de tinta.

Dustin cogió su chaqueta y sacó una carta del bolsillo.

—¿Es esto lo que buscas?

Ella se quedó mirando la carta, escrita con su propia mano, sostenida ahora por la de él. Al pie, escrito con la letra de Fanny, leyó: *«Dustin, Emma te quiere y nosotros te queremos. Por favor, vuelve a casa»*. Todos los niños la firmaron en distintos grados de caligrafía. El nombre de David, sin embargo, estaba pulcramente impreso, lo que hacía saber a Emma que habían enviado su carta hacía mucho tiempo.

—¡Los niños! —La debilidad la invadió cuando recordó lo mucho que se había resistido a enviar esta carta. Sus ojos encontraron los de Dustin—. ¿Y si no la hubieran enviado por correo?

—En lo más profundo de mi corazón, siempre supe que este era mi lugar junto a ti, y tú también hubieras acabado sabiéndolo.

Entonces cayeron abrazados, sobrios por lo cerca que habían estado de perderse el uno al otro, y al mismo tiempo con la seguridad de que un amor tan grande como el suyo, no se apaga sin más, sino que de alguna manera, consigue superar todos los obstáculos.

Siempre.

Notas

[1] El syllabub es un dulce navideño con nata o leche.